

Rivales
de la
Seducción

LIBERTINOS ENAMORADOS N°5

VANNY FERRUFINO

© 2020 Vanny Ferrufino. Todos los derechos reservados.

Rivales de la seducción.

Edición: Kenfers Pérez.

Todos los derechos están reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro sin el permiso previo del autor.

“Estoy harta de querer ser como los demás, desde ahora seré mejor.”

Agradecimientos

Cuando empecé a escribir, nunca imaginé que podría llegar hasta donde me encuentro, por lo que quiero agradecer a esos amigos y lectores que me motivaron a cumplir mis sueños, a enfocarme en lo que me gusta hacer y apoyar mis libros desde sus inicios.

A mi editora y gran amiga Kenfers, por leer cada uno de mis manuscritos y tomarse la molestía de decirme la verdad, una que no siempre puede ser muy reconfortante, pero que siempre me llevará por el mejor camino para finalizar mis escritos.

Sinopsis:

Riley Stanton sabía cuál era su deber, su función y objetivo: debía casarse con el conde de Devonshire, traer al mundo a un heredero para el condado y tratar de tener un matrimonio cordial.

Lástima que Matt Gibbs, conde de Devonshire, no pretenda casarse, no piense tener hijos y mucho menos plantee llevar un matrimonio cordial; es más, ni siquiera intentará recordar que tiene una esposa.

Cumpliendo con la obligación familiar, Riley terminará confirmando todos sus temores: su esposo no la ama, tiene a alguien más en su vida y ella podría fugarse con otro a un continente muy lejano sin que a él le importase. Pero lejos de conformarse con su triste realidad, Riley decide apoyarse en el hombre que abandonó por cumplir la palabra de su padre, un individuo que pronto conocerá la verdadera ira del conde de Devonshire por pretender arrebatarse lo que le pertenece.

Prólogo

Por su bien, lady Stanton, evite esta boda.

Va a arrepentirse hasta el último día de su existencia por haberse puesto en mi camino, lady Devonshire.

Mercancía dañada. Su piel es tan repugnante que me ofende pensar que pretende seducirme.

Mire su cicatriz, cree que querré desvestirla. Es usted lo peor que pudo tocarme como esposa.

¿Dinero? ¿Quiere dinero de su dote? Le recuerdo que ese dinero me pertenece. Yo se lo iba a devolver si evitaba nuestra boda, pero al unirnos en sagrado matrimonio, es el mínimo pago que merezco por desposarla y tener que soportarla hasta el último día de mi existencia; aunque, hasta ahora que llevamos más de tres meses casados y se ha presentado cuatro veces desnuda en mis aposentos con la intención de consumir nuestro matrimonio, me doy cuenta que ni por cien mil libras la habría aceptado.

Esas fueron unas cuantas de las humillaciones que lady Riley Gibbs, condesa de Devonshire, tuvo que escuchar por parte de su marido. Cada una más dolorosa que la anterior.

En los libros que alguna vez tuvo el placer de leer, el amor entre la pareja protagónica surgía de a poco, paso a paso con distintos acercamientos que con el tiempo empezaban a hacerse más comunes entre ellos; no obstante, ahora se daba cuenta que ella no era ese tipo de personaje que salía de la inspiración de un buen samaritano que tenía una historia de amor para contar.

Lastimosamente ese no era su caso.

Era una persona de carne y hueso que se había unido en matrimonio por una promesa que su padre, el marqués de Winchester, hizo con el de su marido, porque cuando ella nació, su dote fue cedida a la familia Gibbs, que en aquel entonces se encontraba en la quiebra.

Algo en lo que ahora no estaban, sino todo lo contrario.

Desde que tenía uso de razón, todas sus lecciones y enseñanzas se resumían en satisfacer al conde de Devonshire, en cada nueva lección le hablaban sobre sus gustos, aficiones y talentos, aptitudes que a cualquier niña enamoradiza habrían emocionado fácilmente. En aquel entonces, Riley sentía que su sueño estaba al alcance de sus manos: el cuál consistía en tener un matrimonio a base de amor, porque su único objetivo era enamorar al conde.

Sin embargo, nadie le habló sobre el odio que lord Devonshire sentía hacia ella, un error bastante catastrófico desde su perspectiva. Enterarse que su esposo sentía repugnancia hacia su cicatriz —de la cual él se enteró el mismo día que la adquirió hace muchos años—, fue un golpe letal para su autoestima y entusiasta perseverancia. Su familia le había escondido la parte más fea de su futuro esposo y no había previsto el infierno que ella tendría que vivir junto a él. Porque sí, lastimosamente el individuo con quien la prometieron no era el caballero de armadura que ella se había imaginado en su infancia; sino todo lo contrario.

Su vida de casada no era sencilla.

Durante el primer año de matrimonio, su madre, Noelle Stanton, le había dotado de un sinfín de consejos para seducir a su esposo y poder enamorarlo; pero Riley comprendía que ningún consejo

le serviría porque para poder seducir a un hombre, lo primero era que el susodicho se sintiera mínimamente atraído hacia ella.

El cual no era su caso ni lo sería nunca.

Su esposo no la consideraba hermosa, ni siquiera aceptable, siempre tenía un comentario despectivo para ella. El primero de lo que él consideraba uno de sus defectos —que no dudó en cubrir—, fue la tonalidad de su piel: la cual era un poco más dorada, en comparación a la que poseían las damas inglesas, por los orígenes italianos de su amada madre.

Solución: vestidos de cuello alto y mangas largas.

Su estatura era de uno cincuenta y cinco, una altura mísera para un hombre que pasaba los uno ochenta y cinco. Su cuerpo no era voluptuoso, carecía de curvas y sus ojos eran demasiados grandes para el agrado del conde, a quien no le gustaba mirarle a la cara.

En cuanto a sus aptitudes, pensó que podría gustarle que adorara leer, admirar el buen arte y pintar; pero lord Devonshire nunca se esforzó por conocerla y la denominó como una esposa aburrida e insípida, criada en el campo.

Los primeros meses trató de ser optimista, creyó que pronto todo cambiaría y él se daría cuenta que estar casado con ella no era tan malo como pensaba; pero había momentos donde simplemente no podía seguir soportando tantos desplantes. El conde había optado por la aplicación de nuevas restricciones que sólo iban dirigidas para ella, lo cual la llevaba a sentirse más retraída y preocupada. En esa casa no le importaba a nadie, su suegra la odiaba y su cuñada tenía prohibido hablarle. Con el tiempo se dio cuenta que esas restricciones aumentaban en número cada vez que el conde recibía una nueva correspondencia, en ocasiones él dejaba su despacho hecho un desastre.

Desde hoy no te quiero en la mesa en la que como; desayunarás, almorzarás y cenarás en tu alcoba, a no ser que lo hagas antes o después que nosotros.

Intentó comer antes, pero no funcionó, él llegaba a la mitad de su comida y la echaba con una simple mirada del comedor que compartía con su madre, la condesa viuda, y su hermana, lady Laurine Gibbs. Optó por comer después, pero todo se salía de su control cuando él permanecía más tiempo de lo normal en el comedor conversando con su madre. Al final se resignó a comer en su alcoba, incómoda, pero a la vez contenta de tener su alimento a la hora correspondiente.

Eso fue fácil de sobrellevar, aunque odiaba comer sola, hasta que vino la segunda restricción.

No quiero que entres a mi biblioteca, no puedes tocar nada de ahí, y tampoco quiero que camines por mi casa mientras yo esté dentro, el verte me pone de mal humor.

Todas sus alarmas se prendieron y no tuvo más remedio que acudir a su madre y pedirle una serie de consejos para enamorar a su marido, quien parecía querer matarla dentro de las cuatro paredes de su alcoba. Confesó, con vergüenza, que su matrimonio no estaba consumado, que por más que luchara, lord Devonshire no tenía intención alguna de tocarla.

La indignación de su madre fue tal, que Noelle ideó un plan que haría que su marido se postrara a sus pies. Con sus alentadoras palabras, fue imposible no ilusionarse y volver a creer, por lo que esa tarde salió de la casa de sus padres con la idea de iniciar una nueva lucha.

Después de su primera noche junto a su esposo, Riley pensó que todo ese año de sufrimiento había llegado a su fin. Sin embargo, cuando la luz del día emergió, la realidad le dijo que las cosas no funcionaban así y un verdadero infierno se desató para ella.

Su matrimonio ya estaba consumado, pero para conseguirlo se había burlado de un noble orgulloso, prepotente y vengativo, humillándolo vilmente. En aquel momento, habría dado todo lo que tenía para volver el tiempo atrás y obedecerle cuando le ordenó que anulara todo, que

renunciara al compromiso para dejarlo en libertad.

Sus gritos e insultos le hicieron regresar a su horrible realidad, advirtiéndole que las segundas oportunidades no existían; y su mundo de ilusiones y esperanza se tiñó de negro cuando el dolor fue palpable en su rostro. Totalmente desnuda, junto a la cómoda a la que fue a parar, todo se hizo añicos a su alrededor. Ya no deseó mejorar su vida conyugal, ya no quiso ser aceptable para él, ya no pensó en la feliz familia que siempre quiso formar.

En aquel momento sólo quería huir, esconderse de la furia que ella había desatado en su esposo.

Qué tonta fue.

Esa era la vida real, un mundo donde la mujer debía obedecer a su marido.

Por suerte, ese día despertó en su realidad; aunque le hubiera gustado que no fuese el peso de la mano masculina sobre su rostro lo que le advirtiera que acababa de cometer el más grande error de su vida y su tormento apenas estaba dando inicio.

Capítulo 1

Primavera de 1838, Londres.

Desde hace dos años, las comidas de lady Riley Gibbs, condesa de Devonshire, siempre eran solitarias y silenciosas. No era en lo absoluto común que alguien la visitara, ni siquiera su tierna cuñada podía hacerlo porque a esas horas su deber era estar con su hermano, lord Devonshire, en el comedor. Por lo tanto, esa fue una de las razones por la que el toque en la puerta de su alcoba la desconcertó; y sea quien fuera, no le dio el tiempo necesario para buscar una posición correcta en su sitio, puesto que la puerta de su diminuto dormitorio se abrió ni bien estos terminaron de sonar.

Como correspondía —ya fuera por etiqueta o por mero miedo de verlo ahí—, dejó su insulso almuerzo sobre la pequeña mesa que estaba en medio de la estancia, dado que lo tenía sobre su regazo, y abandonó el sillón viejo y desteñido para ponerse de pie. Hizo una venia perfecta, y él se tomó varios segundos para observarla de pies a cabeza, mirando de vez en cuando su cuenco de sopa. La luz de su aposento era escasa, pero sabía que sus ojos cafés estaban penetrándola con la mirada, mientras ella trataba de controlar sus propios temblores.

—¿Puedo ayudarlo en algo, milord? —Su voz fue débil y cautelosa, a lady Dalila Gibbs no le haría gracia saber que su hijo fue a verla.

En esos dos años que llevaba resguardada y aislada de todo el exterior, lord Devonshire jamás le hizo una visita. Desde que la envió al ala oeste de la casa como castigo por haberlo desobedecido, nunca más volvió a tener contacto con él hasta ese día.

—Su hermana, la duquesa de Windsor, quiere que asistamos a la fiesta que dará en un mes.

Asintió.

Para nadie era un secreto que su vida era desdichada, muy pocas veces salía de su casa y los rumores sobre el hecho de que la condesa de Devonshire era una inútil en la cama por no poder concebir ni mantener a su esposo en ella no eran los únicos que rondaban por la ciudad; nunca hacia compras, nunca salía en alguno de los vehículos del conde y desde que se casó no volvió a requerir de los servicios de madame Gale ni para pedir interiores. El conde no le dejaba asistir a los eventos sociales y por eso le parecía extraño que ahora le informara sobre uno. Lisa siempre hacia fiestas y si Devonshire mandaba a decir que no asistiría, ella simplemente no iba.

¿Qué era diferente ahora?

—Es una velada —aclaró, tratando de cortar el espeso silencio.

Meditó su situación, algo tensa por su inusual presencia.

Tenía un trabajo, aunque Devonshire no lo supiera, Riley pintaba durante su enclaustramiento y sus cuadros eran vendidos a uno de los mejores museos con la firma de Gavin Stuart. Su doncella, la única que estaba asignada para servirle, era la única que conocía su secreto y la ayudaba a llevarlos con su comprador. Sin embargo, no era que ganara una fortuna, si bien podía pedir que le confeccionaran un lindo vestido para verse bien en el evento de esa noche, no quería levantar sospechas. Se suponía que no tenía ni un solo penique; y no los tendría si no fuera porque la desesperación de tener un libro que leer la hubiera llevado a la decisión de trabajar para poder comprarse algunos.

Si él se enteraba que tenía sus ahorros, podría arrebatarlos.

O quizás algo mucho peor.

La piel se le erizó y ladeó la cabeza. Usaría alguno de los suyos, no permitiría que él le quitara lo poco que tenía.

Hizo lo que le pareció mejor y más prudente frente al conde; volvió a asentir sin hacer contacto visual con el castaño. Recordaba cada uno de sus insultos y entre ellos había dos que decían que odiaba escucharla y mirarla.

Devonshire dio un paso hacia adelante y Riley, por inercia, retrocedió dos. Mantener una conversación con él ya era un reto para ella, le tenía tanto pavor que sólo quería que se marchara y la dejara tranquila.

—Madame Gale vendrá hoy. —Él retiró el rostro con el semblante duro. Si ella hubiera estudiado sus facciones, se habría dado cuenta que sus movimientos lo habían frustrado, pero lastimosamente estaba muy preocupada analizando sus palabras—. Atenderá a Laurine y a mi madre, únase a ellas.

—¿Lisa pagará mi cuenta?

No preguntarlo sería algo absolutamente peligroso, los vestidos de madame Gale salían una pequeña fortuna con la cual ella no contaba. Él la miró a los ojos, invitándola a dar otro paso hacia atrás. Estaba hablando de más y lo sabía, pero no quería endeudarse con nadie, menos con Devonshire.

Él no era muy paciente en cuanto a los plazos de pago.

Su esposo apretó la mandíbula y el pánico le asaltó. Su habitación—que seguramente tiempo atrás fue algo así como un depósito— no contaba con dos puertas, solo era una y él la bloqueaba con su gran tamaño, huir sería complicado en caso de que algo le hiciera perder el control.

Si bien el conde sólo le había alzado la mano una vez, porque fue ella quien lo hizo perder la cordura, para Riley eso fue más que suficiente para saber que no quería nada con él.

—No.

—¿Mi madre? —La voz le tembló.

—Tampoco.

¿Es que acaso él no sabía que era más pobre que los pescadores del muelle? Sus cuadros no le brindaban una fortuna y si bien tenía dinero ahorrado, no quería gastarlo en un vestido cuando era un hecho que no volvería a asistir a otra velada.

Él nunca se lo permitió, ni siquiera la llevó a la presentación de Laurine.

—No cuento con el dinero para pagar un vestido, usaré uno de los que ya tengo —espetó cautamente, evitando molestarlo.

—Estamos hablando de tres años atrás, una moda que ya no tiene esplendor en los salones de baile.

Se relamió los labios resecos y alisó su arrugada y envejecida falda con nerviosismo. No era como si pudiera pedirle a Laurine que le prestase un vestido. Ellas compartían estatura —uno cincuenta y cinco como mucho—, aunque Riley era mucho más delgada; sin embargo, nadie sabía de la amistad secreta que tenía con la rubia y el verdadero problema radicaba en el escote de la espalda. Pocas personas sabían de su cicatriz —su familia y la de su esposo—, esa que nacía en su hombro derecho y terminaba en su cadera con un recorrido en diagonal. Todo por un terrible accidente de su infancia en las caballerizas que la llevó a cargar consigo esa marca.

Por petición del conde, antes de que su boda se efectuara, todos sus vestidos tenían cuello alto y eran de manga larga. Ahora mismo llevaba uno que le generaba sofoco; no obstante, no estaba como para ponerse exigente.

Laurine le había ofrecido obsequiarle unos cuantos, pero no deseaba meterla en problemas. Cuando la rubia llegó a esa casa, tuvo toda la intención de generar amistad con ella porque la condesa viuda no solía ser muy amable con ninguna; no obstante, el conde le dejó claro que mantuviera distancia porque si no sería enviada a un internado en París. Su amistad era algo clandestina y en el fondo agradecía que la hermosa rubia se arriesgara tanto con tal de hacerle compañía de vez en cuando.

Laurine recibía muchos regalos por parte de su hermano, sabía que tenía una abundante cantidad de ropa, pero Riley no podía ambicionar lo que no era suyo. En su momento, ella también tuvo a su hermano junto a ella para llenarla de lujos y regalos.

Debes irte, prométeme que jamás mencionarás nada de lo que ocurrió aquí.

Dejó los oscuros recuerdos de lado y se concentró en meditar su situación. Llegó a una conclusión, la mejor y más prudente de todas.

—¿Puedo salir?

Se aventuró a preguntar no muy segura, desde hace poco menos de un año empezó a visitar a su madre otra vez, pero solía hacerlo sin que él lo supiera. Devonshire quiso hacerle una pregunta, pero luego pareció pensarlo mejor y asintió lentamente.

—Gracias. —Hizo una venia y lo miró expectante, deseando que saliera de su alcoba. Con gusto lo haría ella, pero Riley tenía prohibido caminar por las instalaciones de la casa mientras él estuviera dentro, por lo que esperaba que se retirara.

Para su desconcierto, Devonshire no abandonó su alcoba y recorrió el lugar con la mirada.

¿Por qué se quedaba? ¿Por qué no envió a alguien a darle la noticia? Era la primera vez que entraba a su dormitorio y con su presencia ahí le parecía mucho más pequeño de lo que ya era.

—Es un lugar oscuro.

Era lo menos que podía esperarse de una alcoba que poseía únicamente una pequeña ventana. El olor tampoco era muy agradable porque daba justamente hacia las caballerizas, pero ella tenía velas aromáticas que ayudaban a disimular la poca favorable brisa que recibía su dormitorio.

En la habitación de la condesa de Devonshire, la alcoba que tiempo atrás solía utilizar, había un hermoso balcón que ella solía utilizar para tomar el sol, leer un poco, regar sus plantas y tomar un poco de aire fresco.

Ahogó su propio suspiro... Cómo extrañaba esas comodidades.

¿Sus plantas seguirían igual de lindas? Una de las cosas que más extrañaba, era justamente esa parte de su alcoba, dado que Riley adoraba cuidar de los jardines y recibir la luz del día. En esta alcoba vivía en las penumbras y pocas veces podía cortar un poco de flores para ponerlas sobre su cómoda.

No le contestó, no era una pregunta y él no le había solicitado una respuesta, por lo que se ahorraría todo tipo de comentario. El silencio sería su mejor aliado. Lo fue por casi dos años y ahora no tenía por qué ser diferente. Dalila le había dicho que mientras ella obedeciera, su hijo no le haría nada, por lo que su instinto de supervivencia ya estaba bien desarrollado.

—¿Por qué come a esta hora?

Un tanto confundida por su pregunta, buscó el reloj de bolsillo en el cajón de su cómoda. En un principio le había parecido una buena compra, dado que no tenía un reloj en su alcoba, pero con el pasar de los meses se le había hecho innecesario porque sin importar si era de día o de noche, ella siempre estaba encerrada en ese dormitorio.

Pronto sería la una.

Y ese reloj podría considerarse una buena inversión tomando en cuenta que aún funcionaba. Lo

examinó, tal vez debería dejarlo a la vista para darle mayor uso. Al darse cuenta que estaba divagando en sus pensamientos, trató de recordar la pregunta de su esposo.

—Normalmente la comida se sirve a las doce y cuarto.

—Oh.

Guardó el reloj en el bolsillo de su falda.

¿Qué más podía decirle?; se había acostumbrado que su comida llegara más tarde de lo normal. Era lógico que primero los criados atendieran al patrón y a sus allegados con los que compartía la mesa. Además, su suegra ya le había dicho que se sintiera agradecida de que al menos se le sirviera un plato de comida, que su hijo no solía ser tan benévolo con la gente que odiaba, por lo que nunca se le ocurrió quejarse.

No sí eso implicaba que también le quitasen su comida.

—¿Dónde irá? —Lo miró cohibida, no solía hacerle tantas preguntas. Ni siquiera solía hablarle—. Pienso salir hoy, podría llevarla —añadió con lentitud y le pareció que el timbre de su voz perdió fuerza.

Quiso comentarle que él le había prohibido el uso de sus carruajes por el incidente que pasó a los meses de su boda, pero prefirió guardar silencio. En el fondo sonaba bien, no le gustaba caminar hacia la casa de su madre bajo la atenta mirada de todos y al parecer estaba haciendo mucho calor, pero...

—Iré a la casa de mi madre —confesó titubeante.

Él detuvo su tarea de acomodar los gemelos de su chaqué y la observó con sorpresa. Devonshire sabía que fue idea de su madre drogarlo hace más de dos años para así poder consumir su matrimonio, la odiaba tanto que le prohibió tener contacto con ella. Y Riley cumplió con su castigo, no volvió a buscarla hasta hace unos meses, cuando sintió la necesidad de recibir un poco de afecto.

La visitó antes de las fiestas, antes de que todos se fueran al campo, aprovechando que él se había ido antes de tiempo con sus amigos y familiares. Sabía que sería otra triste y solitaria navidad, por lo que no aguantó la necesidad de hacerle una visita a sus padres y desearles felices fiestas antes de que ellos también se marcharan al campo.

En un principio, después del incidente que vivió con Devonshire, no negaría que generó un gran resentimiento hacia su familia porque fueron ellos quienes la obligaron a casarse con el conde, porque ellos le habían prometido una vida estable y feliz junto al individuo que tenía frente a ella; pero... Sus padres no tenían la culpa de que él fuera un hombre tan despreciable, por lo que odiarlos y condenarlos no tenía sentido.

Escapa, cariño, nosotros te ayudaremos a esconderte.

Fue la oferta que le hicieron. No sabía mucho de Devonshire, pero si lastimaba su ego y él la encontraba, definitivamente podría matarla, por lo que prefirió quedarse donde le correspondía tal y como le enseñaron durante años sus institutrices: obedeciendo la voluntad de su marido.

—Iré sola, gracias por su oferta.

Ahora que lo pensaba mejor, no le parecía buena idea permanecer muy cerca del conde.

—¿A qué irá a la casa de sus padres?

El castaño hizo la pregunta en un tono de voz muy poco común en él, no sonaba demandante.

—Quiero visitarlos.

No le diría que iría por un préstamo, eso era demasiado humillante incluso para su ya pisoteada dignidad. Con algo tendría que pagar el vestido que madame Gale le confeccionaría. Lo último que necesitaba era que su suegra se le riera en la cara. Sin embargo, fue una tonta al

revelarle el hecho de que mantenía un leve contacto con sus padres, ¿y si le prohibía verlos?

Abrió los ojos, abatida.

Hace dos años, Dalila le había dicho que él había prohibido que saliera de su habitación, ¿volvería a ocurrir ahora que sabía que hablaba con su madre?

—Debe estar de regreso antes de las cuatro. —Sintió que el aire volvía a sus pulmones—. Le dejaré el carruaje para que tenga en qué regresar.

Asintió sin mirarlo, percatándose de la creciente tensión que habían adoptado su cuerpo. Dios santo, no podía controlar el miedo que ese hombre despertaba en ella. Quizá él se dio cuenta de la incomodidad que le generaba o, lo más probable, ya le estaba dando repulsión permanecer en la misma estancia que ella, que terminó retirándose.

Capítulo 2

Todavía conmocionada por la inesperada visita, Riley regresó a su lugar y ladeó la cabeza desechando todo pensamiento que la dirigiera hacia lord Devonshire, no había cambiado mucho en los últimos años, aunque tampoco lo había observado detalladamente; él era grande, de musculatura notoria y mandíbula cuadrada.

Cierto... ahora llevaba barba.

Al darse cuenta que su sopa estaba fría y el sabor ya no era para nada agradable, la hizo a un lado y sujetó su pan, frustrada. Dalila nunca le permitía comer nada consistente, siempre le enviaba sopas de mal gusto con un pedazo de pan; aunque... Al menos la alimentaba, ¿verdad?

Siempre podría ser peor.

Le dio un gran mordisco, porque su hambre era más importante, y agradeció que al menos el sabor fuera bueno. Rebuscó en su cuenco de sopa y sonrió traviesamente al encontrar su pedazo de carne; por supuesto, lo comió incluso cuando el grasoso caldo se acopló levemente alrededor de ella.

Su cabello cayó hacia su regazo, demandando su atención, y sin mucho esfuerzo lo enrolló sobre su cabeza en un moño improvisado. No solía peinarse nada elaborado porque se la pasaba todo el día en su alcoba, pero ahora que lo pensaba ese día tendría que improvisar un peinado.

Se llevó un pedazo de pan mucho más grande que el anterior a la boca y la puerta volvió a abrirse, provocando que se asustara de tal modo que estuvo a punto de atragantarse. Masticó como pudo lo que tenía en la boca y lamentó haberse llevado una porción tan grande a ella. Bebió un poco del zumo que tenía a su disposición y una vez que logró pasar la comida, empezó a toser, apenada, mientras se ponía de pie.

—¿Se le ofrece algo más? —Podría jurar que estaba más roja que un tomate por el corto momento de pánico que le atravesó.

Un incómodo silencio se levantó entre los dos y bajó la mirada, frotando sus manos con nerviosismo contra la falda de su vestido. Entendía si se molestaba, no era correcto que una dama se llevara porciones tan grandes de comida a la boca, pero... Estaba algo confundida y hambrienta, a veces solía aprovechar su soledad para olvidarse de cuál era su lugar en sociedad y ser una persona más normal.

—Estaré esperándola abajo —soltó mirándola con fijeza. Ella alzó la vista color esmeralda y no vio enojo en sus ojos, sin embargo, no se detuvo en ellos porque odiaba mirarlos—. Coma con tranquilidad.

Y siguiendo el protocolo, lo aprendido por años y lo más eficiente para mantenerlo tranquilo, asintió. Devonshire se marchó y Riley esperó unos segundos, mucho más tranquila de que no haya vuelto a ingresar en sus aposentos.

Comió tan rápido como pudo, molestar al conde no estaba dentro de su lista de deseos. Desde el día que él la abofeteó, se hizo fiel creyente de que una mala experiencia bastaba para que uno aprendiera la lección y no fuera por la segunda.

Terminó de vestirse sin hacer mucho esfuerzo, no solía presionar mucho los lazos del corsé

porque para eso necesitaba de la ayuda de su doncella —y de todas maneras estaba delgada y no tenía mucho que apretar—, a quien acudía muy pocas veces para que Devonshire no pretendiera quitársela. Si él veía que se aferraba a algo, Dalila se lo diría y Riley estaba segura que se lo arrebataría.

Amarró las cintas de su sombrero, quedando con un vestido que bien podría hacerle creer a cualquiera que era una debutante y se moría de calor ahí dentro. Salió de su alcoba con un nudo en la garganta, ella solía vagar por la casa en las noches, cuando todos dormían, era extraño verla caminar por ahí a plena luz del día, sólo lo hacía cuando salía a comprar algunos libros, atender a visitantes como Lisa —fingiendo que todo estaba bien— o para visitar a su madre de vez en cuando.

Los empleados evitaban hacer contacto visual con ella para mantener la discreción, sin embargo, Riley sabía que sentían pena por su persona. No los culpaba, ella también sentía pena por sí misma, por ser tan patética y cobarde.

Salió por la puerta principal y bajó la escalinata con la vista fija en su camino y no en el conde, quien la esperaba junto al carruaje.

Quizá... Ir a pie no sería tan malo.

Escuchó que maldecía en un murmullo y frenó de golpe, mirándolo con pavor, y él nuevamente retiró la mirada. Ella no reparó en su semblante, sino que se las arregló para llegar al carruaje y entrar con un salto que le impidiera hacer un contacto directo con él.

Devonshire tardó unos segundos en moverse, pero cuando lo hizo, Riley quiso salir corriendo del vehículo y decirle que se iría a pie. El carruaje se le hizo un lugar diminuto, y tal vez se debía a que hace mucho tiempo que no estaba a solas con él.

Años atrás, eso solía ponerla ansiosa y siempre pensaba en algo que podría decirle para atraer su atención o hacer de su recorrido un momento ameno. Ella solía seguirlo, se quedaba con él en su despacho las horas que fueran necesarias, nunca se iba cuando la echaba; diciendo que su deber era permanecer junto a él para serle de utilidad.

Si lo pensaba detenidamente, esos meses había pasado mucho tiempo junto a su esposo —incluso sabiendo que la detestaba—, antes de que le prohibiera caminar por la casa con libertad. No obstante, ahora estar con él la ponía muy nerviosa, tanto que sus manos temblaban involuntariamente. Él era muy grande y su fuerza era perturbadora, ella misma la había sentido, por lo que la sola idea de su cercanía era aterradora.

Por suerte, ahora mismo él tenía los brazos cruzados. Si había una parte de su cuerpo que realmente asustaba a Riley: era sus manos. En un principio le sorprendieron su tamaño, pero ahora... Simplemente odiaba verlas.

Debía mantener distancia, fue su cercanía lo que lo puso de muy mal humor años atrás y si mal no recordaba, Devonshire siempre solía irse al lado opuesto del carruaje para no tenerla enfrente, pero ahora estaba frente a ella y Riley se las ingeniaba para que sus rodillas no se rozaran.

—¿De casualidad mi hermana no ha hablado de algún pretendiente?

Ladeó la cabeza, sin mirarlo, en forma de negación. Era la primera vez que él buscaba entablar una conversación con ella.

—¿Le dijo algo sobre los bailes a los que está asistiendo?

—No hablo con su hermana.

No podía decirle que Laurine le contó que las veladas eran hermosas, con decoraciones que, si bien eran ostentosas, se le hacían inolvidables. Que halagaba los atuendos, los bailes y las bebidas que servían. Ella siempre le comentaba que muchos caballeros la invitaban a bailar y eso

solía ponerla nerviosa por los rumores que existían sobre su legitimidad, puesto que hasta ahora, a pesar de su inigualable belleza, no había recibido una proposición formal.

Si había algo que Riley realmente deseaba, era que Laurine encontrara a un buen hombre como esposo, alguien como su cuñado, que se preocupara y velara por su familia. Ambas eran víctimas de la maldad de lady Dalila Gibbs, y si bien Laurine contaba con la protección de su hermano, eso no era suficiente para frenar a la bruja de su suegra, que aprovechaba cualquier momento para humillar a la hija bastarda de su difunto esposo.

—¿Está segura de ello?

Un escalofrío recorrió su espina dorsal, si el conde descubría que Laurine y ella eran amigas, no quería ni imaginarse lo que le haría a su pequeña hermana. Él siempre le advirtió a la rubia de que mantuviera distancia, ¡Laurine estaba prohibida de acercarse a ella!

Con el corazón en la boca, asintió a sabiendas que esa mentira podría salirle muy cara si él conocía la verdad. De pronto sintió inmensas ganas de vomitar, de estar en su refugio y olvidarse de la fiesta de su hermana mayor; no obstante, el leve movimiento de las piernas de su esposo hizo que regresara a la realidad para hacerle frente a ese duro momento.

—Quiero que se acerque a Laurine. —Fue lo único que dijo, sorprendiéndola levemente—. Mi madre no suele ser de mucha ayuda, así que tendré que solicitar su ayuda.

Se removió inquieta, así que esa era la razón que lo llevó a visitarla esa mañana en su alcoba. Era algo bueno saber que podría hablar con Laurine sin necesidad de esconderse de ahora en adelante.

—Como usted deseé, milord.

Sólo esperaba que esa nueva libertad que les estaba brindado el conde no hiciera que Laurine se empeñara en llevarla a su dormitorio. Muchas veces la invitó a ir a su alcoba, insinuando que la cama que tenía parecía una mesa por el duro colchón, pero su temor por verse cerca de Devonshire era tan grande que prefería su refugio, lejos del verdadero peligro.

Miró por la ventanilla del carruaje y enderezó la espalda al ver la librería. El señor O'Ryan le envió una nota informándole sobre sus nuevas adquisiciones, pero lastimosamente ahora mismo no había podido pintar un nuevo cuadro por falta de inspiración y requería de tiempo para juntar otra suma de dinero.

No le gustaba quedarse sin recursos.

—¿Qué sucede?

—Nada.

No solía pedirles dinero a sus padres, pero ahora mismo se le apetecía mucho pedirle un regalo a su madre que consistía en tres hermosos libros para sobrevivir esa larga temporada que se avecinaba. Una vez, en sus primeros meses de casada, había intentado que él le regalara algo de dinero, pero la respuesta fue tan humillante que nunca más volvió a pedirle nada, dejó que su dote fuera únicamente para él.

Devonshire no le preguntó más y ella se lo agradeció en silencio.

Al llegar a la casa de sus padres, él fue el primero en bajar del carruaje para ayudarla a descender; no obstante, ella supo moverse y sus manos ni siquiera se rozaron cuando Riley tocó piso. Se despidió con una venia y sujetando su sombrero fue a tocar la puerta principal. No necesitó girarse para saber que él seguía allí.

La puerta se abrió antes de que alcanzara su objetivo y una sonrisa se dibujó en su rostro ante el ladrido que retumbó en la casa de su madre.

—Vicky... —susurró emocionada.

Se inclinó para sujetar la bola de pelos que corría hacia ella y siendo bienvenida por la sonrisa del mayordomo, ingresó a la mansión sin mirar atrás.

—¿Está mi madre?

—En efecto, lady Devonshire, permítame guiarla a la sala de té para que pueda aguardar por ella. Hoy no la esperábamos.

—¿Me traerán bollos glaseados y de canela si resulto ser buena esperando? —preguntó con felicidad en lo que avanzaba hacia la salita verde.

—¿Gusta algo más?

Gustaba todo lo que había en esa casa, donde ella podía comer lo que le gustaba.

—¿Qué tienen de postre?

Nunca fue de las masas dulces, pero como su suegra la vetó de los postres ahora era algo que le fascinaba porque no siempre podía comerlos.

—Tarta de frambuesas con crema montada.

Debería empezar a visitar a su madre con mayor frecuencia, su esposo no le dijo nada al respecto por lo que seguramente no se molestaría.

—Quiero eso, y los bollos, claro está.

—Está bien, ¿gusta que lleve a Vicky al jardín?

—No, hace mucho que no la veo. —Abrazó al animal posesivamente.

Ese perro era suyo. Fue ella quien lo rescató en un día lluvioso en Hyde Park cuando en pleno paseo tuvo que refugiarse de la tormenta. La encontró casi a los tres meses de haberse convertido en la condesa de Devonshire y la llevó a su casa pensando que podría quedársela —Devonshire tenía varios perros y un jardín enorme—, no obstante, con el mal tiempo y todo fue echada con el perro en brazos.

Él no la aceptó.

Estaba segura que en un principio su madre aceptó a Vicky por pena, porque sabía que todas sus referencias en cuanto al feliz matrimonio con el conde de Devonshire fueron sin fundamento y no más que una fantasía muy mal planteada.

Noelle Stanton se sentía en deuda con su hija.

Una vez en la salita, puso a Vicky en el piso y se arrodilló junto a ella, terminando recostada mientras esta revoloteaba a su alrededor mientras ladraba con entusiasmo y la lengua hacia afuera. Quería jugar con ella, pero Riley se sentía vitalmente agotada y muy hambrienta.

Que la colgaran si se equivocaba, pero podría jurar que su mascota era la consentida de Noelle, estaba tan pulcra y mimada que no se imaginaba que fueran los criados quienes la hubieran malcriado.

—Hija, no te arrastres en el piso con Vicky, no invertí tiempo valioso de mi vida educándote para que empezaras a comportarte como Lisa.

Suspiró y miró el techo de la estancia con melancolía. Su hermana... Lo que daría ella por ser tan feliz como ella.

Capítulo 3

—Me informaron que Lisa dará una fiesta en un mes —comentó distraída y desde el piso buscó la mirada de su madre, quedó algo tensa al ver que la escudriñaba sin modestia alguna.

Sabía perfectamente qué estaba observando.

—Ese vestido lo compré para tu primera temporada —dijo Noelle con el ceño fruncido, y Riley se incorporó, evitando mostrarse afectada por su comentario.

—Hiciste una compra excelente. —Sonrió, risueña—. Sigue como nuevo.

«Con unos cuantos remiendos».

Noelle no añadió comentario alguno, lo más sensato era no agobiar a su hija por su lamentable y crítico estado. El té llegó y Riley tomó asiento para engullir su preciado postre, pensaba satisfacer a su pequeño estómago, dado que su almuerzo no había sido tan reconfortante.

—No sueles ser muy fanática de los postres —musitó su madre, sorbiendo un poco de su té—. Tu apetito nunca fue voraz y si mis cálculos no fallan, no hace mucho debiste haber almorzado, ¿la comida no fue de tu agrado?

Todo tenía una razón de ser: antes tenía esos postres a su alcance, sólo tenía que pedirlos y el repostero los tenía listos para ella en cuestión de horas, pero ahora tenía que ver si contaba con la suerte de comer algo así; y sobre el almuerzo, no se quejaría de su comida, estaba bien, sólo que a veces quería algo... diferente.

—Cuando me casé descubrí que son deliciosos. —Sonrió tímidamente, enderezando la espalda. El estar mucho tiempo sola hacía que olvidara muchas etiquetas sociales—. Últimamente tengo más hambre de lo normal.

—¿Te encuentras bien?

Sus miradas se encontraron y no le gustó detectar la impotencia en el semblante de su madre, comprendía que ella odiara verla en ese estado; pero lastimosamente Riley ya le había dejado claro que no iría en contra de lord Devonshire y que por favor se mantuviera al margen, esa era la razón por la que sus padres, cada vez que se veían, eran muy cuidadosos en la elección de sus palabras.

—Sí, no debe preocuparse, madre.

—¿Cómo va todo con tu esposo?

—Bastante bien, su desprecio parece haber encontrado un límite, ya no lo exterioriza como antes.

No había razón alguna para mentirle, todos conocían a la escoria con la que estaba casada y decirle que estaba feliz junto a ese hombre sería una mentira muy poco creíble.

—¿Cómo era antes? —inquirió tensa y la observó con sorpresa—. Lo último que recuerdo o de lo que soy consciente: es de cómo te echó de su casa en una gran tormenta porque no quería que metieras a un perro a su casa.

Los recuerdos llegaron a su mente como si hubiera sido ayer.

—*Retírese de mi casa —le había dicho Devonshire al ver el pequeño bulto blanco en sus*

brazos.

—Sólo se quedará hoy, mañana le buscaré un nuevo hogar.

—Lo único que buscará mañana será a alguien que arregle el desastre que dejó en mi carruaje, arruinó el tapizado.

Se removió inquieta con el cuerpo tembloroso, aún seguía empapada y se moría de frío. Vicky —el nombre que le había dado a la cachorra porque fue una victoria poder cogerla— le hizo correr unos cuantos manzanos antes de dejarse atrapar.

—Déjeme cambiarme y la llevaré a otro lugar.

—No, la tira a la calle ahora mismo o yo las tiro a ambas.

La pequeña cachorra la observó con temor, como si supiera en la situación en la que se encontraba, y Riley se armó de valor para seguir luchando por conservarla.

—El jardín es muy amplio, milord, ella no lo molestará.

En ese momento Dalila y Laurine llegaron al recibidor, su amiga la observaba con preocupación y la condesa viuda con profundo rechazo.

—¿Usted me dará una mensualidad para cuidarla? —La pregunta fue brusca y ella bajó la mirada, azorada. No tenía dinero—. Hágame el favor de sacar a esa cosa de mi casa.

Así fue como la primera caminata a la casa de su madre se efectuó esa tarde. Noelle no quiso quedarse con Vicky, por lo que Riley ya se estaba despidiendo para llevársela a su cuñado — que no vivía para nada cerca—, el duque de Windsor, quien seguro la cuidaría muy bien. No obstante, su madre la detuvo y le pidió al mayordomo que bañaran a Vicky e hicieran algo de té mientras ella también tomaba un baño caliente.

—¿Por qué no viniste en un carruaje? —La pregunta llegó cuando estuvo seca y caliente, con una taza de leche hirviendo en las manos.

Hablando de carruajes...

—¿Cuánto cuesta arreglar el tapizado de uno?

Su madre frunció el ceño.

—¿Cómo podría saberlo?

—Me subí al del conde y arruiné el tapizado, me dijo que mañana debo encargarme de eso.

Su madre dio el primer grito en el cielo. Se veía tan frustrada como decepcionada, ambas esperaron otro tipo de hombre para ella, pero no podían dar marcha atrás. Desde ese día solía recibir unos chelines por parte de su madre porque su esposo no le daba absolutamente nada.

Lo que más le costó fue el tapizado del carruaje; tres libras que pudo ganarle a Ross, su hermano mayor, en un juego sin que él se diera cuenta que le urgía el dinero.

Riley regresó a la realidad y volvió a comer otro trozo de su tarta de frambuesa.

—Es mucho más cortés ahora. Me prestó un carruaje, hace años que no subía a los suyos.

Existían tres secretos que nadie conocía en cuanto a su vida matrimonial: el primero, que no dormía en el cuarto que le correspondía como condesa; el segundo, que no tenía pase libre a las instalaciones de su propia casa, y el tercero, que no tenía una vida conyugal con su esposo.

—¿Por qué no me dices la verdad, Riley? Eres la comidilla de todo Londres, ¿qué demonios está sucediendo?, ¿hay algo que nosotros podamos hacer por ti?

Se removió inquieta.

—Nada —respondió resueltamente, endureciendo su semblante—. Tuve la mala suerte de casarme con el conde de Devonshire, un hombre que nunca sintió más que repugnancia hacia mí, y ahora debo hacerle frente a mi realidad. Él ya se los dijo, mamá, no deben meterse porque ustedes

no tienen ninguna obligación para conmigo, ahora es él quien decide por mí.

Noelle se quedó pensativa.

—Windsor jamás habría encontrado a tu hermana sin tu ayuda; él jamás te encontrará si aceptas nuestra propuesta, aún puedes huir y empezar una nueva vida, eres joven, cariño.

Irse de Londres podría garantizarle la felicidad, pero después de lo que ella hizo hace un año, no merecía conocer ese sentimiento; su deber era pudrirse junto a la cruel familia de su esposo. No merecía una segunda oportunidad, fue egoísta, cobarde y jamás viviría tranquila recordando sus antiguas decisiones.

Al menos, siendo infeliz, se sentiría menos culpable de seguir existiendo.

—No me iré.

¿Para qué se iría? ¿Para vivir con miedo, siendo perseguida por un hombre que seguramente la querría muerta? Devonshire jamás perdonaría una ofensa de ese calibre y tendría que hallarla para conseguir el divorcio si quería casarse de nuevo, por lo que claramente jamás podría vivir tranquila. También estaba su familia, ella no podía condenarlos a cargar con la ira del conde.

—¿A qué le temes?

A todo... Antes soñó con abandonar el campo para así poder vivir libremente y conocer a nuevas personas, pero ahora que por fin era consciente de la maldad que existía en la gente, lo menos que quería era seguir relacionándose con más personas.

—Ambas sabemos que él no es un santo, madre —musitó con un hilo de voz y los ojos le picaron.

—Tu padre es un marqués, tu hermano un conde temido y tu cuñado un duque, ¿por qué le temes a ese malnacido? Es un patán, un hombre sin corazón, ¡tú mereces algo mejor!

—Porque es mi esposo, mamá, porque si sólo fuera mi prometido, él no tendría poder sobre mí; pero yo ya soy de su propiedad, porque por mucho que ustedes quieran defenderme, para todos es él quien tiene la última palabra. ¿Tú crees que yo quiero que mi padre, hermano o cuñado terminen en un duelo con él? No, no quiero que nadie derrame sangre por un individuo como Devonshire.

—Hija...

—Él no me hará nada —soltó con impotencia, evitando derrumbarse ahí mismo.

Él no la tocaría jamás, desde el primer día le dejó claro que no quería hijos, por lo que jamás le pondría un dedo encima con la intención de reclamar sus derechos conyugales. Y en cuanto a lo otro, su suegra le dijo que él no la golpearía si ella seguía obediéndole como hasta ahora.

—No vine a hablar de eso. —Desvió el tema, mirándola con súplica.

Noelle debía dejar de culparse, su madre no tenía la culpa de que ella fuera una cobarde.

—¿Qué puedo hacer por ti? Sabes que cuentas conmigo para lo que desees —masculló sus palabras, tragándose su impotencia, y le sonrió con ternura.

Eso era lo único que necesitaba escuchar.

—Necesito que me prestes dinero.

—No seas tonta —espetó, indignada—, te lo regalaré, pero dime en qué lo utilizarás.

El calor trepó por sus mejillas.

—Mmm... —Se llevó un dedo a su voluptuoso labio inferior, pensativa—. ¿Cuánto cobra madame Gale por un vestido así de hermoso? —Señaló el atuendo de su madre, dejándola muda—. De preferencia con interiores, enaguas y guantes. —¿Por qué no aprovechar esa oportunidad para mandar a hacer todo un conjunto? Llevaba años usando lo mismo—. Debes conocer sus tarifas, aunque ahora que lo pienso, la prenda debe ser de noche, tú llevas un vestido de día.

—Él no te da nada, ¿verdad?

Me saliste muy caro como para seguir gastando en ti.

—Es lo de menos, mamá, tú sólo responde a mi pregunta.

Para nadie era un secreto que cuando un hombre se casaba, la dote de su esposa pasaba a ser de su propiedad y era libre de usar el dinero en lo que quisiera. A veces se esperaba que le diera una mensualidad a su esposa para que esta pudiera realizar sus gastos; sin embargo, Riley nunca había visto un solo penique de las veinte mil libras que se le fueron asignadas como dote al nacer.

Después de esperar a su madre por al menos quince minutos, Riley parpadeó varias veces al ver el pequeño saco de monedas que Noelle puso sobre la mesa.

—Con esto podrás adquirir cuatro vestidos de noche, dos de día y cinco para paseo. Cada uno con sus interiores y de la mejor calidad.

Eso era mucho dinero.

—Con dos me basta, madre. No podré devolverte esta suma.

Era demasiado realista como para soñar con tener más de veinte libras en sus manos e invertir ese dinero en cosas tan banales como atuendos costosos, que posiblemente nunca podría utilizar porque se la pasaba todo el tiempo enclaustrada en su alcoba.

—Es un regalo, en navidad no pude obsequiarte nada, quiero que uses este dinero para adquirir un nuevo ajuar.

—Deja de culparte, mamá —pidió con tristeza. Noelle sufría por ella y era muy poco común verla tan afectada por algo—. Fue un pacto, mi padre sólo quiso ayudar a su amigo.

—Y ellos prometieron honrarte.

—No seguiré hablando de eso, han pasado más de tres años, no puedo seguir pensando en todo lo que les prometieron. —Sujetó sus manos con suavidad, tratando de transmitirle el valor que no tenía—. Y ahora, sólo quiero dos vestidos.

No se aprovecharía de la amabilidad de su madre.

—No puedes tener dos vestidos, debes cambiar de atuendos, todos lo notarán si te ven sólo con uno.

—Y cómo yo salgo todos los días —ironizó.

—Riley.

—Madre. —Se puso de pie—. Es lo que hay, es lo que tengo y lo usaré con orgullo, los demás no me interesan, otro rumor mío no empeorará mi situación.

Su madre suspiró llanamente, dándose por vencida, y le dio el dinero que equivaldría a sólo dos vestidos con sus interiores. Si bien seguía siendo una suma estafalaria desde la perspectiva de Riley, decidió aceptarlo porque no tenía las condiciones para poder pagar un vestido de madame Gale por sí sola.

Comprendía que madame Gale no era la única diseñadora de Londres, pero su trabajo era tan exquisito que sentía que valía la pena pagar por uno de sus diseños.

—Gracias.

Noelle asintió, sin sentirse lista para despachar a su hija. Si por la marquesa fuera, encantada encerraría a su hija en su antiguo dormitorio por años para poder mantenerla alejada de la maldad del conde de Devonshire.

—Cuídate mucho. Me hubiera gustado que vieras a tu padre, pero él ahora mismo no está en la ciudad.

Frunció levemente el ceño, su padre no solía viajar mucho y ahora lo hacía con demasiada frecuencia.

¿Existiría una razón para ello?, ¿estaba sucediendo algo que ella no supiera?

No le sorprendería que fuera así, estuvo mucho tiempo desvinculada de su familia y seguramente ahora le guardaban secretos.

—Si gustas, puedo venir a almorzar contigo mañana.

Si bien la sugerencia iba con toda la intención de impedir que su madre comiera sola, no podía negar que le encantaría tener un almuerzo decente junto a ella, alguien con quien hablar e intercambiar opiniones.

—Me encantaría que así fuera, enviaré un carruaje para ti a las doce.

—De acuerdo.

Llegó a su casa con cinco minutos de antelación para las cuatro y se sorprendió al ver el carruaje de madame Gale allí, por lo que bajó a paso apresurado y subió la escalinata con poca elegancia, siempre sujetando su sombrero.

—¡Joseph! —El mayordomo se giró hacia ella y la saludó como correspondía—. ¿Y madame Gale?

—Milady, madame Gale se encuentra con la condesa viuda y lady Gibbs en su antigua alcoba.

—Oh, ya veo.

¿Y ahora qué haría? Estaban en el ala este de la casa, la zona familiar, una que estaba restringida para ella.

—Debería esperarla aquí, ¿verdad? El conde me prohibió el ingreso a esa área de la casa. — Se rascó la nuca con nerviosismo y el mayordomo fue lo suficientemente eficiente como para esconder su tristeza. Comprendía que no la motivara a ir, hoy en día era difícil conseguir un empleo.

Sonrió abiertamente sin mostrarse afectada.

—Aguardaré por ella.

—¿Desea que le sirva algo, milady?

Abrió los ojos con desmesura, no estaba acostumbrada a que en esa casa le brindaran atenciones, la única que tenía permitido atenderla era Vanesa, su doncella.

—No, pero gracias de todas formas.

Ni siquiera debería agradecerle sus atenciones, eso era de mal gusto para cualquier noble. Sin embargo, eso no le interesaba, en esa casa era como una criada más, se movía al gusto del patrón.

«Sólo que sin sueldo». Quiso bufar.

Joseph se retiró para seguir con los preparativos de la cena y Riley esperó al final de las escaleras, caminando de un lugar a otro con nerviosismo, ¿debería ir a su alcoba y esperar a que alguien le autorizara su salida?

No, ¿y si madame Gale se iba?

Envió su peso de un pie a otro, tratando de recordar qué interiores llevaba puestos. Suponía que los mejores, no podía mostrarle a madame Gale lo precaria que era su ropa, eso levantaría sospechas y no deseaba que se generaran más rumores a su nombre.

Miró hacia el segundo piso, dubitativa. Devonshire le había dicho que no la quería a la vista mientras él estuviera en la casa. ¿Por qué no le preguntó al mayordomo si el señor estaba en la casa? Al menos así, no estaría en ascuas pensando que en cualquier momento él apare...

—¿Qué haces aquí?

—Oh por Dios —jadeó aterrada y giró sobre su eje, encontrándose con su penetrante mirada almadrada. Las piernas le temblaron y perdió la estabilidad en las piernas al verlo tan próximo a ella. Apoyó la mano contra la pared, buscando recomponer su respiración, y las manos empezaron

a sudarle.

Lo correcto habría sido irse al ala oeste de la casa y estar atenta para cuando madame Gale saliera de su antigua alcoba, así podría haberla llevado al salón verde para que tomara sus medidas.

—Milord, lo siento mucho. No sabía dónde esperar a madame Gale, está atendiendo a su madre y hermana.

—Deberías estar con ellas, se supone que eres la señora de la casa.

Lo miró de soslayo, temblorosa, sin reparar en su duro semblante y amenazadora presencia.

—Están en el ala familiar. —Acarició la falda de su vestido, sintiendo un nudo en la garganta.

Le pareció escuchar que respiraba pesadamente y por inercia subió dos escalones. Lo mejor sería mantener distancia. Miró el piso con impotencia, ella no tenía la culpa que la condesa viuda hubiera elegido su antigua alcoba para recibir a madame Gale.

—Tienes mi autorización para ir. Se supone que para madame Gale: esa es tu alcoba.

Subió las escaleras perezosamente, divagando en sus pensamientos. Cuando estuvo frente a la puerta de la alcoba que alguna vez fue suya, quiso regresar a la que se encontraba en el ala oeste y olvidar la ilusión que le generaba ir a una fiesta.

¿Sería lo correcto desear ir a un lugar donde no sería bien recibida por nadie?

Cuando fue presentada a sus dieciocho años, sólo consiguió asistir a algunos bailes antes de ser desposada por el conde de Devonshire. Nunca hizo amigas, nunca se juntó con damas de alto rango, para todos era una mala esposa que no era capaz de mantener a su esposo en el lecho; una paria social.

Sus hombros se derrumbaron, recordándole duramente su realidad, y con tristeza dio un paso hacia atrás, renunciando a esa oportunidad que tenía ante sus ojos. Se volvió sobre su eje y se alejó del ala este de la casa a paso apresurado.

—¿A dónde vas?

Paro en seco y no muy segura encaró a su esposo, jamás pensó que subiría tras de ella.

—A mi alcoba —musitó con nerviosismo—, hablaré con mi hermana y me disculparé por mi falta, no creo que sea buena idea que me presente en su fiesta.

Un evento así requería de un gran esfuerzo e inversión para que los anfitriones quedaran bien ante los invitados, el que ella asistiera sólo generaría críticas para su hermana y cuñado. No quería que su esfuerzo se fuera por la borda por su poco deseada participación en el evento; además, debería sentirse desconfiada y temerosa, ¿por qué Devonshire la llevaría a una fiesta después de tres años de estar infelizmente casados?

El conde avanzó con zanjadas certeras en su dirección y con el pulso desbocado, Riley retrocedió sin poder evitarlo. Era una reacción de su cuerpo involuntaria y de autodefensa, que la misma inquietud la hacía efectuarla sin analizar los contras de su movimiento.

Gracias a los santos él se petrificó en su lugar, pero Riley bajó la mirada para no leer nada de lo que sus ojos podrían expresarle.

—Si sigues haciéndolo, voy a molestarme —advirtió y juntó los ojos con frustración al escuchar sus escuetos pasos. Estaba cerca, su olor varonil y a perfume costoso se lo advirtió. Contuvo el aliento cuando su amplia y peligrosa mano acarició su mejilla.

—No... —suplicó, imaginándose lo peor, y el castaño bajó su mano en una lenta caricia hasta posarla en su brazo.

No estaba segura, pero podría jurar que estaba tan pálida como una hoja.

—No pregunté si quieres asistir: vamos a ir —sentenció, rozando con la yema de sus dedos las

mangas de su vestido—. Mírame cuando te hablo —ordenó con un tono de voz ronco y poco audible, pero incluso así se sintió intimidada y lo obedeció.

El tenerlo tan cerca la obligó a detallar el apuesto rostro del demonio que tenía como esposo. Sus cejas pobladas, dos largos arcos que enmarcaban sus grandes ojos, lo hacían ver peligroso. Su nariz, rentada y perfecta, podría llamar la atención de cualquier dama junto a su fuerte mandíbula y delgados labios. La barba le daba un toque maduro y elegante, haciéndolo ver sofisticado y salvaje.

Salvaje... Él era un salvaje que sólo salía para atacarla a ella, porque según los rumores: lord Devonshire era todo un seductor con las féminas y sabía perfectamente cómo tratar a las damas.

—Entrarás a esa alcoba, dejarás que madame Gale te tome las medidas y no volverás a insinuarme que no irás a la fiesta de tu hermana, ¿de acuerdo?

Seguía siendo igual de intimidante y mandatario.

—Sí, milord.

Después de un tenso silencio él dio un paso hacia atrás y se hizo a un lado, permitiéndole regresar hacia el ala este de la casa. Cuando las costureras de madame Gale le atendieron, ingresó con muy poca confianza al espacioso lugar que conocía muy bien, quedando fascinada por la iluminación del dormitorio.

La puerta se cerró a su espalda y un amargo sabor trepó por su garganta al darse cuenta de lo mucho que le había arrebatado su esposo. Saludó sin prestar mucha atención a los presentes y se acercó al balcón para acariciar las rosas tupidas que habían florecido. Al menos las tenían bien cuidadas, se apoyó en la balaustrada de yeso blanco y sonrió alegremente por la hermosa vista, los perros de Devonshire estaban sueltos y ahora jugaban por el jardín. Si bien para muchos eran un poco peligrosos por su amenazador tamaño e inquietante tonalidad negra, ella sabía que no eran precisamente malos.

Una extraña sensación hizo que mirara hacia el balcón vecino.

No había nadie y las cortinas del dormitorio del conde estaban cerradas. Él no usaba ese espacio, nunca lo usó cuando ocupó esa alcoba, por lo que se sorprendió al ver que al igual que el suyo, sus flores estaban muy bien cuidadas.

—Milady. —Respingó y le prestó toda su atención a una de las costureras de madame Gale—. ¿Se encuentra usted bien?

—Sí. —Sonrió con nerviosismo y regresó nuevamente al dormitorio, centrándose en como dos mujeres atendían a Laurine, quien estaba sobre un pequeño estrado, frente a tres espejos que le permitían verse en diferentes algunos, mientras lady Dalila parloteaba frente al muestrario de telas, conversando con madame Gale.

Después de vivir en un dormitorio pequeño y mal iluminado, Riley se sintió bastante cohibida por la hermosura de la alcoba. Antes no la había apreciado tanto como ahora. Tenía muchos muebles, todos nuevos y lujosos, la chimenea era de un tamaño colosal en comparación a la suya, por lo que estaba segura que el cuarto calentaría agradablemente en noches frías y lluviosas. El dormitorio era diez veces más grande que su pequeño refugio, tenía un conjunto de sillones amplios y acogedores, divanes junto al balcón, dos mesas de noche, una cómoda enorme y un armario de tamaño colosal, sin mencionar las habitaciones contiguas de descanso que tenía.

Sin embargo, nada de eso llamó tanto su atención como la inmensa cama donde fácilmente podrían dormir tres parejas cómodamente. La boca se le hizo agua cuando se sentó en la orilla de la cama, disfrutando de su grandiosa suavidad, y posó las manos sobre el hermoso cubrecama de piel; uno que seguramente era suave y caliente. Por un momento deseó tocar las sábanas; o, mejor

dicho, recostarse mientras esperaba su turno y tomar una siesta hasta el día de mañana.

Fugazmente escuchó que lady Dalila estaba escogiendo siete colores de telas para sus vestidos y le pareció un gasto estafalario. No era que le molestara, si su hijo quería gastar esa pequeña fortuna en ella, ¿quién era Riley para prohibírselo?; pero tanto Dalila como Laurine poseían una gran cantidad de atuendos, podría jurar que incluso tenían ropa sin estrenar.

Su cuñada reveló que ella pediría cinco vestidos y sus uñas se clavaron en el cubrecama.

«Con dos vestidos estarás feliz».

Se dijo así misma para no cometer la locura de pedir más y regresar a la casa de su madre con la noticia de que aceptaba su primera oferta. Ella no los necesitaba, estaba bien así, no tenía que ambicionar nada que no pudiera tener.

Después de varios minutos llegó su turno y junto a ella, lady Dalila se acercó al pequeño estrado.

—Tiene una cicatriz en la espalda que se debe cubrir y a mi hijo no le gusta el color de su piel, espero sepa cómo tratar estas exigencias —dijo con un brillo maligno en los ojos.

Riley mantuvo la mirada en alto, Dalila no dijo nada que ella no supiera, no tenía que sentirse ofendida. Aunque en el fondo a ella sí le gustaba el color de su piel, ciertamente no podía ir en contra de las exigencias de su esposo.

Madame Gale le cedió su puesto a una de sus costureras y se acercó a ellas con el ceño fruncido, dejando a Laurine escogiendo los colores de sus vestidos con otra persona.

—Conozco la situación de lady Devonshire, pero no apoyo la idea de cubrir su piel.

La francesa no era alguien que se dejara influenciar y aún recordaba su disgusto ante la idea de generarle atuendos tan recatados en su primera temporada; y qué decir de su vestido de novia, ella había querido utilizar escotes, muchos colores y una enagua atrevida; pero su suegra le había dicho que no, que debía ser igual de recatado que sus otros vestidos y que no se tomara libertades que no le correspondían.

En lo que ellas conversaban, Riley dejó que la costurera le quitara toda la ropa que llevaba puesta, percibió las miradas sorprendidas y discretas de madame Gale y sus empleadas al ver el estado de sus prendas, pero mantuvo el mentón en alto para no mostrarse afectada.

Dalila lanzó una carcajada ruidosa y con la camisola puesta, Riley se subió al estrado, sorprendiéndose a sí misma por su reflejo de cuerpo entero. En su alcoba sólo tenía un espejo ovalado que le permitía verse del pecho para arriba, por lo que hace mucho que no reparaba en el estado de su cuerpo.

—Si me permite, milady. —Madame Gale se dirigió a su suegra con molestia—. Quiero estar a solas con la condesa, supongo que eso es posible porque es su alcoba y usted ya ha sido atendida.

La condesa viuda sonrió con malicia y Riley supo lo que estaba pensado: ese dormitorio no era su refugio, nada en ese lugar era suyo.

—Igual ya me iba.

Dalila salió de la alcoba y Laurine titubeó ante la idea de marcharse.

—¿Puedo quedarme, madame Gale?

La pelinegra le sonrió.

—Por supuesto, milady, debe seleccionar los colores de sus vestidos. Si me permite recomendarle, el color celeste agua le quedará precioso.

Laurine le guiñó el ojo y Riley dejó que le tomaran las medidas en lo que madame Gale la escudriñaba con la mirada.

—A perdido peso, milady, si me dijeran que le hiciera un vestido con las medidas que guardo

de usted no le quedaría para nada bien.

Se sonrojó y clavó la vista en su traslúcida camisola que le permitía ver como sus costillas empezaban a marcarse.

—Mi apetito se redujo estos últimos meses.

La mujer no cuestionó su comentario.

—¿Tiene alguna idea de cómo quiere su vestido?

Ella solía leer revistas de moda, pero no estaba segura de qué podría quedarle bien.

—Le agradecería que me recomendara algo. —Los gustos de la modista eran exquisitos, ella sabría que hacer basándose en su diminuta figura.

—Muy bien, como usted me lo autorizó debe saber que no daré marcha atrás. —Asintió—. Su vestido será carmesí.

—Discrepo.

Era una muy mala idea.

—Y el escote será abierto, mostraremos sus hombros, cuello y escote.

—No, eso es imposible, tengo algo que esconder.

—Subiré el corte en su espalda, la cicatriz viene de su hombro por lo que no se notará con lo que tengo pensado hacer; llevo esperando tres años para este momento. Nunca me pidió su ajuar después de su boda.

Jugeteó con sus manos, inquieta.

—No es buena idea mostrar mucha piel —susurró con un hilo de voz, ¿quién le aseguraba que él no se molestaría por eso?

—Su piel es preciosa, milady, debería lucirla tanto como la lucen su madre y hermana.

Suspiró.

Ella también pensaba lo mismo, pero lastimosamente había cosas que simplemente se salían de su control y una de esas era la voluntad de su esposo; no obstante...

—No le haré cambiar de parecer, ¿verdad?

Los vestidos se los pagaría ella, ¿por qué no tener uno que realmente fuera de su agrado?

—En lo absoluto —ratificó la modista, orgullosa—, usted llevará un atuendo maravilloso. Yo misma se lo confeccionaré.

La emoción la carcomió por dentro, al parecer hoy era su único día de suerte.

Capítulo 4

Tomar el té y ver los colores y bordados que madame Gale seleccionó para sus vestidos fue lo más lindo y placentero que le sucedió en años. Se sintió dentro del mundo del que fue echada hace mucho tiempo, el lugar donde le correspondía estar. Sin embargo, a medida que el sol se iba, su felicidad dejaba de alumbrar junto a su esplendor, porque pronto tendría que volver a su realidad y saldría de la cálida magia que la abrazaba tan plácidamente.

Alguien llamó a la puerta generando un silencio sepulcral entre todas las damas reunidas y pronto el conde se dejó ver bajo el umbral de la puerta, observándola únicamente a ella. Se tensó, no debió aprovecharse de la libertad que le otorgó ese día, debió haber salido de esa alcoba ni bien madame Gale le tomó sus medidas; pero no, su insensato comportamiento hizo que incluso se atreviera a tomar el té con Laurine y la modista.

Soltó su elegante taza, mirando con nerviosismo sus manos temblorosas, y tratando de esconder su estado emocional se despidió de madame Gale, quien fue guiada por el mayordomo hacia la salida. Cuando sus pasos se perdieron a los lejos, quiso salir huyendo de la alcoba junto a Laurine, pero trágicamente su esposo se lo impidió y le ordenó que se quedara porque tenían que hablar.

¿De qué?; no estaba segura.

Asustada permaneció inmóvil en su lugar, esperando que le dijera aquello que quería comentarle.

—¿Cómo estuvo su tarde? Las risas se escucharon hasta el primer piso.

No le sorprendió que él tomara asiento en el sillón que estaba frente a la chimenea, pese a que lo correcto era que ningún hombre estuviera sentado mientras una dama estuviese de pie en la estancia, Devonshire no la tenía a ese nivel.

—Bien —musitó y tomó asiento en el diván que estaba junto al balcón, a una distancia razonable de dónde él se encontraba.

—¿Sólo bien?

No parecía molesto, ni mostraba intención alguna de querer regañarla, él estaba actuando con normalidad. No le sonreía, pero tampoco le reprochaba nada con su oscura mirada. Meditó la situación, tratando de encontrar una lógica al hecho de que deseara hablar con ella, y a su mente llegó aquello que era de suma importancia. Se incorporó, y para su sorpresa él hizo lo mismo. Su semblante dejó de ser tranquilo y pasivo.

—Aún no he terminado de hablar contigo —aseveró, cohibiéndola un poco.

—Lo sé, milord, no pretendo dejarlo en este dormitorio, ya entiendo por qué quiere hablar conmigo.

Desconcertada por la confusión que arrugó levemente el entrecejo de su esposo, Riley lo observó con recelo antes de intentar acercarse a él. Lo primero era cerciorarse que no estuviera tenso, ni molesto. Miró sus manos, las cuales pronto se cerraron en dos puños, y respingó con nerviosismo.

—Sabes perfectamente que no lo volveré a hacer, deja de mirarme como si fuera a golpearte.

En realidad, no sabía nada. Se sentía como el primer día que entró a esa casa, jamás sabría que otra maldad podría venir por parte de él o su madre. Se acercó dispuesta a finalizar con todo antes de que la humillase y sacó el saco de monedas que su madre le entregó del bolsillo de su falda.

—Madame Gale no me dijo cuanto saldría todo lo que le pedí, pero mi madre dijo que esto bastaría para cubrir mi cuenta.

Un leve rubor cubrió sus mejillas al cederle la bolsa de monedas que su madre le envió. Si él contaba el dinero, le preguntaría porque había más de lo que equivalían dos vestidos, y ella no sabría cómo decirle que pidió interiores y enaguas.

A diferencia de aquella vez que le pagó las tres libras del carruaje, Devonshire no le arrebató el dinero con torpeza; es más, ni siquiera sujetó la bolsa.

Riley sabía que tenía que pagarle, él siempre le insinuó que debía cubrir sus propios gastos porque él no gastaría en ella. Fue por eso que consiguió el dinero ese mismo día. Sin embargo, le parecía extraño que él estuviera tan callado, normalmente se pondría a despotricar para ella como solía hacerlo antes del incidente, cuando frecuentaban más.

Tal vez era mucho dinero como para que lo aceptara sin cerciorarse de que estuviera completo. «Claro, qué tonta».

—No lo engañaré, si gusta puedo contarlo.

Se arrodilló en el piso enmoquetado por mera costumbre y posó el saco de monedas sobre la pequeña mesa, sin darse cuenta que su comportamiento era muy poco común para una dama de su alcurnia. Se dispuso a abrir la bolsa, pero todos sus movimientos cesaron cuando él puso su mano sobre la suya.

Dios santo, era la segunda vez que la tocaba en el día y podía estar segura que odiaba que lo hiciera. Tiritó con violencia y se encogió en su lugar al ver como se hincaba para ponerse a su altura, muy cerca de su cuerpo.

—No recuerdo haberte pedido nada.

Alzó el rostro y tal vez su palidez le dio a entender que se sentía realmente mal con su toque, porque él se sorprendió y luego retiró su mano con lentitud.

—Milord... —logró articular y luego buscó recuperar la compostura—. Si usted quiere comprar el vestido para la velada de Lisa se lo agradezco, pero yo le hice ciertos pedidos a madame Gale y no quiero que se entere de ello por terceros ni mucho menos cuando le llegue la factura, lo mejor es que reciba el dinero para evitar momentos desagradables.

Dejó el saquito marrón sobre la mesa y se puso de pie dispuesta a marcharse; no obstante, lo siguiente que escuchó hizo que clavara los pies en el piso.

—No quiero este dinero, llévatelo contigo.

Se volvió hacia él, sorprendida.

—Pero...

—Hazlo —ordenó con frialdad y sin deseos de alterarlo, sujetó el saquito marrón que su madre le entregó y salió casi corriendo de su alcoba, incapaz de creer que él hubiera rechazado su dinero y estuviera dispuesto a cubrir una cuenta suya.

Cuando entró a su pequeño dormitorio, un sentimiento de paz la invadió al darse cuenta que había salido intacta de varias conversaciones con el conde aquel día y que incluso él la tocó en dos oportunidades y en ninguna intentó lastimarla.

Si mi hijo te ve en su camino, no dudará en castigarte con un par de golpes por tu indisciplina. Hablo con él todos los días, deberías dar gracias que no me ordenó cerrar el cerrojo de tu habitación hasta ahora.

Recordó una de las muchas advertencias de lady Dalila y descartando los malos pensamientos, se acercó a la ventana, tiró del asiento de su cómoda para subirse en él y posteriormente a su cómoda para darle los típicos dos golpes en la parte superior al marco, logrando así abrirla.

Su alcoba necesitaba recibir un poco de aire fresco.

Matt retiró la vista de la ventana que daba a su oscuro jardín y observó a su madre, quien hablaba y hablaba sin parar mientras él no era capaz de captar sus palabras. Después de la cena, era muy normal que tomara el té con su madre y hermana; sin embargo, esa noche Laurine le había dicho que prefería retirarse a la cama temprano, por lo que se encontraba únicamente con Dalila, quien le mentía sin vergüenza alguna, creyéndolo un imbécil.

Y tal vez lo era, porque por años se tragó todas sus mentiras.

Si no la amara tanto, otro habría sido su proceder en cuanto a su nuevo descubrimiento.

—¿Y qué me puedes decir de mi esposa? —inquirió con fingida indiferencia, esperando que le diera el típico reporte semanal—. ¿No hizo nada comprometedor delante de madame Gale?

—Se comportó bien.

—¿Cómo la ves?

—Ella se encuentra en perfecto estado, no le falta absolutamente nada y sigue empeñada en quedarse encerrada en su alcoba.

Quiso bufar y reírse con ironía. ¿De verdad lo creía tan estúpido? ¡Él lo vio todo!

Sin que Dalila lo supiera, visitó a su mujer en ese maldito cuarto que su madre había habilitado como dormitorio para su esposa, y por lo que pudo ver aquel día: Riley ni siquiera comía los platos que ellos degustaban todos los días.

Le faltaba absolutamente todo.

—Hoy se atrevió a pedirle dos vestidos a madame Gale, ¡con sus interiores! ¿Puedes creerlo? Dime que le cobraste, no puede abusar de tu amabilidad.

¿Amabilidad?, ¿así se podía llamar a la vil crueldad que le estuvieron haciendo vivir a su esposa por años?

Se frotó las sienes con cansancio, el sólo recordar como intentó pagarle por sus vestidos hacía que la bilis trepara por su garganta. Ella no tenía nada, su ropa era un desastre total; vieja, llena de remiendos y pasada de moda. Tenía que solucionar cada uno de sus errores, ver la mejor manera de enmendarlos y regresarle a lady Devonshire todos los derechos que le correspondían como su condesa.

—Hoy se atrevió a dejar su almuerzo, ¿puedes creerlo? —inquirió indignada, y no pudo culpar a la morena por ello, su plato parecía un cuenco de agua con un insulso pedazo de carne—. Dejaré que tú la castigues por eso esta vez. —Se tensó, ¿por qué diantres iría a castigarla? Él dejó de pensar en su esposa desde hace mucho, perdonó su falta y siguió con su vida, pero nunca se imaginó que Dalila la tendría viviendo en una situación tan precaria—. Por ahora te informo que hice que le redujeran la cantidad de comida para su cena para que aprenda a no despreciar la comida.

Incrédulo por lo que acababa de escuchar, buscó a su progenitora con la mirada, quien lejos de mostrarse apenada, cohibida y avergonzada por privar de comida a una pobre muchacha, se veía satisfecha por su ruin proceder.

¿Qué diantres tenía en mente cuando la dejó a cargo de lady Devonshire?, ¿por qué nunca se detuvo a pensar lo que ella estaría haciendo con su esposa? El único deber que su madre tenía, era

el de mantener a la castaña lejos de su alcoba y su vida, pero esa petición nunca incluyó encerrarla en una ratonera y privarla de una buena alimentación.

Lastimosamente, el tema de su vestimenta era un fallo suyo, porque nunca le dejó recibir los servicios de madame Gale, durante el primer año de casados no tuvo la decencia de darle un solo penique para sus gastos y todo porque la culpaba de la gran pérdida que sufrió junto a Francesca antes de llegar a Londres.

—¿Cómo pudiste?!—bramó fuera de sí, con la impotencia a flor de piel, y la hermosa viuda que conoció hace unos meses sollozó ahogadamente, enjugándose las lágrimas de las mejillas.

—Tú no vas a quedarte, estás prometido, te irás con ella tarde o temprano ¡no podía tenerlo! Alborotó su cabellera, angustiado. Francesca acababa de matar a su hijo. Por los cielos, él iba a casarse con ella, encontraría la manera para impedir su matrimonio con lady Stanton. ¡Debió contarle sobre su embarazo antes de acudir a la curandera!

—Perdóname, Matt —rogó, arrodillándose ante sus pies, y tragó con fuerza al ver la angustia en el hermoso rostro de la mujer que amaba—. Tenía miedo, debes comprenderme, quedarme sola y con un hijo podría arruinarme.

Se acuclilló junto a ella, conteniendo su propia impotencia, y la abrazó con fuerza. Todo esto era culpa de su padre, porque el muy malnacido no sólo había arruinado la vida de su madre al obligarla a hacerse cargo de Laurine, una bastarda, sino que lo había prometido porque sus errores llevaron a su familia a la quiebra.

¡Maldita sea!

La mujer de su vida se vio obligada a renunciar al fruto de su amor por las obligaciones que él tenía en Londres.

—Volveré por ti, debes esperarme —susurró con un hilo de voz, evitando derrumbarse allí mismo.

—No puedo, debo casarme, tengo veintitrés años, nadie me querrá si sigo esperando.

Cómo si eso fuera posible, ella era la mujer más hermosa y encantadora que había conocido en su vida.

—Francesca, no puedes casarte. Tu destino es estar conmigo, ¿no entiendes la gravedad del asunto? Pusiste tu vida en riesgo por mi culpa, por mi descuido.

La rubia sollozó con congoja, seguramente pensando en el hijo que nunca verían, y empujándolo con fuerza rompió el abrazo.

—Lo nuestro no puede ser, ¡regresa a tu tierra y déjame tranquila!

Rápidamente se incorporó y evitó que saliera corriendo.

—Nos amamos —afirmó y ella retiró la mirada, decidida a dar por terminada la conversación.

—Desde que te conocí supe que sería una más de tus aventuras.

—¡Yo te amo!

—¡Pero no puedes responderme!—chilló histérica, dejándolo helado—. Vete, Matt, tu lugar no está aquí. Ve y cumple con tus obligaciones, tienes una prometida esperando por ti; la mujer que debe parir a tus hijos y la que sabrá como desenvolverse con la estirada sociedad londinense.

Se fue corriendo, dejándolo con el alma por los suelos y el corazón abatido, y rugió a los cielos como una bestia, lamentando la pérdida de la mujer que le conquistó el corazón en tan poco tiempo. Francesca era fresca, divertida e inteligente, todo lo que él necesitaba en su

compañera de vida; y por culpa de su progenitor, nunca podría hacerla suya.

Se frotó los ojos con frustración y se juró a sí mismo que si no impedía su boda con lady Stanton, en su vida le pondría un dedo encima y el condado moriría con él, dado que no pensaba engendrar un heredero.

Esa sería su venganza contra su padre, quien se revolcaría en su tumba al ver que el condado regresaba a manos de la corona.

Su peor error fue condenar a su esposa por no romper la promesa de su padre. Fue tan cobarde, que le exigió a ella que acabara con todo en vez de ser él quien le pusiera un fin a ese compromiso.

—Y bien...

Recordó que su madre le estaba hablando.

—¿Y bien qué?

—¿Qué haré con ella? —Puso las manos en jarras, enojada por la poca atención que le estaba prestando—. ¿Debería dejarla sin comer un día o dos? Tú no sueles ser muy benévolo con ella.

—No —farfulló irritado—. Es verdad que mi esposa no es de mi devoción —«O que hace un tiempo no lo era»—, pero no recuerdo haberle dicho que la prive de sus alimentos, madre.

Dalila le restó importancia con un movimiento de mano. Era una bruja, ahora comprendía por qué su padre nunca llegó a amar a la castaña; no era su falta de belleza, sino su falta de humanidad.

Y él... era exactamente igual que ella.

—Desde hoy quiero que me enseñen todo lo que le subirán a su alcoba.

No pensaba hacer comentario alguno sobre la habitación por ahora.

—¿Qué? —Su voz sonó chillona, pero decidió ignorarla.

La intención del conde era hacer que su esposa volviera a comer en la mesa, regresara a su alcoba y recuperara el lugar que él le arrebató hace dos años; pero sabía que debía ir por partes si no quería asustarla, llevaba muchos años siéndole indiferente como para que de la noche a la mañana ella aceptara abiertamente su buen trato.

Incluso él se sentía asustado por todo lo que se avecinaría más adelante.

—Puede retirarse, madre, ya es tarde y a usted le gusta dormir demasiado.

Dalila no puso objeción alguna a su delicada manera de echarla y Matt aguardó en su escritorio por horas, sin hacer exactamente nada. Le costaba conciliar el sueño, desde hace varios años que su cuerpo se había acostumbrado a ir tarde a la cama, por lo que le parecía un gran descuido no haberse dado cuenta antes de lo que ocurría en su casa a horas de la madrugada. Sabía que Laurine y lady Devonshire eran amigas, hace unos meses descubrió a su hermana yendo a visitar a la castaña a horas poco adecuadas, pero nunca dijo nada al respecto porque el ridículo rechazo que alguna vez sintió hacia su esposa ya no existía, a veces se sentía un idiota por haberlo adoptado.

Porque ahora, por mucho que quisiera, ella no acudiría a él desnuda, pidiendo que la tocara, pues había conseguido que su mujer le tuviera pavor. Alborotó su cabellera, extrañamente afectado por esa verdad. Antes de Francesca, él creyó que su matrimonio con lady Devonshire tendría un final feliz, pensó que sería capaz de apreciarla e incluso amarla con el tiempo, dado que en aquel entonces él ya deseaba desposarla y poseerla, por eso se alejó de Londres por tanto tiempo; no obstante, un viaje a Francia le marcó un gran distanciamiento emocional con la castaña.

Uno que posiblemente ya no existía, porque ciertamente estaba muy intrigado por ella.

Observó la hora de su reloj de bolsillo y sin hacer revuelo abandonó su despacho, subió las

escaleras dispuesto a irse a su dormitorio, pero paró en seco al oír que alguien abría una puerta. Llegó al piso superior y enarcó una ceja al ver a su hermana en su ropa de dormir abandonando su alcoba como si fuera una ladrona. No entendía por qué hacía eso, él ya le había dado permiso para que se acercara a su esposa, ellas no necesitaban seguir escondiéndose.

Avanzó en su dirección, detectando un pequeño bulto de tela que tenía en la mano. Se plantó tras de ella y tomándola por sorpresa carraspeó, haciéndola jadear en su lugar. La rubia se volvió hacia él y abrió los ojos de hito a hito al saberse descubierta.

Enarcó una ceja, entretenido.

Sus gestos eran algo divertidos, Laurine era demasiado expresiva para su propio bien.

—¿Vas a algún lado? —Se cruzó de brazos, apoyándose en el marco de la puerta.

La hermosa rubia de ojos violetas tragó con fuerza y trató de esconder lo que tenía en la mano. ¿De verdad pensaba que podría esconderle algo a él?

—No.

—Cierto, no puedes ir a ningún lugar en camisón, ¿verdad?

Su hermana asintió.

—¿Qué tienes ahí?

Si bien Laurine no solía ocasionarle problemas, a Matt le gustaba saber en qué estaba metida.

—Nada importante.

—¿Tomaste algo que no es tuyo? —inquirió receloso.

—No soy una ladrona —dijo con indignación y el castaño se encogió de hombros.

—Es lo que tu actitud me hace pensar, querida.

—Es ropa, mi ropa —puntualizó encolerizada, extendiendo el bulto en su dirección.

Matt lo tomó e ingresó a la alcoba de su hermana para acercarse a la chimenea y ver todo lo que sujetaba el pedazo de tela. Efectivamente era ropa, ¿por qué?, ¿pensaba huir? No lo creía, nadie huía en su ropa de dormir.

Deshizo el pedazo de tela sobre la cama y se sorprendió al ver que eran tres vestidos y dos pares de interiores totalmente nuevos, lo sabía porque era él quien pagaba por sus cosas y su hermana no estrenó ninguno de los tres vestidos que estaban tendidos en la cama. Laurine se sonrojó al tenerlo fisgoneando su ropa, pero él la miró con sequedad, buscando una respuesta lógica que lo ayudara a no sacar conclusiones erróneas.

—No iba a huir —susurró apenada, ella tenía veinte años, no le sorprendería que hubiera pensado en hacer algo así.

Dalila no era amable con ella.

—¿Entonces?

—¿Me prometes que no te enojarás?

—Te prometo que seré considerado contigo —aseguró en tono mordaz, esperando una respuesta.

—Tú dijiste que podía hablar con ella, ser su amiga, y quise llevarle esto. —Señaló tímidamente la ropa, generándole un mal sabor en la boca—. Todos son nuevos y me hacen ajustados, pensé que a Riley podrían servirle.

Al ver que no era capaz de darle una respuesta, su hermana continuó hablando totalmente intimidada por su silencio.

—Nunca le compraste nada, hermano, hoy vi el estado de su ropa y necesita nuevas prendas, todas están con remiendas y viejas.

Si bien lo había sospechado, algo en su pecho se estrujó al confirmar que su esposa ni siquiera

tenía interiores decentes. Fue un golpe demasiado bajo, por su culpa llevaba tres años sin cambiar de vestuario cuando él compraba ropa nueva para su madre y hermana con demasiada frecuencia.

Hizo una mueca de disconformidad ante la idea de que su esposa recibiera ropa de su hermana, pero por mucho que él quisiera, no podría hacerle llegar ropa de excelente calidad mañana mismo. Madame Gale tardaría un poco, todo era un proceso.

—Haz lo que quieras.

Humillado salió de la habitación de su hermana con paso apresurado y después de ver que su hermana llevaba las prendas a la alcoba de su condesa, aguardó durante largos minutos a que Laurine saliera del dormitorio y se dirigiera al suyo. Por el cómo salió, dedujo que su esposa estaba dormida, por lo que sin dudarle se coló en la alcoba y paró en seco al verla echa un ovillo en la pequeña cama.

Su chimenea era demasiado pequeña, las llamas apenas y calentaba el cuarto. Matt se encargó de avivar el fuego, permitiendo que la alcoba adoptara una temperatura más agradable, y abrió el pequeño placar con curiosidad. En uno de los espacios estaban las nuevas ropas que su hermana trajo consigo y en los demás había ropa demasiado percutida y usada.

Algo captó su atención y se puso de cuclillas para sujetar uno de los libros que estaban allí abajo. No eran de su biblioteca, Riley ni siquiera se atrevía a entrar en ella, por lo que dedujo que se los había comprado. Lo hojeó y comprobó que había sido leído en más de una ocasión y no era precisamente nuevo, seguro adquiriría ejemplares de segunda mano.

Tenía cuatro escaupines, todos viejos y gastados, pero al parecer les daba el uso adecuado.

Se incorporó dejando todo como estaba y con paso resuelto se acercó a la pequeña cama, evaluando su diminuto tamaño. Ella no vivía bien, ¿por qué nunca le pidió otra alcoba? Ese lugar parecía una ratonera, ¿cómo era posible que su madre le hubiera asignado ese cuarto a su esposa?

Posó los dedos sobre el viejo colchón y abrió los ojos sorprendido al percatarse que con suerte tendría diez centímetros de alto. La respiración se le hizo pesada, se había planteado la idea de darse unos días para convencerla de regresar a su alcoba, pero ahora mismo lo único que quería hacer era tomarla en brazos y llevarla a una cama decente.

«Ella te tiene miedo».

Empuñó las manos con impotencia. Si la tomaba en brazos y la morena despertaba, lo más probable era que su esposa terminaría atravesando una crisis nerviosa. Con suerte, ese día había podido tocarla dos veces, toques que él había sabido controlar para no abalanzarse sobre ella; sin embargo, sus reacciones no habían sido muy favorables para él.

Su tacto le daba temor y no podía culparla, el día que pasó el incidente, Matt había estado tan molesto que no midió la fuerza de su golpe y se olvidó por completo que su mano iba a parar a la mejilla, posiblemente, más delicada que vería en su vida.

Pero ella debía comprenderlo, ningún hombre tomaría bien que su esposa lo drogara para consumir su matrimonio, había sido la peor de las humillaciones y no pudo pasarla por alto.

A la mañana siguiente, cuando Riley leyó la nota que Laurine le dejó sobre su cómoda, no pudo contener la curiosidad y corrió hacia su placar para ver sus nuevas prendas.

Oh por Dios, ¡todo era muy precioso!

Sujetó el vestido verde agua, quedando fascinada por el corte que le permitía tener el escote abierto pero la espalda cubierta, y pegando el vestido a sus hombros giró sobre su eje descalza. Le quedaría, tenía que quedarle perfecto, de ser diferente igual no le importaría y lo usaría ese

día.

Rápidamente llamó a Vanesa y con su ayuda se preparó para ir a visitar a su madre, como usaría un nuevo vestido, le pidió a su doncella que le hiciera un lindo peinado. Quedó encantada por la calidad y suavidad de sus nuevos interiores y contenta por el mimo que su piel estaba recibiendo, se puso un poco del perfume de limón que hizo hace poco.

Usó sus mejores esarpines y no le prestó atención al hecho de no tener los accesorios adecuados para su vestido. Igual no llevaría nada importante, iría en el carruaje de su madre, por lo que no se encontraría con nadie en el camino.

El vestido le quedó perfecto, por lo que más tarde le agradecería a Laurine por el gesto.

—Milady, el carruaje espera por usted.

—Gracias, Vanesa.

Salió con paso apresurado, ansiosa por abandonar esa casa, y bajó las escaleras casi corriendo para no encontrarse con nadie. Devonshire no tenía que enterarse que fue donde su madre, él jamás estaba al pendiente de sus pasos, por lo que... La puerta principal se abrió de golpe y a poco estuvo de golpearse con ella; no obstante, logró frenar a tiempo para evitar el impacto.

Los ojos se le abrieron de hito a hito al ver a su esposo en la entrada junto a lord Grafton y lord Portman. Retrocedió por inercia e hizo una perfecta venía, ¿por qué tenía que tener tan mala suerte?

Le hubiera encantado pasar desapercibida ese día.

—Milady, qué gusto poder verla —espetó lord Grafton, avanzando en su dirección, y se arrepintió de no haber utilizado unos guantes ese día. El conde sujetó su mano desnuda y se la llevó a los labios, haciéndola respingar por el gesto.

Se sonrojó, hace tres años que ningún caballero le mostraba un gesto de ese tipo. Y que justamente el primero fuera un hombre tan atractivo como Grafton, hizo que se sintiera intimidada.

—El gusto es mío, milord —musitó con voz inaudible y retiró su mano con nerviosismo, conectando su mirada con la de lord Grafton. El vizconde de Portman hizo lo mismo, con un gesto divertido, y Riley escondió sus manos tras su espalda cuando ambos terminaron de saludarla.

El escudriño del conde de Grafton la estaba inquietando.

—Joseph, lleva a mis invitados al comedor —dijo su esposo en voz alta, congelándole las venas, y bajó la mirada mientras los nobles eran guiados por el mayordomo hacia el comedor.

¿Realmente fue capaz de olvidarse de la presencia de su esposo?

¡Qué tonta!

—¿A dónde vas?

—Mi madre me invitó a almorzar con ella.

Se veía muy molesto.

—¿Ahora piensas irte a donde la marquesa todos los días? —preguntó con voz gélida, regañándola, y Riley bajó la mirada, entristecida.

Por un momento pensó que podría ser posible.

—No.

—¿Por qué tenías tanta prisa? —Se encogió, ¿cómo decirle que quería evitar exactamente esa conversación?

—El carruaje de mi madre me espera, no quería llegar tarde.

—Puede irse.

El aire regresó a sus pulmones y murmurando un suave «gracias», salió corriendo de la casa

del conde y subió al carruaje de su madre con ayuda del lacayo. Por un momento pensó que la mandaría a su alcoba, que no le permitiría ir a ver a su madre, pero al parecer él tuvo consideración con ella por sus visitantes, porque no sería bien visto que ellos escucharan como la enviaba a su dormitorio justo cuando estaba a punto de salir.

Su madre la sorprendió con su plato favorito para el almuerzo, el cual consistía en un delicioso pedazo de carne bañado en salsa agridulce acompañado de puré de papa con ensalada de zanahoria; su favorito. No pudo evitar pedir otro plato y por primera vez en años su madre no objetó ante la idea de que repitiera plato.

Noelle no era muy partidaria de que sus hijas comieran en exceso.

El postre fue budín de pasas con crema montada y también lo devoró con ansia, contenta por estar en su antiguo hogar, el único que tenía.

—Me hace muy feliz tenerte aquí —confesó su madre mientras tomaban el té en el salón verde y Riley apoyó la mejilla en su hombro.

A ella también le hacía feliz estar allí, el vivir en un lugar donde no era aceptada provocaba que valorara mucho más el hogar de sus padres, donde siempre fue tratada con amor y paciencia.

Su madre le informó que iría a Regent Street por unos minutos y le ofreció ir juntas; no obstante, no se sentía con el entusiasmo de ser vista en público, por lo que le dijo que esperaría por ella. Cuando estuvo sola en la casa de sus padres, un impulso la llevó a subir a su antigua alcoba y sin poder controlar su propia ansiedad se recostó en su cama y disfrutó de la comodidad que esta le regalaba.

Todavía era temprano para volver a su casa; es decir, ¿qué haría en su alcoba el resto del día? Por lo menos allí, podía hablar con su madre y sentirse a gusto.

No tenía la menor idea de cómo ocurrió, pero terminó profundamente dormida; y muy a su pesar, se despertó de la peor manera habida y por haber, dado que en un principio lo que le pareció un suave bullicio, se convirtió en protestas de su madre y varios lacayos que retumbaron por el lugar junto al fuerte estruendo que la puerta provocó al abrirse violentamente.

Se sentó con rapidez, sin recuperar la consciencia al cien por ciento, y no fue hasta que escuchó la voz de su esposo que su cuerpo entró en tensión y sus alarmas se prendieron. Saltó de la cama como si de eso dependiera su vida y tambaleante observó el duro semblante de su marido frente a ella.

¿Qué hacía allí?, ¿por qué se veía tan molesto? Su cuerpo empezó a temblar sin control alguno y miró a su madre, asustada, percatándose que la chimenea estaba prendida y ya era de noche.

Dios santo, ¿cuánto tiempo llevaba dormida?

Se frotó los ojos con cansancio, tratando de recuperar la lucidez. Al parecer la suavidad de su antigua cama supo cómo seducirla.

—Como puede ver, mi hija estaba plácidamente dormida, ¿por qué diantres entró a mi casa como si la tuviéramos secuestrada?

¿Qué?, ¿secuestrada?

Al ver que el conde se acercaba a su madre, Riley actuó sin pensar y se plantó entre ellos, protegiendo a la marquesa con su cuerpo. Él no podía hacerle nada a su madre, jamás toleraría que le pusiera una mano encima o le levantara la voz, al menos a ella debía respetarla.

—Lo siento —susurró con la voz temblorosa, rogándole con la mirada—. Yo... me dormí, no tenía pensado demorar tanto, mi madre no tiene la culpa de nada.

Viendo una expresión muy poco común en el rostro del conde, Riley retiró la mirada para no ver su enojo. Sin embargo, lejos de recibir un insulto o una amenaza, lo único que pasó fue que el

conde envolvió su delicado brazo con delicadeza y tiró de ella hacia su cuerpo.

—Nos vamos.

Estaban muy juntos, pero en ese momento lo único que le importaba era saber que su madre estaba bien. La miró por encima del hombro, tratando de transmitirle un poco de paz, pero lastimosamente se fue con el recuerdo de su rostro lleno de preocupación grabado en su mente. Su cuerpo tiritó una vez que estuvo dentro del carruaje de Devonshire y sin poder mirarlo a los ojos, clavó la vista en su regazo mientras jugueteaba con sus manos. Aceptaría su castigo, ni siquiera tenía idea de por qué fue a buscarla, no era como si ella fuera a escaparse.

—Yo...

—No quiero hablar de esto —espetó con frialdad, acallándola.

Al menos no iba a regañarla, la idea de que nuevas restricciones y castigos fueran implementados la asustaba. Con la visión llorosa asintió lentamente y se tragó sus lágrimas de alivio, no tenía la menor idea de cuál era el ángel que la protegía, pero llevaba dos días sin recibir malos tratos por parte de su esposo y suegra, lo que para ella era un verdadero milagro.

Estaba tan asustada, que lo único que quería era esconderse en su dormitorio y no salir más hasta el día de la fiesta de su hermana. Ver a su madre tan expuesta al conde la asustó de sobremanera, no quería que él se metiera con sus seres queridos.

Capítulo 5

Eran las nueve de la noche y por el cómo el conde se retiró a su despacho totalmente encolerizado, dudaba que lady Dalila permitiera que le sirvieran la cena. Ella siempre la castigaba, el día de ayer fue porque no terminó su almuerzo y hoy sería por hacer enojar al señor de la casa.

Probó un poco de suerte y tocó la campanilla —una que sólo traía a Vanesa con su toque— y cuando su doncella estuvo allí, preguntó si había la posibilidad de que pudiera tomar un baño. Normalmente sus baños eran después de las diez de la noche, cuando más criados podían ayudarlas a subir la bañera y preparar todo lo necesario.

—Pero el señor está en la casa y no se ve de muy buen humor, milady —musitó Vanesa con voz temblorosa y ella asintió, comprendiendo a la perfección sus temores—. Veré si puedo subirle la cena.

—Si lo consigues, te estaré verdaderamente agradecida. —Acarició su vientre plano, sintiendo como rugía en respuesta ante la idea de poder tener un poco de comida. Si se hubiera quedado despierta, habría podido cenar con su madre y la reprimenda del conde al menos habría valido la pena.

Se rascó la nuca con frustración, sintiendo su cuerpo algo pegajoso. Era un día caliente, como nunca el clima decidió deleitarlos con su calor y ahora ella se moría por un baño, pero debía ser paciente. No era el momento, en una hora podría ir por una bañera junto a Vanesa y era de suma importancia que tomara un baño ese día, porque mañana era domingo y su doncella tenía el día libre.

La puerta de su alcoba se abrió, tomándola por sorpresa, y la garganta se le cerró al ver a lady Dalila ahí dentro. Tiritó con violencia y no bajó la mirada al sentir su duro agarre en sus mejillas.

Debió sospechar que ella iría a verla.

—¿Se puede saber con permiso de quien saliste dos días seguidos de tu cárcel? —farfulló irritada, presionando su agarre, y Riley gimió adolorida.

—Su hijo...

—¡Tú debes obedecerme a mí! —bramó, soltándola con violencia, y con lágrimas en los ojos acarició sus mejillas—. ¿O se te olvida el favor que te hice hace más de un año?, ¿quieres que te refresque la memoria?

—No. —Sollozó con amargura y lanzó un gritillo cuando sujetó su moño y tiró de su cuero cabelludo con violencia.

—Mi hijo está actuando extraño, ni se te ocurra decirle nada de nuestra... hermosa relación. —Carcajeó con malicia y Riley asintió rápidamente—. Ambas sabemos que lo que yo sé, te enviaré a la tumba de una manera muy dolorosa.

—No le diré nada, él sólo me informó de la fiesta que mi hermana dará en un mes.

Se sintió aliviada cuando la liberó de su agarre y no le gustó como la estudió despectivamente con la mirada. Jamás comprendería por qué esa mujer la odiaba tanto, ella nunca le hizo nada que pudiera generarle algún tipo de disgusto, trató de ser una buena nuera; pero incluso así, Dalila

abusó de su poder y el odio que su hijo sentía hacia ella para maltratarla.

Aunque según ella, su hijo le había pedido que la castigara a golpes si lo creía necesario.

—¿De dónde sacaste esa ropa?

—Me la regaló... —No podía decirle que fue un obsequio de Laurine, porque esa mujer iría y se desquitaría con la rubia— mi madre.

—Tíralo, no va contigo.

Bajó la mirada y no tuvo más remedio que asentir.

—Hoy no cenarás y no permitiré que tomes un baño, mereces un castigo por generarle un disgusto a mi hijo.

—Pero... Vanesa no viene mañana, nadie me trae el desayuno los domingos.

—Una lástima, ¿no te parece? —Su risa burlona le informó que le importaba muy poco que se muriera de hambre—. Pórtate bien y haré que te suban una ración de postre en el almuerzo.

Asintió no muy convencida y se encogió temerosa al ver como caminaba alrededor de ella, evaluando su aspecto.

—Se nota que le importas muy poco a mi hijo. —Ese era un dato que ella ya conocía—. Cualquiera con dos ojos se daría cuenta que tu estado es lamentable, pero a él parece importarles muy poco.

Abandonó su alcoba después de lanzarle esas horribles palabras y Riley se quitó el vestido y se recostó en su cama, deseosa de que el sueño llegara y no se marchara hasta el mediodía del día siguiente. Sin embargo, eso nunca pasó y no fue hasta las dos de la mañana que se armó de valor y decidió bajar a la cocina por algo de comida.

Se puso el salto de dormir viejo y gastado encima de su nueva camisola, contenta de que la nueva prenda no fuera tan traslucida como la que solía utilizar hace unos días y se fijó en qué cosas necesitaría para subsistir mañana sin la ayuda de Vanesa.

Tomó su toalla, la cual era un pedazo de tela viejo y percutido, y sujetó una vela para poder iluminar su camino, se percató que necesitaría unas cuantas para los siguientes días. Salió de su alcoba sin emitir ruido alguno, tenía años de experiencia en ese arte y siempre que llegaba a la cocina, sonreía como una niña pequeña a causa de la satisfacción que le generaba no haber sido descubierta por nadie.

Tomó lo primero que encontró; la canasta de pan estaba casi llena, por lo que si tomaba uno nadie se daría cuenta. Quiso algo de leche, pero cuando alzó el bote, lo dejó en su lugar, la cantidad no era mucha, sería muy extraño que mañana apareciera vacío.

Se conformó con un poco de agua.

Siguió caminando por la cocina y sus ojos brillaron al ver el pie de limón. Dios santo, podría robar una porción y nadie se daría cuenta de nada. No perdió el tiempo y se sirvió un pequeño trozo, siempre mirando hacia la puerta que conducía al pasillo de los criados. No tenía miedo de que ellos la descubrieran, tenía miedo de que se lo contaran a lord Devonshire o a lady Dalila.

No era la primera vez que hacía algo así, los primeros meses sintió pena y vergüenza de ella misma por tener que robar comida, pero luego se dio cuenta que no morir de hambre era lo primordial.

Mirando el pie con lo que seguramente sería una gran fascinación, Riley suspiró y se encargó de lavar su plato y el cuchillo. Si tomaba un trozo más lo notarían. Hizo un mohín y el picor de su cuerpo sudoroso la malhumoró, por lo que, siguiendo su rutina, se dirigió hacia el jardín para ver cómo crecían las margaritas que se dedicó a plantar desde hace dos meses por las noches. Sonrió con satisfacción al ver que estaban preciosas, Laurine la ayudaba con el tema del riego durante el

día, por lo que no solía preocuparse mucho por su estado.

Regresó la vista hacia la casa de Devonshire y al ver que todo estaba oscuro, se dirigió al pequeño lago artificial que él mandó a hacer después de su boda. Como lo esperaba, el agua estaba helada. No obstante, armándose de valor, dejó caer su salto y luego su camisola quedando totalmente desnuda.

Tomaría un corto baño y luego regresaría a su alcoba.

Sin embargo, siempre que entraba a ese lugar, lo hacía para quedarse más de una hora. Desde que lo hizo la primera vez hace unos meses, nunca más pudo parar. Había días que realmente necesitaba nadar y despejar la mente. La luna era su aliada, la única que le generaba un destello de luz mientras ella flotaba, nadaba y se acariciaba el rostro, cuello y bajaba por sus pechos.

Su cabellera castaña, larga y ondeada, flotaba a su alrededor tan feliz como ella.

La fría brisa le anunció que el clima estaba cambiando y regresó a la orilla, se estremeció cuando esta rodeó su cuerpo mojado y desnudo y empezó a secarse con la toalla que llevó consigo. Rodeó su cabellera con la misma una vez que hubo terminado con su cuerpo y rápidamente se puso su camisola y salto de dormir.

Algo tensa por sentirse observada, corrió hacia la cocina y buscó un poco de carbón. Después de conseguir lo necesario —más unas velas—, se lavó las manos y se dirigió a su alcoba llevándose dos panes en caso de que mañana tuviera más hambre.

Estaba nerviosa.

Últimamente algo la inquietaba cada vez que salía de su alcoba por las noches. Antes de ingresar a su dormitorio se aventuró a mirar sobre su hombro; pero, como siempre, no logró encontrar nada.

Inmediatamente abrió la puerta y se acercó a la chimenea, tenía que prenderla si quería ganar algo de calor y secar su cabello. Los domingos eran días en los que ella debía arreglárselas por sí sola, por lo que tenía algo de experiencia prendiendo chimeneas.

Cuando la alcoba estuvo totalmente caliente, una idea cruzó por su cabeza y sacó todos sus materiales de pintura que escondía bajo la cama. Lisa y su cuñado solían obsequiarle todo tipo de materiales para que pudiera dibujar y pintar, algo que hacía más llevadero su horrible existencia.

Porque sí, era horrible y lamentable. No era libre, no era feliz, no tenía una vida normal y tampoco lo tenía a él... Los ojos se le llenaron de lágrimas, ¿por qué no huyó de Londres cuando la oportunidad de irse con él estuvo a su alcance? Al final fue una cobarde y lo dejó ir, renunciando a toda posibilidad de volver a reunirse con la única persona que amaba de verdad.

Capítulo 6

Sabía que iba a pasar —porque no era la primera vez que le ocurría— y de igual manera Riley no quiso aceptarlo y se recostó así, desnuda y despreocupada aun consciente de que esa mañana moriría de frío por el delgado cubrecama que tenía a su disposición. Sin embargo, eso no era lo peor, sino que como ella solía moverse mucho por las noches, ahora no encontraba la costura de sus sábanas. Se acercó a la orilla de la cama, con los ojos cerrados, y estiró la mano hacia el piso.

Sí, encontró sus sábanas y tiró de ellas para cubrirse.

Escuchó algo, pero no le prestó atención, siguió con el plan de cubrirse para ganar un poco de calor y en lo que se disponía a cubrir la parte superior de su cuerpo, alguien carraspeó y ella se quedó congelada en su lugar.

No era Dalila, ella la habría sacado de la cama a tirones.

Abrió un ojo y luego volvió a cerrarlo.

«Es un mal sueño, es un mal sueño». Trató de convencerse, pero cuando abrió nuevamente los ojos: lo vio allí, frente a ella.

Extraño.

Era raro que él volviera a plantarse en su alcoba esa mañana y a esa hora. Parpadeó varias veces para cerciorarse de que no fuera un mal sueño, y vaya que la vida fue cruel con ella. Se aferró a sus sábanas, lamentando no haberse puesto algo para dormir, y cubrió la desnudez de sus pechos. Si tenía suerte, él no criticaría su cuerpo, ni su piel al verla tan expuesta ante él.

—Necesito hablar con usted.

Consciente de que era lo mejor empezó a sentarse con las sábanas aferradas a su cuerpo. El lado izquierdo de su larga cicatriz quedó a la vista, pero no le afectó, él ya la había visto tiempo atrás y si tenía algo que decirle, quizá ella ya estaba preparada para oírlo.

—Podría salir unos minutos —musitó débilmente—, debo vestirme.

¿Qué hora sería?

Devonshire salió de la alcoba sin decir nada y Riley se dirigió hacia la camisola que dejó sobre su sillón. Escondió los dos panes que estaban sobre su cómoda y rezó porque él no los hubiera visto. No se peinó, lo recibió con la cabellera revuelta algo disconforme de que la hubiera despertado a las siete de la mañana.

—¿En qué puedo ayudarle, milord?

Él la escudriñó con pericia, como si fuera un mapa que quisiera descifrar, y ella se encogió. Riley reparó en sus ojeras y frunció ligeramente el ceño, no la estaría visitando después de ver a su amante, ¿verdad?

—Seré directo, milady.

Tragó con fuerza.

—Los rumores sobre nuestro matrimonio están afectando a mi hermana.

Asintió. Era algo que ya se había planteado como una posible opción. Aunque no era la única, claro está.

—Y quiere que me vaya al campo para que mi ausencia ayude a Laurine, ¿verdad? —musitó

con voz débil y resignada.

Lo comprendía. Era algo que venía esperando desde la presentación de Laurine. No sería negativa, a pesar de que odiaba el campo porque pasó la mayor parte de su vida allí, vivir lejos de su esposo y suegra podría ser maravilloso.

—No, se quedará aquí. —Asintió algo sorprendida—. Pero desde ahora será usted quien la acompañe a sus reuniones sociales, ya no confío en mi madre y está de más decir el porqué.

Asintió.

—No tiene ninguna invitación hasta la fiesta de su hermana, de ahí para adelante irán al teatro y reuniones de té.

Aún somnolienta, se frotó los ojos como si fuera un pequeño gatito. Si hubiera sabido que él la sacaría de su cárcel para hacerla la carabina de Laurine, habría aceptado los vestidos que su madre le ofreció hace dos días.

—¿Eso es todo?

Tenía mucho sueño.

—Quiero que Laurine se case, ella realmente desea salir de este lugar.

Tal vez su mirada dijo mucho, porque él apretó la mandíbula justo cuando ella dijo «yo también» mentalmente. Bajó la mirada, apenada.

—Ella debe salir de aquí antes de que mi madre la acabe emocionalmente.

Era curioso. Él no quería eso para su hermana, pero generaba aquel mal en los demás. Sin embargo, Riley no era egoísta, conocía lo malvada que podía ser la madre del conde y si Laurine tenía la oportunidad de huir de ella, la ayudaría.

Asintió.

—Me gustaría que me diera respuestas, milady, no puedo saber que tanto abarca un asentimiento.

—Pero... Usted dijo que debía guardar silencio —susurró no muy segura, nerviosa por el silencio que provocó en su dormitorio—. Sí, milord, haré lo que usted me ordene. —Mejor se limitaría a hacer lo que él quisiera.

Devonshire no era un hombre muy dado a exteriorizar sus emociones —sino eran enojo o rabia—, por lo que Riley se inquietó al verlo frustrado.

—Quiero verla en el comedor a la hora del desayuno.

Tuvo que inclinar la cabeza como una niña pequeña para descifrar sus palabras, y cuando lo hizo, jadeó.

—Se servirá a las nueve. —El conde miró de reojo hacia su cómoda, pero rápidamente volvió a clavar los ojos en ella.

Las manos empezaron a sudarle, no estaba segura si era lo mejor para ella, Dalila se disgustaría mucho con su presencia en el comedor. Ladeó la cabeza en modo de negación sin siquiera poder contenerse. Él la miró sorprendido y expectante, como si estuviera esperando algo, algo que ella no sabía cómo dárselo.

—Milord, ayer me acosté un poco tarde y la verdad preferiría saltarme el desayuno.

Las piernas le temblaron al ver cómo le recorría el cuerpo con la mirada y dio un paso hacia atrás, azorada.

—Entonces para el almuerzo —espetó con tranquilidad.

Rezó en silencio y lanzó una pregunta peligrosa.

—¿Puedo pedir que me preparen un baño?

Ya luego inventaría una excusa para no bajar al comedor a la hora del almuerzo.

El silencio fue pulcro hasta que él se acercó a su campanilla y la tocó. Como era de esperarse, nadie apareció. Volvió a insistir y la consternación se plantó en su ceño, frunciéndolo.

—Vanesa no viene hoy, milord, es domingo, usted le dio este día como libre desde hace dos años. Ella es la doncella que se me asignó.

—¿Y por qué no viene nadie? —La miró con fijeza.

—Porque la campanilla es mía. —Se la arrebató con sutileza—. Su madre y usted dejaron claro que sólo Vanesa puede asistirme, así que hoy no tengo doncella.

Estaban casi juntos y por eso Riley se alejó un poco, no le estaba generando temor, pero el tema de su cercanía ya era algo con lo que ella no podía lidiar.

—¿Y cómo pide su comida?

—Los domingos me saltó el desayuno, para el almuerzo bajo a las tres, a esa hora usted está en su despacho y su madre y hermana descansando.

—¿Y la cena?

Retiró su mirada.

—Me la salto.

Era mentira, ella iba en busca de su cena en la madrugada, fue así cuando empezó a robar algo de comida y luego a tener un poco de hambre en horas poco adecuadas.

—Bajaré al desayuno y ahora mismo le subirán su baño.

Ella quiso decirle que no había razón para molestarse porque estaba acostumbrada, pero él la dejó con la palabra en la boca. ¿Qué diantres haría con Dalila?; a ella no le haría gracia verla en el comedor a la hora del desayuno.

En cuestión de minutos en su alcoba estuvieron cinco lacayos y cuatro doncellas, preparando su baño y atendiéndola como correspondía.

Era extraño.

—Milady, ¿desea que la ayude? —inquirió la más joven una vez que los hombres dejaron la bañera lista.

—No, puedo sola. —Las mujeres la miraron con nerviosismo, como si sintieran la obligación de hacer algo por ella—. Pueden retirarse.

Ellas palidecieron.

—¿Lo hará sola? ¿Podrá con su cabello?

Llevaba haciéndolo sola por años.

—Sí.

No necesitaba sus servicios, le habían prendido la chimenea con una cantidad cariñosa de carbón y... Un momento, ¿por qué no intentarlo?

—Tráeme unas toallas nuevas.

Con una sonrisa recibió los cuatro pedazos de tela suaves y finos y se cercioró de esconderlos correctamente para que Dalila no pudiera verlos. Estaba segura que no le iría bien ese día por las atenciones que su esposo le estaba brindando, pero no había nada que ella pudiera hacer; alterar al conde podría ser más peligroso que hacer enojar a su suegra.

A pesar de ser las siete y media de la mañana, su alcoba seguía oscura por la escasa iluminación que se filtraba por la pequeña ventana —que por cierto necesitaba arreglar porque últimamente se trababa más de lo normal—; no obstante, el fuego de la chimenea le regalaba la luz suficiente para observar su piel con fijeza mientras se pasaba uno de sus jabones florales por la pierna.

Era extraño, pero el que su esposo le hubiera permitido tomar ese baño hacía que lo disfrutara

más de lo normal. Antes, siempre sentía que cometía un pequeño ultraje al subir todo lo necesario junto a Vanesa y otros criados para tomar un baño, pero ese día todos le habían atendido como años atrás solían hacerlo.

Se lavó el cabello sin prisa alguna, amasando la suave masa color chocolate con mimo, y se preguntó si debió haber solicitado algunos utensilios de limpieza; como crema para el cabello, jabones y flores aromáticas. Si bien le gustaban los productos que ella creaba, tenía que admitir que quizás jamás se compararían con los costosos utensilios de limpieza que Laurine y Dalila utilizaban.

En su primer año de casada, Riley se había enfrentado a una seria crisis cuando descubrió que su esposo no estaba dispuesto a cubrir sus gastos; y si bien su madre podría haberla ayudado, revelar ese secreto podría haber generado una gran disputa entre su hermano y Devonshire, algo que ella nunca quiso para Ross porque él solía ser muy impulsivo.

—Hágase la idea, milady, que si usted quiere algo debe comprárselo con su dinero.

Riley bajó la mirada con nerviosismo, ella entendía que lord Devonshire no quisiera regalarle dinero para comprar unos cuantos libros, pero esto se trataba de algo más íntimo. Era utensilios de necesidad básica.

—Yo... Quizá pueda regalarme algo de dinero sólo por esta vez en lo que consigo algo. Verá, milord, todos los perfumes, jabones y aceites que traje conmigo se acabaron y...

—¿Mi problema? —preguntó sin mirarla, ahora tenía la vista clavada en su libro de cuentas —. Vaya donde su madre, hoy no llueve y dudo que lo haga.

Era doloroso saber que a él le generaba gracia una experiencia que la dejó enferma por más de una semana. ¿Por qué la odiaba tanto?

—No puedo pedirle dinero a mi madre. —Abrió los ojos, sorprendida, y ahora él alzó el rostro.

—¿Y a mí sí?

Se puso nerviosa, no debía temerle a su esposo, pero su mirada no lograba tranquilizarla.

—Mi madre me dijo que usted me daría una mensualidad, llevamos más de tres meses casados y...

—Salga de mi despacho, no tengo más que decirle.

Consciente de que él realmente no le daría el dinero que necesitaba, Riley se dirigió a la biblioteca y empezó a buscar algún libro que pudiera ayudarle a crear sus propios perfumes. Encontró de todo un poco, pero esa semana sólo pudo bañarse con los productos que Vanesa logró conseguir a precios bajos.

Crear sus productos le tomó más de tres meses en lo que dominaba las recetas. Las primeras veces sólo consiguió irritar su piel, pero por suerte tenía a alguien que le ayudase en ese aspecto y las curaciones no fueron costosas para ella. Esa persona supuso lo que estaba pasando porque le regaló una variedad de perfumes y productos de limpieza.

«Deja de lastimar tu piel. Pídeme cualquier cosa que necesites y yo mismo te lo haré llegar».

Ese día dejó de frecuentarlo, no quería recibir nada de él y si aceptó su regalo fue porque realmente lo necesitaba. Con el tiempo, ya pudo sacar la receta perfecta de sus propios productos —aunque no los necesitase en ese momento, ella sabía que tarde o temprano se le acabaría todo lo que tenía—. Luego fue enviada al ala oeste de la casa y los productos que tenía se terminaron, por lo que usaba la noche para robar una que otra flor que le gustase del

jardín para elaborar sus utensilios de limpieza personal.

Eran fragancias agradables y su cuerpo se había acostumbrado a ellas, quizá por eso no pensó en pedir nada más aparte de las toallas. Permaneció un largo lapso en la bañera, disfrutando de la calidez que la rodeaba, mirando su cuerpo con curiosidad, como si todo fuera nuevo para ella.

Estaba delgada, demasiado para su agrado. Antes de casarse, siempre estuvo en el peso adecuado, y podría jurar que ahora mismo no lo tenía. Sus piernas estaban delgadas, su vientre ni siquiera tenía las pequeñas arrugas que antes solían formarse cuando se sentaba, y sus brazos... Rodeó su muñeca con el pulgar y el dedo corazón, inquieta.

Se descuidó mucho, dejó que la depresión la consumiera y claramente su cuerpo no se encontraba en lo absoluto bien. Cualquier golpe o toque levemente bruscos, hacía que hematomas se formaran en su piel.

Mejoraría, empezaría a usar su dinero para cambiar eso.

Acarició su piel y la comisura de su labio se curvó al ver lo hermosa que se veía su tonalidad a la luz del fuego, un acabado dorado, casi especial. Su madre siempre les había hablado sobre el tema para que no se sintieran inferiores ante nadie y tanto Lisa como ella nunca se sintieron menos por esa cualidad que las caracterizaba; no hasta que su esposo llegó a su vida.

Devonshire prefería a las mujeres de piel clara y cabello dorado, características con las cuales ella no contaba. Desde que se conocieron, él le dejó claro a su madre que prefería que su prometida usara vestidos que cubrieran la mayor cantidad de piel posible.

Recordar ese hecho era doloroso, pues a diferencia suya, su hermana tenía un esposo que adoraba la tonalidad de su piel, para el duque de Windsor uno de los atributos más hermosos de su esposa era la piel besada por el sol que siempre presumía sin sentirse cohibida.

Ella también la presumiría si pudiera, la mostraría con orgullo si no fuera porque su esposo le había dejado claro que no quería que hiciera algo así desde el día que se conocieron.

Parpadeó varias veces al comprender que la última vez que realmente se observó desnuda fue la noche que se clavó frente al espejo antes de atreverse a cruzar la puerta que conectaba su alcoba con la de su esposo para consumar su matrimonio. Cuando ilusionada se inspeccionó, se perfumó y peinó para él, creyendo que después de esa noche su vida conyugal mejoraría.

Era una lástima que hubiera pasado exactamente lo contrario, provocando que su vida se desmoronara ante sus ojos. Había hecho lo que sus institutrices siempre le dijeron que no hiciera: lo había hecho enfadar, había plantado la semilla de su odio y el resultado había generado la expulsión total de la vida que estaba acostumbrada a recibir.

Gracias a eso despertó en su realidad y dejó de perseverar, de insistir y creer; después de un año de ardua lucha dejó que su suegra y esposo decidieran por ella e hicieran con ella lo que se les viniera en gana.

Para eso estaban las esposas, ¿verdad?

No todas tenían la suerte de su hermana, no todas podían encontrar a un duque de Windsor en su camino, no todas nacieron para ser amadas y tratadas con amor.

Se abrazó el vientre, angustiada, al recordar como el primer contacto físico de su esposo había sido tan doloroso e impersonal. Su madre le advirtió que no sería agradable, no fue con grandes expectativas, por lo que de alguna forma había estado preparada para sentir dolor en el acto. Sin embargo, nada se comparó a la reacción de su esposo al día siguiente, eso simplemente fue aterrador.

No concebía la idea de entrar nuevamente al lecho de ningún hombre; su intuición le decía que

no podía ser algo tan malo si su hermana adoraba pasar mucho tiempo con su esposo y ya estaba en el tercer embarazo, no obstante, suponía que para que sea bueno debía estar con un hombre que la quisiera, apreciase y estuviera dispuesto a cuidarla y complacerla, algo que ciertamente ella no tenía ni tendría nunca.

Su esposo la odiaba.

Ni siquiera la había besado, pero sí que la había...

—Tan estrecha, tan pequeña... —gruñó su esposo, hundido en su interior, y con lágrimas en los ojos lo abrazó por el cuello para tratar de hacer más soportable ese dolor.

La ingle le ardía, sentía las piernas entumecidas y lo único que quería era que todo acabara, peor ahora que Devonshire había empezado a moverse en su interior con un suave y certero vaivén que la hizo sollozar en silencio, generándole un incómodo malestar en la ingle.

Iba a doler, su madre se lo advirtió y él mismo le dijo que no sería agradable por ser su primera vez antes de ingresar en su interior.

No podía decir que el dolor se extinguió, pero empezó a ser más tolerable. El peso de su esposo la hizo sentirse acorralada y se relajó de sobremanera cuando él usó su antebrazo para ganar mayor estabilidad y no seguir aplastándola. Con la piel perlada siguió embistiendo y no fue hasta que lanzó un gruñido ahogado y se tendió junto a ella, que Riley pudo sentir que por fin todo había terminado.

Algo viscoso se deslizó entre sus piernas y con lágrimas en los ojos se acarició los labios, apenada. Comprendía que la droga lo hacía comportarse primitivamente, pero ella había esperado al menos su primer beso.

—Ah... —Jadeó cuando él abandonó su cuerpo y ahogó un gritillo cuando sujetó su mano y la instó a girarse en su dirección.

—Fue malo... —comentó con voz ronca y cansada, tenía los párpados pesados.

Intentó apartarse para poder ir a su alcoba, pero el conde no se lo permitió y tiró de ella para envolverla en un fuerte abrazo que la desconcertó. Su pulso estaba alocado y su respiración era acelerada, ¿qué le sucedía?

—Si te hice daño, lo siento mucho.

Sus palabras le generaron una gran esperanza, eran una buena señal, ¿verdad? No muy segura respondió a su abrazo y se quedó a dormir con él esa noche, tal vez mañana todo sería diferente para ellos ahora que su matrimonio había sido consumado.

Suspiró, pensativa.

Todo ese sufrimiento ella misma se lo había buscado al hacer cosas que iban fuera de su moral y posiblemente de cualquier otra persona. Obligó a su esposo a acostarse con ella, a consumir todo y como castigo ahora estaba allí, recordando lo que una vez fue una vida llena de lujos, comodidades y un hombre que tiempo atrás dijo amarla y le ofreció fugarse un día antes de su boda.

Preguntarse el qué habría sucedido si se hubiera ido con aquel hombre, era un golpe bajo para ella, puesto que al final fue una ilusa y cumplió la palabra de su padre, rechazándolo, pensando que Devonshire cumpliría la del suyo y la respetaría y protegería hasta el último día de su vida.

Renunció a un gran amor, para adoptar una vida llena de sufrimiento.

Capítulo 7

En el comedor sólo se encontraba lord Devonshire, leyendo pacíficamente el periódico mientras seguramente esperaba a su madre y hermana. Todo estaba servido en la mesa, pero los lacayos esperaban en sus posiciones a que él diera la indicación de que empezaran a servirle el desayuno.

Riley, sin atreverse a ingresar a la estancia, estiró el cuello levemente para observarlo. En esa pose relajada, ciertamente no se veía intimidante ni peligroso, aunque no por eso dejaba de verse tan grande y musculoso.

Miró sobre su hombro, preguntándose cuando aparecería Laurine. No quería sentarse en el comedor únicamente acompañada de Devonshire, él nunca se mostró conforme con la idea de tenerla en su mesa y justamente por eso le parecía extraño que esa mañana la hubiera invitado a compartir el desayuno con ellos.

—¿Espera a alguien?

De un respingo regresó la vista al frente y la piel se le erizó al ver a su esposo frente a ella, mirando hacia el pasillo desierto que ella estuvo mirando hace poco. Dios santo, ¿cómo hizo para llegar hasta allí sin generar ruido alguno?

—Yo... Sólo pensaba si debía ir a llamar a Laurine —se excusó con nerviosismo, enderezando la espalda. No había razón alguna para rehuirle en ese momento, él estaba siendo amable con ella.

—Ella vendrá sola; además, para eso tengo criados.

Asintió no muy segura e ingresó a la estancia para tomar asiento en el lugar donde el lacayo retiró una silla para ella, al lado derecho de donde su esposo se estaba sentando.

Él regresó a su sitio, escudriñándola sin reparo alguno, y la ansiedad la carcomió por dentro ante la idea de tener que entablar una conversación con ese hombre y en el proceso disgustarlo. Se centró en toda la comida que había en la mesa y la boca se le hizo agua al ver una gran variedad de comida: bollos de todo tipo, tostadas, jamón, queso, mermeladas y un apetitoso pie de durazno.

¡Era demasiada comida!

Su esposo ordenó que empezaran a servir el desayuno y lo miró con curiosidad.

—Aún falta gente —musitó cautamente y él dejó de lado su periódico.

—Tengo hambre, no puedo seguir esperando.

Qué bueno, porque ciertamente ella también tenía mucha hambre.

—¿Desea algo en particular? —inquirió el conde y Riley cayó en cuenta de que un lacayo esperaba junto a ella, esperando que le dijera qué prefería tomar.

—Leche está bien.

Al parecer ninguno esperaba su petición, porque el mayordomo se puso nervioso y Devonshire se tensó levemente. No era algo que le urgiera beber, sólo probó suerte porque esa madrugada se quedó con el deseo de un poco de leche.

—Té —se corrigió—. Té está perfecto, puedo servirme yo sola. —Estiró las manos y sin previo aviso, el conde le sujetó una muñeca con delicadeza.

—Preparen lo que la condesa quiere —ordenó y el criado salió disparado del comedor.

—No hace falta, siempre tomo té. —Retiró sus manos con suavidad para no parecer grosera y regresó la vista a la variedad de alimentos que había en la mesa. Unas galletas de chocolate con crema montada llamaron su atención—. ¿Puedo? —Lo miró a los ojos y señaló la galleta.

—Sírvete lo que desees —respondió con disgusto, retirando la mirada y se llevó la taza de café a los labios.

Riley le tomó la palabra.

Se concentró tanto en degustar la deliciosa galleta, que no se percató que el conde ni siquiera estaba comiendo. Él simplemente la miraba, observando cada uno de sus tímidos movimientos y estudios que les hacía a todos los alimentos que tenía a su disposición.

El lacayo regresó con una tetera llena de leche caliente y Riley bebió de su taza, una vez que le sirvió un poco, con entusiasmo. Disfrutó del sabor y esta vez optó por servirse una tostada con un poco de jamón a gusto. A poco estuvo de gemir de placer, hace mucho que no comía esas delicias.

Se percató que era la única que se movía en la mesa y clavó la vista en su esposo, quien retiró la mirada inmediatamente.

—¿No comerá?

Él había dicho que tenía hambre, fue por esa razón que empezaron antes el desayuno, ¿por qué no comía nada?

—No sé qué debería elegir. —Arrastró sus palabras, con la vista fija en los alimentos de la mesa.

Involuntariamente sujetó el plato que contenía bollos de canela y lo acercó a su esposo, ofreciéndoselos.

—Son sus favoritos, podría empezar probando estos.

Algo sorprendido por su afirmación tomó uno y le dio un suave mordisco a la crujiente y recién horneada masa, mirándola con fijeza.

—Gracias.

—No hay por qué. —Lo regresó a su sitio y sujetó uno también, no quería sentirse observada ni quería comer sola, por lo que no dudó en ofrecerle algo para que él también pudiera disfrutar del desayuno.

—¿Cómo lo sabe? —La masa se quedó a medio camino y sus miradas se encontraron.

Se puso nerviosa.

Desde pequeña, todo lo aprendido giraba en torno a Devonshire, por lo que era normal que supiera cuales eran sus platos, postres y aperitivos favoritos. Le dio un mordisco al bollo, sin saber exactamente cómo responder a su pregunta, y cuando se deleitó del sabor, se le ocurrió una buena respuesta.

—A quién no le gustaría, sabe muy bien.

Él entrecerró los ojos, como si su respuesta no le hubiera convencido del todo, pero gracias a los santos no siguió insistiendo. Siguieron comiendo en silencio, ella muy convencida de que probaría todo lo que estaba en la mesa y él ausente, sumergido en su propio silencio mientras la observaba de reojo cada vez que podía.

—Hoy madrugó... —La voz de Laurine murió al verla en la mesa y Riley se enderezó con una tímida sonrisa en el rostro al ver la alegría que se reflejó en el de la rubia—. Ya veo, por eso nos mandaste a despertar más temprano.

¿Por qué?, quiso preguntar, pero se guardó sus palabras.

—¿Y lady Dalila? —inquirió su cuñada, acercándose a la mesa.

Era una buena pregunta.

—Dalila prefirió comer en su alcoba.

Se removió inquieta, sin querer imaginarse lo molesta que estaría su suegra por tener que verse obligada a comer en su alcoba por su culpa.

—¿Podría saber a qué se debe que estés con tu traje de montar? —inquirió su esposo y ella parpadeó varias veces, confundida, percatándose del hermoso atuendo de terciopelo verde oliva que su cuñada llevaba puesto.

Era increíblemente atractivo y suponía que era por el aire masculino que la prenda llevaba, puesto que el chaqué realzaba la diminuta cintura de su cuñada y cuadraba sus delicados hombros con altanería, haciéndola ver como toda una amazona. Le gustó mucho, más por el delicado pañuelo verde agua que hacía juego con sus guantes y contrastaba de maravilla con su traje de montar.

¿Ella se vería bien en un traje de ese estilo?

No sabía cabalgar, desde su accidente en las caballerizas su madre la mantuvo muy lejos de los caballos, pero definitivamente no le molestaría llevar puesto un vestido tan bonito. Su cuñada se sentó y ella siguió evaluando el acabado de su ropa, deseando llevar uno similar.

Un estremecimiento le recorrió la espina dorsal y sus ojos se clavaron en los de su esposo, quien la miraba sin expresión alguna en el rostro.

Rápidamente clavó la vista en su taza y siguió desayunando.

No pensaría que le tenía envidia a Laurine, ¿verdad? Si Devonshire sacaba una conclusión de ese calibre, no la dejaría vivir tranquila porque él adoraba a su hermana. Ella también lo hacía, sólo se dejó cegar por la belleza de su vestido.

—Se me ocurrió ir a cabalgar después del desayuno.

Él dejó de prestarle atención y Riley sujetó un bollo glaseado, aprovechando la conversación de los hermanos para seguir comiendo. Si ella fuera Laurine, no pensaría en salir a cabalgar porque...

—Lloverá. —Observó su esposo y ella asintió, concentrada en la masa que saboreaba en aquel momento.

—No lo hará; y si sucede, será más tarde —aseguró la rubia, confiada de sus palabras.

—No sabía que pronosticaras el tiempo, hermana. —Le sorprendió el tono burlón del conde, pero aún más el hecho de querer reírse por su comentario.

—Sólo será un paseo, volveré pronto.

—No lo creo.

—Por favor...

Ella conocía esa historia, aún comía con ellos en el comedor cuando descubrió que lord Devonshire era débil a las súplicas de su pequeña hermana.

—Dalila no querrá acompañarte, así que no puedes.

—Hermano, por favor, puedo ir con Riley.

Con el bollo glaseado en la boca a medio morder y dos pares de ojos clavados en ella, Riley abrió los ojos de hito a hito ante su inesperada mención y el pánico la invadió ante la idea de subirse a un caballo. Rápidamente negó con la cabeza y retiró la masa, tratando de ganar el aire y valor suficiente para justificarse. Por el rabllo del ojo se percató de la mano masculina que se acercaba a su rostro y sin poder evitarlo se puso de pie abruptamente, totalmente horrorizada, y tembló sin control alguno.

—No me tomen en cuenta, por favor —suplicó aceleradamente, sintiendo como se le quebraba la voz—. No sé cabalgar, nunca lo he hecho, no sería una buena acompañante.

Él no podía enojarse por eso, debía comprenderla; subirse a un caballo sería un suicidio.

Laurine se preocupó ante la palidez de su rostro y su esposo se incorporó, obligándola a bajar la mirada y encogerse en su sitio. Jadeó alarmada cuando acunó sus mejillas y la obligó a levantar suavemente el rostro.

—Déjeme quitarle esto.

La yema de su dedo pasó por su labio inferior, acariciándolo en el extremo derecho, y tragó con fuerza cuando él terminó su labor, pero no la soltó.

—Te ensuciaste con el glaseado —explicó Laurine.

—Gracias —musitó débilmente y él dio un paso hacia atrás, liberándola de su agarre.

—Regresa a tu lugar —pidió el conde sin mirarla mientras hacía exactamente lo mismo. Tenía la vista clavada en su café.

Así lo hizo.

—¿Por qué no sabes cabalgar? —Su cuñada no se quedaría con la curiosidad y poco le interesaba el tenso momento que acaban de atravesar.

—Tuvo un accidente en las caballerizas —respondió su esposo por ella—. Desde aquel día su madre decidió mantenerla alejada de los caballos.

—Les tienes miedo —concluyó con suavidad y Riley asintió—. Nunca me hablaron mucho de ese accidente, lo único que sé es que estuviste a punto de morir y tu espalda quedó...

—No me gusta hablar de eso —soltó atropelladamente, sin querer sacar a flote el tema de su cicatriz.

Su esposo odiaba su cicatriz, era el principal defecto que repudiaba de ella.

—No puedo acompañarte —regresó al tema inicial, un poco más tranquila—. De verdad lo siento. No tengo idea de cómo montar un caballo, no sé nada de equitación y eso podría ser peli...

—Irás con ella.

La piel se le erizó y sintió inmensas ganas de vomitar al oír la orden directa de su marido. Era una tonta, ¿qué le hizo pensar que él sería amable con ella por al menos una vez en su vida? Lo mejor y más sensato habría sido que ese día se quedara encerrada en su alcoba como ya era su costumbre.

Capítulo 8

La respiración se le tornó pesada y una gota de sudor amenazó con deslizarse por su frente.

¿Qué tan malo sería negarse?

Estaba aterrada, no quería salir a cabalgar por Hyde Park —bueno, si ella supiera hacerlo encantada iría, pero la historia era otra muy distinta—. Los ojos le picaron y su cuerpo empezó a temblar involuntariamente, sintiendo como un inmenso frío recorrió por sus venas. Sin embargo, el toque de una mano sobre la suya hizo que el terror se quedara ahí, en ese punto donde sus lágrimas amenazaban con brotar de las comisuras de sus ojos.

—Y conmigo. Irá conmigo —musitó él con una suavidad que delataba la verdad: Devonshire sabía que se estaba imaginando lo peor de su persona—. No irás sola en ninguna montura, no debes temer.

—No cuento con ropa adecuada para dar un paseo.

Si bien era la peor excusa que podía dar para evitar salir ese día, porque a ella nunca le interesó que los demás conocieran su lamentable situación, era la única que se le ocurrió en aquel momento.

—Te prestaré uno de mis vestidos —espetó Laurine, estropeando sus planes de liberarse de la tarea que su esposo le estaba asignando.

—Está bien.

No era como si tuviera otra alternativa.

Durante los siguientes quince minutos despejó su mente y degustó de su desayuno tanto como pudo, sin darse cuenta que un par de ojos la observaron la mayor parte del tiempo. Cuando le sirvieron una gloriosa e inmensa porción de postre, sonrió sin sentirse muy contenta. Se sentía llena, en su estómago no había espacio para más comida, pero... No quería desperdiciar esa oportunidad.

Empezó a comerlo de igual manera que todo lo demás, con una lentitud que podría desquiciar a cualquiera. Le sorprendía que su esposo y cuñada siguieran esperándola, hace unos años él solía llevarse a su hermana y madre a otra sala para poder conversar con ellas mientras ella seguía comiendo.

Hizo una mueca al sentir una protesta en el estómago y bajó el tenedor, vencida; un bocado más y terminaría expulsando todo lo que ingirió esa mañana.

—¿Se siente mal? —Ladeó la cabeza—. Si ya no puede seguir comien...

—No, sí quiero —le interrumpió con suavidad—. Pero me gustaría terminarlo en mi alcoba.

—No hace falta. Si no puede comerlo, tendrá más para la hora del almuerzo.

¿Le permitiría comer en el comedor a la hora del almuerzo?

—Bueno... —susurró no muy segura, viendo como el criado se llevaba la porción que ella quería guardarse—. Estaré esperando la orden en mi alcoba.

Se puso de pie y él también lo hizo al instante.

—¿Qué orden? —Se veía ofuscado.

—Para ir a cabalgar. —Ahora Laurine también se puso de pie.

—Iremos ahora, sólo te esperábamos —comentó su cuñada y ella frunció el ceño.

—¿No tendrán su reunión familiar? —preguntó con nerviosismo—. En el pasado era algo normal que al terminar una comida se retiren a un salón para con...

—Encárgate de que la preparen, Laurine.

El conde zanjó el tema con sequedad y Riley, tratando de esconder su pavor ante la idea de haber cometido un error, corrió hacia la salida de la estancia, seguida de Laurine.

El vestido de montar que su cuñada seleccionó para ella era de tonalidad púrpura, un color llamativo y hermoso que la llevó a acariciar el terciopelo como si estuviera tocando la joya más cara de Inglaterra. El pañuelo lila a conjunto captó su atención y también lo sujetó, incapaz de creer que realmente podría utilizar un traje de montar.

—Es muy hermoso.

Su cuñada dejó de remover todo en su armario y sacó los accesorios, un sombrero a juego con cintos a los lados.

—Es el favorito de mi hermano, nunca lo utilicé; es todo tuyo.

Se mordió el labio inferior con nerviosismo, se moría de ganas por aceptar la prenda, pero al conde no le gustaría que se adueñara de la ropa de su hermana, menos si se la compró él mismo.

—Yo... No sé si deba.

—Mi hermano está actuando extraño —comentó, desviando el tema, y recelosa dejó que empezara a deshacer los lazos de su vestido—. ¿Pasó algo que no sepa?

—Ciertamente pasó —susurró distraída, doblando su vestido para ponerlo sobre la cama de Laurine—, pero yo tampoco sé a qué se debe su repentino cambio.

—Me alegra saber que al menos ya sentó cabeza.

Dudaba que ese fuera el caso.

—¿Por qué te pusiste nerviosa cuando estuve a punto de mencionar lo de tu cicatriz? —curioseó—. Nunca fue un secreto para nosotros.

—No me gusta, tu hermano no toma bien el tema.

—¿De verdad? —inquirió sorprendida—. Por eso debe acallar a su madre cada vez que Dalila decide despotricar para ti en nuestras reuniones de té.

—Es un defecto que él hubiera preferido que yo no tuviera.

—No creo que a Matt le importe.

Le importaba, y mucho.

—Él tiene una quemadura en la espalda, ¿nunca la viste?

—No, nunca.

—Oh... —Terminó de vestirse y la doncella de su cuñada llegó para hacerle un peinado elaborado y luego acomodarle el sombrero.

¿Su esposo tenía una quemadura en la espalda?

Jamás se lo habría imaginado, se veía tan perfecto y apacible que jamás podría creer que tuviera un defecto en su cuerpo o vida.

—Estás muy delgada, Riley, necesitas mejorar tu alimentación —le regañó Laurine una vez que estuvieron solas.

—Díselo a la madre de tu hermano —bromeó.

—Estoy segura que Matt hará mucho por ti ahora —aseguró con un brillo especial en sus ojos violeta y ella curvó los labios en una mueca sin querer dar mucha esperanza a sus palabras.

—Creo que es momento de bajar, él lleva esperándonos mucho tiempo.

—Cierto. —Asintió la rubia—. Ten, este es tu ridículo.

—Te alcanzo en un minuto —musitó y salió corriendo del cuarto de su cuñada para ir a su dormitorio. Del saquito de monedas que su madre le entregó hace unos días sacó un poco de dinero y lo metió a su ridículo.

No estaba de más llevar unos cuantos peniques.

Junto a Laurine se dirigieron a las caballerizas y Riley se preguntó si iría en una calesa, cabriole o en un carruaje; no obstante, lo que le esperó fue algo muy aterrador. Eran dos caballos, el color caramelo fue para Laurine y el blanco, al cual Devonshire acariciaba el cuello, quedó frente a ella.

—¿En qué iré yo? —preguntó tensa, apretando su ridículo.

—En Zeus —espetó, arrastrando sus palabras—. Ya te lo dije: irás conmigo.

¿En el mismo caballo? Eso era una locura, montarse en el mismo caballo junto a su esposo sería un escándalo de tamaño proporcional, ¿es que el conde no se daba cuenta de eso? Su reputación...

«La tuya está arruinada».

Desconcertada por la noticia y el riesgo que él estaba dispuesto a tomar, se acercó a Devonshire antes de que este se lo ordenara. Soltó el botón que sujetaba su falda para impedir que se le viera la pierna y se puso rígida como una vara cuando él la tomó de su estrecha cintura, que fácilmente fue cubierta por sus amplias manos, para subirla al semental.

Se aferró al lomo del animal que se removía inquieto y por suerte el lacayo sujetó las riendas para tranquilizar a Zeus. Devonshire subió tras de ella y Riley se preguntó si tendrían la suerte de no encontrarse con muchas personas a lo largo del camino.

Devonshire tomó control del animal y tensa observó cómo uno de sus brazos rodeó su vientre para pegarla a él. Sus cuerpos se juntaron y por un momento pensó que la soltaría, pero no fue así, él espoleó suavemente a Zeus para guiarlo hacia la salida, seguido del semental de Laurine.

—Debe sujetarme —le dijo con un tono de voz suave y ronco, acariciando su oreja con su fresco aliento.

Riley no se hizo de rogar y lo sujetó del chaqué sin siquiera mirarlo.

Salieron de la casa a un trote lento y para su sorpresa las calles estaban desiertas, era un poco más de las ocho porque habían desayunado temprano; sin embargo, no esperaba que la gente aún no hubiese salido de su casa, eran pocos los que caminaban por allí.

El mal clima no era de mucha ayuda.

—¿Qué tal una carrera, Matt?

Laurine estaba loca, apenas y podía sujetarse a él a ese ritmo, si Devonshire la soltaba seguramente caería.

—¿Qué se lleva el ganador?

Lo observó con curiosidad, estaba jugando con Laurine.

—El perdedor invitará un helado.

Asintió hacia su cuñada, quería un helado.

Volvió a mirar a Devonshire, sonriente, y sus labios bajaron por instinto al ver sus ojos clavados en ella.

—De acuerdo; que sea un helado —le respondió a su hermana, pero mirándola a ella.

Laurine empezó a contar y Riley, sopesando que él se molestaría, se aferró al pecho masculino como si de eso dependiera su vida —y quizás lo hacía—. Cuando partieron, se asustó tanto por la velocidad implementada, que hundió el rostro en el torso que tenía a su disposición.

Los cascos sonaban y el movimiento era brusco al igual que la velocidad que estaba

implementado el semental. Tiritó con nerviosismo, pero luego él la abrazó, rodeándola con su fuerte brazo por todo el cuerpo y esperó que el recorrido terminara, ya un poco más tranquila.

La ganadora fue Laurine y no porque él fuera un mal jinete; sino que, al sentirla tan nerviosa, Devonshire redujo la velocidad del trote de Zeus.

—Me debes un helado, acabo de ganarte. —Se jactó su cuñada y meditó un poco la situación, haciendo un gran descubrimiento: ella no aplicaba en la apuesta, pero... Tenía sus peniques para comprarse uno.

Trató de abrir el ridículo y él sujetó sus muñecas con la mano del brazo que aún la rodeaba. Alzó el rostro al percatarse que estaban muy juntos y que su abrazo no hacía más que juntarlos todavía más.

—Tengo din...

—Ni se le ocurra.

Frunció el ceño.

—Yo también quiero un helado.

—Y se lo compraré yo.

Fue inevitable no sentirse sorprendida, ¿realmente le compraría un helado?, ¿a ella?, ¿su despreciable esposa?

—Miren. —Laurine hizo que dejara de mirar a su esposo con sorpresa e incredulidad y se concentrara en aquello que había visto—. Son los duques de Windsor.

La representación gráfica de lo que ella siempre quiso tener: una de las familias más felices y dichosas de Inglaterra. Sonrió al ver el abultado vientre de su hermana, Lisa esperaba a su tercer hijo y tanto ella como su esposo esperaban que fuera una niña; puesto que, si bien James y Julian eran muy adorados y encantadores, el duque estaba empeñado en tener una hija.

Después de la continua e incesante insistencia de su hermana en cuanto al tema de que ella entraba en su calesa y tranquilamente podría realizar el paseo con ellos —en vez de llamar la atención junto a Devonshire al compartir semental—, su esposo no tuvo más remedio que bajarse de Zeus, bajarla a ella y ayudarla a subir a la calesa donde los duques de Windsor estaban.

Por supuesto, Lisa se sintió muy orgullosa de su hazaña, uno de sus placeres, posiblemente, favoritos era molestar a su marido; en cambio Riley, esperaba que la interrupción de sus familiares no cambie el buen humor de su esposo.

—Sigue sin agradarme —susurró su hermana, sólo para que ella escuchara, y Riley acarició la mejilla de Julian, quien aprovechó el momento para sentarse en su regazo y recibir sus mimos.

—Te escuché —notificó su cuñado, advirtiéndole a su esposa que Devonshire, quien estaba junto a su calesa, también podría haberla escuchado—. No creo que sea un buen momento para que tengan una conversación de ese tipo —sugirió en un tono de voz casi inaudible que fue opacado por la vocecilla de James.

—¿Por qué no me visitas mañana, Riley? —pidió Lisa, entusiasmada.

—Veré si puedo hacerlo.

Debía pedirle permiso al conde, esos días estaba saliendo con más frecuencia de lo normal.

—¿Por qué te sacó a pasear? —Le habló al oído, ignorando lo grosero que podría ser eso, y Riley se encogió de hombros.

—No lo sé, sólo ocurrió.

—Lo único bueno de esto, es que asistirás a mi mascarada.

¿Mascarada?

—No sabía que esa era la temática de tu baile.

—¿No te lo dijo?

—No dijo mucho —confesó con el ceño fruncido y agradeció que él no pudiera ver sus ojos debajo del ribete de su sombrero.

—Debes venir mañana —sentenció su hermana, dándole un suave toque con su abanico en el hombro.

—Sí. —Julian apoyó a su madre, sonriente, y Riley rio por lo bajo por la alegría que su sobrino menor reflejó ante la idea de que ella fuera a visitarlos.

—Este evento es muy especial para mí —confesó su hermana, acunando su mano, y sus miradas color esmeralda se encontraron—. Me alegra mucho saber que podrás asistir, saber que estás en Londres y no poder verte con mayor frecuencia es muy deprimente.

Lo era... Pero era lo mejor para todos, el que Riley visitara a su hermana o dejara que Lisa la viera con mayor frecuencia, sólo provocaría que ella se molestara y disgustara por su lamentable estado; algo que no era bueno para una mujer embarazada bajo ningún concepto.

El pequeño James de siete años las miró con curiosidad y un poco celoso por el afecto que su madre le estaba dando, abandonó a su padre y se apoyó en el regazo de Lisa, mirándola con ternura. Su hermana carcajeó roncamente y acarició la cabellera castaña de su pequeño. Julian, quien apenas tenía cuatro años, se pegó a ella y le aleteó las largas pestañas con ternura.

Jamás comprendería por qué Julian sentía cierta fascinación por ella, si bien estuvo con Lisa durante todo su tiempo de gestación, después de que ella diera a luz pocas veces pudo frecuentar con el pequeño.

Sus sobrinos eran parecidos a su padre, ambos castaños, de ojos azules, traviosos y seductores de la cabeza a los pies; era normal que el duque se jactara de la inteligencia de sus hijos y lo afortunado que fue al tener una esposa como Lisa. No había hombre más feliz que Windsor en toda Inglaterra.

—Lisa... —su voz perdió volumen y su hermana la miró con curiosidad—. ¿Sabes algo de Ross?

No seas necia, Riley, ven conmigo, yo te esconderé de Devonshire.

Descartó los tristes y oscuros recuerdos que amenazaban con atormentarla en aquel momento tan poco adecuado y esperó la respuesta de su hermana.

—No sé absolutamente nada de él —respondió secamente—. La última vez que me escribió, estaba en Madrid con Aberdeen, no creo que tenga planeado regresar tan pronto.

—Ya veo...

Extrañaba a su hermano, su último encuentro había sido muy doloroso para ambos, por lo que comprendería que él no pudiera perdonarse a sí mismo por todo lo ocurrido. Si ella estuviera en el lugar de Ross, tampoco desearía volver a Londres por un largo lapso.

Aunque él quiso salvarla, para ese entonces: Riley ya no podía ser rescatada.

Se deshizo de los duros recuerdos y se concentró en el paseo que estaba disfrutando junto a sus seres queridos; al final sí valió la pena salir con su esposo, nunca pensó que se encontraría con la familia de su hermana.

—Será una noche gratificante para todos. —El duque de Windsor demandó su atención y le sonrió con cariño fraternal.

—Eso espero.

Hacerse grandes expectativas con el evento sería desastroso, por lo que simplemente aguardaría con paciencia y dejaría que las cosas fluyeran tal y como debían ser. Además, ¿quién le garantizaba que en un mes las circunstancias seguirían siendo las mismas? Devonshire aún tenía

mucho tiempo para cambiar de opinión.

El siguiente tema que salió a flote se basó en las travesuras de los hermanos Browning, quienes hacían que sus niñeras estuvieran a un paso de la muerte por los sustos que les brindaban casi a diario.

—No deberíamos quedarnos, Lisa, el clima no es muy bueno —refunfuñó mientras la doncella de su hermana tendía un manto a varios pasos de distancia del Serpentine—. Lloverá en cualquier momento, por eso Hyde Park está tan desierto, el mal clima no es un buen presagio para un día de paseo o picnic.

—Relájate, Riley —susurró su cuñada, posando una mano sobre su hombro, y la miró con impotencia.

Tenía un mal presentimiento, odiaba los días lluviosos.

Muy pocas personas se desplazaban por los senderos de Hyde Park, todas preferían resguardarse en sus casas por el mal clima, ¿por qué ellos no podían hacer lo mismo?

—Es un lugar perfecto, Riley, no debes preocuparte, si se pone a llover nos iremos en el instante —prometió Lisa, confiada, y lanzando un largo suspiro se resignó a que nadie le haría caso esa mañana.

—Hace mucho frío. —Se estremeció y se abrazó a sí misma por el vientre.

—¿Eso crees? —susurró Laurine, consciente del rechazo de Lisa hacia su persona—. Hay otros días que suelen ser más fríos.

Ella estaba acostumbrada a vivir junto a su chimenea, su alcoba casi siempre estaba templada por el calor del fuego, por lo que su cuerpo no estaba acostumbrado a un contacto tan directo con las temperaturas bajas.

Vio que Julian intentaba acercarse al lago y rápidamente le sujetó de la muñeca, impidiendo que siguiera avanzando.

—Es peligroso, cariño, no te acerques al agua —pidió con ternura, poniéndose de cuclillas, y el castaño hizo un mohín con los labios, pero terminó asintiendo.

—Quiere nadar —informó el pequeño James, poniéndose junto a ella, y Riley abrió los ojos de par en par, incrédula.

—No, Julian, este no es el lugar adecuado para hacerlo.

Sabía que su cuñado solía llevar a sus sobrinos a un arrecife para enseñarles a nadar, pero el Serpentine no era un arrecife, por lo que Julian no podía acercarse al agua ni de chiste. Buscó las palabras correctas que pudieran ayudarla a hacerle comprender al pequeño que no podía nadar, y una idea llegó a su cabeza.

—Mira, hoy hace mucho frío, cariño —musitó con ternura y Julian asintió—. Otro día, cuando el sol esté en su mejor punto, te prometo que tu padre te llevará a nadar con James, ¿de acuerdo?

—De acuerdo. —Sonrió, como si de pronto el tema del nado hubiera quedado en el olvido, y Riley se alivió de sobremanera al ver como el pequeño corría hacia su padre.

—Pudiste convencerlo. —Respingó en su lugar y rápidamente se incorporó al ver a Laurine y su esposo tras de ella—. Ahora sólo debes decirle a su excelencia que el próximo día soleado debe disponerlo en sus hijos para una clase de nado —bromeó y Riley ladeó la cabeza, divertida.

—Jaden —lo llamó por su nombre de pila sin darse cuenta de ello— no necesita que nadie le pida que se haga cargo de sus hijos; ellos, al igual que mi hermana, son su razón de ser. —Le dirigió una cálida mirada a su cuñado, viendo como tomaba a su hijo en brazos y besaba la sien de su esposa—. Julian se lo pedirá y él simplemente lo complacerá; es más fácil de lo que te imaginas.

—Tía. —Riley clavó la vista en James, quien le dedicó una sonrisa traviesa—. Quiero un helado.

—¿De verdad? Yo también quiero uno.

—Compremos uno para todos —sugirió su esposo, arrastrando sus palabras, y después de pedir permiso a Lisa para llevar a James con ellos, emprendieron camino hacia la heladería que no quedaba muy lejos de donde se encontraban.

—¿Qué opinas acerca de lo que te dijo su excelencia, Matt?

¿Jaden hablando con su esposo? Eso era de no creer, todos sus conocidos odiaban a Devonshire. Quizás todo se debía a que estaban compartiendo un paseo juntos y no sería bien visto ni cómodo que hubiera una disputa entre todos los presentes.

—Ahora sé que Talbot, Harris y Kellogg no te convienen, por lo que no autorizaré su cortejo.

—¿Son deudas muy altas? No me molestaría cubrir las de sr. Harris con mi dote —bromeó su cuñada, aleteando sus largas pestañas.

Laurine estaba tan desesperada por encontrar un esposo, que ni siquiera le importaba que este no tuviera un título. Según la rubia: no podía aspirar a un pretendiente de alto rango por el escándalo que la precede, por lo que un caballero no estaría mal.

—Ese no es el problema, Laurine; ellos son personas adictas al juego, despilfarrarán todo tu dinero en cuestión de semanas y jamás tendrás acceso a tu dote. Serás infel...

Se interrumpió, algo poco común en él, y Riley evitó mirar hacia atrás al sentir una fuerte tensión en el ambiente. Devonshire no quería para su hermana lo que a ella le tocó vivir junto a él. A pesar de que su esposo no era un jugador ni tenía ningún vicio, nunca la dejó recibir un solo penique de su dote, algo que ciertamente era frustrante y ella tampoco quería para Laurine.

—Hablaremos de esto después —susurró y ella lo miró por el rabillo del ojo.

La estaba mirando.

—Riley, tú me ayudarás a encontrar un esposo, ¿verdad?

—¿Esposo? —preguntó James con curiosidad, mirando a la rubia con interés.

—Sí, un hombre bueno y apuesto —respondió Laurine con un gesto risueño y James enderezó la espalda gallardamente.

—Yo soy apuesto, y bueno.

Fue tan difícil no reírse ante la afirmación de su sobrino que Riley rompió en una suave carcajada.

—¿Puedo ser su esposo? —James la miró a ella, impaciente.

—Un marqués es mejor de lo que había esperado —bromeó Laurine y Riley no quiso ver la sonrisa de Devonshire, suficiente tenía con escucharla.

—El matrimonio no es tan bueno como piensas, James —advirtió con diversión, retirando el rizo castaño de su frente.

Él la miró, confundido.

—¿No es bonito?

—No, no es para nada bonito.

Capítulo 9

Al darse cuenta que sus palabras no eran ni de asomo las más indicadas para decirlas en voz alta en aquel momento, Riley trastabilló y se tensó bruscamente por la terrible falta de respeto que cometió hacia su esposo.

James tiró de una rosa que crecía en el lateral del sendero y se la entregó con delicadeza.

—Tú eres muy hermosa.

Por un momento se olvidó de sus problemas y sonrió abiertamente.

—Gracias.

Las esposas de sus sobrinos no sufrirían, su cuñado estaba haciendo un trabajo excelente educándolos. Siguieron avanzando, un tanto preocupada por su anterior afirmación respecto al matrimonio. Devonshire no podía culparla por decir lo que pensaba en voz alta, fue algo involuntario.

Al doblar en una de las esquinas de los senderos, Riley jadeó al sentir como su cuerpo fue a impactar bruscamente contra el de alguien más. Su cuerpo perdió la estabilidad y soltó la mano de James para evitar que él cayera junto con ella, cerró los ojos, aguardando por la caída, pero esta nunca llegó y en vez de eso unos fuertes brazos acunaron sus hombros, permitiéndole impactar contra el pecho de alguien.

El olor hizo que su cuerpo se estremeciera de la cabeza a los pies y suavemente se alejó del tenso cuerpo de su esposo.

—Gracias.

Saber que él fue lo suficientemente rápido como para ayudarla la sorprendió, hace unos años estaba segura que la habría dejado caer y ni se hubiera inmutado por ayudarla.

—Debe practicar su equilibrio, milady —escuchó una melodiosa voz y giró el rostro—. Fue un choque insignificante.

No tenía la menor idea de quien era la mujer que tenía frente a ella, pero era muy hermosa. Recordó a sus primas, Rachel y Ashley, ambas rubias, altas y de ojos claros, dos mujeres que en su temporada fueron consideradas beldades. Sin embargo, esta mujer tenía un semblante mucho más maduro y una mirada audaz, capaz de desnudar el alma de cualquier individuo y llegar a él fácilmente ya sea para conquistarlo o para destruirlo.

¿Quién sería?

—Lo siento mucho —musitó apenada—. No me fijé por donde iba.

James corrió hacia ella para sujetar su mano.

La radiante mujer sonrió abiertamente y lanzó una descarada mirada sobre su hombro.

—Lady Lizbeth Black, viuda de Dolby.

Se mantuvo serena ante la revelación de la identidad de la dama, no sintió emoción alguna al descubrir cómo se veía la amante de su marido. Bueno, Vanessa le habló de lady Dolby hace muchos meses —una dama que se acostaba con todo caballero que estuviera dispuesto a complacerla—, cuando ella no tenía mente para nadie ni para nada, y al igual que aquella vez: no sintió absolutamente nada.

—Mucho gusto, lady Dolby.

—El gusto es mío, lady Devonshire —respondió con regodeo y ella hizo una mueca.

—Lady Riley está bien.

La rubia se sorprendió por una milésima de segundo y luego se recompuso rápidamente por su comentario.

¿Qué?, ¿le sorprendía que no quisiera ser llamada de aquella manera?

Nunca se sintió la condesa de Devonshire, ni siquiera fue tratada como una condesa, ese título no iba con ella, no se sentía a gusto siendo llamada de esa manera.

—Es una sorpresa verla por aquí.

—Ciertamente.

No le extrañaba que Devonshire se sintiera atraído hacia esa mujer, él siempre le recalcó que ese era el estereotipo de mujer que le gustaba. Era tan elegante, hermosa y segura de sí misma... Lo opuesto a ella: todo lo que él odiaba, repudiada y asqueaba.

—He oído hablar sobre usted.

—Suficiente —ordenó su esposo, pero Riley llegó a responderle con un—: Yo también.

Su esposo cubrió su cuerpo con el suyo, poniéndose como barrera entre ella y lady Dolby, y le pareció extraño que tuviera el tino de querer impedir ese intercambio de palabras.

—Laurine, vayan por los helados, en un minuto los alcanzaré.

—El día no es muy sugerente para un helado —comentó lady Dolby y su sobrino le contestó.

—No es asunto suyo, lady anciana.

—¡James! —jadeó horrorizada por el grotesco comentario de su sobrino. Lo menos que necesitaba era alterar a la amante de su esposo, prefería que él buscara placer en otra cama antes de que pretendiera entrar a la suya.

«¿Cómo si eso fuera posible?». Bufó una vocecilla, pero de todas formas Riley quería que él tuviera a alguien que pudiera distraerlo y mantenerlo lejos de su vida.

Laurine ahogó una carcajada, cubriendo su boca con ambas manos, y el ojo de lady Dolby tembló por la cólera y terminó abanicándose rápidamente para evitar exteriorizar lo humillada que se sentía por el comentario del pequeño marqués. Tendría que hablar con Lisa, estaba segura que ella no se ahorra sus comentarios despectivos para su esposo y lady Dolby y en algún momento James tuvo que haberla escuchado.

—Milady, lo siento tanto.

—Es un niño —respondió rápidamente, restándole importancia con un gesto de mano para mantener la dignidad en alto—. Ellos no comprenden las cosas y dicen...

—¿La verdad?

¿Es que Laurine no planeaba ayudarla?!

—Nos retiramos. —Sujetó a Laurine y a James, y como si fuera una madre avergonzada tiró de los dos para alejarlos de la dama.

A ella no le afectaba que esa mujer fuera la amante de su esposo, ¡no tenían que defenderla!

—Fue sólo una broma, Riley —se justificó su cuñada, pidiéndole que reduzca la velocidad, y la miró con incredulidad.

—Laurine, tu hermano te ama y te tiene paciencia; pero a mí —Se señaló y luego señaló a su sobrino silenciosamente—. Si algo sucede con lady Dolby me culpará y...

—¿Sabes que fueron amantes? —preguntó afectada en un tono de voz casi inaudible.

—¿Fueron? —Frunció el ceño y su cuñada asintió.

—Tengo entendido que Matt dejó de verla hace más de cuatro meses, ya sabes, la servidumbre es algo chismosa y más cuando Dalila es quien extiende los rumores —agregó rápidamente—.

¿Cómo te enteraste?

—Eso es lo de menos. —Ladeó la cabeza e inició su caminata.

Si su amante ya no era lady Dolby, ¿con quién estaba ahora?

—Con nadie —respondió su cuñada, como si hubiera hecho la pregunta en voz alta—. Él no se está viendo con nadie.

—No me interesa.

O tal vez un poco, ¿quién lo distraería ahora?

Una voz hizo que Laurine parara en seco.

—Milady, es un gusto encontrarme con usted desde tan temprano, pero ¿puedo saber por qué no tiene escolta?

Esa voz... ¿dónde la había escuchado antes?

—Lord Grafton —exclamó la rubia sorprendida y Riley se volvió hacia ellos. Por alguna extraña razón, ese hombre había llamado de alguna forma su atención—. No estoy sola.

El conde se dio cuenta de su presencia y con un elevamiento de cejas exteriorizó su sorpresa al verla fuera de su prisión. Se acercó a ella y le besó el dorso de la mano para saludarla como correspondía.

—Es un gusto volver a coincidir con usted, milady.

Las mejillas se le calentaron.

—El gusto es mío, milord.

—¿Qué diantres crees que haces, Lizbeth? —farfulló Matt, furibundo, y la rubia se abanicó con descaro, fingiendo ignorancia.

—Sólo fui amable con ella; no porque tú seas déspota con tu esposa todos debemos serlo.

—Cállate, maldita sea.

Estaba a poco de perder el control, muy equivocada estaba si pensaba que permitiría que se acercara a su mujer. Conocía a Lizbeth y ella aún no aceptaba que su aventura hubiera finalizado.

—Veo que la tienes moribunda —comentó y la sangre se le congeló por su horrible comentario. Ella se rio al ver la sorpresa en su semblante—. ¿Qué?, ¿me dirás que no lo notaste? Esa mujer ni siquiera tiene la fuerza para mantenerse de pie.

Tragó con fuerza, pronto cambiaría eso.

—¿Ya la sacas a pasear?, ¿la sacaste de su jaula?

—Nunca la encerré.

¡Ella se encerró voluntariamente!

—Ambos sabemos que no salía porque te tenía miedo.

—No te metas en mis asuntos, las cosas cambiarán de ahora en adelante.

—Antes te jactabas de aquel logro, ¿ahora sientes pena de la pobre muchacha a la que desgraciaste la vida? Al parecer tu madre no fue tan cuidadosa como te decía.

Maldita la hora que se hizo amiga de la rubia, ¡era una manipuladora! Pero...

—Te dije que fueras cuidadoso, tu madre no es una santa y eso quedó claro desde el día que aceptó ser mi amiga con tal de que yo te siga manteniendo contento. ¿Qué mujer digna hace eso?; ninguna.

—Sólo te pido que te alejes de mi esposa, lo nuestro terminó hace mucho.

Sabía que su madre no era quien aparentaba ser, pero maldición, ¿cómo se suponía que debía lidiar con eso? Ella lo dio todo por él, aguantó todo el daño que le hizo su padre, era

comprensible que no fuera amable con todo el mundo cuando la vida fue tan cruel con ella.

—No me acercaré —aclaró, indiferente—. Ella parece ser una buena persona.

—Gracias.

—¿Piensas recuperar tu matrimonio?

Su pregunta lo tomó por sorpresa y se encogió levemente de hombros.

—Sólo quiero devolverle lo que le quité.

—¿Nada más? —Enarcó una ceja, divertida—. ¿No la deseas?, ¿no se te apetece reclamar tus derechos conyugales?

Miró hacia el sendero que su esposa tomó junto a su hermana y el pequeño marqués, y apretó la mandíbula, algo abrumado por las nuevas emociones encontradas.

—Puede que así sea, no estoy seguro —confesó.

Su principal intención era cambiarle la vida a su esposa, pero últimamente no podía dejar de pensar en ella y eso lo estaba alterando de sobremanera. Incluso se atrevió a sentir celos de su amigo, puesto que Grafton le robó un sonrojo que él no era capaz de obtener.

¿La quería en su cama?

Diablos, claro que la quería.

¿La forzaría?

No podía hacerlo, suficiente daño ya le había hecho como para añadir un nuevo mal a su lista de pecados.

—Entonces no la amas, supongo.

La miró con sequedad, incapaz de brindarle una afirmación o negación, y la dejó en medio del sendero para alcanzar a su esposa y hermana. No estaba seguro si amaba a Riley, no sabía nada de ella, pero hubo un tiempo donde se sintió muy atraído por su prometida; no obstante, Francesca había acabado con esos sentimientos inocentes para plantar en él emociones más fuertes. Sin embargo, eso tampoco fue amor, porque de haber sido así, su esposa no habría tenido alternativa alguna de colarse en sus pensamientos otra vez como lo hizo hace poco.

Unas risas hicieron que la piel se le erizara y dirigió la vista hacia aquel punto, donde se encontró con su esposa, sujetando un helado de vainilla y riendo abiertamente por algo que Grafton le decía mientras le tendía otro helado a su sobrino. Sus manos se empuñaron al captar el sonrojo en las mejillas de su esposa y sin detenerse a pensar en nada, avanzó hacia ellos.

—Tiene que ver esa función, va a amarla, lady Riley.

Oír a su amigo mencionando el nombre de su mujer le generó un mal sabor en la boca, porque justamente ese amigo era quien le dijo que trataría bien a su esposa a los meses de su boda porque era hermosa y cualquier otro querría tenerla a su lado. Palabras que le costaron un fuerte golpe en el rostro.

—Tengo entradas para la próxima semana, Devonshire no es muy devoto del teatro, pero ambas quedan cordialmente invitadas a mi palco.

—Supongo que, si invitas a mi esposa y hermana, no hay mejor escolta que yo —espetó con frialdad, conectando su mirada con la de su amigo, y Grafton le sonrió abiertamente como si no estuviera haciendo nada malo.

¿Es que no se daba cuenta que estaba llamando la atención de su esposa y la estaba seduciendo con su encantadora sonrisa?

—Siempre serás bienvenido.

Era muy amable como para notarlo.

Se dispuso a pagar los helados, pero la cólera lo invadió al descubrir que su amigo ya lo había

hecho. ¿Qué diantres se traía Grafton? A él no le gustaba su hermana, ya se lo había dicho cuando le sugirió un matrimonio por conveniencia, ¿por qué se quedaba a hablar con dos mujeres decentes cuando él aborrecía ese tipo de compañía desde tan temprano?

Pidió los que faltaban para los duques de Windsor y el pequeño Julian, y entregándoselos a Laurine le pidió que regresaran con los demás, que tenía algo de qué hablar con su amigo.

Cuando se quedó a solas con Grafton, el castaño lo miró con interés.

—Me alegra ver que recapacitaste. —Apretó la mandíbula—. Ahora espero que el tiempo ayude a mejorar su espíritu. Vivir encerrada por tantos años debe ser horrible.

—Nunca la encerré, maldito imbécil —escupió con desprecio y su amigo lo miró con socarronería.

—Cómo tú digas. —Clavó la vista en las dos mujeres que se alejaban de ellos—. ¿Y qué harás ahora?, ¿seguirás fingiendo que no existe y conseguirás otra amante?

—¿Te interesa?

—Tal vez. —Lo miró a los ojos.

—Te lo dije hace más de dos años y te lo repito ahora: aléjate de mi mujer, Leonard —lo llamó por su nombre de pila, pero no implementó un tono amigable.

—¿De verdad es tu mujer?

—¿Qué insinúas?

—Insinúo, Matt —Lo miró con sequedad—, que ya jodiste lo suficiente la vida de esa mujer y que, si no planeas hacer algo útil como respetarla, protegerla y amarla; dejes que otros lo hagan y vivas el hipócrita matrimonio que muchos londinenses tienen. Tú con tus amantes y ella con los suyos. —Sintió inmensas ganas de golpearlo, pero lo siguiente que su amigo dijo lo dejó petrificado en su lugar—. Y no te hagas el digno ahora, sé que nunca tocaste a tu esposa. Esa mujer es tan ajena al contacto masculino como tú y yo a la castidad.

—Métete en tus asuntos, Grafton.

Si bien no recordaba nada de su primera noche junto a su esposa, sabía que su matrimonio ya estaba consumado, la prueba estuvo en sus sábanas aquella mañana que su buen juicio se perdió.

Riley era suya y él no compartía lo que era suyo con nadie, menos con sus amigos.

Capítulo 10

El día mejoró bastante para cuando fueron las once de la mañana y Riley no podía negar que quizá fue muy negativa esa mañana al insistir en retirarse del parque tan pronto. En ese momento esperaba a su hermana, cuñado y esposo junto a Laurine, Julian y James. Los duques fueron a hacer unas compras, no estaba segura de qué tipo, y su esposo se ofreció a acompañarlos porque tenía algo muy importante que conversar con Windsor, por lo que no les quedaba más remedio que esperarlos.

—¿Aceptarás la invitación del conde de Grafton? —inquirió su cuñada.

—Si Devonshire me lo permite; sí.

—Se mostró muy amable, ¿no crees? —Giró el rostro hacia su amiga, retirando la atención de sus sobrinos que jugaban con sus espadas de madera.

—No sabría decirte, no sé cómo es realmente.

—Es amable —reconoció su cuñada—, pero no sé si lo es hasta el extremo de detener su caminata para comprarle un helado a dos damas que van acompañadas de un niño.

—¿Por qué nunca pensaste en él como tu futuro esposo? —inquirió con curiosidad. El conde era bastante atractivo, amable, tenía dinero y parecía... Un gran hombre.

—¿Crees que no lo hice? —bufó la rubia—. Él no quiere casarse, no tiene planes de hacerlo y Matt no tiene el poder suficiente para sobornarlo. Grafton es malditamente rico y por ahora no desea responsabilidades, no por nada entregó a su pupila a un yanqui hace más de un año.

—Ya veo...

—Siento un aura diferente rodeando a mi hermano, ¿no te pasa lo mismo?

—Evito reparar mucho en él —respondió con indiferencia, mirando de soslayo a sus sobrinos.

—Me apena que sepas cuales fueron sus andadas, pero debes saber que él lleva un buen tiempo lejos de los rumores que involucran amoríos clandestinos. Lleva meses sin una amante. Al menos eso fue lo que escuché de la servidumbre.

¿Y eso era bueno?

Un amante... Los hombres mantenían a sus queridas, se encargaban de que nada les faltase y las llenaban de lujos, comodidades y cariño, les daban el amor que no eran capaces de profesar a sus esposas.

Tragó con fuerza al percatarse que estaba considerando la opción de buscar un amante. Era una idea que hasta cierto punto podría considerarse buena, pero no se creía capaz de disfrutar del acto, no sabía nada al respecto y su única experiencia había sido muy dolorosa. Otro aspecto que no podía obviar era que esas féminas se consideraban hermosas, seductoras y casi perfectas; ella no lo era, tenía una enorme y desagradable cicatriz en la espalda, ¿qué hombre aceptaría un defecto como ese?

Una de las experiencias que nunca buscaría repetir, era la de un hombre menospreciándola físicamente.

—No sé mucho de usted, milord —espetó tímidamente, claramente mintiendo porque desde

que tenía uso de razón le hablaron de todo lo que debía conocer de él, y miró de reojo a su prometido.

Era la primera vez que se encontraban y para ello su madre había organizado una cena especial. Sin embargo, las cosas no estaban saliendo del todo bien porque el conde ni siquiera se había molestado en mirarla por más de tres segundos. Incluso ahora, que paseaba de su brazo por el jardín, él parecía estar en cualquier otro lugar menos junto a ella.

—Me gustaría saber qué le apasiona. —Sería ella misma, vería la manera de agradarle a su esposo por lo que era y no por lo que él quería que fuera.

—Las mujeres hermosas.

Se tensó. No era a eso a lo que se refería.

—De preferencia de piel clara.

¿Era impresión suya o estaba dejando claro que no le gustaba la tonalidad de su piel?

—Oh... —La voz le tembló y se abrazó los brazos descubiertos con nerviosismo.

Era de noche, todo estaba oscuro, pero aun así sintió que debía cubrirselos. Siempre le dijeron que debía adaptarse a los gustos de su prometido, pero no era como si pudiera cambiar el color de su piel.

—¿Y alguna actividad que le guste realizar, algún deporte?

—Me gusta viajar y practicar boxeo, se podría decir que son mis pasatiempos favoritos.

Sabía que él adoraba viajar, los últimos años los pasó recorriendo el mundo y su última parada antes de llegar a Londres fue París, una ciudad que ella anhelaba conocer. En realidad, uno de los sueños de Riley era viajar por el mundo, era gran fan del arte y su deseo era conocer las distintas percepciones artísticas que existían en diferentes regiones del mundo.

En cuanto al boxeo, no puso en tela de juicio aquel hecho, su cuerpo era inmenso, lleno de músculos y con una piel besada ligeramente por el sol. En un principio se preocupó, sus cuerpos eran muy diferentes y ella bastante diminuta para un hombre como él, pero luego dejó de pensar en eso y se enfocó en conocerlo mejor.

No quería sacar una conclusión apresurada, pero se veía triste, perdido y vacío, como si algo se le hubiera sido arrebatado hace poco. Le dio su tiempo, esperando que él pudiera plantearle una nueva pregunta para conocer algo de ella, pero eso nunca sucedió, por lo que su caminata fue silenciosa y le generó un sentimiento angustiante.

¿Así sería toda la vida?

No, Riley no concebía la idea de tener un matrimonio desdichado, quería la felicidad que tenían su hermana y primas junto a sus esposos, por lo que no tenía pensado darse por vencida.

—Milord...

—No puedo casarme con usted, lady Stanton.

Paró en seco y su mano cayó lentamente por la impresión que le generaron sus duras palabras. Era consciente que no le gustaba, él ni siquiera intentó mirarla con interés, pero...

—Anule este compromiso.

La piel se le erizó y los ojos se le abrieron de hito a hito para mirar a su prometido con incredulidad, y se preguntó si él sabía lo que aquello que le estaba pidiendo podría provocar sobre su familia.

—Ambos sabemos que eso es imposible.

Había documentos firmados por el mismísimo rey y en ese acuerdo estaba la palabra de su padre en juego y ella no podía jugar con algo así tan a la ligera, sería la condena de su familia.

—Le devolveré su dote, pero anule todo.

No, eso sería absurdo, ni siquiera tomarían en cuenta su palabra, ¡era una mujer! El rey sólo la consideraría una insensata, caprichosa y maleducada por ir en contra de su voluntad. Condenaría a su familia a la deshonra total y nunca más serían dignos de la nobleza.

—No.

—Puedo entregarles más dinero del que le dieron a mi padre en su momento.

—Si tanto es su deseo de romper este compromiso, ¿por qué no lo hace usted? —Lo encaró, sintiendo un nudo en la garganta, y por su reacción supuso que él también temía a lo que el rey podría hacer contra su familia por desobedecerle.

—Porque di mi palabra de que la desposaría.

Su prometido era un mentiroso y, muy a su pesar, cobarde.

—Mi padre también dio la suya, lord Devonshire.

Dio un paso hacia atrás al ver que avanzaba peligrosamente en su dirección. No se dejaría amedrentar; era la reputación de su familia la que estaba en juego. Ella también desearía poder anular todo y seguir con su vida, estar con quien realmente quería, pero eso era imposible; su destino fue sellado el día que la prometieron al hombre que tenía frente a ella.

—¿Sabe que está en juego, milady?

Tragó con fuerza.

—Todo.

—Su felicidad, su libertad y su futuro. Si sabe lo que le conviene, acabe con esta farsa. No me atrae, nada de usted me gusta. Puedo enumerar todo lo que repudio de usted y no terminaría ni en un mes; su piel, su tamaño, sus ojos, su cabello, su voz, su nombre, su cuerpo. —Lo último lo dijo con desprecio—. En pocas palabras detesto todo lo que es, no tiene idea de lo terrible que puede ser un matrimonio con un hombre que no la desea.

Al final nunca hizo nada por anular su compromiso y lo terminó perdiendo todo, ya ni siquiera recordaba quien era. La Riley de ahora era una mujer distinta a la Riley que solía ser tiempo atrás: una mujer soñadora, sonriente, talentosa y feliz. Ahora sólo quedaba una mujer conformista, egoísta y fracasada que aguardaba pacientemente que los días pasaran y la muerte llegara a ella en el momento menos esperado porque sentía que era precisamente eso lo que merecía.

—¿Te encuentras bien? —Salió de su ensoñación y miró a Laurine, quien se veía preocupada.

—Sí —susurró y retiró la lágrima rebelde que se deslizó por su mejilla—. No es nada, se entró algo a mi ojo.

—¿Por qué le tienes tanto miedo? ¿Hay algo que no me hayas contado?

En realidad, había muchas cosas que nunca le contó a Laurine. No sabía que su hermano la golpeó la mañana siguiente del día que ella lo drogó con el fin de consumir su matrimonio; sin embargo, esa no era la razón de su temor hacia Devonshire, en el fondo fue algo que se buscó al engañarlo y obligarlo a hacer algo que él no quería. El verdadero problema radicaba en el secreto que Dalila conocía de ella y Riley sospechaba que podría provocar que su esposo quisiera matarla con sus propias manos.

—Prefiero no hablar de eso. —Las manos empezaron a temblarle y más lágrimas amenazaron con escaparse de las comisuras de sus ojos.

—Riley, si mi hermano no es quien dice ser, debes contarme. Soy tu única aliada en esa casa y si debo traicionarlo para ayudarte, lo haré. Nadie merece sufrir lo que tú sufres.

Negó con un movimiento de cabeza, parpadeando varias veces para retener las lágrimas

rebeldes, y agradeció la amistad sincera de Laurine. Era una lástima que ella no mereciera una segunda oportunidad, que lo último que quisiera fuera salir de ese infierno, puesto que eso podría significar entrar a uno peor lleno de culpabilidad y arrepentimiento.

—Él no me hizo nada malo.

—Pero te exilió, dejé que Dalila se hiciera cargo de ti, ¿te parece que no es algo malo?

—No quiero hablar de eso, Laurine.

—¿Su matrimonio está consumado? ¿Por qué nunca pediste la anulación?

Si había algo de lo que Riley se arrepentía, era de haber consumado su matrimonio.

—Porque es imposible para mí.

—Lo siento mucho. —Presionó su mano con fuerza, enviándole todo su apoyo.

—Por ahora sólo puedo intentar llevarme bien con él —comentó, desviando el tema para sentirse mejor, y la rubia ladeó la cabeza, confundida—. Estos días no fue grosero conmigo, siento que puede haber un cambio y con suerte su madre se alejará de nosotras si ve que Devonshire empieza a tomarme un poco más de respeto, ¿no te parece?

Aunque también algo así podría jugarle en contra en cuanto a su suegra, Dalila siempre sabía por dónde atacar.

—¿Alguna vez te has enamorado, Riley?

Esa pregunta tocó rincones muy ocultos en su corazón y separó los labios deseosa de contarle todo lo ocurrido con su primer amor, un hombre que le ofreció fugarse un día antes de su boda, pero no pudo hacerlo porque un grito captó su atención, prendiendo cada una de sus alarmas.

—¡Julian!

Se incorporó de un salto, viendo como su sobrino se tambaleaba sobre una delgada rama de un tronco caído sobre el lago. La sangre se le congeló al ver que se caía sobre ella, aferrándose a la vieja corteza, y rápidamente sujetó a James y lo envió hacia Laurine para impedir que fuera tras de su hermano.

—Quédate aquí, yo iré.

No podía permitir que los dos se pusieran en peligro, Lisa jamás se lo perdonaría. Dios santo, ¿cómo pudo distraerse?, ¿en qué estuvo pensando al dejar de vigilar a los dos castaños? Maldita la hora que envió a la doncella de Lisa por unas golosinas para ellos.

—¡Ah!

El sonido de la rama romperse, más el grito de su sobrino, hizo que Riley se quitara el sombrero y terminase en el lago nadando hacia el cuerpo que se removía con inquietud bajo el agua. No dominaba la técnica de nado y la desesperación y el miedo no lo estaban ayudando a sincronizar sus movimientos.

Lejos se emerger su sobrino empezó a hundirse con mayor rapidez y Riley aceleró el nado para poder cogerlo en sus brazos. Cuando lo tuvo bien sujeto, nado con prisa hacia la superficie y lamentó que su vestido fuera tan pesado. Los gritos de Laurine llegaron a sus oídos y el pánico la invadió cuando algo tiró de ella hacia abajo. El niño lloraba débilmente y no podía dejarlo padecer de ese miedo otra vez, por lo que concentrando su fuerza se aferró al tronco del árbol caído para subirlo en él.

—Quédate aquí, ¿sí?

Su sobrino asintió y la rama que le permitía tener parte del rostro fuera del agua se rompió, provocando que terminara siendo atrapada por el agua otra vez. Buscó qué era aquello que no le permitía salir del agua y tiró de la falda de su vestido desesperada al ver que se había atascado entre unas ramas que estaban entre piedras y musgos. Se acercó a las mismas, intentando liberarse,

pero el aire empezó a faltarle y la debilidad en su cuerpo fue palpable. Intentó abrirse los botones para quitarse el pesado vestido y varias burbujas salieron de su boca para subir a la superficie que poco a poco se le fue haciendo más lejana.

Lo último que escuchó fue el zambullido de alguien en el agua y no le quedó más remedio que suplicar que no fuera ninguno de sus sobrinos; no obstante, nunca lo sabría porque en aquel momento todo se volvió oscuro a su alrededor.

Sólo fueron quince minutos, quince malditos minutos que se había retirado con los duques de Windsor para tratar de hallar la manera correcta de decirles que pensaba compensar a Riley por todo el mal que le hizo, y ese corto tiempo había sido más que suficiente para que a su regreso escuchara los gritos desesperados de su hermana, pidiendo ayuda.

Al no verla junto a Riley, Matt pensó lo peor y sintió un verdadero nudo en la garganta que no sentía desde hace años, corrió tan rápido como pudo y cuando entendió que su esposa estaba bajo el agua, sólo se tiró al lago y nadó en dirección hacia donde el pequeño Julian miraba y lloraba angustiada.

Windsor debía encargarse de su hijo.

La vio desvanecerse y todo su pulso se disparó al imaginarse lo peor, rodeó su cintura y sin pena o delicadeza tiró del vestido desgarrándolo completamente para liberar a su esposa. Con ella en brazos salió hacia la superficie, sin poder creer que nuevamente la vida se la quisiera llevar, y una vez en la orilla hizo todo lo que estuvo en sus manos para hacerla respirar otra vez.

Ni siquiera se percató del llanto de su hermana, lady Windsor o los consejos del duque que ya tenía a su hijo menor en brazos, lo único que le importaba era ver si su esposa expulsaba el agua que le impedía respirar como realmente debería.

Riley tosió, expulsando una gran cantidad de agua, y sintiendo que el aire volvía a sus pulmones, Matt acunó sus mejillas y la instó a mirarlo. Estaba bien, nuevamente consiguió llegar a tiempo. Su mujer se desvaneció en sus brazos, alarmándolo de sobremanera, y rápidamente se incorporó con ella en brazos y miró a Windsor.

—Ve por el doctor, yo me encargaré de que la atiendan en mi casa.

Windsor asintió y Matt no se detuvo a pensar en Laurine ni en nadie que no fuera Riley, se montó a Zeus y cabalgó tan rápido como pudo hacia su casa. El frío les robó color a las mejillas de su esposa y el miedo se apoderó de él al imaginarse lo peor.

—¡Joseph!

Ingresó a su casa con su esposa en brazos y el mayordomo apareció frente a él en cuestión de un segundo.

—Preparen un baño para la condesa en su alcoba, necesito ropa, mantas y sales aromáticas. El doctor vendrá pronto, ¡apresúrense! —ordenó fuera de sí y toda su gente empezó a moverse con desesperación.

—¿Qué es este escándalo? —Su madre apareció al final de las escaleras y paró en seco al ver a su esposa en sus brazos—. ¿Qué le pasó?

Odió con cada fibra de su ser su sonrisa burlona, pero no le hizo caso y la pasó de largo. Ya tendría tiempo para hablar con Dalila más adelante.

—¿Dónde la llevas? Su alcoba no está en esa dirección —vociferó con histeria y se volvió hacia ella furibundo.

—¡Sí que lo está! —bramó fuera de sí y tanto su madre como algunas criadas que estaban

presentes se tensionaron—. Desde ahora, ¡mi mujer dormirá en esta alcoba y se la atenderá como corresponde! Y si no le gusta, madre, ¡es libre de mudarse!

No tenía la paciencia para lidiar con nadie, estaba muy asustado e incontrolable como para pensar con claridad en cada una de sus palabras. Al parecer Laurine lo siguió, porque pronto apareció junto a él y Matt le pidió que lo siguiera para que lo ayudara.

Ahora mismo no confiaba en su madre.

Una vez en el dormitorio, ordenó que prendieran el hogar y sujetando a su esposa la puso en el piso.

—Quítale el vestido, se está congelando.

Laurine siguió su orden y rápidamente empezó a desvestirla. Matt manejó el delicado cuerpo con facilidad y cuando la tuvo totalmente desnuda tiró del cubrecama y la rodeó con él, esperando que el baño estuviera listo.

—¡Cambien las sábanas! —ordenó al ver que estaban empolvadas y tres criadas se encargaron de eso, mientras Matt se aferraba al cuerpo de su mujer.

Estaba respirando, pero le preocupaba la temperatura de su cuerpo.

—¿Qué pasó? —exigió saber.

—Todo pasó muy rápido, Julian terminó cayendo al lago y Riley no se detuvo a pensar en nada y entró tras de él. —Maldijo con impotencia—. Consiguió sacarlo, pero luego no pudo salir del agua y algo tiró de ella hacia abajo.

—Se le atoró el vestido en las bifurcaciones de otro árbol caído.

La bañera estuvo lista y una vez que estuvo a solas con su hermana, se deshizo del cubrecama y sumergió a su esposa bajo el agua, deseando que eso ayudara a mejorar su temperatura.

—Si quieres puedo llamar a una doncella.

—No. —Mojó su rostro con mimo, detallando sus hermosos rasgos y lo fascinante que era el color de su piel frente al resplandor de la luz de la chimenea—. Ayúdame con su cuerpo, yo me encargaré de su cabello.

Por mucho que quisiera tocarla, no pensaba hacerlo con ella inconsciente. Lo único que importaba ahora era calentarla y estaba seguro que a ella no le daría justo despertar con el hedor de las aguas de Serpertine en el cuerpo.

—Hermano, aún no te cambiaste, vas a congelarte.

Se quitó la levita con rapidez y dobló las mangas de su camisa para no machar a Riley. Luego se ocuparía de sí mismo.

—Pronto terminaremos, si quieres ayudarme a secarla debes cambiarte de topa. Estás frío y no le sentará bien apoyarse en ti.

Siseó una maldición y apoyándola en la bañera se dirigió a su cuarto y se puso lo primero que encontró. Luego tomaría un baño.

Secaron el cuerpo de Riley junto a la chimenea, él sentado en el piso con Riley tendida entre sus brazos y su hermana haciendo lo suyo con las toallas. Su cuerpo ya estaba caliente y su rostro había recuperado color, algo que la alivió de sobremanera.

Por instinto sus dedos acariciaron aquel punto donde sus costillas empezaban a marcarse y su mirada se encontró con la de su hermana, quien apenas la retiró y se enfocó en la cabellera de Riley.

—Gracias por salvarla —musitó Laurine, tragándose sus propias lágrimas, y la miró con sorpresa.

—¿Por qué no lo haría?

—Ambos sabemos que no la quieres.

No estaba tan seguro de eso, no ahora que había sentido el verdadero terror que la idea de perderla le generó en el pecho, otra vez.

—No... No la quiero —susurró distraído, presionando su abrazo—. Posiblemente la amo —confesó, besando la frente de su esposa, y los movimientos de su hermana cesaron abruptamente.

—Estás demente.

—Fui un imbécil.

—Ella no te ama.

Eso ya lo sabía, y ahora se daba cuenta de qué era eso que le incomodaba en el pecho y le generaba un mal sabor en la boca; era el dolor de su rechazo.

—Es mía —susurró, acariciando su cálida mejilla, y empuñó la mano al recordar el golpe que le dio hace dos años—. Puedo hacer que me ame, estamos condenados hasta el último día de nuestras vidas.

Su hermana quiso hablar, pero el que Riley se removiera inquieta y empezara a balbucear incoherencias hizo que ambos se pusieran alerta. Se incorporó y rápidamente se acercó a la cama que hizo calentar para recostarla, posando su cabeza sobre la toalla seca que su hermana puso, y la cubrió con el edredón luego de ponerle una camisola nueva.

—No puedo... No, no puedo —musitaba su esposa con desesperación, ladeando la cabeza una y otra vez, angustiada.

—¿Qué sucede? —Se alarmó.

—Puede que esté soñando —susurró su hermana.

—Estoy prometida —suspiró con un hilo de voz, generándole una tensión en los músculos.

Miró a su hermana, quien estaba tan desconcertada como él, y lo siguiente que escuchó hizo que muchas emociones despertaran en su interior: sorpresa, incredulidad, celos, rabia, impotencia y... dolor, una terrible sensación que hizo que las piernas le temblaran.

—Jamie... No te vayas... Llévame contigo. —La última palabra fue casi inaudible, pero él sí que la escuchó mientras empuñaba el poste del dosel de la cama con ira contenida.

¿Quién carajos era Jamie y por qué Riley pedía que se la llevara con él?

Capítulo 11

—Es usted muy solitaria, milady.

Riley apartó la mirada de sus cultivos para concentrarse en el hombre que había tenido la osadía de acercarse a la hija menor de los dueños de la casa. Se sorprendió gratamente al descubrir que era el aprendiz del doctor Wilson, un hombre que poseía un porte aristocrático gracias a su elegante caminar, vestir, hablar y proceder, al igual que su implacable apariencia: estatura perfecta, bucles dorados y piel perfecta.

Era algo de no creerse.

Recordó sus palabras, esas que decían que se veía solitaria, y no supo cómo responderle a tal observación; era solitaria porque vivía sola, quizás rodeada de muchos criados, pero nunca con una verdadera compañía.

—Puede que suene grosero, pero ¿cuál era su nombre? —inquirió y regresó su atención a sus cultivos, terminando de plantar sus girasoles.

No hace mucho, Riley hizo un viaje junto a su cuñado y los condes de Worcester a Venecia con el fin de encontrar a su hermana, quien se había escapado de su esposo, en estado de gestación, hace tres años. Las cosas habían salido mejor de lo esperado y con el tiempo su hermana quedó embarazada y ahora esperaba a su segundo hijo. Cuando llegaron de Venecia, su hermana y esposo decidieron mudarse una temporada con ella a Hampshire para hacerle compañía y apaciguar las habladurías. Por esa razón era que desde hace un tiempo las visitas de Wilson y su aprendiz empezaron a ser seguidas: ellos eran los doctores del pueblo.

—Brown.

Se tragó su sonrisa traviesa, ella ya lo sabía. No se creía capaz de olvidar el nombre de un hombre tan apuesto como el señor Brown. Desde el primer día que lo vio, fue inevitable no sentirse afectada por su hombría.

—Su nombre real.

Pero, no conocía su nombre de pila y le generaba un poco de curiosidad.

—¿Para qué lo quiere saber? —Sus miradas se encontraron, se veía algo envarado por la petición que le hizo.

—Simple curiosidad. —Se encogió de hombros—. No debe responderme si no lo desea. ¿Por qué trabaja como aprendiz de un médico?

Se sorprendió al ver que Brown se ponía de cuclillas para ayudarla con sus cultivos de manera eficiente, era la primera vez que se encontraba con alguien —que no fuera empleado de sus padres y su trabajo fuera complacerla en todo— dispuesto a ayudarla.

—Porque mis padres son comerciantes, nadie me tomaría en serio si decidiera ser doctor por mi propia cuenta, no soy hijo de ningún noble; necesito experiencia e influencias para abrirme puertas en el mundo de la medicina.

—Es rico —dedujo rápidamente.

El hombre de ojos color manantial parpadeó, sorprendido.

—En efecto.

—¿Por qué trabajar? Usted podría casarse, buscar alguna dama en desgracia y ganarse un puesto entre la aristocracia. Compraría su puesto, pero no sería el primero ni el último en hacerlo.

—A veces, ni el hombre más desgraciado entregaría a su hija a un simple doctor por mucho dinero que este posea.

—Nunca hizo el intento; no puede hablar con tanta seguridad.

Brown parpadeó varias veces, consternado por sus palabras y cuando Riley dio por terminada su labor, se quitó los guantes de jardinería y con su pañuelo se limpió el rostro que seguramente estaría manchado con tierra.

—No tengo nada en contra de los comerciantes —confesó abiertamente—. No mientras sean gente honrada, no debió ser fácil para ellos hacerse de toda una fortuna.

—No lo es —confesó él, impresionado.

—Ellos trabajan, tienen la capacidad de usar el cerebro para multiplicar su fortuna; en cambio, la decadencia de la nobleza no permite que sus miembros puedan hacer más que disfrutar de una vida llena de juergas y sustancias de dudosa procedencia.

—¿Cómo sabe usted eso? —expresó con incredulidad y Riley lanzó una tierna carcajada.

—Vivo en el campo, no en la ignorancia.

—No soy noble, pero estoy seguro que ninguna dama debe emitir esas palabras en voz alta.

—¿Le molesta? —Lo miró con curiosidad y el rubio apretó la mandíbula.

—Lady Stanton, está algo joven como para hablar de estos temas.

—En un año seré presentada en sociedad y me casaré, no estoy tan joven.

—El destino de toda dama, ¿verdad?

—No sé si es el de toda dama, pero sí que es el mío. Estoy prometida —susurró en tono confidencia y el rubio la miró con curiosidad.

—Me siento como un cotilla por querer saber más de su compromiso —expresó con seriedad.

—Lo único que puedo decirle es que se trata de un conde.

—¿Es mayor?

—Siete años mayor que yo.

—¿Y por qué usted?

—Supongo que no ayudó que compartiera edad con mi hermana.

—¿Lo conoce?

—No —ladeó la cabeza, pensativa—. Nunca lo vi en persona, él suele viajar por el mundo.

—Ser usted no debe ser fácil —comentó distraídamente, captando su atención—. ¿Qué sucedería si se enamorara de alguien más en un futuro?, ¿nunca se puso a pensar en eso?

—No siento que sea una posibilidad, mis padres me tienen aislada del exterior.

—Lo que está destinado a ser sucederá así la tengan encerrada en un calabozo.

—Estoy destinada a casarme con el conde de Devonshire.

—Jamie. —Abrió los ojos con sorpresa, viendo cómo se incorporaba para marcharse—. Ese es mi nombre, milady.

—Jamie —repitió y le divirtió en exceso ver su incredulidad en el rostro—. Siempre quise llamar a un hombre por su nombre, pero Harry no cuenta, él es el mayordomo y no es atractivo. Jaden tampoco puede ser tomado en cuenta, es mi cuñado.

El rubio suspiró y ladeó la cabeza, ensimismado en sus pensamientos.

—Me retiro, lady Stanton.

No esperó su respuesta y se fue a paso apresurado, como si quisiera huir de ella. Riley se

debió entre seguirle y hacerse su amiga o ver cómo alguien de su interés se alejaba de ella.

—Jamie —musitó con suavidad y se puso de pie. Ellos se quedarían mucho tiempo en Hampshire, podían ser amigos y así no estaría sola por el resto del año—. ¡Jamie, espera! ¡Jamie!

Empezó a correr tras de él, pero a medida que avanzaba y gritaba su nombre, el rubio se alejaba aún más de ella. No quería que se fuera, ¡él no podía dejarla!

La oscuridad empezó a rodear su camino y un tropezón la sacudió bruscamente.

—¡Riley! ¡Riley!

Las violentas sacudidas que recibía su cuerpo en aquel momento hicieron que abriera los ojos, exaltada, y por alguna extraña razón las lágrimas se deslizaron por sus mejillas sin control alguno al tiempo que respiraba con dificultad y jadeaba alterada.

¿Dónde se encontraba y dónde estaba...?

—Jamie...

Sin poder ver con claridad por la visión empañada, buscó desesperadamente por la estancia cuya iluminación sólo le revelaba que la chimenea estaba prendida. Sus pestañas aletearon desesperadamente para poder descifrar donde se encontraba y cuando la visión se le hizo más nítida, logró enfocar a la persona que la tenía sujeta por los hombros. Todo su cuerpo entró en tensión y como un reflejo de autodefensa, sólo atinó a propinarle una fuerte cachetada para así poder alejarse de su peligrosa cercanía, se arrastró por el colchón tanto como pudo sin saber cuál era su paradero. Cuando estuvo lo suficientemente distante del castaño, observó todo lo que tenía a su alrededor; no estaba en Hampshire, en su hermoso jardín, hablando con Jamie.

Fue un sueño, sólo tuvo un recuerdo, él no estaba con ella.

Sollozó amargamente por su triste realidad y enterró el rostro en sus manos. Jamie no estaba, él la dejó hace muchos años para irse a trabajar al campo después de que ella decidió rechazarlo para cumplir la palabra de su padre.

Ladeó la cabeza, angustiada, ¿por qué tuvo ese recuerdo?, ¿qué era lo que le estaba sucediendo?

—Hermano...

Sus movimientos cesaron y dirigió la vista hacia la otra persona que estaba en la alcoba y se oía muy asustada. Laurine estaba con ella, quiso aliviarse, pero un nuevo temor se alojó en su pecho al ver la palidez en su semblante. Entonces rápidamente cayó en cuenta de lo que acababa de hacer y miró a su esposo, quien no se veía en lo absoluto feliz, y jadeó alarmada cayendo en cuenta que no sólo acababa de decir el nombre de otro hombre en voz alta, sino que en su momento de histeria le dio una bofetada sin siquiera pensarlo.

—Yo... —La voz se le quebró, él iba a matarla—. Lo siento tanto. —Bajó el rostro frustrada, esperando recibir el peor de todos sus castigos, pero justo en ese momento la puerta de su dormitorio se abrió.

—Milord, el doctor Brown acaba de llegar; lamenta la demora, la vizcondesa de Portman acaba de dar a luz y no pudo venir antes.

La sangre se le congeló al oír aquello, ¿doctor Brown? Sabía que no hace mucho Wilson falleció y también estaba segura que Jamie ocupó su lugar, pero... Él no estaba en la ciudad, tenía que ser una maldita casualidad.

Se sintió mareada y podría jurar que el color abandonó su semblante porque pronto sintió los fuertes brazos de su esposo rodeándola otra vez por la cintura.

—¡Apresúrese Brown! —ordenó Devonshire y lo último que Riley llegó a ver fue el rostro alarmado y abatido de su primer amor.

La impresión hizo que se desvaneciera en los brazos del conde.

Matt observó cada uno de los movimientos de Brown, sintiéndose tenso por el cómo revisaba el cuerpo de su esposa para cerciorarse que todo estuviera en orden. Lo que había vivido las últimas horas había sido demasiado revelador para él, claramente no conocía nada de su condesa y ella tenía más secretos de los que aparentaba. En la última hora sus sueños no habían sido fáciles y todos incluían a dos personas: el conde de Ross y el tal Jamie.

Se frotó la mejilla donde la mano de su esposa impactó y no supo si sonreír o enojarse. Ella lo había golpeado... Tal vez se lo merecía, fue un reflejo de autodefensa porque él la despertó al no seguir siendo capaz de ver como se retorció sobre el colchón y llamaba a otro hombre.

Jamie... No tenía la menor idea de quién podría ser ese hombre, según los marqueses ella jamás tuvo contacto con nadie que no fuera su familia.

—Estaba asustada, no puedes enojarte —musitó su hermana con lágrimas en los ojos, y la miró con fijeza.

—No le haré nada.

—¿De verdad?

El que su hermana lo considerara un monstruo siempre que se tratara de Riley, era algo que él mismo se lo había ganado, por lo que no pudo alterarse ni regañarla por tener tan poca confianza en él.

—Tranquilízate —pidió cautamente y acarició su coronilla, viendo como Brown se incorporaba.

—¿Cómo está?

—No tiene ningún daño físico —reconoció y se sintió aliviado—, pero su cuerpo está débil, me atrevería a decir que tiene una alimentación desequilibrada. Su delgadez no es buena, debe recuperar peso y dormir más horas, está débil. ¿Ve esto? —Le señaló pequeños cardenales en sus brazos que hicieron que la sangre se le congelara—. Se las hizo usted.

—Imposible, lo único que hice fue...

—Sujetarla. Está débil, cualquier toque levemente brusco que llegue a ella hace que la piel se le pigmente y se generen leves hematomas. Dejaré una receta médica y por las siguientes dos semanas evite que la condesa haga esfuerzo alguno. Sugiero cinco a seis comidas diarias, necesita recuperar por lo menos unos cinco kilos. Le apliqué un medicamento que la tendrá dormida por unas horas, posiblemente se despierte a media noche, tendrá hambre, ordenaré que le preparen un mejunje, que lo tome antes de ingerir una sopa de verduras.

Despachó a Brown con los ánimos por los suelos y fijándose la hora, un poco más de las siete, se sentó en el sillón que estaba junto a la cama de su esposa y aguardó a su lado para poder vigilarla por el resto de la noche.

Esa era su creación... ¿Ese era el mal que siempre deseo para ella?

Se frotó el rostro con frustración y la miró con fijeza, pensando en todos los cambios que tendría que hacer de ahora en adelante por ella, porque realmente deseaba recuperarla.

—Si quieres puedo quedarme con ella.

—Ve a dormir, Laurine, ya hiciste mucho por hoy.

—Pero... Ella podría asustarse si te ve y...

—Tiene que acostumbrarse, porque desde ahora pocas veces me desprenderé de su lado.

Al menos no hasta que Riley Gibbs acepte su cercanía y esté dispuesta a aceptarlo en su lecho.

Su hermana se retiró siguiendo su orden y a medida que las horas transcurrieron, Matt esperó pacientemente que ella despertara para ayudarla a alimentarse y luego a recostarse otra vez.

Ocurrió, pero Riley no se mostró muy lucida, por lo que suponía que ni siquiera recordaría ese breve momento que tuvieron juntos.

—No puedo más —susurró al no ser capaz de continuar con su sopa y con una mueca hizo todo a un lado y la acurrucó contra los cojines y las cálidas pieles para calentarla. Necesitaba hacer que comiera más, pero también debía cerciorarse que ingiriera comida saludable—. ¿No iré a mi alcoba? —preguntó dormitando y Matt besó su mejilla, agradeciendo que ella estuviera lo suficientemente débil como para quejarse.

—Esta es tu alcoba.

Cayó rendida, abrazada a uno de los almohadones, y sin poder controlarse la besó con ternura, sintiendo como el cuerpo le temblaba ante la idea de perderla justo ahora que recordaba lo valiosa y grandiosa que era.

Capítulo 12

«¿Fue un sueño?».

Por más que quisiera y lo intentara, Riley no podía dejar de replantearse esa pregunta una y otra vez mientras le daba un suave mordisco a su tostada y veía como su esposo se desplazaba por su alcoba con un libro en manos.

Había pasado tres días desde el accidente en el lago y si bien sus padres y hermana la visitaron, lo único que a Riley le preocupaba era la extraña actitud de su esposo, quien se la pasaba la mayor parte del día en su alcoba vigilando que comiera cada una de las comidas que les traían —porque extrañamente comía con ella— y preguntándole cómo se sentía.

Si él estaba siendo tan amable, ¿eso quería decir que nunca le golpeó en la cara?

Lastimosamente la presencia de Jamie en Londres no fue una pesadilla, puesto que cuando Devonshire le explicó todo lo que tendría que tomar para mejorar su estado de salud, no dudó en nombrarle al doctor Brown.

—¿Usted no comerá? —curioseó y su esposo paró en seco y retiró la vista de su libro.

—No tengo apetito. —Lo cerró y se acercó a la cama—. ¿Cómo se siente?, ¿le duele algo?

Riley respingó al sentir como sus amplias manos se deslizaban tras su cuello y tragó con fuerza cuando las retiró lentamente, evaluando su temperatura corporal.

—Estoy bien —susurró preocupada.

Él no solía ser tan amable con ella.

—Sólo me caí al lago, milord, no fue nada grave.

—Lo fue, milady, casi se ahoga y el doctor me pidió que la cuidara.

—No me duele nada.

—Pero se siente cansada y débil.

Eso había mejorado ahora que empezaba a comer seis veces al día.

—¿Por qué no come un poco? —Le señaló el surtido desayuno—. No me gusta comer sola.

Aun en contra de su voluntad Devonshire sujetó una tostada y la untó con un poco de mantequilla y mermelada, generándole un poco de curiosidad por la extraña mezcla.

—No sabía que le gustara así —comentó y él la miró con curiosidad.

—No sabe nada de mí —susurró con un tono parecido a la culpabilidad y ella quiso decirle que era todo lo contrario: ella sabía todo de él, pero no que comiera su tostada con mermelada y mantequilla.

—¿Sabe bien? —preguntó al ver que daba el primer mordisco.

—Pruébalo —sugirió con una leve curvatura en los labios mientras acercaba la tostada a los suyos, y con las mejillas sonrojadas le dio un pequeño mordisco, disfrutando de la explosión de sabores: salado y dulce.

Era agradable.

—Sabe bien —admitió y sin poder controlarse le dio un mordisco más grande en el mismo lugar donde él había mordido—. Creo que me haré una. —Empezó a prepararse su propia tostada y sus movimientos poco a poco fueron cesando al percatarse que él la miraba con fijeza.

—¿A ti como te gusta? —inquirió él, pensativo.

—Con nata, pero hoy no me trajeron.

Y no tenía pensado ponerse exigente ahora que estaba siendo bien tratada.

—Puedo pedirla. —Se dispuso a tocar la campanilla, pero ella no se lo permitió.

—Estoy bien así, como de todo.

—Si quieres comer algo en especial sólo debes pedirlo, el chef y el cocinero están a tus servicios.

—¿De verdad? —Lo miró sorprendida y su esposo retiró la mirada, para asentir lentamente—.

¿Cuándo me enviará a mi dormitorio, milord? —preguntó cautamente—. Sé que por ahora es complicado porque mis padres y hermana me visitan, pero...

—Quiero que te quedes aquí.

No sacaría deducciones tempranas.

—¿Por cuánto tiempo?

—Siempre.

Inclinó el rostro, pensativa. ¿Eso quería decir que le estaba devolviendo su dormitorio? La visión se le empañó y rápidamente bajó la mirada para concentrarse en su tostada, ¿qué había sucedido con su esposo?, ¿se sentiría culpable por el accidente en el lago?

—¿Y su madre?

No podía confiarse, ella tenía que hacer lo que Dalila quisiera si no quería que su suegra se encargara de convertir su vida en un nuevo infierno. Le parecía extraño que ella todavía no se hubiera presentado en su alcoba.

—Tiene prohibido acercarse, quiero que descanses y sé que mi madre puede cansarte.

Eso explicaba muchas cosas, pero ni siquiera así se salvaría mucho tiempo de la malicia de Dalila.

—Gracias.

No decirlo sería poco adecuado.

—¿Por qué? ¿por devolverte lo que te quité hace dos años?

Sus miradas se encontraron y la piel se le erizó al verlo molesto, abatido y ¿triste?

Imposible, seguro era su imaginación.

—Yo...

—Debo irme, tengo unos asuntos que atender, pero mi hermana vendrá a verte y cuidará de ti por ahora.

Asintió, le parecía muy extraño que él le diera ese tipo de explicaciones. En realidad, todo lo que estaba ocurriendo era extraño, irreal y posiblemente si haya muerto hace tres días y ahora se encontraba en una vida paralela donde su esposo no la repudiaba y detestaba por ser quien era.

—Al fin me dejan visitarte —expresó Laurine nada más entrar a su alcoba y con una cálida sonrisa dejó que la abrazara—. Nos diste un susto de muerte, Riley, nunca más vuelvas a hacer algo así.

—No puedo prometerte nada si se trata de mis sobrinos.

La rubia hizo un mohín con los labios, apenada.

—Tu hermana aún sigue alarmada.

—Lo sé. —En su primera visita Lisa no había podido dejar de llorar mientras le agradecía haber salvado a su hijo, el embarazo la tenía más sensible de lo normal.

—Lo bueno es que estás bien, lo único que ahora debes hacer es mejorar tu alimentación y subir por lo menos cinco kilos.

—¿Cómo? —La miró con curiosidad y su cuñada frunció el ceño.

—¿Mi hermano no te lo contó? —Negó con la cabeza—. Brown nos dijo que estás muy débil y tu peso es muy bajo, debemos mejorar tu alimentación.

—¿Por eso vigila que coma las seis comidas que me traen al día?

—Él vigila todo, incluso la preparación de cada uno de los platos —recalcó, sorprendiéndola un poco.

—¿Por qué lo haría?

Frunció levemente el ceño al ver como su cuñada retiraba la mirada y consciente que lo mejor sería no insistir, dejó que el resto de la mañana ella le hablara de lo que estuvo haciendo esos días: clases de francés, español y baile; cosas que Devonshire creía que su hermana debía reforzar de vez en cuando.

A media mañana le trajeron un gran cuenco con diferentes frutas a elección y las comió junto a Laurine, quien tal y cómo Devonshire lo dijo, no se separó de ella durante todo el día.

—Me pides un imposible, ¿sabes cuántos Jamie habitan sólo en la ciudad? —farfulló Portman con incredulidad y Matt se frotó el mentón, pensativo.

—¿Para qué quieres encontrarlo? —inquirió Grafton.

—Siento que es alguien importante en la vida de mi esposa.

Y por lo que pudo escuchar en sus sueños, a ella no le gustó que la dejara sola. Dudaba que tuviera un amante; es decir, Dalila nunca se lo habría permitido, ¿verdad? La comprensión lo golpeó con fuerza al caer en cuenta que nada le hubiera caído mejor a su madre que un amante para Riley.

—Podría ser un familiar o amigo de infancia.

—La amistad entre hombres y mujeres no existe —decretó con frialdad.

—No es cierto, Grafton fue amigo de su pupila. —Blandes, siempre buscando encontrar un equilibrio para todo.

—Sí, claro —ironizó Matt—. Tan amigo que la regaló al primer yanqui que pidió su mano.

Grafton apretó la mandíbula por el tema que salió a flote y todos decidieron regresar al principal y al cual los tenía a todos reunidos allí, en la casa de Portman, quien no quería mantenerse muy lejos de su esposa e hijo recién nacido.

—Vi el periódico esta mañana; lo que ocurrió entre tu esposa y tú en el lago sigue levantando habladurías —comentó Grafton.

—No lo entiendo, ¿por qué la salvaste? —Su mirada se encontró con la de Portman—. Siento mucho decir esto, pero más predecible por parte tuya era que la dejases morir sin pena alguna.

—¡Eso no es verdad! —bramó fuera de sí y todos sus amigos lo miraron con seriedad—. Me equivoqué, admito que cometí un terrible error y fui un hijo de perra con mi esposa estos tres años; pero quiero recuperarla, ¿es que no puedo desear una solución para mi matrimonio?!

—¿Existe? —Grafton lo miró con preocupación y él ganó una gran bocanada de aire.

—Mientras nadie intente seducir a mi esposa, menos un amigo, nada es imposible.

Portman y Blandes abrieron los ojos de par en par ante la acusación de Matt y miraron a Grafton con sorpresa, quien bajó la mirada, azorado.

—Siempre me pareció hermosa —confesó y Matt lo acusó con la mirada—. Pero es tuya y si realmente la quieres no me interpondré, lo mío se pasará en días, lo tuyo durará para siempre.

—¿Por qué dices eso? —exigió saber, ofuscado, y Blandes habló por el conde.

—Porque te enamoraste y no habrá fuerza sobrehumana que te permita alejarte, olvidar o superar a tu esposa, menos sabiendo que es tuya.

—No sé qué hacer, sé que ella acepta mi compañía porque tiene miedo de lo que pueda hacerle en caso de ser diferente, pero deseo que más que aceptarla la quiera.

—No seas tan exigente desde tan temprano, Matt —sugirió Blandes y Portman asintió—. Esto toma su tiempo y fueron tres años de abandono total.

—Lo sé, pero... —Alborotó su cabellera, desesperado—. ¿Quién es Jamie?, ¿por qué lo llamó en su sueño después de que estuvo a punto de morir?, ¿creen que tenga un amante?

—No la culparía —dijeron todos al unísono y Matt no supo si estaba en el lugar correcto para pedir ayuda.

—Debo encontrarlo.

—Espera unos días y cuando ella se sienta mejor, pregúntaselo tú mismo —sugirió Portman.

—¿Crees que es lo mejor?

—Por supuesto, así ella sabrá que estás al tanto de la existencia de este hombre y, justamente porque te teme, te dirá la verdad y te explicará de donde diantres salió el susodicho.

Lo pensó un poco, tenía lógica, Riley no iba a mentirle. Ella preferiría confesar sus pecados antes de generarle un disgusto mayor con sus mentiras, ¿verdad?

—¿Y qué harás por ahora?

Miró a Blandes, quien esperaba con anticipación su siguiente movimiento.

—Sé que es superficial, pero le compraré un ajuar nuevo. La he descuidado mucho y de alguna forma quiero competir contra los rumores que corren sobre ella.

—Creo que superficial o no ella amará ese regalo —notificó Grafton con satisfacción—. ¿A qué mujer no le gusta ser consentida?

—¿Por qué no averiguas qué es lo que le gusta?

—Le gusta cultivar plantas, leer, dibujar, pintar y... —Lo pensó un poco, ¿qué más le gustaba?—. Sólo conozco esos pasatiempos.

—Tienes un invernadero, permítele pasar tiempo allí. Todos sabemos que tu biblioteca es la más envidiada de Londres, sugiérele libros y deja que ella te sugiera algunos. —Blandes tenía razón, su esposa adoraba leer y él la privó de su biblioteca hace mucho—. Pintar, dibujar, ¿por qué no llevarla a una exhibición al museo, habrá una en dos semanas.

—Es perfecto —reconoció, palmeando la espalda de su amigo con agradecimiento—. Ahora que sé que no tienen nada para mí sobre el posible Jamie que atormentó el sueño de mi esposa, debo retirarme.

Quería estar en su casa vigilando a su madre, quien tenía absolutamente prohibido acercarse a su esposa y hermana por al menos las siguientes tres semanas mientras él analizaba qué medidas tomaría en cuanto a ella —quien era la principal culpable del deterioro de salud de su esposa— y todos los criados estaban al tanto de ello.

—Esto es un abuso a mi confianza y a la confianza de su primo, lady Evedane.

Josephine miró a Jamie desde su cama con una sonrisa traviesa en el rostro, el rubio era un aguafiestas cuando se lo proponía y claramente esa mañana estaba más que dispuesto a arruinarle la suya.

—Desde que me avisaron de su llegada a la ciudad, no he dejado de sentirme mal, doctor Brown —espetó dramáticamente y el rubio suspiró larga y pesadamente, mirando la puerta por

donde su cómplice, la duquesa de Blandes, se había retirado totalmente ruborizada por la bajeza que ella la obligó a cometer.

A veces complacer a tu mejor amiga no era una tarea sencilla, menos cuando esta implicaba generar una pequeña emboscada para el ex amante de tu adorada amiga que no conocía todos los problemas que ese clandestino encuentro podría generar en la casa de los duques de Blandes.

—¿Qué le duele, milady? —preguntó resignado, acercándose a la cama con el maletín en la mano.

—No sé si mi dignidad o mi corazón, ¿por qué no vino a visitarme antes?

Él la miró con fijeza, sintiéndose molesto por su absurdo comentario.

—Te dejé claro que esto no puede continuar, ¿por qué sigues insistiendo?

—¿Acaso no fui una buena amante, doctor? Admito que fue mi primera vez siendo la querida de alguien, pero dejé todo de mí en su lecho.

—Le aclaro que no curo enfermedades mentales, lady Edevane, pero con gusto la puedo referir a Bendlam. —La ignoró olímpicamente, empezando a sacar sus materiales de trabajo.

—Eres un grosero —siseó y el rubio sonrió de lado.

Tiempo atrás, cuando llegó a Londres y empezó a trabajar como criada en la casa del duque de Blandes, Josephine salió del lugar voluntariamente junto a la duquesa de Blandes, quien en estado de gestación había sido echada por su esposo de su hogar; como resultado, ambas terminaron a la deriva y tuvieron que subsistir con lo que tenían a su alcance. El día que Aline dio a luz, Jamie cayó en su casa como por arte de magia y accedió a ayudarlas esa noche sin cobrarles un solo penique.

Al día siguiente él se había dado cuenta de su precaria situación y les había dicho que cualquier cosa que necesitaran lo buscaran en el pueblo. Por supuesto, ella no dudó en ir y una cosa llevó a otra y terminó convirtiéndose en su amante.

Dos largos años de relación, hasta que el duque de Blandes dio con Aline y su hija y los trajo a todos a Londres, separándola de Jamie. Cuando su amante se enteró que era una dama, terminó toda la relación dejando claro que jamás se casaría con ella porque amaba a otra mujer, algo que Josephine no creía porque de ser así nunca la habría celado con el conde de Ross ni tampoco seguiría allí, aguantando sus juegos.

Jamie había aceptado cuidar de Aline, su hija, el pequeño Michael y ella sin pedir nada a cambio, siendo un caballero ejemplar y amable, dando más de lo que cualquier otro hombre daría por una querida. Jamás le faltó al respeto ni lastimó físicamente, incluso intentó dejarla, pero al final terminó volviendo a ella para seguir con su romance.

Ahogó un lamento, nunca pensó que ser la prima perdida de un duque podría ser tan deprimente. Quizás ahora seguirían juntos si no hubiera sido por aquella revelación de su pasado.

Empezó a toser sin control alguno y eso hizo que Jamie dejara su pose defensiva para arrodillarse en el piso con el fin de atenderle.

¿Ahora le creía que realmente estaba enferma?

—¿Por qué bromeas con tu salud? Creí que no estabas enferma —le recriminó con la mirada y Josephine le miró con ternura, consiguiendo incomodarlo un poco—. Veré qué puedo hacer por ti. —Sujetó el dobladillo del cubrecama y cuando lo bajó hasta la altura de su cintura, Josephine sonrió triunfante al ver la lujuria en sus hermosos ojos color cielo.

Eso fue más rápido de lo esperado.

—No juego con mi salud, Jamie —susurró seductoramente y con lentos y hábiles movimientos se destapó toda, dejando su cuerpo desnudo a su disposición—. Me siento caliente, ¿por qué no

revisas mi temperatura? —ronroneó, arqueando la espalda, y una sonrisa se dibujó en su rostro al sentir su amplia mano sobre su vientre, subiendo en una lenta caricia para abarcar su pequeño pecho.

—Alguien puede venir —dijo con voz ronca, claramente rígido por la tensión sexual que se había generado entre ellos.

Chasqueó la lengua traviesamente.

—Aline sabe que jugaremos al doctor y a la enferma. —Posicionó su mano sobre la suya y lo instó a apretar su seno para estimularse—. Pero mi primo no lo sabe y puede que llegue en el momento menos pensado. —Mintió, Blandes no volvería hasta más tarde.

—No puedo, Josephine, eres una...

—Sin compromiso, como en los viejos tiempos —suplicó, separando las piernas para él—. Decide ahora, Jamie, tiempo es lo que menos tenemos ahora, ¿es que no me extrañaste todos estos meses de separación? —Pronto sonrió satisfecha al ver como se despojaba de su ropa con rapidez y se montaba sobre ella para besarla con vehemencia.

Sus lenguas se enredaron con necesidad desmedida, como si ambos hubieran esperado ese encuentro desde hace mucho. Su cuerpo, su olor y su sabor la hicieron sentir viva otra vez, ella cometió el error de enamorarse de un hombre que sólo la quiso como amante; pero ahora no estaba dispuesta a tropezar con la misma piedra y se encargaría de enamorar al rubio antes de que la temporada finalizara. Lo abrazó por la cadera con las piernas, instándolo a poseerla de una vez por todas, y Jamie no demoró con su cometido y se hundió en su interior, robándole un gemido ahogado.

Él le cubrió la boca con una mano, amortiguando todo sonido lujurioso que pudiera salir de ella, y empezó a arremeter en su cuerpo como si no hubiera un mañana. Al darse cuenta que él tampoco era muy silencioso, Josephine hizo lo mismo y entre jadeos y gemidos reprimidos, ambos se entregaron al placer con una velocidad aplastante ante la idea de que alguien pudiera interrumpirlos en cualquier momento.

Distintas oleadas de calor se alojaron en su vientre bajo, informándole que la necesidad que sintió por él no fue una mentira, y pronto su cuerpo alcanzó la cima con un desencadenamiento en su ingle que fue bien compensada por la fuerte descarga de su amante.

Liberaron sus labios, mirándose fijamente, y se hundieron en un beso profundo que para él era una despedida, pero para ella era sólo el comienzo de una excelente relación que podría surgir entre ellos.

Capítulo 13

Después de que Riley despachara a James y Julian, quienes fueron a visitarla esa tarde, recibió una extraña noticia de Vanesa, quien ingresó a su alcoba y la preparó para salir de ella ese día, puesto que ya llevaba cinco días de total reposo y al parecer esa noche podría salir de su confinamiento.

—¿Por qué me arreglas? —inquirió con curiosidad y su doncella le sonrió alegremente, ella estaba muy feliz por el cambio que su vida había recibido en la última semana—. ¿De dónde sacaste este vestido?

—Lord Devonshire lo trajo para usted, dijo que pronto llegarán más modelos.

—Ya veo... —Observó la prenda celeste y admiró que era de una calidad excelente.

—¿Cenaré en el comedor?

—Aún es temprano para la cena. —Terminó de peinarla y le puso una pelisa blanca sobre los hombros—. Lord Devonshire me pidió que la prepare, es lo único que sé.

Asintió. Sabía que no irían al teatro, el mal clima había provocado que su esposo declinara la oferta de Grafton porque prefería que ella estuviera bien resguardada en su casa, por lo que suponía que tenía algo importante que decirle. Cuando estuvo lista, se dirigió al despacho de su esposo y antes de que pudiera llamar a la puerta, esta se abrió y dio un respingo al ver a Devonshire frente a ella.

—Eso fue rápido —comentó con seriedad y le dio una rápida mirada—. Tiene un mejor color. —Su sonrisa la desconcertó, no lograba acostumbrarse a ese cálido gesto.

—¿Me mandó a llamar?

—Así es, quiero mostrarle algo. —Le entregó el brazo y no muy segura lo aceptó, dejando que la guiara por el amplio pasillo a un lugar que ella conocía muy bien, puesto que fue su lugar favorito durante sus primeros meses de casada.

La biblioteca.

Las manos le temblaron y lo miró con asombro.

Ese era el refugio de su esposo, ¿de verdad la dejaría entrar nuevamente a ese maravilloso lugar?

—Deseo que olvide todo lo que alguna vez le dije —soltó de pronto, abriéndole la puerta de la biblioteca para que ingresara—. Esta es su casa, es la señora y tiene el derecho de hacer lo que quiera en cada una de sus instalaciones.

Lo buscó con la mirada, sintiendo un nudo en la garganta.

—¿Esto es cierto? —preguntó con voz rota, sintiendo como una lágrima se deslizaba por su mejilla—. ¿No me lo arrebatará todo, una vez que me acostumbre a esto?

—Es muy real, ternura —musitó con suavidad, retirando la lágrima de su rostro. Riley no supo cómo reaccionar ante el apelativo que usó para referirse a ella—. Te doy mi palabra que no te arrebataré nada.

¿Podía creerle?

Con pasos temblorosos ingresó a la gran biblioteca de su esposo y los ojos le brillaron de

emoción contenida al ver tantos libros a su disposición listos para ser leídos por ella. Avanzó por el lugar, tratando de recordar las secciones, y se sorprendió al ver un gran mueble de siete pisos totalmente vacío.

—¿Se llevaron sus libros?

—No —respondió con voz ronca, manteniéndose tres de ella—. En realidad, será llenado con libros de su preferencia literaria, hablé con el dueño de la librería y me explicó que conoce perfectamente cuáles son sus géneros favoritos. Nos enviará tomos nuevos dentro de poco.

—Muchas gracias —soltó con un hilo de voz, acariciando el macizo mueble de roble.

No entendía por qué le hacía un regalo de ese calibre, pero no quería rechazarlo. Hace años que nadie más aparte de su hermana y madre le obsequiaban algo, era un presente muy valioso y ella lo atesoraría siempre.

—No tiene que agradecer nada —susurró él y Riley juntó los párpados con fuerza para no volverse hacia él y sonreírle. No confiaría en el conde, no se fiaría de su amabilidad, sabía que todo sería efímero, Dalila se encargaría de que esa magia acabara tarde o temprano.

Ella conocía el peor de sus secretos, uno que le devolvería el odio y desprecio de su marido. Un hombre que ciertamente no conocía en lo absoluto, porque sentía que estaba junto a un completo desconocido.

Durante los siguientes días Riley caminaba escoltada por Vanesa y un lacayo que su esposo asignó para su cuidado, por lo que Dalila no se atrevió a atravesarse en su camino y ella aprovechó aquello para seleccionar una nueva lectura.

Madame Gale le había visitado para tomar nuevas medidas porque ciertamente estaba subiendo de peso, algo que le hacía sentirse tranquila consigo misma porque sentía que la vitalidad estaba volviendo a su cuerpo.

Todo iba de maravilla, hasta que en la tarde un gran arreglo floral llegó a su casa y fue recibido por su cuñada, quien le informó que su hermano lo había visto y no se había sentido contento por el extraño regalo que le llegó ese día.

—¿Realmente no se te ocurre una idea de quién pudo habértelo enviado? —preguntó su cuñada, caminando alrededor del arreglo junto a ella, y Riley negó con la cabeza.

—No —susurró confundida, revisando nuevamente entre las rosas si había alguna tarjeta—. Si fuera alguno de mis familiares, me habrían enviado una tarjeta.

Laurine se dio unos toquecitos en el mentón, pensativa.

—¿Qué le dirás a mi hermano? Él no se mostró feliz con el regalo que te enviaron.

—No creo que le afecte —confesó distraída, acariciando la rosa.

—Estás de broma, ¿verdad?

Inclinó el rostro, desorientada.

—Oh por Dios, ¿aún no te diste cuenta de nada?

—¿Darme cuenta de qué? —preguntó ofuscada.

—Mi hermano quiere reclamar sus derechos conyugales, Riley.

Cada músculo de su cuerpo entró en tensión y observó a Laurine con fijeza.

—Eso es imposible, tu hermano no me desea —susurró con un hilo de voz, empezando a comprender por qué el conde estaba actuando tan amablemente con ella.

Empezó a respirar con dificultad y se llevó una mano a la garganta, alarmada. Ella estaba lista para todo, para un insulto, un desplante, incluso un golpe por parte del conde; pero para entrar a su lecho... No, no podía, ni siquiera concebía la idea de que él la tocara íntimamente.

Los ojos se le llenaron de lágrimas cuando amargos recuerdos llegaron a su cabeza y negó

rápidamente, tratando de alejarlos de su mente.

¡No volvería a acostarse con su esposo nunca!

—Riley... Él no es malo, todo este tiempo estuvo muy preocupado por ti. El día que caíste al agua no descansó hasta que pudieras respirar otra vez, le preocupas, de alguna manera eres muy importante para él y creo que quiere que lo sepas, se está esforzando por demostrarse su verdadera cara.

¿Qué importaba eso ahora?

¡Él le arruinó la vida de la peor manera habida y por haber!

Jamás, nunca en su vida se plantearía la idea de tener una vida conyugal con su esposo. Él perdió su oportunidad el día que la envió lejos y la rechazó como esposa, porque a partir de ese día su verdadero infierno se desató en el ala oeste de la casa.

Quiso responderle, pero las palabras murieron en su boca al oír como la puerta de su alcoba se abrió. Estaba molesto, si bien él nunca esperaba una respuesta, siempre tocaba antes de ingresar a su alcoba.

—Quiero hablar con la condesa a solas, Laurine.

Su cuñada abandonó la alcoba ante la gélida orden de Devonshire, una que no dejaba cabida a un reclamo y objeción, y Riley se asustó por lo que podría sucederle ahora. Se volvió hacia él, sintiendo un nudo en la garganta. Lord Devonshire quería reclamar sus derechos conyugales, tarde o temprano la forzaría, y si eso pasaba... No, no podía permitirlo.

—¿Quién te manda flores?

Tragó con fuerza y se acercó a la chimenea para ganar distancia, ni siquiera le estaba hablando con formalismos.

—No lo sé, no tenía ninguna tarjeta.

—¿Y las lágrimas son de emoción? —preguntó con ironía y ella negó con la cabeza.

«Son de miedo».

Se plantó a unos pasos de distancia de ella y sin disminuir sus duros rasgos, espetó:

—Estoy siendo bueno contigo, he tratado de ser un buen esposo, así que te exijo que me digas quién te envió ese arreglo de rosas.

—No lo sé. —Una lágrima se deslizó por su mejilla y él gruñó furioso.

—¡No me mientas! —Atenazó su brazo, tirando de ella para pegarla a su pecho, y con el pánico a flor de piel lo buscó con la mirada—. ¿Quién es Jamie?

—¿Qué? —Abrió los ojos de par en par, quedando ojiplática.

—No creas que olvidé el día que lo llamaste entre sueños y me golpeaste.

Así que no fue un sueño después de todo.

—Dime quien es ese hombre y por qué te manda rosas.

—No sé quién las envió y Jamie salió de mi vida desde hace muchos años.

—¿Cuál fue tu relación con él?

Empezó a respirar con dificultad, lejos de soltarla la estaba manteniendo bien sujeta contra su cuerpo. Dios santo, ¿qué se supone que haría ahora?

—Era un amigo.

—La amistad entre hombres y mujeres no existe, no me quieras ver la cara de imbécil —escupió en tono mordaz y se sintió en peligro—. ¿Fue o es tu amante?

Sintió una profunda decepción por su esposo, nunca se permitió engañarlo, ni siquiera cuando sólo eran prometidos.

—Nunca tuve un amante, llevo años encerrada —respondió con un nudo en la garganta—. Ni

siquiera tengo amigos, no soy aceptada socialmente.

—Ese ramo dice lo contrario, las rosas rojas no expresan amistad.

La sujetó del mentón para obligarla a levantar el rostro. Estaba tenso, molesto y fuera de control, quería respuestas y ella no se creía capaz de dárselas todas. Era demasiado complejo, difícil y confuso.

—Era virgen cuando me presenté ante usted.

—Pero ¿quién me garantiza que no hiciste otras cosas en el campo?

—¿Le importaría? Yo no me fijé en lo que usted hizo en París con... Ah... —Jadeó cuando el agarre alrededor de su cintura se hizo aún más fuerte y empezó a llorar con congoja—. Ni siquiera he dado mi primer beso, suélteme.

—¿Cómo? —La soltó como si su tacto quemara y Riley retiró las lágrimas de su rostro, abatida. Estaba en peligro—. Eso es imposible, usted y yo...

—¡Eso fue una pesadilla! —explotó fuera de sí, consiguiendo acallararlo, y rodeó el mueble para implementar distancia—. Y no volverá a repetirse.

Quiso salir huyendo, pero antes de llegar a dar tres pasos, Devonshire saltó por el sofá y aferró su muñeca con fuerza para obligarla a girarse hacia él, intentó suplicarle para que no le hiciera nada, pero lo siguiente que escuchó hizo que la sangre se le congelara.

—Eso no lo decides tú —susurró y unió sus labios con fuerza, provocando que todo a sus pies temblara. Reaccionó tan rápido como pudo y sin pensar lo empujó por el pecho y le propinó una cachetada en la mejilla.

Anonadada por su terrible error, dio un paso hacia atrás angustiada y él se frotó el rostro con un semblante pasivo.

—Me lo merecía —reconoció, asustándola de sobremanera, y cuando sus miradas se encontraron le suplicó con la mirada—. Y toca que ahora tú te lleves lo que te mereces.

Se acercó a ella con tanta velocidad que nuevamente se vio apresada por sus labios, pero esta vez él logró separarle la boca e invadirla de maneras impensables. No sabía lo que tenía que hacer, ni siquiera sabía cómo sobrellevar la situación, por lo que se estremeció cuando él acunó sus mejillas y la ayudó a inclinar el rostro para hacer de ese encuentro de bocas uno más agradable.

Al cabo de unos segundos lo sintió tensarse y agradeció eternamente que se alejara con rapidez de su rostro, brindándole el espacio que ella creí que merecía. No fue consciente de sus lágrimas hasta que él empezó a retirarlas de su rostro con desesperación.

—Lo siento, me dejé llevar, yo...

Cayó de rodillas a sus pies y lo abrazó por las piernas, dispuesta a hacer lo que fuera para impedir que le pusiera una mano encima.

—Por lo que más quiera: no me obligue a esto —suplicó con la voz quebrada, totalmente angustiada—. Yo... Prefiero vivir encerrada antes de esto. —Fue sincera, jamás lo aceptaría en su lecho, eso era algo impensable, ni siquiera Dalila lo concebiría—. Regresemos todo a la normalidad, yo en el ala oeste y usted con sus amantes. Ellas serán mejor que yo, podrá elegir las, cada una amoldada a sus preferencias.

Ella no era nada junto a otras mujeres, él podía buscar fácilmente una nueva amante que pudiera satisfacerlo.

—Levántate —pidió con suavidad, instándola a incorporarse y con el cuerpo tembloroso lo hizo, mirándolo a los ojos en espera de una respuesta.

—No me afecta, jamás lo juzgaría por tener una querida.

—Riley, yo...

—No puedo —soltó con rapidez, interrumpiéndolo abruptamente ante la mención de su nombre, y antes de que él pudiera decirle más salió huyendo de la alcoba como si de eso dependiera su vida, alejándose del peligro que ahora mismo su esposo podría representar para ella.

Capítulo 14

Ofuscado y rojo de la cólera Matt desordenó su espesa cabellera castaña, y sujetando el delgado brazo de la dama que dormía desnuda lánguidamente en su cama, la obligó a salir de la cama y a zarandeos hizo que despertara.

Con las rodillas en el piso y su cuerpo suspendido en el aire por la presión que él estaba ejerciendo en su brazo, su esposa despertó con el semblante asustado y confundido.

¿Qué?, ¿había esperado que la despertara con besos y caricias después de semejante ultraje?

—¡Eres una maldita zorra!

La lanzó al piso, ignorando su grito adolorido, y le dio la espalda para contener sus abrumadores deseos de molerla a golpes por atreverse a drogarlo para consumir su matrimonio.

¡Era una malnacida!

—¡¿Quién te enseñó?! —exigió saber y rápidamente la tomó de los hombros y la forzó a pararse. No le interesaba su estado, su desnudez, ni el posible dolor que estuviera sintiendo en el cuerpo.

Quería castigarla.

—Me está lastimando, me duele, suélteme, por favor.

—¡Me importa un carajo si te duele o no! ¡Dime quién te dijo que lo hicieras! —La zarandeó con brusquedad y al parecer el dolor hizo que hablara.

—Mi madre —sollozó con pesadez—, ahora suélteme por favor.

¿Su madre? ¡La zorra marquesa de Winchester estaba detrás de todo esto!

¡Nunca le gustó esa maldita bruja!

No fue consciente de la fuerza que ejerció sobre los delicados hombros, pero le valió un carajo que ella se quejara de dolor. ¡Abusó de su confianza! ¡Prácticamente se atrevió a violarlo, burlando su autoridad!

La vio llorar e inhaló con pesadez, evitando sentir lástima por ella.

—Por tu bien, maldita zorra, ni se te ocurra quedar encinta —escupió muy cerca de su rostro y ella asintió con rapidez, suplicando ser liberada.

Él la soltó, tirándola hacia atrás sin consideración alguna, y avanzó peligrosamente hacia ella.

—¿Por qué lo hiciste? ¿Qué pretendías? ¿Creíste que una noche bastaría para engatusarme? Mírate, eres un fiasco, tuviste que drogarme para acostarte conmigo. Tú y tu madre están muy equivocadas si creen que algo va a cambiar. Compréndalo, milady, me desagrada, jamás voy a desearla ni mucho menos tendré un hijo con usted. El condado muere aquí y espero que lo comprenda y sus dichosas esperanzas también lo hagan. No me tienta, no me moleste, porque no tiene idea de las ganas que tengo de deshacerme de usted y su atosigante existencia —dijo con tanto desprecio que pudo ver como la piel morena se erizaba por el temor.

—Sólo... quería salvar nuestro matrimonio.

—*¡No existe tal matrimonio!*

—*¡Claro que existe! —Necesitaba paciencia, porque si no la mataría con sus propias manos —. ¡Yo soy su esposa! —gritó fuera de sí, descontrolada, sorprendiéndolo levemente por su explosiva reacción—. Pero es usted y su obsesión por esa mujer que no dejan que nuestro matrimonio prospere. Ella le escribió, se lo dijo, ¡Francesca ya está felizmente casada y tendrá un hi...!*

La calló, y lo hizo de una manera que jamás habría implementado si ella no hubiera confesado que había tocado su correspondencia y había leído una carta muy importante para él.

¡Lo menos que necesitaba recordar era que su Francesca tendría un hijo con otro hombre!

La vio estrellarse contra la cómoda, escuchando el quejido adolorido por el choque, y no salió de su letargo hasta que los músculos se le tensaron al ver la sangre deslizándose por los orificios de su nariz.

—Sal de mi vista antes de que acabe contigo.

Precisaba alejarla de su alcoba y su vida porque si no terminaría matando a la mujer que le arruinó la existencia, ¡por su culpa nunca llegó a conocer a su hijo!

Por su culpa Francesca decidió no tenerlo.

Matt retiró la lágrima rebelde que se deslizó por su mejilla y apretó la mandíbula al recordar el horrible episodio que había provocado que su esposa no quisiera saber nada de su existencia, ahora comprendía por qué nunca aceptaba sus acercamientos: no sólo la lastimó después de la consumación, sino durante.

Se frotó el rostro, abatido.

No recordaba nada, pero estaba seguro que no había hecho su mejor esfuerzo por complacerla. Dios, estuvo drogado, ¿quién pensaba con claridad cuando lo estaba?

Esa tarde perdió el control, la tensión y deseo sexual que sentía hacia Riley entró en convulsión por los celos que sintió al ver el regalo que alguien se atrevió a enviarle. Estaba desesperado y nada había mejorado cuando ella le dijo que jamás entraría a su lecho otra vez.

La besó, primero por la necesidad de ser el primero, pero luego porque deseaba saborearla, saber cómo se sentía besar a su esposa; y ahora quería tanto de ella que el cuerpo le ardía en llamas al saber que aún no era el mejor momento para actuar.

Debía esperar, arreglar el problema que había generado esa tarde y volver a traer a Riley a su alcoba.

Ella prefería vivir precariamente antes de entrar a su lecho.

Quiso reír con histeria.

Tenía que ser una maldita broma.

¡Su mujer no lo deseaba en lo más mínimo!

Ella le era indiferente, no le afectó en lo más mínimo su encuentro con lady Dolby; es más, por un momento pensó que ese día le sugeriría retomar su romance con la rubia. No estaba dispuesto a aceptar su rechazo, Matt quería todo lo que ella podía ofrecerle y eso incluía hijos, una familia y su amor.

Oh sí, quería su amor, y si bien en un pasado le advirtió que no podía quedarse embarazada, ahora se moría por verla con su hijo en brazos. Ella estuvo dispuesta a dar la vida por su sobrino, así que estaba seguro que sería una madre extraordinaria.

Tiempo atrás se juró que nunca tendría un heredero y su madre fue feliz con aquella decisión

tomada, era su gran venganza contra su padre; pero ahora dejaría todo en el pasado y se enfocaría en formar su propia familia y curar cada una de las heridas que generó en Riley por su egoísmo y ciegos.

A la hora de la cena no supo con exactitud qué sintió al no verla en la mesa, todo estaba listo, incluso su lugar estaba puesto, pero ella había preferido esconderse en su dormitorio con tal de no tener que cumplir con sus deberes conyugales.

—Antes de que iniciemos ve por lady Devonshire, Laurine.

Lastimosamente, para su esposa, su inclusión en las actividades familiares no era opcional y Matt no permitiría que volviera a enclaustrarse en aquella alcoba de diminuto tamaño y ambiente desagradable.

—No puedo creer que pienses en incluirla nuevamente en nuestra mesa —chilló su madre con indignación, aprovechando que su esposa no estaba presente para despotricar para ella—. Tú me diste tu palabra de que ella jamás sería alguien en esta casa. Debimos enviarla al campo cuando aún estábamos a tiempo, esa muchacha se crio la mayor parte de su vida allí.

—Ve, Laurine, dile que la estamos esperando. —Decidió ignorarla y los ojos de su madre estuvieron a poco de abandonar su puesto para salir disparados por la sorpresa.

—Hijo, creo que no estás pensando con claridad, ¿por qué no reconsideras la opción de enviarla al campo? —Implementó un tono de voz más meloso y él contuvo sus deseos de explotar contra ella.

No reaccionaria en contra de su madre, decidió perdonar los secretos que le guardó por años y dejar pasar por alto el daño que le hizo a su esposa —porque en el fondo fue él quien le dejó el camino libre para hacer lo que quisiera—, pero no permitiría que siguiera metiéndose en su matrimonio, porque ahí podía dar su palabra de que su misericordia con su madre se acabaría en un abrir y cerrar de ojos.

Su hermana fue lo suficientemente sensata como para obedecerlo a él y Matt aprovechó ese momento a solas para mirar a su madre y dejar las cosas claras de una vez por todas.

—Sea buena con mi esposa, madre —espetó con voz gélida, sorprendiendo a su progenitora—. Porque si a la señora de la casa se le apetece dejar de vivir con su suegra, créame que no me molestará complacerla, ¿de acuerdo?

—¿Cómo es posible? Soy tu madre.

—Y porque es mi madre le he perdonado lo que le hizo estos dos últimos años.

Dalila se puso rígida y toda su seguridad se mermó en el instante.

—Sí, vi a qué alcoba la envió y también sé que la mató de hambre todo este tiempo.

—Tú dijiste que la castigara.

—Ambos sabemos que no me refería a ese tipo de castigo.

Con las mejillas sonrojadas y las manos temblorosas, su madre retiró la mirada.

—No puedes culparme por nada, pudiste haberte dado cuenta de todo si así lo hubieras querido.

Eso era lo peor de todo: el descuidado fue él.

—Manténgase al margen, madre, lejos de mi esposa, porque pienso devolverle todo lo que le arrebaté.

Su madre le regaló una sonrisa retorcida que hasta cierto punto le pareció escalofriante y enarcó una ceja, divertida.

—Dudo que lo consigas y en el fondo tú lo sabes muy bien.

No se atrevió a decirle nada al respecto porque conocía la maldad de su progenitora, así que se

limitó a esperar a su esposa y hermana en silencio, esperando que Riley no le pusiera las cosas muy difíciles ese día. Laurine ingresó al comedor totalmente sola y Matt se incorporó, dispuesto a ir por la morena, pero sus movimientos cesaron cuando Riley apareció tras de ella con la mirada gacha y sus manos entrelazadas frente su regazo.

Al final accedió a participar en la cena.

—¿No sabes a qué hora se sirve la cena? —escupió mordazmente su madre y Matt logró controlarla con una simple mirada, haciendo que Dalila sellara los labios y maldijera silenciosamente su nueva posición en la casa.

Claramente ya no era la señora del hogar.

Matt sólo necesitó ver su rostro para sentir como se le hizo agua la boca. Tragó con fuerza, besarla sólo había empeorado su situación y en su interior una bestia rugía de ansiedad por reclamar a su esposa. Era preciosa, simplemente no podía contener su propio apetito sexual que despertaba después de muchos años por su mujer.

Igual que en Venecia.

—Creí que me subirían la cena —comentó ella con voz temblorosa, recordándole su intención de retomar su antiguo estilo de vida con tal de mantenerse al margen de todo lo que una vida de casados podría incluir.

—Toma asiento.

Retiró la silla que estaba junto a la suya para que se sentara y la notó nerviosa, no quería aceptarle la invitación y muy en el fondo la comprendía. Si su primera vez fue desastrosa, un acercamiento íntimo era lo último que buscaría de él.

—Sí, toma asiento, Riley. —Laurine la instó a avanzar y su esposa no pudo poner resistencia.

La cena dio inicio con un tenso silencio entre los comensales. Como plato principal sirvieron caldo de cordero y ella lo comió en silencio, porque sabía que era necesario que se alimentara correctamente, y Matt la observó con la mente ausente, imaginándose qué habría pasado si la habría tomado desde el primer día que ella vino a él desnuda y dispuesta para complacerlo.

Todo sería diferente.

El cocinero preparó el plato favorito de su esposa para esa noche y se sintió satisfecho de que Riley ahora participara en el menú del día, sus opiniones siempre eran muy tomadas en cuenta por el personal de la cocina porque él así lo ordenó y ahora nadie se rehusaba a darle lo que ella quisiera o deseara.

Cuando llegaron al postre, el cual consistía en ensalada de frutas con crema montada, un criado ingresó al comedor, pidiendo el permiso correspondiente a su amo, y le habló en voz muy baja sólo para que él escuchara lo que había sucedido hace poco. Las manos de Matt se presionaron en dos puños y trató de regularizar su respiración y no explotar sin razón alguna por ahora.

—Tráelos.

Las tres damas fingieron no haber visto nada, dado que el semblante del conde anunciaba que nada bueno estaba ocurriendo, y el criado regresó en cuestión de segundos con dos cajas de terciopelo rojo.

—Lady Devonshire.

Riley levantó levemente la mirada, claramente espantada porque se dirigiera a ella justo cuando sujetó ambas cajas.

—Me informan que llegó esto para usted.

Puso las cajas de gran valor sobre la mesa, dado que cualquier ciego sabría que llevaban joyas valiosas, y las deslizó sobre la superficie hasta dejarlas frente a ella.

—¿Para mí? —Su voz fue débil, suave y finalmente quebrada.

—¿Llegaron con tarjeta? —La condesa viuda apretó la mandíbula, indignada—. Es absurdo, nadie le regalaría algo tan valioso a ella.

El criado se puso nervioso y sólo atinó a decir:

—No, milady, llegaron así.

Matt observó a Riley con fijeza, su nerviosismo era tan obvio que, si no supiera que no tenía contacto con muchas personas, pensaría que realmente tenía un protector.

¿Podría ser que ese tal Jamie no sea simplemente un amigo de infancia?

—Son hermosas, hijo, realmente adoro los zafiros, pienso utilizarlas en el baile de la duquesa, será en una semana.

Matt sonrió con satisfacción al ver la felicidad de su madre y luego bajó la sonrisa y miró con desprecio a su esposa, quien miraba fascinada las joyas que su madre exponía.

—Son hermosas, milady —halagó a Dalila con el deseo de agradarle, aunque sea un poco y, obviamente, no lo consiguió.

Desde que entró a su casa hace dos semanas, su esposa no había hecho más que recibir desplantes por parte de ambos.

—Milady... —Lady Devonshire alzó el rostro para observar que el criado se disponía a dejarle una tarta de cerezas en el plato.

—No, por hoy es suficiente, no soy amante de los dulces.

Él ignoró su comentario y se dispuso a comer su postre. Quería enviarla al campo, no le agradaba que fingiera que todo estaba bien a pesar de que todos fueran groseros con ella.

—Milord —como de costumbre no levantó la mirada—, quería saber si es posible que vaya a ver a madame Gale para encargarse de un ajuar nuevo.

—No.

Ignoró el incómodo silencio que se formó en el lugar. Él no era un hombre dado a hacer regalos, él sólo compraba cosas para su madre y hermana.

—Claro, entiendo —soltó ella, azorada—. No se preocupe, tengo un vestido ideal para el baile...

—¿Quién dijo que puede ir?

Esta vez sí la miró y evitó con todas sus fuerzas sentir empatía por esa mujer. Él se lo dijo, le pidió y ordenó que anulara todo, ella sabía que con él no la pasaría bien; esa fue su advertencia y ella decidió afrontarla.

Matt trató de regularizar la respiración, si pudiera regresar en el tiempo, no volvería al día de su boda, sino más bien al día que en vez de subirse al barco de su esposa que viajaría de Venecia a Londres, se subió a otro partiendo a París.

Ese fue su error, no seguir a su prometida, puesto que fue ahí cuando conoció a Francesca, una viuda que lo hipnotizó profundamente con sus encantos; los cuales poco a poco se fueron perdiendo con el pasar de los meses una vez que estuvo casado.

—Ábrelo, quiero saber quién lo envió. —Su madre hizo la orden que él deseaba lanzar.

¿Podría ser que fuera el mismo individuo que le envió el arreglo de rosas?

—No, debe haber un error. —Riley titubeó, estaba muy pálida, y Matt tenía miedo que se desmayara en cualquier momento—. Nadie me enviaría algo así.

—Ábrelo.

Esta vez habló él, tan firme que todos tiritaron en la estancia. Ella juntó los párpados y sujetó la caja de terciopelo más grande. Cuando la abrió, las joyas brillaron contra su rostro de una manera que lo encolerizó. Nunca le hizo un regalo así de valioso, fue el hombre más miserable con la mujer que salvó a su familia tiempo atrás de la quiebra.

Riley se puso aún más pálida al ver las joyas y sujetó el papel blanco, dejando el collar de rubíes y oro en la mesa. Tenía los ojos llorosos y sus manos no dejaban de temblarle. No iba a hacerle nada, él no sería capaz de volver a golpearla, si lo hizo tiempo atrás fue porque no estaba en sus cabales, las cosas se habían salido de su control.

Él sólo deseaba saber que tan difícil sería la pelea por su mujer.

Su madre jadeó anonadada al ver el hermoso collar que seguramente costaría una gran fortuna y lo miró con incredulidad. Era un regalo escandaloso, estrafalario incluso, pero no era como si se lo pudiera confiscar a su esposa; no tenía cara para hacerlo.

—Léelo.

—Yo...

—Ahora.

Abrió la pequeña nota y Devonshire vio como el color asaltaba sus mejillas llevándose el pánico de su semblante. Ella dejó la nota en la mesa y sujetó la caja más larga, era un brazalete que le hacía juego con el collar.

No le gustó su tierna sonrisa.

—Me lo regalaron los duques de Windsor, Lisa dice que madame Gale le informó sobre mi vestido y Windsor decidió comprar el conjunto como agradecimiento por salvar a Julian.

Debió sopesar eso desde el momento que vio el conjunto, ningún noble era tan rico como los dueños de Triunfo o derrota, sólo ellos harían regalos de ese calibre a sus cuñadas. Sin embargo, el que otro le comprara joyas a su mujer era humillante.

—Déjame ver.

Laurine se puso de pie y entre ambas admiraron las joyas como si no tuvieran un estúpido rubí entre las suyas. Torció los labios con disgusto y dejó la mitad de su postre en el olvido, ¿por qué no le compró joyas cuando quiso hacerlo? Por un momento pensó que llevar a Riley a la tienda para que escogiera lo que quisiera sería lo mejor, pero claramente el factor sorpresa la hacía ver encantadora.

Su esposa dio por terminada su cena y pidiendo permiso pegó las cajas contra su pecho y salió casi corriendo del comedor, recordándole lo hermosa que se veía cuando se alejaba de su lago en el cual nadaba desnuda y sin preocupación alguna en el rostro.

—Fue de muy mal gusto, actuó cómo una campesina, es un simple conjunto.

Se puso de pie.

No era un simple conjunto, posiblemente, esas joyas eran lo más bonito que ella había recibido como regalo esos últimos años, dado que él fue tan déspota como para no hacerle ninguno a su propia esposa.

Capítulo 15

Odiaba, realmente detestaba esa habitación, más ahora que estuvo durmiendo durante dos semanas en la cama más cómoda que conocía; sin embargo, no tenía pensado ceder a la voluntad de su esposo, por lo que prefería seguir viviendo aislada antes que aceptándolo en su lecho.

¿Era amable?; curiosamente sí. ¿Podía tratarla con respeto?; efectivamente podía.

No obstante, esa tarde le había demostrado, otra vez, que era una persona demasiado impulsiva, por lo que según su criterio: seguía siendo un hombre peligroso para su bienestar.

Después de despachar a Vanesa, quien no estaba conforme con su decisión de ocupar nuevamente esa alcoba, Riley frunció la nariz con disgusto por el horrible olor de la estancia. Llevaba mucho tiempo sin recibir un poco de aire fresco.

Ladeó la cabeza y disconforme tiró del taburete de su cómoda y se subió a la misma para abrir la ventana. Al parecer, la madera se resintió con su ausencia porque no aflojó ante su fuerza y la instó a tirar con mayor fuerza para separar la ventana del marco.

—Un poco más —farfulló, tirando energéticamente, y todo su cuerpo se alteró al escuchar como la puerta de su dormitorio se habría.

—No dormirás aquí... —Volvió el rostro hacia atrás y abrió los ojos de par en par al ver a Devonshire en la estancia, cerrando los labios abruptamente—. ¿Qué diantres estás haciendo...?

Lastimosamente, ella tuvo que dejar de mirarlo porque la ventana se abrió de golpe y todo su cuerpo fue expulsado hacia atrás por la fuerza que ella estuvo ejerciendo segundos atrás.

—¡Ah! —gritó, imaginándose que la caída sería dolorosa, pero gracias a los santos el conde fue lo suficientemente rápido como para llegar a ella y tomarla en brazos para evitar dicha caída. Cuando su respiración se regularizó, Riley alzó el rostro—. Muchas gracias, milord.

—¿Qué diantres planeabas hacer?

—Sólo quería abrir la ventana, yo...

—No dormirás aquí, Riley —espetó con sequedad, presionando su agarre, y repentinamente tensa por la cercanía de sus cuerpos, sintió una gran necesidad de rogarle para que la soltara—. No te obligaré a hacer nada que no quieras. —Lo miró con recelo—. Lo único que quiero es que te sientas cómoda, en un ambiente donde te traten como la condesa que eres.

¿Podía creerle?

Si lo hacía o no, eso no pareció importarle a su esposo porque así, con ella entre sus brazos, salió de la alcoba y la llevó al dormitorio que como condesa le correspondía. Para su sorpresa, la bajó con suavidad e hizo que lo mirara en el instante.

—No entraré, no invadiré tu espacio porque lo que sucedió esta tarde fue un arranque de celos. Me disculpo por mi comportamiento, te doy mi palabra de que no volverá a suceder de nuevo.

—De acuerdo.

Confió en él, no era como si tuviera otra opción, por lo que paciente lo miró para que se retirara. Él asintió y le abrió la puerta del dormitorio, permitiéndole disfrutar de la calidez de la estancia.

—Buenas noches, milord. —Se adentró rápidamente al lugar, agradeciendo en el alma el poder

estar allí sin verse atada al deber de complacer a su esposo en el lecho.

—Descanse.

Le cerró la puerta en la cara, dejándole claro que ese gesto de amabilidad no cambiaría su manera de pensar. Estaba decidida a cerrarle las puertas de su corazón a su esposo, no dejaría que se inmiscuyera en su vida, pero aceptaría todo lo que le ofrecía porque sentía que era algo que en el fondo merecía; no obstante, eso no quería decir que estuviera dispuesta a olvidar todo lo que le arrebató en el pasado.

Ese era un daño inolvidable.

Durante los siguientes días, Riley se sorprendió al percatarse que el conde realmente mantuvo distancia y cumplió su palabra. Pocas veces frecuentaba con él, más que todo en las horas de la comida y cuando tomaban el té después de la cena, algo verdaderamente incómodo para ella porque no estaba acostumbrada a hacerlo. Sin embargo, ahora mismo se le apetecía hablar con él de algo muy importante.

—Creo que hay una confusión —reconoció sorprendida, viendo como las costureras de madame Gale apilaban ordenadamente sus nuevos vestidos en su armario y acomodaban los interiores en las subdivisiones del mueble.

—No la hay, milady —se regodeó la pelinegra, guiñándole el ojo—. Su esposo fue personalmente a mi tienda y pidió que se le preparara un ajuar completo.

Eso lo comprendía y realmente se lo agradecía, necesitaba ropa nueva; no obstante... La cantidad era estafalaria, ni siquiera estaba segura de poder usar todas esas prendas antes de que dejaran de ser tendencia en los salones de baile.

—Su madre también le hará un regalo pronto —reveló la modista, captando su atención—. Aunque ella los recibirá en menos de dos semanas.

—¿No le informó que mi esposo hizo una compra abundante? —inquirió con incomodidad, ¿qué haría con tanta ropa?

—Lastimosamente su madre los pidió antes.

—¿Y por qué el pedido de mi esposo es entregado antes que el de mi madre?

—Porque el conde nos pidió priorizar su ajuar y ofreció una cuantiosa suma por eso —reveló sin vergüenza alguna y Riley suspiró con cansancio.

¿Qué era lo que pretendía?

No negaría que se le hacía un gesto muy amable de su parte, al igual que el regalo que le hizo en su biblioteca, pero todo era muy nuevo y pronto para ella, no sabía cómo lidiar con ello y no quería sentirse agradecida con él, no quería sentir que le debía algo al conde cuando lo cierto era que la situación era totalmente al revés.

—¿Sabes dónde está el conde?

—Llegará más tarde, milady, nos informó que no estaría presente en el almuerzo.

Eso quería decir que para hablar con él tendría que esperar hasta la hora de la cena.

—De acuerdo.

Decidida a dar por terminada la ajetreada visita de madame Gale, Riley se puso manos a la obra y empezó a ayudar a las costureras con el único fin de despecharlas lo antes posible. En el proceso, su plan principal se desvió al quedar embelesada por cada una de sus nuevas prendas, por lo que terminó conversando con madame Gale de las nuevas tendencias de moda y los accesorios que podrían sentarle bien a cada uno de sus nuevos vestidos.

Matt tenía un gusto esquicito para la selección de joyas, era una habilidad de la cual estaba muy confiado porque a su madre y hermana siempre le gustaron sus regalos. No obstante, no quería seleccionar conjuntos para Riley sólo porque le parecían arrebatadoramente llamativos, cuando estaba claro que su esposa no era de las que quisiera acaparar la atención.

—Lord Devonshire.

El doctor Brown lo saludó como correspondía y arrugó levemente el cejo al ver su hilarante gesto ante su presencia, ¿por qué reaccionaba así?, ¿hizo algo para caerle mal al nuevo doctor de la ciudad?

—¿Busca una pulsera? —inquirió, buscando aligerar la tensión en el ambiente.

—Así es.

—¿Para una mujer especial?

Brown se dio unos segundos para analizar su respuesta.

—Es un regalo de despedida.

En resumen: el doctor dejaría a su querida por otra mujer. No tenía idea de quién era la mujer en cuestión, pero estaba claro que no la pasaría bien en los siguientes días.

—Suerte con eso.

Brown le miró de soslayo.

—No creo que sea tan complicado, ella no es lo que usted se imagina.

—¿No es su querida? —preguntó con diversión, evaluando la pulsera de diamantes que él tenía en la mira—. ¿Entonces quién es la afortunada?; nadie hace un presente tan valioso a una mujer que no le importa.

—Es una mujer especial que tendré que dejar por cuestiones del destino.

Comprendió su situación: él se sintió de igual manera cuando tuvo que renunciar a Francesca y volver a Londres para casarse con Riley. Devonshire vio como señalaba el anillo más grande del mostrador, uno que portaba un hermoso zafiro en medio, y frunció el ceño.

—En efecto, debo casarme —espetó sin mirarlo, como si le hubiera leído los pensamientos—. Empaquete el brazalete de diamantes por separado, por favor.

Estaba viviendo lo mismo que él, debía renunciar a alguien que apreciaba porque su deber era casarse con otra mujer. Jamás se imaginó que Brown estuviera prometido, Matt no era de los que se entrometiera en los asuntos de los demás.

Odiaba los chismes.

Unas piedras llamaron su atención y desvió la vista hacia el conjunto de esmeraldas que estaba en el mostrador, era del mismo tono que los ojos de su esposa, joyas que se verían maravillosamente sobre la piel de su mujer.

Tragó con fuerza.

Era perfecto.

—¿Cómo se encuentra lady Devonshire? —La última palabra le pareció algo tosca en los labios de Brown.

—Mejor, sus atenciones fueron muy buenas, se le dio todo lo que le recetó y ahora continua con un reposo menos estricto.

—Me alegra saberlo, su estado no era muy óptimo la última vez que la vi —dijo con un deje de molestia y Matt no pudo culparle, no mantuvo a Riley en buen estado.

—Ese ya no será un problema.

Fue su única respuesta, ahora él estaba a cargo de Riley y se encargaría de que nada le faltara. Brown se retiró de la tienda después de lanzar un frío «hasta pronto» y Matt siguió evaluando el

lugar para continuar con sus compras.

Ese día almorzaría con sus amigos en la casa de Grafton, por lo que como de costumbre todos llegaron antes de la hora prevista para beber algo y hablar de sus menesteres ya sea en la cámara de lores, en sus negocios con un club de burgueses o de sus obligaciones como padre respetable de familia.

—Siento que perdí todos mis avances, nunca debí besarla —confesó y el idiota de Portman carcajeó por lo bajo, recibiendo un codazo por parte de Blandes, quien al parecer sí sentía algo de pena por él.

—Te lo dije una vez y te lo repito de nuevo: es muy complejo, Devonshire.

Torció los labios con disgusto, eso ya lo sabía y era desesperante.

—No te generaré falsas esperanzas —espetó Grafton con seriedad—, por lo que te diré que lo que tú hiciste no tiene nombre, dudo que merezcas perdón.

—Blandes también abandonó a su mujer por años, incluso perdió la vista y míralo ahora, no sólo tiene a tu esposa e hijas a su lado, sino que recuperó la vista en navidad.

—No me gustó ser tu referencia —admitió el duque con disgusto—, y cabe agregar que yo fui engañado, me hicieron creer que la situación de mi esposa era buena.

—Cierto.

—Tú no opines, Portman, tú también fuiste un mal esposo.

—Error. —Sonrió el apuesto pelinegro con picardía—. Yo fui abandonado, yo nunca eché a mi esposa; es más, tuve que luchar por semanas para poder convencerla de quedarse conmigo y no dejarme.

—Creí que mi madre la tenía en buen estado —soltó con frustración, sin poder encontrar una excusa que lo hiciera sentir menos culpable.

—Pero tú estabas allí, tú tenías la posibilidad de comprobar ese hecho con tus propios ojos —comentó Grafton, juzgándolo con recelo.

—Y disfrutabas generándole mal, Devonshire —musitó Blandes con cautela, haciéndolo sentirse una mierda—. Nunca te imaginaste las condiciones en las que ella vivía y fuiste víctima de tus palabras.

—Yo... Sólo quiero recuperar a mi esposa.

—No será fácil. No hace más de tres semanas que empezaste a lidiar con ella, no esperes un milagro, lady Devonshire necesita tiempo y espacio. —Portman se cruzó de brazos, pensativo—. ¿Y qué hiciste con tu madre?

—Nada, sólo le advertí que se mantuviera al margen.

—Cuidado con eso —dijeron Blandes y Portman en unísono y los miró con interés.

—Yo confíe en mi tía, la única familia que tenía —soltó Blandes, mirándolo a los ojos— y fue ella quien me mintió; me dijo que Aline era mi media hermana, mandó a matarla la misma noche que la saqué de mi casa e inventó la muerte de mi esposa e hija después de robarme dinero por más de dos años.

—Mi madre se puso histérica cuando Seraphina llegó a mi casa, las discusiones eran continuas y no fue hasta que la envié a otro lugar que mi esposa pudo sentirse realmente tranquila. Si bien ahora están intentando tolerarse mutuamente, en un principio mi madre no tenía la más mínima intención de ponerle las cosas sencillas a mi esposa.

—¿Están sugiriendo que mi madre puede hacerle algo a Riley? —preguntó ofuscado y todos sus amigos se miraron de reojo.

—Sí —respondió Portman, el más sincero y directo de todos—. ¿Acaso no la tuvo viviendo

precariamente por dos años?, ¿qué te hace pensar que quitarle los alimentos fue lo único que le estuvo haciendo durante todo este tiempo?

La sangre se le congeló y tragó con fuerza al no ser capaz de darle una respuesta a su amigo. Hace unos años, cuando su padre aún vivía, Matt había encontrado a Dalila golpeando a Laurine junto a su padre; y si bien nunca supo qué fue lo que hizo el conde con ella, Matt sí que pudo ver el daño que Dalila le causó a su pequeña hermana con sus propias manos.

—Averigua un poco —agregó Blandes—. No te decimos que vayas a atacar a tu madre, pero tampoco le seas indiferente al asunto, quien sabe y tienes una enemiga en tu propia casa.

—Eso haré —susurró y rápidamente miró a Grafton cuando le dirigió la palabra.

—Si yo fuera tú: aprovecharía este momento para hacer una repentina aparición en mi casa —sugirió su amigo, enarcando una ceja—. Le dijiste a tu madre que almorzarías afuera, no te espera hasta las tres de la tarde, ¿cómo les caería tu llegada a las doce del mediodía?

Las manos le temblaron ante la idea de encontrar a Dalila haciendo algo que no debía y muy a su pesar, se incorporó y agradeció a sus amigos por sus consejos y comprensión, puesto que no podría quedarse a almorzar con ellos.

En el fondo tenían razón, no podía hacerse de la vista gorda, aún cabía la posibilidad que su madre quisiera hacerle daño a Riley.

Como Grafton vivía a dos calles de su casa, Matt no se subió a su carruaje y se marchó a pie, dispuesto a sorprender a las tres mujeres que estaban en su casa. Ingresó silenciosamente y le hizo una seña al mayordomo para que guardara silencio una vez que este apareció en su camino. Se acercó al comedor y al no ver a nadie en la mesa, lo miró interrogante.

Eran las doce y cuarto, ¿por qué nadie estaba comiendo?

—Su madre dijo que su hermana comería en su alcoba y...

Salió disparado hacia las escaleras y tal y como lo había imaginado, escuchó los golpes en la puerta de la alcoba de su hermana, Laurine pedía que la sacaran. Estaba cerrada con llave, miró a Joseph y le pidió la llave sin anunciar su presencia.

—Su madre tiene todas las copias, milord —musitó con congoja y Matt se mordió la lengua para no gritar allí mismo.

¿Cómo era posible que su madre hiciera algo así?

—¡No! —Ese grito hizo que la sangre se le congelara y clavó la vista en la puerta de la alcoba de su esposa.

No podía ser verdad, ¡su madre no podía traicionarlo de aquella manera!

Se acercó con cautela y evitando emitir ruido alguno, abrió levemente la puerta maldiciendo por lo bajo al escuchar los sollozos de Riley. ¿Por qué quiso ser tan ciego? ¡Su madre era una mujer sin escrúpulos!

—¡Vas a rechazarlo! Cuando mi hijo llegue, devolverás todos estos malditos regalos, ¿me entiendes?!

—No sabía nada de esto, milady, madame Gale los trajo esta mañana y fue tan repentino para mí como para usted.

—¡Dile que quieres irte al campo!

Los sollozos se intensificaron y Matt sintió como la rabia bullía en su interior, ¿esa era la mujer que estuvo defendiendo por años?

Ahora comprendía por qué su padre nunca llegó a amarla, Dalila estaba podrida por dentro. No tenía corazón ni decencia, había aprovechado su ausencia para lastimar a Riley y a Laurine y ahora pretendía echarle todo a perder, forzando a su esposa a retirarse al campo.

—Yo... Él no me hará caso, he tratado de mantenerlo alejado, pero su hi...

—¡Cállate!

El sonido de la bofetada que Dalila le dio a Riley fue lo último que Matt pudo soportar, dado que sin pensarlo dos veces abrió la puerta y vio a su esposa tumbada en el piso, con el pelo revuelto y la mirada gacha mientras lloraba sin consuelo alguno. Su madre estaba de pie junto a ella, satisfecha por el daño que le había causado a su condesa.

—Me puedes explicar ¿qué carajos estás haciendo?! —bramó fuera de sí, haciendo que ambas mujeres entraran en tensión, y su madre giró el rostro en su dirección totalmente pálida por su inesperada aparición.

Le dolió ver que Riley mantenía la mirada gacha mientras se enderezaba en el piso.

—Hijo... —susurró su madre y sin saber que él escuchó todo lo necesario, corrió en su dirección—. Ella empezó, ¡mira lo que hizo con todo lo que le regalaste! —Señaló la alcoba y Matt apretó la mandíbula al ver los nuevos vestidos e interiores regados por el piso.

Riley se incorporó tambaleante y la sangre le hirvió al verla tan rota, todo el avance que tuvo con ella acababa de irse a la mierda porque en ese momento ella lo miraba con miedo, pensando lo peor de él.

—¿Es eso verdad? —Avanzó en su dirección, viendo cómo se encogía y temblaba sin control alguno.

—¡No se te ocurra mentirle!

—¡Basta, Dalila! —vociferó, acallando a su madre en presencia de Joseph, quien aguardaba fuera de la alcoba, preocupado por el cómo habían terminado las cosas. Se plantó frente a Riley y sin expresión alguna en el rostro, volvió a preguntarle—: ¿Lo que mi madre dice es verdad?

Ella miró con temor a su madre y tragando un sollozo asintió.

—No quiero sus regalos, no quiero nada de usted. —No lo miró a los ojos, estaba tan pálida que pronto se desmayaría—. Yo... quiero irme al campo.

¿Por qué?, ¿por qué obedecía a su madre?, ¿cuál era el poder que Dalila tenía sobre ella para poder tratarla de una manera tan horrible e incluso así seguir teniendo su favor?

—Es lo mejor para todos —farfulló su madre y él la miró por encima del hombro, para luego regresar la vista a su esposa.

La garganta se le cerró al ver su mejilla izquierda, un cardenal se estaba formando. Observó su peinado, consciente que fue tironeado más de una vez, e ignorando su reacción asustadiza posó la yema de los dedos enguantados sobre la mejilla herida.

—No te haré nada —musitó sólo para que ella escuchara y Riley lo miró a los ojos, dejando que las lágrimas bajaran como interminables cascadas.

—Quiero irme al campo —suplicó con voz rota y sin poder contenerse la abrazó, pegándola a su fornido pecho.

Estaba furioso, ¿es qué nunca podría protegerla como correspondía?!

—Joseph.

—¿Sí, señor?

—Preparen los baúles de mi madre, la condesa viuda se irá a Bedfordshire. No dejen nada, ella no volverá a poner un pie en esta casa.

Riley se tensó entre sus brazos y Matt observó a su madre, quien chillaba con indignación por la reciente orden que incluía desalojarla de su casa.

—¿Cómo es posible? Soy tu madre, yo...

—Escuché lo necesario como para saber que eres una bruja, Dalila. —Los labios de su madre

se sellaron en una fina línea y empuñó las manos a ambos lados de su cuerpo—. Y acepta lo que te ofrezco ahora, antes de que decida dejarte sin nada. Joseph, quítale todas las llaves y saca a mi hermana de su dormitorio.

La doncella de su esposa llegó justo a tiempo y Matt presionó su abrazo, no dejaría que esa mujer atendiera a Riley, para eso estaba él allí, para cuidarla.

—Levanta todo el tiradero y tráeme un lienzo de agua con vinagre.

La mujer cumplió su orden al pie de la letra, mientras su madre se acercaba a él con la mirada llena de odio y resentimiento.

—¿La eliges a ella por encima de mí? Dijiste que nunca me traicionarías.

Riley lo empujó suavemente por el pecho y con el semblante alarmado miró a Dalila, como si temiera que dijera algo que no debía.

—Esto no tiene que llegar tan lejos —suplicó con voz rota, reclamando su atención.

Pero era tarde, para su madre era tarde porque él sólo necesitó escucharla una vez para imaginarse todo el daño que le hizo a su esposa por años. Ella no recibió sólo un golpe, fueron más y Dalila se encargó de eso.

Empuñó sus manos y acunó el rostro de su esposa, haciendo que lo mirara a los ojos.

—Ella pagará todo el daño que te hizo.

—Tú no eres un santo, cariño —soltó su madre, congelándole las venas, y Matt puso a Riley tras de su cuerpo para encarar a su madre—. Fuiste tú quien la encerró, yo sólo te ayudé a mantenerla viva porque te olvidaste de su existencia.

—Me garantizaste que tenía todo —farfulló.

—Y tú muy iluso me creíste.

—Lárguese, madre, o le juro por la muerte de mi padre que la dejaré sin protección alguna y tendrá que conseguir un trabajo para poder subsistir.

Esas palabras fueron suficientes para acallar a su madre y dejarla tan pálida como una hoja, por unos segundos sintió que quiso decirle algo importante, pero luego selló firmemente los labios —como si creyera que lo mejor sería quedarse callada— y levantando el mentón con altanería le dio la espalda y salió de la habitación de su esposa, seguida de Joseph, quien cerró suavemente la puerta para dejarlo a solas con Riley.

Se volvió hacia su esposa y rápidamente rodeó su cintura al sentir como su cuerpo perdía toda su estabilidad, se había alterado más de la cuenta y se veía confundida y asustada.

—Tranquila, ternura, ya pasó —musitó con suavidad y tomándola en brazos la sentó en la cama, hincándose en un pie para inspeccionar su rostro.

—¡Riley!

Su hermana ingresó al cuarto y Matt se fijó que ella también tenía el peinado hecho un desastre.

—¿Por qué, Laurine? —preguntó con impotencia, acusándola con la mirada.

—Tenía miedo, hermano, es tu madre, nunca me creerías.

Vanesa ingresó con todo lo que le pidió en una charola y Matt la despachó con una simple mirada.

—¿Desde cuándo? —Esta vez miró a su esposa, quien seguía llorando silenciosamente—. Dímelo, ternura —rogó desesperado, acunando sus mejillas, se veía tan perdida que temía por su estado.

—Dos años.

Juntó los ojos con frustración, sintiéndose un malnacido.

—¡Maldita sea! —vociferó, dejando varios puños en el colchón, y sin poder evitarlo tiró de su

esposa y la aferró contra él, quedando ambos en el piso—. Perdóname, yo... nunca quise que algo así te ocurriera, no lo sabía, mi amor, debes creerme —pidió angustiada, sintiendo como los ojos le ardían.

Era un imbécil, un ingenuo por confiar ciegamente en su madre. Si sus amigos nunca le hubieran advertido; él habría seguido viviendo en la ignorancia, sin poder proteger a su propia esposa.

Laurine se marchó, dejándolo a solas con Riley, y cuando por fin se sintió seguro de sí mismo, tomó a la castaña en brazos y se subió a la cama para sentarla en su regazo. Sujetó el lienzo y con delicadeza lo puso sobre su mejilla, haciéndola respingar por el frío contacto.

—Bajaré la hinchazón —informó con voz trémula y ella asintió, sin atreverse a mirarlo a los ojos.

Después de encargarse de su mejilla por varios minutos, Matt empezó a quitarle las horquillas del cabello, farfullando por lo bajo por sus quejas adoloridas. El tironeo había provocado que estas se enredasen y por más que quisiera, no podría evitar sus quejas. Dolería un poco.

Una vez que la larga mata castaña estuvo libre, Devonshire acarició su cuero cabelludo con ternura, robándole un leve gemido que delataba lo relajada que se sentía ahora. Permaneció mimándola por largos minutos, hasta que sorprendido la vio caer rendida contra su pecho, como si fuera una niña pequeña.

Al menos aún confiaba lo suficiente en él como para terminar dormida en sus brazos.

La recostó correctamente, cubriéndola con un manto, y sin perder el tiempo empezó a guardar sus nuevas joyas en su cómoda. No quería darle nada en persona, esos regalos eran presentes que debió haber recibido desde hace mucho tiempo, por lo que creía que ella no debía sentirse agradecida por eso.

Abandonó la alcoba para despachar a su madre y una vez que estuvo en planta baja, vio como los lacayos sacaban los baúles y Dalila aguardaba por él con porte altivo y sin arrepentimiento alguno en el rostro.

—¿Vienes a despedirte? —ironizó y Matt apretó la mandíbula.

—¿Dos años, madre?, ¿de verdad tuvo que hacerlo?

—Te dije que la odiaba, nunca debiste mantenerme cerca.

—¡Ella no le hizo nada!

—Pero ella puede darte el heredero que tu padre siempre quiso que tuvieras —farfulló irritada y la miró con incredulidad. ¿Esa era su razón para odiarla?—. La odio y no viviré tranquila hasta que esté lejos de ti.

—La amo —confesó con seguridad, importándole muy poco que todos sus criados lo escucharan—. Y quiero todo con ella, tarde o temprano formaré mi propia familia.

Dalila se acercó peligrosamente y cuando estuvo a tres palmos de distancia, carcajeó como loca, aplaudiendo alegremente, como si le hubiera dado la mejor noticia del mundo.

¿Estaría loca?

—Ella —endureció su semblante y lo señaló con arrogancia— jamás te amaré, cariño. Tu esposa te odiará hasta el último día de su vida porque tú: le arruinaste la vida.

Y dichas esas palabras, su madre dejó su casa y salió con paso aireado de su mansión, dirigiéndose al lugar que detestaba con cada fibra de su ser: el campo.

Capítulo 16

Mañana sería la fiesta de su hermana. Se había preparado casi un mes para ese evento y lo menos que quería era asistir. Hace más de una semana que su esposo había echado a lady Dalila de su casa y lejos de sentirse mejor, sólo estaba preocupada y alarmada de una repentina aparición de su suegra.

¿Por qué Dalila no le dijo a su hijo lo que sabía?, ¿acaso pretendía matarla de la incertidumbre antes de contar su mayor secreto?

—¿Te encuentras bien?

Adoraba a Laurine, pero a veces su actitud tan solidaria e inocente la desesperaba.

No, no estaba bien y nunca lo estaría mientras su esposo la estuviera rondando, buscando seducirla para entrar en su lecho. No sólo la llenó de comodidades, sino que ahora tenía ropa y joyas hermosas; sin embargo, eso no era lo peor de todo, sino la amabilidad con la que se desenvolvía con ella.

La estaba abrumando, confundiendo y a veces realmente deseaba tenerlo junto a ella para poder conversar con él.

Estaba demente, no podía seguir permitiéndose tantos acercamientos con su esposo.

—Necesito salir de esta casa —susurró agotada, frotando su rostro con frustración.

—¿Por qué? Mi hermano se está esforzando porque te sientas cómoda.

Ciertamente, pero Riley no estaba segura de cuánto tiempo duraría su extraña bondad, y justamente por eso tampoco quería aceptar sus repentinas muestras de amor. En cualquier momento Dalila hablaría, revelaría aquello que escondía y su esposo la mataría con sus propias manos.

—Jamás estaré cómoda en compañía de lord Devonshire.

—Debes intentarlo, Riley. —La abrazó en consuelo, frotándole los brazos con suavidad—. Quisiera poder decirte algo diferente, algo que quisieras escuchar, pero no creo que mi hermano renuncie a ti tan fácilmente.

Ladeó la cabeza y la puerta de su dormitorio se abrió, revelando la presencia de Devonshire.

—El almuerzo está listo.

Se acercó a su cómoda para recomponer su estado antes de bajar al comedor.

Por el reflejo del espejo observó que Laurine se iba y tragó con fuerza al saberse a solas con su esposo. No debería sentirse tan intimidada, él ya no le causaba el mismo temor que hace un mes, pero... Su cercanía era algo que ella seguía rechazando.

—¿Ocurrió algo?

Negó con rapidez, incapaz de soltar palabra alguna, y se volvió hacia él.

El castaño frunció el ceño, confundido.

—¿Por qué me miras así?

—¿Así como? —titubeó.

Pensar en Dalila y lo que ella sabía no solía generarle muy buena impresión de su esposo, siempre provocaba que se sintiera asustada, por lo que seguramente él estaría malinterpretando

las cosas.

—Sabes a lo que me refiero. ¿Qué más debo hacer para que comprendas que jamás volveré a golpearte? Lo que ocurrió hace dos años fue porque no respetaste mis decisiones y tocaste cosas que no son tuyas.

Recordó las cartas que leyó de Francesca y la garganta se le cerró, se había olvidado por completo de la francesa.

—¿Qué ocurrió con ella?

—Enviudó hace más de un año.

—¿Y por qué no fue por ella? —preguntó en voz alta, evitando retroceder por la tensión que se reflejó en sus hombros.

—No lo sé.

Tal vez... Si usaba las palabras correctas, podría salir de esa casa sin ganarse el rencor de nadie.

—Déjeme ir, milord —suplicó angustiada y el castaño abrió los ojos, sorprendido—. Usted puede conseguir un divorcio, incluso puede inventar mi muerte, le prometo que desapareceré, que nadie cuestionará su palabra; no quiero estar aquí, no quiero tener nada que ver con usted, ¿por qué no ir por la mujer que ama ahora que ella es libre?

El conde dio un paso hacia atrás, implementando una gran distancia como si de pronto temiera lastimarla, y Riley no percibió la silenciosa advertencia y avanzó hacia él para sujetarlo del brazo.

—Ella no es la mujer que amo —respondió, arrastrando sus palabras, y Riley se negó a creerle, ¡ella pasó todo lo que pasó por su amor hacia Francesca! Como si él hubiera leído sus pensamientos, sujetó su muñeca con suavidad y conectó sus miradas—. Nunca fue ella.

Riley sintió como una lágrima bajaba por su mejilla.

—¿Entonces quién, si no fue su adorada Francesca?

Devonshire tiró suavemente de ella, pegándola a su fornido pecho, y antes de que Riley pudiera implementar distancia, él acunó su nuca y juntó sus labios con avidez, sin darle tiempo a asustarse o pensar en las cosas negativas que solían rodearla cada vez que estaba junto a ese hombre.

Su aliento, con sabor a menta y chocolate, hizo que las piernas le temblaran y se aferró a su levita al sentir como rodeaba su cintura con precisión, dándole un punto de apoyo. El suave toque de su lengua en sus labios la hizo respingar y ese simple movimiento bastó para que él se abriera paso en su cavidad, saboreándola sin reparo. Su beso era lento, pero profundo, con suaves arremetidas que la hicieron gemir involuntariamente.

—Una niña —musitó entre beso, sin liberarla de esa lenta tortura placentera—, que llena de tierra se dedicaba a hacer sus plantaciones en Hampshire y ayudaba a muchachos que podían resultar ser asesinos seriales o libertinos enamorados en busca de un acercamiento con su prometida.

La sangre se le congeló por la cándida respuesta y cuando quiso alejarse, Devonshire volvió a besarla con profundidad, buscando aligerar su tensión para continuar con su monólogo.

¿Ese joven delgado y sin gracia que ella siempre estuvo esperando era su prometido?

—Esa joven —continuó, lamiendo sus labios con maestría, mientras sus manos se deslizaban en su espalda baja—, que se atrevió a subir con su cuñado a un barco para ir a Venecia y me tentó por días a reclamar mis derechos conyugales en el muelle, porque los celos me carcomían por dentro al verla hablar tan alegremente con el imbécil de Windsor.

En ese momento no pudo más, clavó las manos en su fornido pecho y lo empujó con fuerza,

creando un gran abismo entre ellos. Sabía que lo había visto antes, ¡él era el hombre que la ayudó en la librería en Venecia, cuando un estante estuvo a punto de aplastarla!

Negó con la cabeza, mordiéndose el labio inferior con impotencia.

—Te amo, Riley, yo...

—Tú no me amas, nunca lo hiciste. —El dolor fue casi palpable en su voz.

—Me equivoqué, pero estoy seguro que esto que siento por ti es...

—¡Tú no puedes amarme! —Lo encaró fuera de sí—. Porque un hombre que ama; no causa el daño que tú me causaste, ¡nunca te importé!

Qué fácil era para el conde olvidar todo el daño que le causó durante años, qué cómodo le resultaba a él disculparse y creer que podían empezar de cero, cuando todo el daño ya estaba hecho y había heridas que nunca podrían sanar.

Por primera vez en años, Riley se sintió tan enojada que no le importó las consecuencias, no se preocupó en reparar en el semblante sorprendido de su esposo ni en cómo él palidecía, lo único que en ese momento le importó de verdad fue salir huyendo.

—Tú no me importas —confesó con dureza, bajando la mirada—. Para mí; nunca serás tú.

Salió de la alcoba, agradeciendo a los santos que no la llamara, y no se dirigió al comedor, dado que en ese momento lo único que necesitaba era respirar un poco de aire fresco lejos de esa casa. Como solía hacerlo hace unos meses, caminó hacia la casa de su madre para visitarla y no se atrevió a contarle lo ocurrido, simplemente se limitó a pasar la tarde en compañía de sus seres queridos, deseando olvidar la conversación que tuvo con Devonshire.

Siempre estuvo allí, cuando estuvo en Hampshire y en Venecia, lord Devonshire la conocía, tuvo la oportunidad de rechazarla en su momento, pero nunca lo hizo, sino todo lo contrario; la ayudó en Venecia y se atrevió a celarla con su cuñado.

¿Por qué razón?

No tenía la menor idea, pero sí que recordaba al joven delgado y insípido que conoció hace muchos años.

Era un joven extraño, debía admitirlo, pero ciertamente Riley no comprendía por qué siempre rondaba por la tierra de sus padres y se detenía por horas para observarla desde sus escondites. No lo consideraba alguien malo, al menos sus costosas ropas no le daban esa impresión; además, era un joven alto, delgado y con bastante acné en la cara, parecía un adolescente confundido.

Riley tenía una cierta inclinación al afán de hacerse nuevos amigos, por lo que sin dudarle esa mañana pidió que le prepararan una gran merienda y ahora se acercaba a ese joven con la canasta de comida en manos.

—¿Qué haces? —Se puso de cuclillas junto a él, viendo que a esa altura se podía vislumbrar la puerta de servicio de su casa.

—¡Diablos!

La sorpresa del castaño fue tal, que terminó cayendo de trasero sobre el césped con la incredulidad plasmada en el rostro.

—¿Te encuentras bien? —preguntó divertida y le tendió la mano para ayudarlo.

—Deberías huir, chiquilla, no sabes quién soy.

Si él quisiera hacerle daño, ya se lo habría hecho hace mucho.

—Su ropa es muy costosa y no parece ser un joven malo.

El joven hizo una mueca, torciendo el labio con disgusto.

—Pude haber comprado esta ropa con el dinero que me dan por matar a jovencitas imprudentes.

Riley rio por lo alto, era algo malhumorado.

—¿Quién eres? Llevas días merodeando por aquí.

—¿Cómo lo sabes? —Se veía algo alarmado.

—No eres muy bueno escondiéndote, además eres ruidoso.

Él gruñó como respuesta, robándole otra sonrisa.

—¿Cómo te llamas?

—Eso no importa.

—¿Por qué eres tan delgado? ¿No tienes qué comer? —le preguntó y él la fulminó con la mirada al tiempo que ponía el canasto lleno de bocaditos en medio de ambos—. Si quieres puedes llevarte esto y venir todos los días, yo te daré comida si la necesitas.

—No la necesito, pero gracias por su amabilidad.

—Entonces come conmigo —pidió, sujetando un bollo glaseado para ella. Se alegró al ver que husmeaba dentro de la canasta y tomaba uno de canela—. Siempre estoy sola, tú podrías ser mi amigo.

—La amistad entre un hombre y una mujer no existe —le aclaró con tosquedad, dándole un mordisco a su masa—. No confundas las cosas.

—Claro que existe, acepta ser amigo mío y te lo demostraré.

Él terminó de comer su bollo y le regaló una sonrisa perversa, como si su reto le hubiera causado gracia.

—Siempre te veo cultivando, ¿por qué?

—Me gusta crear nuevas vidas —afirmó, risueña, y lo miró con curiosidad—. ¿Por qué me miras?, ¿quieres aprender?

—Odio ensuciarme, jamás tocaría tierra por voluntad propia.

—Ya veo...

¿Entonces cuál era su afán de observarla? Ni siquiera realizaba una actividad que fuera de su interés.

—Gracias por el bollo, pero debo irme —dijo rápidamente mientras se incorporaba y Riley hizo lo mismo, sorprendida.

—¿Ya te vas?, pero si acabamos de conocernos.

—No, no nos conocemos —espetó con frialdad.

—Pero eso es porque no quieres ser mi amigo.

—Ya te lo dije: la amistad entre un hombre y una mujer no existe.

Se cruzó de brazos, enfurruñada por su insistencia en cuanto al tema.

—Claro que existe, ¿por qué no existiría? —preguntó ceñuda y con un simple movimiento, el castaño le besó en el rostro con rapidez, muy cerca de sus labios, sorprendiéndola de sobremanera.

A pesar de haber sido un roce inocente, Riley abrió los ojos de par en par, conmocionada, podría jurar que estaba tan roja como un tomate y eso que él no se atrevió a unir sus labios.

—Por esto.

Empezó a correr, alejándose de la tierra de sus padres, y se preguntó si algún día volvería a verlo.

Él ni siquiera le dijo cuál era su nombre.

Suspiró larga y llanamente y ladeó la cabeza, entristecida.

«No te enamores, Riley, no te atrevas a caer aun sabiendo que terminarás profundamente lastimada».

Capítulo 17

Con el cuerpo sudoroso y los brazos entumecidos, Matt se dejó caer sobre su trasero y observó a Grafton, quien no estaba en mejor estado que él y se había llevado unos cuantos golpes en el rostro y el cuerpo.

Hace mucho que no boxeaba y esa tarde había necesitado descargar su rabia, frustración y tristeza de alguna manera. Nunca debió confesarle que la conoció antes de tiempo, ni mucho menos que ella, tiempo atrás, lo había cautivado, pero ¿qué caso tenía seguir escondiendo la verdad? Matt necesitaba que Riley supiera que no siempre fue tan malo, que lo que ocurrió fue un golpe bajo que lo hizo entrar en un trance lleno de odio y coraje hacia las personas que tiempo atrás decidieron por él.

—¿Tan mal te va? —preguntó su amigo, jadeante.

Tú no me importas. Para mí; nunca serás tú.

No podía creerle, quizá hace un mes esa afirmación habría sido justificada, pero ahora... Lo dudaba, ella había permitido que la besara, no había reaccionado violentamente ni le había exigido que se apartara. Si bien sus palabras lo habían herido, algo instó a Riley a decirle sus verdades y eso, para él, era un gran avance.

Ya no le era tan indiferente.

Sin embargo, no tenía idea de cuánto tiempo más podría seguir aguantando la necesidad que su cuerpo sentía por Riley, estaba al borde de la locura, deseaba tocarla, besarla y saborear hasta el último rincón de su cuerpo. Llevaba meses sin tener sexo y eso tampoco le estaba ayudando. Besarla lo había enloquecido y si ella no le hubiera puesto un alto, Matt la habría llevado a la cama sin dudarle.

El día de mañana sería la fiesta de su cuñada y había pensado que por fin podría pasar una noche con su esposa, pero no quería forzarla y por lo que vivió aquel día sopesaba que Riley no aceptaría entrar a su lecho por el momento. Seducirla podría ser una buena alternativa; no obstante, ese método sólo atraería al cuerpo de Riley a su lecho, y Matt quería más: deseaba su amor.

—Me está volviendo loco.

—Admiro tu paciencia —reconoció su amigo, bebiendo un poco de agua de su cantimplora—. Si estuviera en tu lugar y mi mujer me gustara tanto, habría hecho lo que sea para tomarla.

—Ambos sabemos que es complicado —reconoció y su amigo carcajeó roncamente.

—Y que yo no estaría en tu lugar.

Rodó los ojos con aburrimento, no podía culpar a sus amigos por mofarse de él, fueron ellos quienes por años le pidieron un poco de misericordia para su esposa.

—No estás siendo de ayuda.

Grafton se sumió en su silencio, analizando sus siguientes palabras.

—¿Qué sabes de ella? —Se sorprendió por su pregunta—. ¿Intentaste tener una conversación más profunda con ella?

—No.

—Averigua un poco, Devonshire, antes de ser su amante tendrás que ser su amigo.

—Tomará mucho tiempo.

—Tomando en cuenta que tú tardaste tres años en brindarle su lugar, supongo que lo mínimo que debes hacer es ser paciente.

Era verdad, pero... La paciencia nunca fue una de sus virtudes.

Después de tomar un baño y prepararse para regresar a su casa para la hora de la cena, Matt imploró a todos los santos porque su esposa estuviera en la mesa de su comedor y no le diera otro susto de muerte como el que le dio hace casi un mes, cuando él pensó que huir sería uno de los sueños más tórridos de su mujercita y terminó entrando en la casa de su suegra como alma que se lleva el diablo, pensando que la habían ayudado a escapar.

Tenía miedo, pero ella ya habría huido si realmente deseara hacerlo, ¿verdad?

Ingresó a su casa y se percató que aún faltaban quince minutos para la cena. Le informaron que su esposa y hermana estaban juntas en la alcoba de la condesa y ordenó que no anunciaran su llegada, había algo que quería hacer primero.

Se dirigió al ala oeste de la casa y entró al pequeño cuarto que antes solía ser el refugio de su esposa. Si quería conocerla más, tendría que indagar un poco entre sus cosas. No había permitido que Riley sacara nada de ese dormitorio, alegando que todo lo que entraría a su alcoba sería nuevo, por lo que el cuarto estaba tal y como ella lo había dejado.

Abrió el placar e inspeccionó sus prendas, las cuales eran pocas y viejas. Se puso de cuclillas para ver qué había en los primeros compartimientos y frunció levemente el ceño al ver algo detrás de sus escaupines. Sujetó el pequeño saco y se sorprendió al sentir el peso de varias monedas en él.

Dinero... ¿Cómo era que ella tenía dinero?

«Quizás es el que le dio su madre».

No, ese dinero estaba en un saco marrón y el que tenía en mano era negro y parecía ser uno hecho a mano, se veía viejo y gastado.

¿De dónde obtuvo esa suma de dinero?

Antes de que todo hubiera cambiado en la vida de su esposa, Joseph le informó que Riley no solía salir con mucha frecuencia de su casa. Confundido siguió evaluando la alcoba desde su posición y captó una mancha amarilla en el suelo, la alfombra se había movido un poco y la había dejado al descubierto.

Era pintura.

Se cercioró que no hubiera nada más en los compartimientos del placar y barrió el lugar con la mirada, evaluando los posibles sitios donde uno podría esconder algo.

Debajo de la cama.

No se sintió cómodo al sacar más de cinco lienzos y un maletín de pinturas profesionales. Era un regalo costoso, por lo que eso debió haber sido un presente de su suegra o de su cuñada. Rápidamente estudió los lienzos, en uno estaba el dibujo a lápiz de una silueta femenina que al parecer estaba bailando y el efecto en su falda hacía que parecieran pétalos de una rosa, recién lo estaba empezando; en el segundo, estaba la silueta de sus perros jugando sobre las flores.

Se veía hermoso.

Dos lienzos estaban en blanco, pero el último llamó mucho su atención y lo mantuvo prendado por más de media hora, provocando que ni siquiera quisiera bajar a cenar.

Su esposa pintaba hermoso, de eso no había duda, pero... ¿Qué significaba ese cuadro?

Ella era una artista y ningún artista hacía una obra sin sentir algo, ellos plasmaban sus

emociones en el lienzo. Prendió el fuego del hogar, dispuesto a evaluar el cuadro con más luz, y se sentó al lado de la chimenea con el cuadro en mano, evaluando cada elemento de la pintura.

Era una noche lluviosa y desde la perspectiva del observador, se podía ver que estaba dentro de una choza o casa en muy mal estado. Estaban en el piso, sobre unas cuantas mantas que podían apreciarse levemente en el costado derecho del cuadro, dado que lo demás era cemento, uno que hacía que la piel se le erizara porque el piso tenía lugares mojados.

El umbral de la puerta era el único punto que reflejaba luz, una luz que brindaba paz dentro de tanta desolación y desesperación. Bajo ese umbral había la silueta de un hombre, un hombre alto, de cuerpo delgado y espalda ancha, no estaba seguro si el pelo era negro o castaño, pero él estaba dejando la tétrica escena para ir al exterior, donde sí había luz y calor. No miraba hacia atrás, era como si estuviera abandonando la triste escena.

Se frotó la mandíbula, abatido.

Ese cuadro hacía que se sintiera angustiado. ¿Podría ser que ese fuera él, abandonando a su esposa a su suerte? Había muchas maneras de reflejar las emociones y posiblemente Riley utilizaba sus cuadros para hacerlo.

Él adoraba el arte, siempre iba a museos para encontrar nuevos talentos, y si él tuviera la oportunidad de comprar ese cuadro, pagaría muchas libras por él.

Ahora que lo pensaba bien, su técnica solía recordarle a un pintor que él admiraba y aún no había podido conocer —sus cuadros tenían la capacidad de transmitirle muchas emociones—, desde hace un poco más de dos años que él empezó a adquirir sus cuadros y hubo una temporada donde no presentó absolutamente nada. Matt lo había dado por perdido, pero no fue hasta hace un año que sus cuadros volvieron a aparecer en el museo.

Él manejaba su firma en la parte inferior de sus cua...

La garganta se le cerró al ver un pequeño espacio en blanco en la parte inferior del cuadro, en el mismo lugar donde Gavin Stuart solía poner su firma. Con el corazón en la boca clavó la vista en la bolsa que portaba varias monedas y rápidamente puso el cuadro sobre el diván y se dispuso a buscar entre su ropa y cajones algo que pudiera confirmarle sus sospechas.

¿Se ganaba la vida pintando?

¿El imbécil de Forest se atrevía a pagar una miseria por sus hermosos cuadros para luego venderlos a un precio extravagante?

Él no era un imbécil, para los amantes del arte: Gavin Stuart era un hombre muy reconocido.

Observó la pequeña cama y sin contemplación alguna levantó el delgado colchón, encontrando varios papeles debajo del mismo. Los sujetó todos, apilándolos en orden, y se acercó a la chimenea para leer los contratos.

Las manos le temblaron ante el nuevo descubrimiento.

Su esposa... era Gavin Stuart.

—No creo que sea buena idea, Laurine —susurró con nerviosismo, cerciorándose que no hubiera nadie por los alrededores.

Eran las doce de la noche y la mayoría de la servidumbre ya estaba dormida; no obstante, eso a Riley no lograba tranquilizarla, puesto que lo menos que quería era que su esposo la viera junto a Laurine fuera de la cama a una hora tan poco adecuada.

—Oh, vamos, Riley, sólo quiero mostrarte el salón de arte de Matt. Vas a amarlo, a ti te gusta mucho pintar, una vez me lo dijiste.

¿Un salón de arte?

—¿Y cómo es? —curioseó.

—Es como un pequeño museo, Matt es un amante del arte y la literatura.

—Bueno...

Sólo le daría una rápida mirada y luego regresaría a su alcoba.

Ingresaron al salón y Riley alzó el candelabro que tenía en la mano con fascinación, mirando la increíble cantidad de cuadros que estaban en los muros. El pecho se le llenó de alegría, era como entrar a un museo y ella desde hace mucho tiempo que no iba a uno. Sonrió risueña, olvidando sus antiguos temores, y dejando a Laurine en la entrada empezó a recorrer el lugar con paso lento para poder leer los nombres de los pintores.

—¿Te gustan? Ven, mira a mi padre. —Tiró de su brazo y Riley miró asombrada el retrato del conde de Devonshire, era un hombre muy apuesto, incluso más atractivo que su esposo—. Se casó con Dalila por conveniencia, trató de ser un marido respetuoso y darle todo lo que necesitaba, pero al parecer nunca pudo llenarla de amor; él amaba a otra mujer.

—¿A tu madre?

—No. —Respondió con diversión—. Mi madre fue un desliz. No conozco el nombre de la dama, Matt tampoco sabe quién es, o al menos eso dice él.

—Ya veo —musitó con curiosidad, evaluando el rostro del hombre. Era muy diferente al de su hijo, Devonshire era una mezcla de ambos padres.

—¿Quieres conocer a mi madre?

—¿Hay un retrato de ella aquí? —La miró horrorizada, y no precisamente porque su amiga fuera una bastarda, sino porque eso... sería una gran falta de respeto para lady Dalila.

—No, claro que no —carcajeó sonoramente—. Tengo un retrato pequeño de ella en mi cuarto, no estoy segura donde lo dejé, pero iré a buscarlo.

Asintió, si bien hace unos segundos no quería entrar a esa estancia, ahora no quería salir.

¡Era un lugar maravilloso!

Devonshire y ella compartían ciertos gustos; amaban la literatura y el arte. Si él no se hubiera desviado por Francesca, quizás habrían hecho un buen equipo.

Cuando estuvo sola en el lugar, volvió al lugar de inicio y empezó a evaluar los cuadros con demasiada curiosidad y atención. Eran pintores de todo tipo, desde los más reconocidos hasta los más novatos del mercado, claramente su esposo tenía una mente muy abierta en cuanto a brindarles una oportunidad a nuevos talentos.

Al final del salón, había un corto pasillo que conectaba a otra estancia y permitía seguir con el recorrido y Riley no se cohibió e ingresó por el mismo para poder seguir apreciando las obras.

La sangre se le congeló al ver cuadros que ella conocía muy bien.

Estiró la mano y acarició una de sus primeras obras, una imagen que le generaba mucha melancolía porque era ella de espaldas, viendo el verde horizonte en espera del joven que nunca volvió a visitarla.

Le parecía un retrato curioso ahora que sabía que siempre lo estuvo esperando a él.

¿Por qué Devonshire compraba sus cuadros?; o peor aún, ¿por qué Forest nunca le dijo que los revendía? Según ella: sus cuadros estaban en una exhibición, pero todo indicaba que su esposo había adquirido todos en los últimos años.

No era que le parecieran malos, pero eran cursis y melancólicos para un hombre tan serio como su esposo.

Llegó al cuadro que le partía el alma, uno que no había querido vender en su momento, y los

ojos se le llenaron de lágrimas al ver al solitario niño rodeado de hermosos cultivos, bajo un sol radiante, siendo libre.

—¿Qué ves allí?

El pulso se le disparó al oír la voz de lord Devonshire y recuperando la compostura se volvió hacia él, encontrándose con un hombre de semblante cansado y porte vencido.

¿Qué le había ocurrido?

—¿Se encuentra bien?

—¿Qué significa ese cuadro para ti? —exigió saber, plantándose frente a ella, y Riley contuvo el aliento.

—Es hermoso —respondió sin apartar la mirada, y jadeó cuando la volvió nuevamente hacia el cuadro con suavidad, pegándola a su fornido cuerpo. La abrazó por la cintura con posesividad, generándole un sinfín de emociones.

—Dime qué significa —repitió con exigencia.

No... Jamás podría decirle cual era la verdad sobre ese cuadro ni con qué anhelo lo había pintado. Ese era su secreto, su mayor pena y lo que se llevaría a la tumba sin contárselo a nadie.

—No lo sé. —Mantuvo la calma—. Veo a un niño siendo feliz.

—¿Nuestro hijo?

La sangre se le congeló y como si su tacto quemara, giró sobre su eje y lo empujó por el pecho, liberándose de su agarre.

—Sé que eres Gavin Stuart —soltó de pronto, enseñándole los documentos de compra y venta de sus cuadros. Riley sintió como las piernas le temblaban—. ¿Por qué nunca me lo dijiste?

—¿Para qué me quites el dinero de mi única fuente de ingreso? —preguntó sin siquiera analizar sus palabras y retiró la mirada cuando él la miró con incredulidad.

—Deseas tener una familia, ese cuadro me lo dice todo. —Se plantó frente a ella y conectó sus miradas—. Ese niño es el hijo que quieres —dijo atropelladamente, deseoso de que ella aceptara sus sentimientos—. Dime ¿por qué lo pintaste? Quiero saber la verdad que existe detrás de todos tus cuadros.

Eso era imposible, eso era algo muy íntimo.

—Vi el cuadro de tu alcoba, ese donde un hombre... —En ese momento Riley dejó de escuchar a su esposo y miles de recuerdos llegaron a su cabeza, ninguno reconfortante ni hermoso; todos insoportablemente dolorosos.

Devonshire se había atrevido a rebuscar entre sus cosas con tal de conseguir algo que lo ayudara a conquistarla, lo había hecho con el único fin de entrar en su lecho sin pensar en que estaba invadiendo su espacio y tocando cosas de las cuales no debería conocer ni su existencia. Si ella no lo paraba... ¿qué más descubriría?

«Mi mayor secreto, lo único que me mantiene aquí, soportando todo».

Rodeó el cuello masculino con rapidez, viendo como él movía los labios diciéndole algo que ella no llegaba a escuchar, y sin pensarlo más juntó sus labios con los de su esposo, dispuesta a darle lo que quería con tal de impedir que siguiera investigando más.

Si mi hijo se entera: te matará.

No le daba miedo la muerte, pero sí lo que él podría hacerle sufrir si se lo proponía.

Él tardó unos segundos en asimilar lo que estaba ocurriendo y cuando lo hizo, no estuvo dispuesto a perder ni un segundo más. La rodeó por la cintura con un brazo y con el otro aferró su nuca, instándola a separar los labios para besarla como realmente quería hacerlo.

Con un gemido separó los labios y pronto estuvo contra la pared, aferrada al fornido cuerpo de

su esposo que se mecía contra ella con necesidad desmedida.

Las damas deben servirles a sus esposos; la única manera de mantenerlos felices es dándoles lo que ellos desean.

Esas eran las palabras de sus institutrices y ahora más que nunca estaba dispuesta a cumplir su papel de esposa, todo con tal de que él dejara de indagar dentro de su vida. Suficiente tenía con Dalila como para estar preocupándose por Devonshire también.

Sus labios fueron liberados, regresándola a la realidad, y sus ojos se encontraron con los de su esposo, la lujuria se había apoderado de él y se veía demasiado entusiasta. Rozó sus narices, un gesto que tiempo atrás le habría parecido tierno, pero ahora mismo le causó escalofríos.

—Quiero hacerte la mujer más feliz del mundo.

En este mundo, no existía ser alguno capaz de entregarle la verdadera felicidad; ella la perdió hace mucho. Inclino el rostro, dejándole el camino libre para que llenara su cuello de castos besos, y cerró los párpados con fuerza, alarmada por sentirse tan afectada por aquellos roces.

Removió las piernas con inquietud al sentir una extraña humedad allí abajo y un gemido brotó de su garganta cuando su esposo mecía su cadera contra la suya, generando un suave roce que la hizo tiritar de placer.

¿Qué estaba ocurriendo?, ¿por qué sentía el cuerpo tan caliente y descontrolado?

La piel se le erizó al sentir como subía su camisola en una lenta caricia y retiró la mirada apenada por el cómo su cuerpo la estaba traicionando. Ella debía odiar eso, se estaba entregando a él con el fin de que la dejara tranquila, de que no siguiera metiéndose en su vida, pero ahora mismo...

—No tengas pena, ternura —musitó, rozando sus labios otra vez, y se encogió en el acto al sentir como la amplia mano se posaba sobre su monte de venus—. Dios, eres tan suave. —Se cubrió el rostro con ambas manos y todas sus alarmas se prendieron al sentir las suaves caricias que regaba en su hendidura, humedeciéndola aún más.

—No... —Se estremeció, buscándolo con la mirada, y dejó que la besara profundamente mientras sus dedos seguían sondeando allí abajo.

—No va a dolerte, confía en mí —suplicó, arrastrando sus palabras, y Riley lo abrazó por el cuello con fuerza, incapaz de privarlo de su cuerpo.

Si se acostaban, las preguntas incómodas dejarían de llegarle.

—¡Ah! —Presionó su agarre, sintiendo como un dedo se infiltraba en su interior, y angustiada enterró el rostro en su hombro.

—Relájate —pidió suavemente y Riley tragó con fuerza—. Separa las piernas, confía en mí.

Quiso obedecerle, pero él pareció cambiar de opinión porque pronto rodeó su muslo y la instó a rodearle la cadera con una pierna, abriéndola tanto como pudo. Riley gimoteó cuando Devonshire empezó a mover su dedo en su interior en una lenta y agonizante sincronización que entraba y salía de su estrecho canal.

Era como si su cuerpo ardiera en llamas y el roce de su pecho contra los suyos provocó que emitiera sonidos vergonzosos al ritmo de los embistes de su dedo. Jamás pensó que eso podría sentirse tan bien, si bien en un principio resultaba incómodo, a medida que él...

—¡Ah! —Un segundo dedo se unió al primero y Riley empuñó la cabellera del conde con fuerza, instándolo a acabar con todo de una vez por todas, no comprendía las reacciones de su propio cuerpo—. Milord... —jadeó contra su cuello, disfrutando el ritmo frenético de sus dedos, y con la frente perlada buscó sus labios para besarlos otra vez.

Sus lenguas se enredaron y sus gemidos fueron tragados por él al tiempo que sus dedos se

hundían en ella con mayor ahínco y profundidad, invitándola a perderse en una sensación totalmente nueva y desconocida para ella.

Devonshire se alejó, tanto de sus labios como de su cuerpo, y aturdida lo vio jadeante frente a ella, preguntándose qué diantres había ocurrido.

—¿Puedo continuar?, ¿me das tu palabra que si sigo con esto no vas a odiarme por nada?

Tragó con fuerza, en un principio su intención había sido ponerle un fin a todo, pero ahora mismo sólo asentía porque quería conocer que era aquella promesa oscura que le prometían sus ojos lujuriosos sin necesidad de que él emitiera palabra alguna.

Se hincó sobre un pie y Riley respingó cuando su amplia mano rodeó su glúteo y la instó a posar una pierna sobre su hombro. La vergüenza hizo que empuñara su cabellera y lo mirara con sorpresa al ver como observaba su sexo con deseo y lujuria.

—Milo... Mmm... —gimió impactada, sintiendo como su boca se sumergía en los recintos más secretos y sagrados de su cuerpo. ¡La estaba besando allí abajo!—. ¡Ah! —Tiró la cabeza hacia atrás, su lengua estaba recorriendo caminos prohibidos, obligándola a lanzar jadeos ansiosos mientras tiraba de su cabellera con desesperación, instándolo a continuar.

Su cuerpo... lo sentía en llamas, necesitaba que eso acabara.

No, mentira, ella quería más.

Por debajo de la camisola él subió sus manos en dos largas caricias y rodeó sus pechos con mimo, amasándolos suavemente hasta obtener sus pequeños pezones entre sus pulgares.

—¡Oh mi Dios! Para, no sigas...

Todo era muy nuevo para ella, nunca pensó que algo tan indecoroso podía ser tan satisfactorio. Tiró la cabeza hacia atrás, arqueando la espalda, y un agudo grito brotó de su garganta al sentir como en su interior se rompía en mil pedazos y se reflejaba en diferentes espasmos que bajaban en oleadas de calor hacia su ingle. Las piernas no podían dejar de temblarle. Devonshire no se apartó y con suaves lengüetazos siguió consintiéndola allí abajo, disfrutando de su sabor. Cuando su cuerpo hubo recuperado algo de compostura, su pie tocó la superficie fría y él se incorporó con lentitud, rodeando su cintura con posesividad desmedida.

¿Qué fue eso?, ¿por qué no lo sintió en su primera noche?

—Yo... necesito hacerte el amor —confesó con voz ronca, meciéndose contra ella para que sintiera su erección—. Eres deliciosa, necesito más.

Ella también lo necesitaba, pero ciertamente no lo merecía. Entregarse a su esposo era echar todo su antigua lucha y sufrimiento a la basura, nada habría valido la pena y la culpa jamás la dejaría vivir tranquila; no obstante, si no lo hacía, él terminaría descubriendo la verdad tarde o temprano. Una lágrima se deslizó por su mejilla y resignada deslizó los tirantes de su camisola por sus hombros, dejando que la prenda se arremolinara a sus pies, quedando completamente desnuda para él.

Si le daba lo que quería, la dejaría tranquila.

Ese era el único pensamiento que retumbaba en su cabeza mientras cerraba los ojos y esperaba que el conde tomara lo que realmente quería. No obstante, sus caricias nunca llegaron y en lugar de eso sintió como la prenda volvía a cubrirla.

Abrió los ojos, azorada, y él le sonrió con ternura.

—No, Riley, no hagas esto sintiéndote obligada, te aseguro que eso me enojará como no tienes idea. —La envolvió en un suave abrazo que la hizo sentir segura y agradecida, aún no estaba lista para dar ese paso.

—Yo...

—¡Ah! —El grito de Laurine, seguido del ruido de un vidrio al romperse, hizo que ambos entraran en tensión, y Devonshire entrelazó sus manos y tiró de ella para dirigirse al dormitorio de su hermana.

—¡Laurine!

¿Qué había sucedido?

Llegaron al recibidor y vieron a Laurine junto a Joseph y su doncella, observando una de las ventanas. Su esposo la resguardó detrás del mayordomo y se puso de cuclillas para hablar con su hermana.

—¿Qué ocurrió?

—Se fue por allí, era un hombre, hermano, estaba caminando por el recibidor cuando lo vi.

—Tres lacayos salieron tras de él, milord —le informó Joseph y Riley se arrodilló junto a su cuñada para abrazarla al tiempo que el conde y más lacayos salían hacia el exterior para ver qué diantres había ocurrido.

—Tranquila, ya pasó —musitó con suavidad, acariciando la coronilla de una temblorosa Laurine, y la rubia conectó sus miradas.

—Riley... Me dejó esto. —Le enseñó un papel arrugado y estrujado y con las manos temblorosas lo sujetó y lo desdobló con rapidez.

“No cantes victoria; pronto él descubrirá tu secreto.”

En eres preciso momento, Riley estrujó el papel contra su pecho y supo que jamás podría tener una vida tranquila junto a Devonshire, por mucho que él así lo quisiera; puesto que una vez que Dalila le contara la verdad, el hombre de hace dos años volvería a ponerse frente a ella, y esta vez sería para hacerle algo mucho peor.

Capítulo 18

La mascarada de lady Windsor llegó y Matt se sentía como una debutante a punto de ser presentada en sociedad. El día de ayer, Riley había estado dispuesta a entregarse a él y lejos de haber aprovechado el momento, fue inevitable no sentir culpa por haberla presionado. Porque si bien ella había disfrutado de sus toques y el momento íntimo que compartieron, sus últimos movimientos delataron la tensión de su cuerpo.

Si bien el deber de Riley era servirle y complacerle en el lecho, Matt no pretendía forzarla, menos ahora que sabía lo mucho que la quería y deseaba su amor. Al menos, el día de ayer le había servido para demostrarle que la intimidad con él no sería tan tortuosa como ella pensaba, que en el fondo podía hacerle sentir muchas emociones y sensaciones nuevas y placenteras.

Se miró en el espejo por última vez, evaluando su aspecto, y se dio su palabra que esa noche sería diferente, que en esa velada sucedería algo que les cambiaría la vida para siempre; no estaba dispuesto a seguir estancado en ese nivel de su relación, era necesario que avanzara un paso y para eso debía seducir a su esposa y acostarse con ella, hacerle el amor de la manera más tierna y placentera esta noche.

Si bien su deber era esperar a Riley en el recibidor junto a Laurine, no pudo contenerse más y le dio un suave toque a la puerta que conectaba sus alcobas e ingresó segundos después. La habitación tenía una temperatura cálida y olía a margaritas, una fragancia que no le desagradó en lo absoluto, sino todo lo contrario, aunque antes le había parecido que su esposa prefería el limón. Vio a dos criadas, atendiéndola como correspondía, y lamentó que sus figuras no le dejaran apreciar el rostro de su esposa.

—En unos segundos estará lista, milord —dijo la doncella que recibía el nombre de Vanesa.

—Sólo falta la máscara.

Riley asomó un poco el rostro para mirarlo y él contuvo el aliento, percatándose del como sus pulsaciones se aceleraban. Cada día se le hacía más hermosa, más tentadora y peligrosa para su tranquilidad mental.

—Yo se lo pondré, pueden retirarse.

Deseaba tener un tiempo a solas con ella antes de partir a la fiesta de los duques de Windsor.

Las doncellas siguieron su orden y la dejaron ahí, perfecta y hermosa frente a la cómoda. El vestido color carmesí le quedaba espléndido, era una obra de arte. El ribeteado dorado le permitía apreciar su delicado escote y el bordado de hilo de oro descendía por su cintura, marcando su delicada y frágil figura, hasta perderse a lo largo de la falda carmesí como si sobre esa preciosa tela hubiera caído una llovizna dorada. El collar de rubíes era una pieza fundamental para el atuendo, le brindaba el aire aristocrático que sólo las hijas de los marqueses de Winchester portaban.

Las manos le sudaron bajo sus guantes blancos y las empuñó ante la necesidad de querer tocarla. Ella se giró hacia él y entonces cayó en cuenta, gracias al reflejo del espejo, que el vestido era escotado, pero no se le notaba la cicatriz.

Riley sujetó la máscara dorada y, extrañamente, se mostró bastante cohibida por su visita.

No quería pensar que el acercamiento de ayer los había distanciado de nuevo; no obstante, fue imposible no hacerlo cuando ella evitó mirarlo a los ojos mientras se acercaba.

—Aquí tiene.

Los guantes dorados hicieron que se recreara la escena de cómo sería sacarlos con sus dientes, mientras sus manos abrían los botones del vestido uno a uno para desnudarla, y carraspeó con nerviosismo. No era el mejor momento para pensar en eso.

—Estás preciosa.

—Gracias.

¿Por qué la sentía tan distante? No era el tipo de hombre que se generara falsas esperanzas, pero por un momento pensó que después de lo que ocurrió ayer, muchas cosas mejorarían entre ellos; es decir, ella le había besado, había permitido que la tocara e incluso dejó que le hiciera el amor con la boca, y no se había mostrado ultrajada en lo absoluto.

—¿Algo te preocupa?; te siento esquivada.

Ella bajó la mirada, apenada.

«No hagas esto. Íbamos tan bien».

—No tuve tiempo de decírselo ayer, pero está equivocado, milord: no deseo hijos, es lo último que quiero y si usted cambió de parecer y ahora ambiciona un heredero, puede tenerlo con otra. Estoy dispuesta a fingir un embarazo y...

—¿Cómo? —interrumpió abruptamente su monólogo y la miró con incredulidad.

—No quiero que vuelva a tocarme —confesó, abrazándose a sí misma, y Matt sintió como la sangre bullía en su interior.

Odiaba su rechazo, detestaba no poder tocar lo que era suyo como realmente deseaba hacerlo. ¿Cómo pretendía pedirle algo así ahora, que le había permitido llegar tan lejos?

—Yo quiero hacerlo; y lo haré tarde o temprano. —No era un tema que pudiera entrar en discusión, por lo que sin dudar lo rodeó su cintura y la atrajo hacia él de un tirón—. ¿Qué ocurrió?, ¿por qué este repentino cambio de parecer?

—No puedo —posó las delicadas manos sobre su pecho y Matt inspiró su olor, encantado.

Ese día olía a margaritas.

—Tu fragancia siempre es distinta —susurró, observando sus labios, dos líneas gruesas y apetitosas que quería probar otra vez—. Preparas tus propios perfumes, ¿verdad?

Le causaba un poco de curiosidad que nunca quisiera comprarse perfumes, su esposa ahora contaba con el dinero necesario para adquirir lo que se le viniera en gana, pero ella nunca gastaba su dinero en eso.

—Algo así... Trato de hacerlos, la primera vez que se me terminaron no tuve otra alternativa y siempre me gustaron las flores.

—Pero ahora tienes dinero.

—Con el tiempo descubrí que mis perfumes le sientan mejor a mi tipo de piel, el olor es más duradero y natural.

—Ciertamente —admitió, orgulloso.

Su esposa tenía el talento de hacer todo bien, para esa maravillosa e inteligente mujer no existían imposibles.

—¿No cree que son muy corrientes y vulgares? —inquirió, tensándolo de sobremanera, y Riley se dispuso a ponerse el antifaz dorado por sí misma—. No será una noche sencilla, todos me consideran una paria social y quizás mi fragancia no me ayude a encajar correctamente entre los nobles.

Se pasó la mano por el pelo con frustración, consciente de que todo era su culpa, y aprovechó que ella le dio la espalda para mirarse al espejo y la abrazó por detrás.

—Todo cambiará —susurró aceleradamente en su oído—. Desde hoy todo será distinto porque daremos un gran paso. —Besó su hombro, sin reparar en sus reacciones—. Te haré el amor toda la noche, te llenaré de caricias y nunca más volverás a dudar de mi amor.

En lo que soltaba sus palabras con desesperación y deseo contenido, sus manos acariciaban el pequeño cuerpo con rapidez. La necesitaba, llevaba meses imaginándose como sería hacerle el amor, estaba seguro que perfecto.

—No debes temerme, ternura, te demostraré con hechos lo que puedo hacerte sentir. —Amasó sus pechos con suavidad—. No puedo seguir esperando, eres mi esposa y ansío con desesperación perderme en tu cuerpo. Hoy vendré a ti y sé que desde mañana todo será distinto para nosotros.

Besó su cuello y la buscó en el reflejo del espejo, queriendo descubrir sus sentimientos a través de su semblante.

Se asustó.

Ella no estaba para nada excitada. Era como una muñeca, tenía la mirada gacha y dejaba que él la tocara seguramente porque tenía miedo de su posible reacción. Cayó en cuenta de lo que estaba haciendo y la soltó en un abrir y cerrar de ojos.

¡Riley no era como las mujeres con las que solía tratar!

La castaña intentó ponerse la máscara con las manos temblorosas y la ayudó con sutileza, evitando tocarla, estaba muy tensa y sentía que acababa de retroceder más de cien pasos. ¿Tanto pavor le daba la idea de hacer el amor con él?, ¿tan dolorosa fue su primera noche?

Detestaba no poder recordarla.

Terminó de ponerle la pieza y ella se giró hacia él, sin brillo alguno en los ojos.

—Es verdad, usted tiene el derecho de hacer lo que quiera conmigo.

—Riley...

—Pero antes busque a su madre y hable con ella.

Frunció levemente el ceño, ¿de qué tenía que hablar con Dalila?

—Si a su regreso sigue con la idea de querer entrar en mi lecho y no me odia; lo recibiré sin poner objeción alguna.

—¿Qué tiene que ver Dalila en todo esto?

—Averígüelo usted mismo.

Apretó la mandíbula, furibundo, y atenazó su muñeca con más fuerza de la que hubiera querido. Ella no mostró expresión alguna en el rostro y eso sólo consiguió alterarlo todavía más.

¿Por qué quería que hablara con su madre?, ¿qué tenía que ver su madre en todo esto?

—Le escribiré esta noche y la carta saldrá mañana a primera hora. —Su esposa se estremeció ante la idea—. Y mañana, antes del anochecer, yo dormiré en esta cama contigo, ¿me entiendes?

Era una basura y lo sabía, pero también quería que ella comprendiera que nada de lo que su madre fuera a decirle le haría cambiar de parecer. Se había enamorado, amaba locamente a su mujer y se creía incapaz de odiarla.

—De acuerdo, milord.

—¿Podemos irnos?

No aguantaba ni un segundo más en ese dormitorio. Muchas dudas habían surgido en su interior en cuestión de segundos: ¿qué era lo que Dalila sabía y él desconocía?, ¿por qué lo que su madre fuera a contarle haría que sintiera odio hacia Riley? O peor aún, ¿por qué Riley le exigía enterarse de algo que, al parecer, era muy poco ventajoso para ella?

Sea lo que sea, tarde o temprano terminaría enterándose de todo.

Una vez en el carruaje, el camino lo hicieron en silencio, pero él no dudó en entrelazar su mano enguantada con la de su esposa, quien a pesar de mostrarse un poco tensa y ausente, no se rehusó al toque que él le estaba brindando.

Era una locura y lo sabía, pero ciertamente estaba cansada de vivir con el miedo y la angustia de lo que podría suceder cuando su suegra decidiera abrir la boca. Lo mejor era que Devonshire se enterara de todo, descubriera el secreto que Dalila conocía y decidiera qué era lo que haría con ella de una vez por todas.

Riley sólo estaba segura de una cosa: él nunca más querría besarla, tocarla y ni se sentiría tentado a hacerle el amor cuando descubriera la verdad.

No había podido dormir tranquila por culpa de la nota de Dalila, puesto que no comprendía qué era lo que esa mujer quería de ella. En su nota no pedía dinero, no pedía que abogara por ella ni la citaba para que se vieran en ningún sitio; simplemente la atormentaba.

Estaba cansada de su situación, odiaba vivir con miedo y para empeorar todo: Devonshire había conseguido alterar su paz mental y ahora le preocupaba lo que él pudiera pensar de ella cuando conociera la verdad.

Hace unos días, le había parecido una buena idea escribirle a Francesca para que viniera a buscarlo, ella ahora era viuda y si sus cálculos no fallaban tenía un hijo; no obstante, por alguna extraña razón no lo había hecho y había dejado todo tal y cómo estaba.

Ahora se arrepentía.

Devonshire y ella jamás podrían estar juntos y ser felices, era algo que Dalila no concebía y no los dejaría tranquilos hasta que los viera separados, cada uno por su lado, lejos de la posibilidad de que ella pudiera engendrar un heredero para el condado. Porque a esa mujer, eso era lo único que le interesaba: quería que el título volviera a la corona.

Un hijo suyo y del conde sólo correría peligro existiendo.

—Estás muy pálida —susurró Laurine, con la vista clavada en un grupo de debutantes.

—No es nada, sólo estoy algo cansada.

—¿Te sientes mal?

—No.

Simplemente estaba acongojada, le dolía no sentirse merecedora de la verdadera felicidad. Tiempo atrás, aceptó quedarse en la casa de Devonshire como un autocastigo por ser tan egoísta y cobarde, y ahora que estaba a pocos pasos de sentir una verdadera felicidad, se rehusaba a darlos porque sentía que sería algo muy injusto para todos.

—¿Estás cansada de todos los pares de ojos que están sobre ti?

Asintió, dándole una ojeada al lugar. Era agotador ser el centro de atención y que ni siquiera tu familia pudiera ayudarte con eso.

—Eso es porque estás...

—Hermosa —dijo una tercera voz y tanto Laurine como ella dirigieron la mirada hacia el dueño de aquella voz ronca y aterciopelada.

La conmoción que sintió al ver a su hermano frente a ella hizo que por unos segundos se olvidara de cómo respirar. No podía ser verdad que Ross estuviera en Londres y nadie se lo hubiera dicho.

—Hermano —musitó con un hilo de voz, sintiendo inmensas ganas de echarse a llorar ahí

mismo.

Había pasado mucho tiempo desde la última vez que se vieron y ciertamente no estaba preparada para tener un encuentro con el hombre que conocía todos sus secretos, con el único con quien podía sincerarse y en quien podía confiar.

Ross abandonó Londres sintiendo un gran resentimiento hacia su hermana menor por todo lo que le hizo hacer antes de su partida, y todo porque Riley se negó a recibir su ayuda, porque no fue lo suficientemente valiente como para tomar su mano y huir con él; en cambio, le exigió algo que a él le había partido el corazón en mil pedazos en su momento.

—Quiero hablar contigo.

Por suerte, Riley estaba en un estado más saludable que el de hace un mes y su hermano no se percató de ninguna anomalía que pudiera tener físicamente.

—Laurine, ve con Devonshire —pidió con suavidad, quería estar a solas con su hermano.

La rubia asintió y después de hacer una venia hacia el conde, quien la ignoró sin pudor alguno, se dirigió hacia donde se encontraba el conde de Devonshire conversando con sus amigos. Le había costado más de media hora liberarse de la compañía de su esposo y con la llegada de su hermano ese tiempo se alargaría.

¿Por qué nadie le dijo que Ross asistiría a la mascarada?

—Ven, acompáñame.

La llevó a la biblioteca de la casa de su hermana y una vez solos se fundieron en un fuerte abrazo, que dijo más que mil palabras. Ambos tenían un secreto y era doloroso, ninguno estaba orgulloso de lo que sucedió hace más de un año, pero cada uno estaba seguro de que tomó — individualmente— la decisión correcta en su momento.

—Al fin ese desgraciado te sacó de tu jaula.

—No quiero hablar de él.

Por mucho que le explicara a su hermano que quien la tuvo encerrada y bajo engaños fue su suegra, eso no ayudaría a limpiar la reputación de Devonshire, quien con un poco de interés habría descubierto todo en cuestión de minutos.

Ross ganó algo de distancia.

—Debes irte, busca una escapatoria, él no te hará feliz, nunca será como Windsor es con Lisa.

—No puedo, Ross.

Las manos le temblaron, ¿por qué le costaba tanto aceptar esa hermosa oferta? Ahora que corría tanto peligro gracias a Dalila, lo más sensato era abandonar Londres, pero... ¿qué caso tenía hacerlo?

Irse le rompería el alma porque todo lo que habría hecho en el pasado habría sido en vano, y dudaba que su esposo se quedara tan tranquilo con su huida.

—¿A dónde iría? No tengo dinero.

—Eso yo tengo de sobra, puedes ir a muchos lugares, sólo debes decirme el lugar y yo me encargaré de lo demás.

Él quería alejarla de Devonshire.

—Hermano, estoy bien aquí. —Algo le impedía irse, pero no tenía la menor idea de qué podría ser—. No dejaré a Laurine.

Su cuñada era muy importante para ella, durante mucho tiempo fue su única compañera y si bien la rubia nunca sufrió el desprecio de Devonshire, al igual que ella padeció los abusos físicos de Dalila y en muchas ocasiones aceptó ser su escudo por voluntad propia.

—A nosotros no debe importarnos la bastarda.

—No lo digas en voz alta —le ordenó con nerviosismo, nadie podía escucharlos.

—Todos lo saben, que finjan ignorancia es otra cosa. Déjala.

—Es mi amiga y Devonshire no siempre está con ella.

—¿Y a mí qué me importa?! Ellos son crueles contigo, eres tú la que debe salir de ahí. —Se exasperó—. Eres la comidilla de la ciudad, otro escándalo no te hará nada.

—Hermano, está la reputación de nuestra familia, aún debes casarte.

—De eso me encargaré yo.

—¿Por qué quieres que lo deje? Tú mejor que nadie sabe qué las damas deben cumplirles a sus esposos.

—Porque estoy harto de que todos sean unos malditos cabrones —espetó con desprecio—. Estoy seguro que ellos no querrían ese mal para uno de los suyos, pero adoran lastimar a otros. Y la pregunta que realmente importa ahora, hermana: ¿es por qué tu no quieres dejarlo?

No tenía una respuesta para esa pregunta.

—Lo siento, Ross, pero no puedo irme ahora. Él está obstinado en cambiar las cosas, si me voy no lo tomará bien y saldrá en mi búsqueda.

—Eso explica porque estos meses no tuvo una amante —farfulló, indicándole que se había encargado de averiguar lo necesario—. Pero no me basta, ¿qué pasa si llega a forzarte o a tratarte mal?

Ella bajó la mirada, apenada, y el conde abrió los ojos de hito a hito.

—¿Acaso él...?

Ladeó la cabeza en modo de negación. No la había forzado, no por ahora, desde su perspectiva.

—Sé que esto no es de nuestra incumbencia, pero nuestros padres, Lisa y yo organizamos esta fiesta por una simple razón y debes saberla: llevo más de un mes en Londres sin que nadie lo sepa, llegué de manera silenciosa y estuve espionando a tu esposo todo este tiempo.

Frunció ligeramente el ceño.

—¿Cuál es la razón por la que hicieron esta fiesta?

Lo cierto era que ya sospechaba que Ross había hecho algo así para estudiar a su esposo.

—Ve a la fuente que está en el centro del laberinto de setos. Esta es una oportunidad que preferiría que no la desperdiciaras, Riley.

—¿De qué hablas?

Ross sonrió mostrándole todo su amor fraternal.

—No pretendas creer que no lo sabíamos. Al menos yo, siempre estaré al tanto de las personas que me interesan.

Capítulo 19

—¿A qué te refieres? —titubeó y su hermano suspiró larga y profundamente.

—Él está aquí y tiene algo que decirte.

Las manos le temblaron y los ojos se le cristalizaron, exteriorizando la vulnerabilidad que las palabras de su hermano generaban en ella.

—Sí, Riley, Jamie espera por ti.

—¿Cómo...? —Dio un paso hacia atrás, avergonzada.

¿Es que jamás la dejarían superar su pasado?, para ella... ¿era imposible vivir su presente?

—No sólo los vi un día antes de tu boda, cuando te pidió que huyeran, él siempre se preocupó por ti más de lo normal. Soy hombre, conozco ese sentimiento. Él te perdió porque tú ya estabas prometida, pues de no ser así te habrías casado con él, ¿verdad?

Riley rompió en un suave llanto que la dejó sin fuerza alguna y terminó sentada en el sofá.

—Habría dejado mi dote y todo lo que soy por él —confesó amargamente y Ross se puso de cuclillas—. Pero no podía faltar a la palabra de nuestro padre, aunque de haber sabido que todo terminaría así, me habría ido con él esa misma noche sólo con la camisola puesta.

Su hermano la miró con pena.

—Y yo te habría dejado hacerlo, Riley.

—Él merece algo mejor, Aaron —lo llamó por su nombre de pila y este no le respondió—. Una mujer pura, joven y hermosa que pueda darle hijos. Estoy casada y Devonshire no me dará la libertad, si no lo hizo en estos tres años, ¿qué te hace pensar que lo hará ahora?

«Que dice amarme».

—Pero pueden huir, Jamie no está atado a la corona y tiene mucho dinero.

—No puedo. Yo... —«Ya no siento lo mismo»—. Acabaré con todo esto de una vez por todas. —Se puso de pie—. Jamie debe ser feliz, no tiene que seguir preocupándose por mí, él no tiene ninguna obligación conmigo.

—No seas necia, Riley, él es la llave de tu felicidad.

—Hablaré con él.

Ya no diría más, si bien la intención de su familia era ayudarla, estaban empeorando la situación. Ella estaba haciendo todo lo posible para aceptar su vida y el regreso de Jamie sólo lo alteraría todo.

Al salir de la biblioteca, una sombra justo en la esquina del pasillo hizo que la piel se le erizara. La siguió y se sintió más tranquila al ver a un grupo de debutantes algo sonrojadas. Ni siquiera sus máscaras eran capaces de cubrir su rubor. Por unos segundos quiso preguntarles que habían visto, pero luego prefirió seguir con su camino.

Cuando estuvo en el salón de baile, lo primero que hizo fue buscar a su esposo, al ver que ni él ni sus amigos estaban por la estancia, salió con disimulo hacia el jardín.

Hablaría con Jamie y realmente esperaba que él pudiera comprender que entre ellos ya no podía haber nada, solo fue un romance infantil. Ella tenía un esposo y él todas las cualidades para ser uno ejemplar; no podía seguir aferrándose a ella.

El sonido de unas ramas al romperse captó su atención a medio camino y se giró para ver de dónde provenía.

No vio nada.

Nuevamente se puso en marcha y cuando llegó al lugar acordado, las piernas le temblaron. Allí estaba él, tan alto y elegante como siempre, estaba de espalda a ella y aún no la había visto, pero Riley lo reconocería hasta a diez kilómetros de distancia.

Jamie era todo un inglés, nunca comprendería qué pudo haber visto en ella.

El rubio de risos rebeldes se volvió en su dirección, clavando sus dos zafiros en ella, y con una leve curvatura en los labios le informó que se sentía feliz de verla allí. Llevaba un antifaz negro que cubría una buena porción de su rostro, nadie que no lo conociera muy bien podría reconocerlo.

—Tenía la fe de que vendrías.

Su voz la debilitó y sin siquiera preverlo, sujetó la falda de su vestido y corrió hacia él para abrazarlo. Jamie la acogió en un tierno abrazo. Aunque el tiempo los había separado y había cambiado sus sentimientos, el cariño que sentía hacia ese amable hombre jamás mermaría.

—He odiado a lord Devonshire desde el día que te hizo su esposa, sintiendo que es el mayor imbécil por no haber sabido aprovechar a su maravillosa mujer. Creí que el tiempo lo haría cambiar, que le abriría los ojos y terminaría locamente enamorado de ti; pero ya veo que es un idiota que no sabe cómo amarte.

Hablar del pasado no tenía sentido, menos si él despotricaría para Devonshire, todo ocurría por algo en la vida y ahora más que nunca estaba segura que no era para Jamie, dado que el hombre que ahora mismo la tenía en brazos no era el mismo que bebía los vientos por ella hace más de tres años.

Ambos habían cambiado.

—Me alegra saber que estás bien.

—Jamie...

—Primero escúchame, por favor. —Asintió y ganaron algo de distancia—. Pienso emprender un viaje, no tengo un rumbo definitivo; recorreré muchos lugares y quiero empezar por América.

—¿Qué? —musitó con un hilo de voz y la visión se le empañó—. ¿Por cuánto tiempo? —Recién acababan de encontrarse, le hubiera gustado saber un poco de su vida, de lo que estuvo haciendo en los últimos tres años.

—Preveo que serán tres años como mucho.

—Eso es mucho tiempo. —Presentía que quizás esa sería la última vez que podría verlo a la cara—. Pero deseo de todo corazón que todo salga bien para ti, Jamie.

Él sujetó sus manos.

—Huyamos. —Todos sus músculos entraron en tensión, era una locura—. Ven conmigo, para nuestro regreso; él pedirá el divorcio por adulterio y podremos irnos lejos de Londres y tener una familia.

Le parecía un gesto muy leal de su parte seguir pensando en ella y en su bienestar cuando en sus ojos ya no había ese brillo lleno de amor con el que solía mirarla antes de que se casara.

En cuestión de horas su esposo descubriría su secreto y desaparecer de Londres podría ser muy ventajoso para ella; pero no pensaba aceptar su oferta, porque si lo hacía, todos sus antiguos rechazos a las ofertas de libertad que recibió en el pasado habrían sido en vano, confirmándole que había cometido un terrible error hace más de un año al darse por vencida y tomar el camino más sombrío y poco favorable para ella.

—No nos dejará, Jamie, él está actuando extraño. —No quería decirle que una parte de ella quería quedarse y comprobar si dentro de su esposo existía esa amabilidad que él llevaba todo un mes demostrándole—. En sus ojos hay determinación y temo que te haga daño.

—No temas por mí, es de ti de quien debemos preocuparnos. Es un demonio, él no sólo te privó de vivir plenamente, te lastimó físicamente y rompió tu espíritu. —Bajó la mirada, azorada—. Yo puedo cuidarte, pero no desde la distancia, Riley. Ya te casaste con él, cumpliste la palabra de tu padre y el conde te falló; ahora ven conmigo y permítete ser feliz.

—Eso es imposible para mí—La voz se le quebró.

—Te daré el amor que él jamás se atrevió a darte, siempre lo quisiste y desde que te conozco no he tenido más que eso para ti.

Él le estaba mintiendo, porque en ese preciso momento, su proceder no era precisamente por amor.

—Jamie... No hagas esto, no puedo irme.

—¿Te someterás a él? Recuerda todo lo que te hizo y el daño que te causó, no tiene caso que te quedes, ese tipo de personas nunca cambian, debes venir conmigo.

Ladeó la cabeza con una tierna sonrisa en el rostro.

—Debes buscar una esposa, alguien pura, hermosa y perfecta, tan perfecta como tú.

Acarició su mejilla y él cerró los ojos con frustración. Le tomó varios segundos soltar las siguientes palabras, pero terminó diciendo:

—Él quiere entrar a tu lecho, ¿verdad?

No tenía la menor idea de cómo se enteró, pero sacudió lentamente la cabeza para afirmarle sus sospechas.

—¿Lo deseas?

Era una pregunta incómoda porque ciertamente Devonshire la tenía confundida, sentía un fuerte resentimiento hacia el conde, pero la idea de dejarlo no le generaba un buen sabor en la boca. Su cabeza estaba hecha un caos, llena de contradicciones.

Negó lentamente; si él podía mentirle, Riley también lo haría.

—Hubo un tiempo que lo hice —susurró, apenada—, deseé que mi esposo me quisiera, anhelé recibir el cariño que él le profesaba a su hermana y madre, la lealtad y adoración que sentía hacia ellas; pero ahora... —Se cubrió el rostro con las manos con frustración.

¡No tenía la menor idea de qué era lo que realmente quería!

—¿Pero ahora...? —la instó para que continuara.

—Ha pasado mucho tiempo desde que deseo algo de verdad.

—Tus padres quieren esto, Riley, después de creer que nunca sería el adecuado para ti, fueron ellos quienes me buscaron; esta es la oportunidad que siempre quisimos.

«Y que llegó en un mal momento».

—Jamie, no hagas esto más difícil.

—¿Me darías una oportunidad para convencerte?

—No —respondió tajante, dando un paso hacia atrás.

—¿Por qué no? —bramó con impotencia, quitándose el antifaz.

—Soy una mujer casada.

—¡No tienes que serle fiel! En todos estos años, él ni siquiera pensó en ti, no tuvo consideración, tomaba a las mujeres que se le venía en gana mientras tú te podrías encerrada.

—Pero yo no soy él —soltó con frustración, sintiendo como las lágrimas se escapaban de las comisuras de sus ojos y se perdían bajo el antifaz dorado—. Soy mejor, no usaré mi cuerpo para

vengarme, eso sólo me hará sentir de peor manera.

Jamie le dio la espalda por unos segundos, como si quisiera recuperar la compostura, y luego se volvió hacia ella.

—Lo siento, no quiero asustarte —habló con mayor tino, bajando los hombros con tristeza—. Creí que aceptarías.

—No me asustas —confesó con congoja—. No, Jamie, no puedo aceptar porque no merezco ser feliz, debo pagar mis pecados y eso sólo sucederá si me quedo con mi esposo para afrontar mi dura realidad.

—¿A qué te refieres? —preguntó ofuscado y las manos empezaron a temblarle.

Antes de ser su primer amor, él fue su mejor amigo, entre ellos no existían secretos y Jamie siempre supo cómo aconsejarle y apoyarle, orientándola a hacer lo correcto.

—Nunca fui del agrado de mi suegra —comenzó a decir, sintiendo como la voz se le quebraba y las lágrimas se deslizaban por sus mejillas sin consideración alguna—. Ella disfrutaba de los desplantes que Devonshire me hacía, se burlaba de mí y me recalca que las cosas nunca cambiarían. Después de un año de matrimonio, yo seguía siendo pura, él nunca me tocó y empezó a hacerme exigencias que me prohibían moverme dentro de mi propio hogar, por lo que recurrí a mi madre y le pedí consejos que me ayudaran a enamorar a mi esposo.

Él la miró con pena, como si supiera lo que vendría a continuación.

—Yo... No me siento orgullosa —aclaró antes de confesar una de sus peores bajezas—, pero lo drogué, le puse un brebaje a su té para que él aceptara tomarme. Cometí el error de tocar su correspondencia y una carta me hizo creer que nada estaba perdido, que nuevas esperanzas se presentaban para nosotros.

—No nece...

—Pero me equivoqué. Después de esa noche, conocí lo cruel que puede llegar a ser un hombre con su esposa. Devonshire me exilió, me quitó absolutamente todo, mi vida dio un giro de ciento ochenta grados y lo único que me preocupaba era su amenaza; esa que me decía que no debía quedar encinta.

—¿Define crueldad?

—Pasó un tiempo —Evitó esa pregunta y comentarle que había quedado muy lastimada por el duro golpe de su esposo— y mi mayor temor se hizo realidad; me embaracé, Jamie, estaba esperando un hijo de un hombre que lo menos que quería era tener un heredero conmigo. Estaba asustada, Dalila solía visitarme y burlarse de mí, pero hubo una temporada donde me tuvo encerrada, la única que entraba y salía de mi alcoba era Vanesa y no tuve más remedio que contarle mi situación.

Ella... fue muy leal con ella a pesar de que Riley nunca tuvo el dinero suficiente para recompensarle.

—Los primeros meses no fueron sencillos, tenía muchos malestares y no quería acudir a nadie, o bueno, tampoco era como si hubiera podido. Vanesa me preparaba brebajes y me ayudaba a calmar los dolores, en ese entonces yo odiaba a mis padres por haberme entregado a un hombre tan despreciable, tan...—Sollozó con pesadez—. Mi vientre no se notaba —continuó con lágrimas en los ojos—, los primeros cinco meses aún podía ocultar mi estado, pero luego mi vientre empezó a llenarse y ni siquiera vendándolo pude esconder esa verdad de Dalila.

Para su sorpresa, Jamie se quedó totalmente callado mientras ella narraba el momento más horrible de su corta vida.

—Ella quería que me lo sacaran, decía que ese niño no podía nacer y en el fondo sabía que

tenía razón. Devonshire nos haría la vida imposible, nos tendría encerrados a ambos y yo no quería eso para mi hijo —vociferó angustiada, como si de pronto esa pudiera ser una cercana posibilidad—. Vanesa lo impidió, dijo que si ella me tocaba iría a buscar a mis padres. Dalila accedió a dejarme tranquila siempre y cuando ese secreto nunca saliera a la luz.

Se abrazó temblorosa, como si de pronto sintiera mucho frío.

—Una noche, cuando lord Devonshire fue a una cena a la casa de los duques de Blandes con su madre y hermana... Recuerdo ese día, los duques celebraban su reconciliación después de haber estado mucho tiempo separados. Vanesa me dijo que él no volvería hasta tarde —musitó rápidamente, recreando toda la escena en su mente—. Era una noche lluviosa y sin poder evitarlo sentí los dolores del parto, debía salir de esa casa si no quería que el conde me descubriera.

Jamie intentó acercarse, pero ella le pidió que no lo hiciera con un movimiento de mano.

—Salimos por la puerta de servicio y cuando llegábamos a la salida, mi hermano saltó el muro y se plantó delante de mí, observando con sorpresa e incredulidad mi abultado vientre. Llevaba tanto tiempo sin verlo que me generó una gran conmoción tenerlo allí, se suponía que él también estaría en la cena, Aline era como un miembro más de nuestra familia. —Todo fue tan repentino y escalofriante—. Lo único que pude hacer fue rogarle que me sacara de esa casa, que me llevara a un lugar seguro, tú no estabas en Londres, alguien más debía ayudarme con el parto y él consiguió a un doctor.

»Devonshire no notaría mi ausencia, para mi esposo ni siquiera existía. Ross me llevó junto a Vanesa a la casa de un médico, era un hogar humilde, no era como si pudiéramos hacer muy público el nacimiento de mi hijo. Ross me prometió que mataría a Devonshire, pero yo le dije que él no sabía nada y que tampoco debía enterarse. Le rogué para que se quedara a mi lado y durante muchas horas de dolor y sufrimiento tuve a mi hermano sujetando mi mano y brindándome apoyo mientras intentaba con todas mis fuerzas sacar a mi hijo de mi cuerpo.

—¿Hubo complicaciones?

—Muchas —confesó con tristeza—. Por un momento pensé que ambos moriríamos, incluso lo deseé así. Cuando el momento se acercaba, mayor era mi incertidumbre, no tenía nada para ofrecerle, en mi hogar ni siquiera yo era bienvenida.

Permitió que el rubio la abrazara y consolara en silencio.

—Mi Gavin... —Así se llamaba su pequeño—. Él...

—Dime que estás mintiendo, ¡dime que no es verdad! —bramó Ross, fuera de sí, sujetando el pequeño cuerpecito de su hijo, quien ahora dormía plácidamente.

Riley lloró silenciosamente, rehusándose a mirar a su hijo otra vez, porque eso sólo haría que quisiera abrazarlo y quedarse con él para siempre.

—Es lo mejor, hermano, Devonshire no lo querrá, me lo advirtió y si llego con él...

—Ven conmigo, cuidaré de ambos y los esconderé tan bien que incluso yo los perderé de vista.

Era imposible, Dalila se volvería loca si ella huía con el heredero del condado. No descansaría hasta encontrarla y le contaría todo al conde, despertando su ira. Su vida sería una continua incertidumbre y volver a esa casa con su pequeño era... Si no lo mataba Dalila, lo mataría el conde.

—Aaron —musitó débilmente, sujetando su mano. Su hermano temblaba, por primera vez en la vida lo veía en un momento de vulnerabilidad y si no lloraba con ella era porque al menos uno debía mantener la compostura allí—. Ayúdame a entregarlo a una buena familia y júrame

que jamás me dirás donde se encuentra.

No quería sentir la necesidad de ir a buscarlo, le bastaba con saber que alguien lo amaría y cuidaría de él como se lo merecía. Su hijo debía tener la libertad que ella no tenía, debía conocer el sol, tener juguetes y unos padres amorosos.

—No me pidas eso, Riley —suplicó desesperado—. Es mi sobrino.

—Ayúdame a darle a Gavin la vida que merece.

Una lágrima se deslizó por la mejilla de su hermano, rompiéndole nuevamente el corazón.

—Es un nombre hermoso.

—Espero que a sus nuevos padres también les guste. —Se tentó a tocar a su bebé, pero regresó las manos a la fría manta en la que estaba recostada—. Debes irte, hermano.

—No sé nada de mi hijo, le dije a Dalila que nació muerto para que nunca intentara buscarlo, y desde ese entonces me tiene amenazada, me dijo que Devonshire me mataría el día que se enterara de todo. Ese día está próximo, ella está cerca, me envió una nota y me insinuó que en cualquier momento toda la verdad saldría a la luz, por eso esta noche le pedí a mi esposo que buscara a su madre para que ella se lo contara todo de una vez por todas.

—Debes venir conmigo si crees que esa es una verdad muy probable.

—Merezco la muerte, regalé a mi hijo.

—Lo hiciste por su bien, él no lo quería.

—No quiero ser feliz —confesó con congoja—. Fui una cobarde, debí haberme ido con Gavin cuando Ross me lo ofreció; si lo hubiera hecho, mi hijo estaría conmigo y ambos seríamos libres. Ahora Devonshire empezó a comportarse extraño y no sé cómo contarle la verdad, él... no sé cómo podría tomarlo.

—Sé que no es fácil, cariño, te educaron para servirle, pero debes darte cuenta que hiciste lo que hiciste por Gavin, por su bien. Piénsalo, ¿qué vida le habría esperado en la casa de Devonshire? Esconder a un niño no es fácil, te tenían encerrada y lady Dalila podría habértelo quitado y hacer con él cosas horribles. Era el primogénito y ni siquiera su padre lo quería. Le diste la oportunidad de ser feliz y libre, no te sientas mal por la decisión que tomaste.

—Pero yo lo amaba, hasta la fecha lo sigo haciendo y no hay día que no anhele estar con él. —Suavemente rompió el abrazo y conectó sus miradas, retrocediendo escuetamente—. Creo que lo mejor será que le diga la verdad al conde, me haré responsable de mis actos porque prefiero que se entere por mí antes que por su madre.

—Es peligroso.

—Es lo correcto. Nunca podrá encontrarlo, ni siquiera yo sé dónde está. Ross se encargó de entregarlo en adopción antes de irse al continente y me dio su palabra de que nadie se enteraría de nada.

—Riley...

—Ten una buena vida, Jamie. —Con el rostro lleno de lágrimas por el amargo recuerdo, Riley le regaló una sonrisa sincera y llena de cariño—. Ten la familia que siempre quise por mí, al menos uno de los dos debe encontrar la felicidad, ¿no te parece?

Él intentó acercarse y ella le dio la espalda, dispuesta a alejarse de esa escena.

—Gracias por pensar en mí, Jamie, pero mi respuesta sigue sien...

—¿Y qué me dirías si te ofrezco llevar a Gavin con nosotros?

Capítulo 20

Riley sintió como un escalofrío recorrió su espina dorsal y muy lentamente se volvió sobre su eje para observar los ojos del rubio que la miraba con seriedad. Empezó a respirar con dificultad y la rabia se apoderó de su ser.

—¿Cómo te atreves a jugar con algo así? —farfulló con desprecio.

—No es un juego, Riley —soltó, generándole un leve sentimiento parecido a la esperanza en su interior—. Tu hermano nunca regaló a tu hijo, él escondió a Gavin en el mejor lugar que existe, bajo la protección de dos personas que jamás dejarían que le ocurriera nada malo.

Se llevó la mano a la boca para no gritar de euforia y se acercó al rubio con rapidez, rogándole con la mirada.

—¿Con quiénes? Dime que esto no es mentira, ¡no puedes burlarte de mí de esta manera!

Jamie acarició su coronilla con ternura y ella sollozó sin poder creer que su hermano hubiera hecho algo así por ella.

—Tus padres, cariño, ellos siempre cuidaron de Gavin. ¿Por qué crees que el año pasado pasaron mucho tiempo en el campo y de la nada uno suele desaparecer por una corta temporada?

¿Por eso su padre viajaba en el momento menos pensado? Si eso era verdad, ¿por qué nunca le dijeron nada? En muchas ocasiones, ella se había dicho que, si se le presentaba la oportunidad de irse con su hijo, no la rechazaría.

Tragó con fuerza al comprender la realidad.

—Acepto, Jamie —soltó de pronto, sin importarle nada más que tener a su hijo en brazos.

¡Gavin seguía siendo suyo!

—Iré contigo, pero llévame con mi hijo, necesito verlo.

—Este es el adiós, el barco zarpará dentro de poco, Riley, tu hermano supuso que algo así ocurriría, sabía que no te negarías a irte con tu hijo. No puedes volver a ese salón de baile y por un buen tiempo no podrás tener contacto con tu familia, ¿estás de acu...?

—Sí, estoy dispuesta, debemos irnos.

No quería que Devonshire notara su ausencia, en ese momento no deseaba que nadie se interpusiera en su camino. Quería ver a su hijo, saber cómo estaba y detallar el hermoso rostro del que se privó hace más de un año.

Gavin estaba en la ciudad, más cerca de lo que pudo haberse imaginado.

Salieron por la puerta trasera y por la familiaridad con la que Jamie se desplazó por el lugar, fue fácil deducir que su hermana le había otorgado hasta las llaves. Un carruaje sin blasonado los esperaba y por un momento pensó que vería a Gavin en él; pero no, el vehículo estaba vacío. Jamie sacó un abrigo para ella, cubriéndola por los hombros, y observó por la ventanilla con recelo, cerciorándose de que nadie los siguiera.

Las manos no podían dejar de temblarle, estaba aceptando la propuesta de Jamie porque él le brindaba la oportunidad de reencontrarse con su hijo. Dejaría a su esposo, olvidando todo lo aprendido, y no le importaba en lo más mínimo irse únicamente con ese vestido.

Lo único que quería era tener a Gavin en sus brazos.

Su hijo tendría más de un año, seguramente estaría muy grande y quizás estaría aprendiendo a

dar sus primeros pasos. Removió sus manos con ansiedad, ¿podría llevarse bien con su pequeño?, ¿lograría ganarse el corazón de su hijo?

—¿Mi hijo...?

—La gente de tu hermano está escoltando a Gavin y su niñera cerca del muelle, ella vendrá con nosotros porque es el rostro con el que más familiarizado está tu hijo.

Sintió celos de esa mujer, en el fondo le habría encantado ser la única que lo cuidara.

—Se parece mucho a ti —susurró cálidamente, sorprendiéndola.

—¿De veras? —Los ojos se le llenaron de lágrimas y se quitó su máscara—. ¿Lo viste?

—Llegó ayer, él estuvo en Hampshire todo este tiempo.

Su hermano no regaló a su pequeño y se encargó que su propia familia lo cuidara como correspondía. Las manos le temblaron al recordar las palabras del rubio, ¿Gavin era parecido a ella?

En el fondo se sentía cautivada y orgullosa, pero no podía evitar cuestionarse si eso sería del agrado de su esposo. No tenía caso seguir pensando en Devonshire, puesto que había decidido dejarlo con tal de empezar de nuevo con su hijo, pero... Era inevitable no hacerlo.

—Jamie... —Si se iría con él, había algo que debía dejar claro—. Tú no me amas, ¿verdad?

El carruaje estaba levemente iluminado gracias a la lámpara de gas que estaba empotrada en el lateral del vehículo, por lo que pudo percibir como entró en tensión por su repentina pregunta.

—No te sientas mal —susurró comprensiva—, mis sentimientos también cambiaron.

Él sonrió con melancolía, como si un nuevo pensamiento hubiera llegado a su cabeza.

—Nosotros pudimos haber sido felices, nos amábamos mucho. —Asintió, de eso no le quedaba la menor duda—. Pero cuando te casaste con él y me rechazaste, me llené de rencor, Riley, abandoné Londres para ir a Yorkshire, ellos necesitaban un médico y ahí... muchas cosas cambiaron en mi vida. —No le gustó verlo tan melancólico, ¿estaría haciendo algo en contra de su voluntad?—. Tu hermano me buscó hace poco y me lo contó todo, ya sabía de Gavin antes de que me lo contaras, y me pareció una buena oportunidad para tomar un respiro lejos de Londres.

—Ya veo...

—Eres especial para mí, fuiste mi primer amor y deseaba ayudarte a escapar porque todo lo que hiciste lo hiciste con buenas intenciones, tú nunca quisiste romperme el corazón.

—No tienes ninguna obligación conmigo. Acepté tu propuesta por Gavin y lo sabes, de no haberlo mencionado ahora seguiría en el salón de baile. Este viaje lo haremos como amigos porque tú tienes a alguien más en tu corazón y no te condenaré a estar con alguien que no amas para toda la vida.

No le haría lo mismo que le hizo al conde de Devonshire.

—Siempre tendrás mi cariño, Riley.

—Y tú el mío.

Llegaron al muelle y una vez que bajó del carruaje, Riley se cubrió el rostro con la capucha de su abrigo para tratar de esconder su identidad. El movimiento por el lugar era escaso y la gente estaba muy concentrada en lo suyo, pero incluso así no quería que alguien la viera y reconociera. Si bien no tenía pensado regresar a Londres en su vida, no quería perjudicar al conde tanto como para que se dijera que huyó con otro hombre.

Él la amaba... Le había confesado sus sentimientos y lo que ella estaba haciendo al abandonar Londres era rechazarlos.

—Llévame con Gavin.

Pero ya nada importaba, su hijo la necesitaba y Riley no volvería a renunciar a él por su

esposo. De eso estaba totalmente segura; haría lo que fuera por su hijo.

Todo indicaba que su madre se había encargado de preparar un baúl para ella y otro para Gavin y la gente de su hermano ya se habría encargado de que los mismos estuvieran en el barco, por lo que estaba segura que nada le faltaría. No era la primera vez que viajaba en barco, ya tuvo una experiencia en el pasado cuando se subió a uno con su cuñado y los condes de Worcester.

Esa joven que se atrevió a subir con su cuñado a un barco para ir a Venecia y me tentó por días a reclamar mis derechos conyugales en el muelle, porque los celos me carcomían por dentro al verla hablar tan alegremente con el imbécil de Windsor.

Rápidamente negó con la cabeza, no era el mejor momento para pensar en su esposo.

¡Ella no iba a quedarse!

Él jamás aceptaría a Gavin, Dalila siempre le advirtió que él odiaría a ese niño, por lo que ahora su prioridad era sacarlo de Londres. Su esposo no quería un heredero, ahora le decía que quería una familia porque quería conquistarla, seducirla y hacerle creer que todo iría bien entre ellos; pero a la hora de la verdad no le haría gracia dejar un sucesor para su título.

A lo lejos vio a cuatro hombres de tamaño colosal escoltando a una mujer menuda, de estatura promedio y cabellera oscura, y el su pulso se disparó al ver que tenía a un niño en brazos.

—Es ella.

La confirmación de Jamie fue lo único que necesitó para acelerar su paso y olvidarse del rubio. Con una sonrisa en el rostro avanzó hacia la joven, la emoción no le cabía en el pecho, nunca pensó que algo así podría sucederle en toda su vida: su hijo volvía a ella.

Pasó a los hombres de largo, ignorando su presencia por completo, y se plantó delante de la mujer. Se preocupó al verla tan pálida, ¿sabría que estaban robando al hijo de un noble?

Si bien a Devonshire posiblemente no le interesaría su hijo, Riley comprendía que estaba cometiendo un delito muy grave; llevarse al heredero de un conde era la peor de las traiciones y podría salirle muy caro.

—Soy lady Riley.

Pero ese no era un problema para ella porque su marido no tenía la menor idea de la existencia de Gavin, nunca lo sabría y en el fondo le dolía que así fuera, porque esa era una confirmación para el mayor de sus temores: él nunca sería reconocido por su padre.

—Entrégamelo —musitó con un hilo de voz, con la vista clavada en el manto que cubría el cuerpo de su hijo.

—Milady... —La voz temblorosa de la niñera de su hijo la instó a levantar la vista y se percató del pánico que adornaba su semblante.

—¿Qué ocurre?

Algo no andaba bien, nadie podía verse tan indispuesto por un viaje a América. Sus alarmas se prendieron e hizo el ademán de tomar a su hijo en brazos, quedando como piedra al cerciorarse que eran un montón de mantos envueltos.

—¿Dónde está? —preguntó con lágrimas en los ojos y cuando quiso retroceder para ir hacia Jamie, los dos hombres a su espalda le cerraron el camino y la sujetaron por los brazos al tiempo que escuchaba los gruñidos de Jamie tras de ella.

¿Qué estaba ocurriendo?

Miró sobre su hombro para ver de quienes se trataba y la sangre se le congeló al ver que eran lord Grafton y Portman quienes la tenían muy bien sujeta, no le gustó la frialdad con la que la miraron y algo mucho peor se apoderó de ella al caer en cuenta de lo que pudo haber ocurrido.

—Seré directo contigo. —Las piernas le temblaron al oír la gélida voz del conde de

Devonshire y rápidamente lo buscó con la mirada. El castaño salió de las penumbras con un pequeño bulto en los brazos. Sollozó angustiada. No podía ser verdad, ¡Devonshire no pudo haberla descubierto!—. O vienes conmigo y me explicas por qué pretendías llevarte a mi heredero, del cual, por cierto, no conocía su existencia, o dejas que Blandes te escolte junto a tu amante a la comisaría para que trates de explicar por qué se estaban robando a mi hijo.

—No le hagas nada —suplicó horrorizada, pensando en lo que él podría hacerle a su hijo.

—Si fuera tú: elegiría la primera opción, lo menos que quisiera es ver como cuelgan a mi condesa junto al doctor de la ciudad.

Capítulo 21

—¡No lo obedezcas, Riley! —gritó Jamie, tratando de llamar su atención, pero en ese momento Riley no lo escuchaba, sólo tenía ojos para su hijo, quien corría mucho peligro en los brazos del conde y todo era por su culpa.

No fue lo suficientemente discreta, él la había descubierto y ahora conocía la existencia de su hijo. Sin necesidad de pensarlo mucho, Riley corrió hacia Devonshire y se clavó delante suyo, estirando tímidamente los brazos. Los escalofríos de su cuerpo eran inevitables y las lágrimas no podían dejar de bajar por sus mejillas.

—Iré contigo —susurró con voz rota, sintiendo un nudo en la garganta—, pero entrégamelo, te lo suplico.

—No.

Juntó los párpados con frustración y contuvo el aliento al ver cómo le entregaba a su hijo a la niñera que estaba junto a él. La pobre joven estaba tan asustada que apenas y podía mantener a Gavin en sus brazos.

—Blandes —llamó al duque, al tiempo que atenazaba su delgado brazo con precisión, y tiró de ella para pegarla a su cuerpo—. Encárgate de que Brown tome ese barco.

—Lo siento —musitó ella, mirando al rubio—. No puedo dejarlo.

¡Gavin no podía quedarse a la merced del conde sin su protección!

—No le hables —ordenó su esposo, presionando su agarre—. Agradece que le perdoné la vida —escupió con ira contenida y Riley bajó la mirada, azorada.

Lo menos que deseaba era que Devonshire lastimara a su amigo, Jamie no merecía pasar por nada de esto, ¡él sólo quiso ayudarla!

—Ella no te quiere, ¿por qué retenerla? Déjala ser feliz, ¡deja de ser un maldito egoísta! ¡no mereces estar con ellos!

¿Es que Jamie no pensaba callarse?! El conde realmente estaba siendo amable con él al dejarle ir intacto, lo que ellos estuvieron a punto de hacer era un delito, robarle el hijo a un noble era algo muy grave.

Para su sorpresa, el castaño usó todo su autocontrol para no abalanzarse contra Jamie.

—Lárgate, Brown, sube a ese maldito barco y desaparece de mi vista. Ella se quedará donde le corresponde.

—Déjala ir, Devonshire, nunca la quisiste.

El brazo del conde rodeó su cintura con posesividad desmedida y Riley contuvo el aliento por la fuerte presión; no obstante, el tener la vista clavada en su hijo la ayudaba a soportarlo todo.

—Pues ahora la deseo y gracias a ti la tendré.

Las lágrimas siguieron bajando por sus mejillas sin darle tregua alguna. Si entregándose a él evitaba que le hiciera daño a su hijo; lo haría. No se quejaría, incluso aguantaría sus golpes, pero Gavin debía mantenerse intacto.

—Sal de mi vista, Brown, mi paciencia está llegando al límite y te advierto que no pienso descargar mi rabia en ti.

Aquellas palabras hicieron que Riley respingara y sin pensarlo dos veces empezó a hablar.

—Lárgate, Jamie, ¡sube a ese barco de una maldita vez! —gritó fuera de sí, temiendo que el conde pretendiera desquitarse con su hijo—. Por favor, vete —rogó desesperada y el suave llanto de su hijo hizo que la piel se le erizara y sin ser consciente de sus actos se liberó del agarre de su esposo y se acercó a la niñera—. Dámelo.

Al ver que ella titubeaba, Riley se lo arrebató y sin tener mucha experiencia buscó la manera correcta de acomodarlo en sus brazos. Inmediatamente el llanto cesó, generándole una gran emoción en el pecho. Estaba tan pesado... Lo aferró a sus brazos, llorando silenciosamente, sus padres hicieron de él un niño muy saludable. Llevó sus manos hacia el manto, queriendo despejar su rostro, pero la voz de su esposo hizo que cada uno de sus movimientos cesaran.

—Blandes, cuida de Laurine, por favor. Una vez que decida donde nos quedaremos, te informaré todo.

Debía ser valiente, no podía mostrar debilidad ahora, ¡su deber era cuidar de Gavin!

Fue una ilusa, nunca debió creer que podría huir con su hijo tan fácilmente. Su error le costaría caro, al final terminó exponiendo a Gavin al peligro que nunca quiso para él y no estaba en sus mejores condiciones para defenderlo.

—Nos vamos.

No levantó el rostro cuando él rodeó su cintura y la obligó a caminar. La niñera y cuatro hombres bastante fortachones y altos los siguieron y se sorprendió al ver tres carruajes esperando por ellos.

¿Cómo llegó a enterarse de todo?, ¿por qué tenía la sensación de que su destino ahora era muy incierto? No tenía la menor idea de a donde la llevaría, ni mucho menos qué estaba pensando hacer ahora; pero tenía mucho miedo.

Subieron al carruaje y una vez dentro presionó su abrazo alrededor del cuerpo de su hijo por los fuertes puños que Devonshire le dio al carruaje para que este partiera. Protegió a Gavin con el cuerpo, adoptando una posición de defensa y le importó muy poco su mirada amenazante, ella lucharía y la única manera de que él pudiera llegar a lastimar a su hijo era matándola primero.

El conde guardó silencio, seguramente porque la niñera estaba con ellos en ese momento, y Riley tiritó por horas mientras el carruaje se dirigía a quien sabe dónde. Ya no estaban en la ciudad y gracias a los santos tenían varios lacayos escoltándolos, odiaba los viajes nocturnos.

Con sus manos temblorosas retiró el manto para ver el rostro de su hijo y la nostalgia la golpeó con fuerza al ver que efectivamente tenían mucho parecido. Dios, quería que despertara, quería conocer el color de sus ojos, ¿los tendría verdes, como los suyos, o cafés como...? De pronto recordó la presencia de Devonshire en el carruaje y rápidamente cubrió el rostro de su hijo nuevamente.

Esto no era bueno, su hijo había heredado la tonalidad de su piel.

Los ojos se le llenaron de lágrimas y contuvo el aliento cuando lo vio frotarse el rostro con frustración, ¿le molestaba no poder ponerla en su lugar en presencia de la niñera?

Después de largas horas de viaje, llegaron a una casa que estaba fuera del camino principal, entrando alrededor de veinte minutos por unos sembradíos. Le sorprendió ver lo sencilla que era, no era una posada, pero era una casa habitada porque pronto salieron dos mujeres y un hombre para atenderlos.

—Milord. —El mayordomo hizo una venia y Riley observó a la niñera.

La pobre joven estaba horrorizada, prácticamente había sido secuestrada y el altercado en el muelle no podía ser considerado un buen presagio para ninguna de las dos. Estaba segura que

antes de su llegada fue amenazada con algún tipo de demanda por parte de su esposo, sólo eso podía explicar que la sangre hubiera abandonado su semblante y mirara al conde como si fuera el mismísimo demonio.

—Pasaremos la noche aquí, nadie puede enterarse de nuestra llegada incluso después de que nos vayamos.

¿No se quedarían allí? ¿Qué tan lejos pretendía llevarlos? ¿Su hermano se habría dado cuenta de todo lo ocurrido?

—Como usted ordene, milord —musitó una de las criadas.

—Preparen dos habitaciones; una para mi hijo y su niñera y otra para mi esposa y yo.

No se alarmó, ella sabía cuál era su deber y por su hijo haría todo lo que él quisiera.

Ingresaron a la cálida estancia y se acercó a la chimenea con su hijo en brazos para que recibiera un poco de calor, no quería que se enfermara.

—Milady —musitó la niñera de Gavin y Riley recordó su presencia—. ¿No desea que lo cargue? Lord Stanton es...

—Lord Torrington —le corrigió la fuerte voz de su esposo y ambas respingaron, asustadas—. Mi hijo es el vizconde de Torrington y lo llamarán como corresponde, ¿está claro? —bramó encolerizado y ambas asintieron con rapidez, bajando sus miradas.

Si él iba a reconocerlo, no le haría daño, ¿verdad?

Era imposible no sentirse esperanzada, a Riley le importaba muy poco lo que él hiciera con ella, siempre y cuando Gavin no fuera lastimado.

—Debo alimentar a lord Torrington, lady Devonshire, si me permite...

—¿Cuál es tu nombre?

—Nuria, milady.

Miró de reojo a su esposo, quería decirle que nada malo le ocurriría, pero...

—Cuida de mi hijo como hasta ahora, Nuria —habló Devonshire, captando la atención de la joven—. Recibirás un sueldo y vivirás con nosotros, por ahora saldremos de la ciudad por una larga temporada.

—Muchas gracias por su amabilidad, milord.

Con el fin de evitar que él conociera el rostro de su hijo, Riley se lo entregó a Nuria y la envió a la cocina, aprovechando que el mayordomo se unió a ellos para informarles que las alcobas estaban listas. Se encogió al verlo acercarse y sin emitir sonido alguno dejó que sujetara su brazo y la instara a subir las escaleras.

—Tú y yo tenemos muchos asuntos que aclarar —farfulló, obligándola a acelerar sus pasos, y a pesar de estar muerta de miedo, se mantuvo serena y fue obediente.

Sujetó la falda de su vestido, tratando de seguir su marcha, y lanzó un gritillo cuando no alcanzó el peldaño con exactitud y cayó sin previo aviso.

—¡Ah! —Se quejó por el golpe que recibió en la cadera—. Lo siento —musitó adolorida e intentó pararse, pero la sangre se le congeló al sentir como la levantaba en vilo.

Con la cabeza gacha se percató del cambio de temperatura y no muy segura estudió la estancia con la mirada. El hogar estaba prendido, la cama era lo suficientemente alta y grande como para dos personas y el cuarto no contaba con una gran mobiliaria. Era una casa bastante sencilla, jamás se imaginaría que el propietario era un conde acaudalado.

Devonshire la dejó sobre el mullido colchón y un escalofrío recorrió su espina dorsal al ver cómo se despojaba de su ropa con la mirada fija en ella. Con las manos temblorosas hizo lo mismo, entregarse a él era mucho más aceptable que recibir un golpe, quizás dolería mucho, pero

en aquel momento lo menos que importaba era lo que ella quisiera o sintiera; su deber era proteger a Gavin.

Llevando puestos únicamente los pantalones, Devonshire se subió a la cama y con escuetos movimientos con sus rodillas la motivó a separar lentamente las piernas para después cernirse sobre ella. Con el corazón en la boca, Riley se abrazó los pechos y dejó que le abriera los botones de su vestido en lo que regaba castos besos por su cuello y hombro. Su respiración se tornó pesada cuando la ropa dejó de hacer presión en la parte superior de su cuerpo y temblorosa sintió como la amplia mano de su esposo se deslizaba por su espalda.

Se encogió, se sentía muy temerosa por lo que estaba a punto de suceder.

¿Sería bueno con ella?, ¿la golpearía?, ¿qué ocurriría con su hijo y ella después?

—No temas —musitó con suavidad, deslizando todas sus prendas hasta dejarla con el torso totalmente desnudo. Un gruñido brotó de su garganta y lo buscó con la mirada, se estremeció al ver como se relamía los labios—. No te haré daño. —Con escuetos movimientos rodeó su cintura y como si su peso fuera el de una pluma, la elevó sin esfuerzo alguno para quitarte todas las prendas que se interponían en su camino.

Desabrochó sus interiores perezosamente y la sangre le ardió en llamas al sentir un calor extraño en las venas. Lo único que ahora traía puesto eran sus medias de encaje y sus joyas —si es que esto último contaba como una prenda de vestir—. Intentó cubrir sus pechos al saberse tan expuesta, pero él se lo impidió sujetando sus muñecas y subiéndoselas por encima de su cabeza mientras la obligaba a recostarse sobre todos los almohadones.

La besó con una suavidad desconcertante, no era precisamente eso lo que estaba esperando. Los ojos se le llenaron de lágrimas ante la perspectiva de haber estado equivocada con su esposo y muy lentamente separó los labios, entregándole su voto de confianza. Su lengua se abrió paso con delicadeza, buscando más profundidad que placer desmedido, y con el pulso desbocado sintió como rompía el beso.

—Tenemos mucho de qué hablar —susurró, arrastrando sus palabras, y Riley se estremeció al ver como descendía por su cuerpo, primero besando sus pechos con ahínco y luego regando un camino de besos por su vientre bajo.

Con el cuerpo perlado y la mente descontrolada, Riley arqueó la espalda al sentir como besaba sus muslos internos y mordía la tierna piel con provocación. Intentó retener su llanto, pero fue algo imposible, sentía todas sus emociones a flor de piel y el saber que no pretendía lastimarla le generaba tanta paz y culpabilidad que no podía detener sus propios instintos.

—Pero antes, he decidido enseñarte a quien le debes respeto.

Jamie no podía dejar de caminar de un lugar a otro en su camarote, no tenía idea de cómo las cosas habían terminado de esa manera. El conde de Ross había planeado todo durante un mes y en sus planes jamás estuvo que en menos de cinco minutos Devonshire echara todo a perder.

Temía por la seguridad de Riley y el niño, lo peor de todo era que el duque de Blandes le había prohibido comunicarse con alguien y ahora estaba en altamar deseando que Ross descubriera que todo había salido mal a tiempo.

Según el duque: él le daría la noticia al conde de que su hermana y sobrino fueron llevados por Devonshire; sin embargo, Jamie temía respecto al tiempo que le tomaría a Blandes revelar ese hecho.

Tiempo en el que Devonshire podría llevarse muy lejos a Riley y su hijo.

Alborotó su cabellera, angustiado, barriendo su lujoso camarote con la mirada. Se suponía que esa noche Riley y Gavin estarían cómodos ahí, juntos después de un horrible año de separación para ella, y él había fallado; no pudo ayudar a su amiga.

Tres golpes continuos en la puerta de su camarote hicieron que frunciera el ceño y confundido fue abrirla, a poco estuvo de caer de bruces hacia atrás al ver que Josephine, la prima del duque de Blandes y una dama soltera, allí, ¡en el barco!, rumbo a América.

Como siempre, la intrépida y pequeña castaña se tomó la libertad de allanar su espacio e ingresó a su alcoba con paso aireado.

—¿Qué diantres haces aquí? —farfulló furibundo y ella le mostró su mejor sonrisa.

—No permitiré que me dejes.

Dios santo, ¿es que esa mujer estaba loca?! ¡Ellos jamás podrían estar juntos!

—Te seguí, hui de mi casa y con mis ahorros adquirí un pasaje con mi doncella para seguirte —reveló, repentinamente nerviosa—. Me enteré de lo que tenías pensado hacer y no pude evitarlo.

—Estás loca —susurró y rápidamente la tomó del brazo y tiró de ella para sacarla de su camarote—. No te me acerques, haz el viaje con tu doncella y luego regresa a Londres porque de mí no obtendrás nada.

—Pero... Quiero quedarme contigo, sólo llegué a conseguir dos espacios en tercera clase y sé que pretendías huir con lady Devonshire.

Sabía de antemano que la tercera clase no era el lugar más cómodo y acogedor para hacer un viaje, pero lo sentía mucho por ella.

—Nadie te mandó a subirte a un barco, Josephine. —La sacó de su alcoba, ignorando su perplejidad.

—Pero estoy embarazada, no puedes irte, así como así.

—No, no lo estás. —Cerró la puerta en su cara sin molestarse en descodificar su mensaje y después de cinco segundos, separó los ojos de par en par y abrió la puerta rápidamente.

Ella seguía allí, cruzada de brazos, esperando que tuviera la decencia de decir algo al respecto.

—Mierda.

Capítulo 22

Matt se sentía como la peor escoria en la faz de la tierra.

Tenía ganas de gritar y golpear todo lo que estaba en su camino. Estaba enfermo de los celos y la impotencia, ¿qué le hizo pensar que con regalos y lujos conseguiría el amor de su esposa? Ahora comprendía porque su madre estaba tan segura de que jamás podría ser correspondido por su esposa, por culpa de su egoísmo y violenta reacción, Riley había generado un miedo irracional que la obligó a regalar a su propio hijo y fingir su muerte porque temía por lo que él podría hacerle a su pequeño.

¿Y en un mes pretendió recuperar su amor?

Se apretó las sienes con cansancio, sintiendo como la bilis trepaba por su garganta. Dijo que nunca lo haría, pero terminó forzando a su esposa, la idea de perderla hizo que perdiera el buen juicio y lo único que quiso fue demostrarle que con él las cosas también podrían ser buenas, que con él ellos estarían más que protegidos; sin embargo... dudaba que después de esa noche Riley se sintiera segura a su lado.

No obstante, no era como si Matt pudiera permitir que se fuera, menos ahora que sabía la verdad. Tenía un hijo... Era padre y por su egoísmo y poca humanidad, Riley había decidido regalarlo con tal de que nunca le hiciera daño al pequeño Gavin, cuando lo cierto era que oír que era padre sólo hizo que sintiera una emoción profunda y quisiera conocer a su hijo.

En el pasado, Francesca ya le había arrebatado uno y ahora Riley quiso hacerle lo mismo por una causa más noble, más admirable que sólo hizo que se sintiera más enamorado de ella. Ni siquiera en la situación que estuvo, ella pensó en abortarlo.

¿Cómo fue capaz de odiar a una criatura tan perfecta?

Ni siquiera tenía el descaro de levantarle algo después de haber escuchado todo lo que ella le contó a Brown, su llanto y desesperación le había partido el alma e incluso sus amigos le sugirieron dejarla marchar; y aunque le dolió la poca confianza que tenían en él para cuidar de Riley y su hijo, Matt sólo pudo salir en busca de su hijo al muelle y esperar a Riley porque quería a su familia reunida, quería tener una oportunidad para reivindicarse y dejándolos marchar eso nunca sucedería.

La cortina del dosel de la cama los protegía de la luz del día, no debería seguir en cama, pero simplemente no podía dejar de observarla mientras dormía plácidamente entre sus brazos. Era tan pequeña y frágil que le dolía saber que le había causado tanto mal durante años. Ella nunca le hizo nada y él buscó vengarse de todos a través de Riley, cuando ella sólo fue una víctima más del acuerdo de sus padres.

Se frotó el rostro abatido al recordar que ella también estuvo enamorada de otro cuando se casaron. Saberse no correspondido era un sentimiento desgarrador, ahora comprendía porque a ella le costaba tanto aceptar su cariño y caricias, para Riley siempre fue Brown.

Empuñó sus manos.

La rabia que sentía no era nada ante el terror que le generaba la idea de perderla, no quería dejar a su esposa sola, ver como aceptaba la propuesta de Brown fue un golpe bajo, recordar

como lo llamó el día que estuvo al borde de la muerte le destrozaba el corazón.

¿Cuánto tiempo le tomaría enamorarla?, ¿qué magia debía utilizar para que ella pudiera olvidar al rubio y decidiera brindarle una oportunidad a él y al amor que tenía para ofrecerle?

Besó su frente con delicadeza, odiándose a sí mismo por no haber podido amarla como correspondía desde un principio; de haber sido así, todo sería diferente para ellos, puesto que incluso enamorada de Brown, su esposa sí había tenido la esperanza de que su matrimonio podría funcionar.

¿Lo odiaría ahora?

Él tuvo el cinismo de tomarla en contra de su voluntad, incluso ignoró su suave llanto —el cuál no sabía si fue de dolor, placer o impotencia—, porque por más que lo intentara, no pudo calmarla y tampoco quiso detenerse. Ella debía entender que era su esposa, que era suya y su deber era obedecerlo, por lo que en ese momento sólo pensó en marcarla y en poseerla. Sin embargo, no podía negar que lo mortificaba no haber podido lograr que se corriera. Algo en su interior le decía que había sido un buen amante, pero el no haber conseguido un buen resultado le generaba un profundo dolor en el pecho.

¿Habría sido otra noche traumática para ella?

Si su deseo era conquistarla, claramente no podía volver a hacer lo que hizo, sentía asco de sí mismo por haber disfrutado tanto al hacerle el amor aún en contra de su voluntad. Su piel, su boca y su sabor... Dios, era tan adictiva, tan hermosa y perfecta. Su forma de acogerlo, apretarlo y seducirlo.

¿Por qué nunca le pidió que se detuviera?

¿Lo habría hecho de haber sucedido?

«No, porque es mía».

¡Maldita sea!

Claro que no se habría detenido, en ese momento estaba cegado por la rabia e impotencia. ¡Su esposa intentó fugarse con otro hombre y llevarse a su hijo para darle una familia que no era suya! Se sentía ofuscado, él era el padre de Gavin, su hijo era un noble y no concebía que fuera reconocido por un simple doctor. Su orgullo no lo dejó pensar con claridad y cuando sus fuertes sentimientos por Riley y sus celos se hicieron uno: no hubo fuerza capaz de detenerlo. Simplemente la tomó, le hizo el amor y antes de que ella se durmiera, le juró que todo cambiaría.

¿Ella le creería?

No estaba seguro, pero antes de que la castaña despertara, Matt se incorporó con lentitud y se cubrió con su bata de dormir para dirigirse a la alcoba de su hijo. La noche anterior pudo percatarse que Riley no quería que lo viera, pero él se moría de ganas de conocer su rostro, por lo que nadie lo detendría.

La niñera, que respondía al nombre de Nuria, caminaba por la alcoba de un lugar a otro con su hijo en brazos, quien emitía ruidos extraños mientras la joven se mostraba algo cansada. Cuando la pelinegra se cercioró de su visita, rápidamente paró en seco y lo miró con temor, como si temiera que le hiciera algún tipo de daño al niño.

No le sorprendió ese hecho, él se mostró como un monstruo por años.

—Ve y prepárale su biberón, yo cuidaré de él ahora.

No era la primera vez que cargaba a un niño, ya había tomado en brazos a las hijas de Blandes; además, el cuerpo de su hijo ya no era tan frágil, tenía más de un año y si no fuera porque se encontraba dormitando, Gavin estaría bastante inquieto.

Nuria se lo entregó y algo en su pecho empezó a golpear bruscamente al sentir el cuerpo de su

hijo contra el suyo. Con un nudo en la garganta lo buscó con la mirada y sonrió con ternura al ver que era idéntico a su madre, incluso poseía los ojos saltones y verdes de Riley. Acarició su mejilla y el orgullo le infló el pecho al ver que su hijo abría los ojos de par en par y dejaba el sueño de lado para observarlo.

—Lleva todo a mi dormitorio —ordenó antes de abandonar la alcoba con Gavin en brazos.

Su hijo estiró su pequeño cuerpo, pidiendo que lo pusiera en una orientación vertical y con mucho cuidado así lo hizo, dejándolo curiosear todo lo que había por el lugar. Gracias a los santos, su hijo no sufrió de ninguna necesidad y estaba acostumbrado a los lujos, por lo que su desconcierto era únicamente por verse en un lugar totalmente nuevo para él.

En su alcoba, sentado en el sofá del dormitorio frente a la chimenea, Matt detalló los rasgos de su pequeño. Era castaño y tenía un cabello muy parecido al suyo, ondeado y abundante. La nariz respingona y los labios llenos eran una clara herencia de su familia materna al igual que la tonalidad de su piel. A la luz del fuego, se veía mucho más fascinante de lo que ya era.

Sujetó su manita, haciéndolo respingar, y sus miradas se encontraron.

Matt sonrió con amor, tratando de transmitirle lo mucho que lo amaba, pero para su hijo él todavía era un extraño, por lo que sólo ladeó la cabeza, confundido.

—Lo siento —susurró y besó su frente con ternura.

No se había dado cuenta hasta la noche anterior de lo mucho que deseaba tener un hijo.

Cuando Francesca le arrebató la posibilidad de ser padre, Matt se había cerrado completamente a la idea de concebir otro hijo, pero todo indicaba que la vida la había dado una segunda y tercera oportunidad para tener y recuperar a su pequeño antes de que fuera demasiado tarde.

Gavin emitió unos sonidos bastantes extraños, como si quisiera decirle algo, y cuando la niñera le dejó todo lo necesario para alimentarlo, Matt dedujo que su hijo sólo estaba pidiendo comida porque gustoso se aferró a su biberón mientras seguía observando todo con curiosidad desmedida.

Una nueva idea se cruzó por su cabeza y lo recostó junto a Riley, quien seguramente estaría muy ansiosa por reencontrarse con él, y Gavin observó a su madre por un largo lapso, detallando su rostro. Liberó su biberón y movió todo su cuerpo hacia la morena, como si supiera quien era ella.

Se sorprendió al ver como acariciaba su mejilla y observó la escena embelesado porque ese simple toque hizo que su esposa respingara y muy lentamente fuera separando los párpados. Ella debió creer que estaba en un sueño porque se limitó a sonreír dulcemente. No fue hasta que él volvió a tocarle la mejilla que Riley abrió los ojos de par en par y rápidamente se sentó sobre el mullido colchón, importándole muy poco su desnudez.

—Gavin... —susurró con emoción contenida en la voz y rápidamente lo tomó en brazos y lo abrazó con posesión desmedida, besando su sien con ternura.

Ella captó el biberón y reacomodando a su hijo volvió a alimentarlo. A Matt le cautivó la facilidad con la que él había aceptado a su madre, todo indicaba que su hijo sabía perfectamente quien merecía más su atención y amor. Sería un castigo merecido, él lo despreció incluso antes de saber que existía, amenazó a su madre para que no lo concibiera y como consecuencia no creció su primer año junto a ellos, sino junto a sus abuelos.

No era una decisión sencilla, pero ya le había autorizado a Blandes para que hablara con su contador y le quitara todo el apoyo económico a Dalila. Jamás pensó que su madre podría ser tan cruel e inhumana, ¿cómo pudo esconderle la existencia de su hijo y hacerle creer a Riley que

nunca lo querría?

Si él hubiera sabido del embarazo de Riley... Quizás no se habría alegrado en primera instancia, tal vez se habría enojado mucho, pero jamás le habría permitido vivir en las condiciones en las que su madre la tuvo.

Sin ser consciente de sus actos se sentó junto a ella, tomándola por sorpresa, y lamentó ver como repentinamente intentaba cubrir su desnudez y bajaba la mirada, apenada.

—Él... Se parece a mí —musitó con voz débil y Matt besó su hombro, deteniendo sus temblores.

—Y es perfecto.

Podía imaginar qué tema era el que le alarmaba. No estaba seguro cuando sería, pero debía confesarle que jamás le disgustó el color de su piel, si bien era muy poco común entre las damas inglesas, Matt nunca sintió repudió hacia su hermoso tono. Dijo lo que dijo con la única intención de herirla.

—¿Cómo se enteró?

—Te escuché, Riley. Escuché todo lo que le dijiste a Ross y luego te seguí al jardín. —Ella lo miró con la preocupación impresa en su semblante—. Hiciste bien en no fugarte con Brown un día antes de nuestra boda.

—¿No le habría dado gusto?

—No —admitió con seriedad—. Te habría buscado hasta por debajo de las piedras al imaginarte con otro.

Otra prueba de que fue un imbécil y nunca quiso aceptar el amor que sentía hacia ella.

—Sé que no tengo derecho, pero mi hijo...

—Nuestro hijo —corrigió con molestia, ¿es que no se daba cuenta que Gavin le importaba tanto como a ella?—. Y sí, no tienes derecho alguno de decidir sobre él.

Quería ser bueno, pero debía dejar claro un par de cosas para que Riley no pretendiera rebelarse otra vez; y una de ellas era que Gavin Gibbs, vizconde de Torrington, era suyo al igual que ella.

—¿Por qué le molesta? —Lo recriminó con rencor, sorprendiéndolo de sobremanera—. Usted me advirtió, me ordenó que no quedara encinta.

—Pero lo hiciste, Riley. —La miró a los ojos y ella retrocedió sobre el colchón con su hijo en brazos, seguramente imaginándose lo peor de él—. Tu deber era contarme todo.

—Le tenía miedo, ¿cómo se suponía que iba a ponerme delante de usted? Cuando me golpeó, mi rostro no fue lo único que terminó herido.

La piel se le erizó al recordar el golpe que Riley recibió contra la cómoda, fue un salvaje, en ese momento no midió su fuerza, nunca quiso generarle un gran daño físico. Estaba tan molesto que sólo quería hacerle entender que no la quería cerca, que lo que hizo estuvo mal y que nunca más se le ocurriera volver a hacer algo así.

—¿Crees que deseaba recibir otro golpe? —preguntó con la voz quebrada—. O peor aún, ¿una paliza con mi hijo en vientre?

Matt la miró ofuscado y no pudo contener su rabia.

—Yo no te habría golpeado. —Si no gritó, fue porque Gavin estaba plácidamente recostado en los brazos de su madre.

Riley, como si de pronto lo sintiera capaz de perder el buen juicio, dejó a su hijo en la cama y lo rodeó con los almohadones en caso de que el niño se moviera más de la cuenta.

—No le creo —confesó con la voz pendiendo en un hilo, generando un incómodo silencio en la

estancia, mientras cubría a su hijo con su cuerpo—. Tú madre lo hizo cuando se enteró, ¿por qué tú no lo habrías hecho si son iguales?

Todos sus músculos entraron en tensión al escuchar sus palabras. Se puso de pie, sintiendo como la sangre la hervía.

—¡Maldita sea! —vociferó fuera de sí, golpeando el poste de la cama, y lastimosamente provocó que su hijo empezara a llorar. Llamó a la niñera y le pidió que se lo llevara, la nueva información que había recibido no lo ayudaría a mantener la calma.

¡Su madre iba a arrepentirse de todo el daño que le causó a su esposa!

—Basta —ordenó al escuchar su llanto y se volvió hacia ella. Estaba harto de verla temblar en su presencia—. ¡No voy a golpearte, no voy a lastimarte, deja de temblar como si temieras que fuera a golpearte!

Confundida ladeó la cabeza con rapidez, enterrando el rostro en sus manos.

—¿Y qué pretende que espere? Escondí a mi hijo, nunca le hablé de él e intenté irme con otro hombre, yo...

—Por mi culpa —soltó de pronto, cortándole el monólogo.

Alzó el rostro, sorprendida.

—Me enerva, me duele y odio tu proceder; pero lo escuché todo, comprendo tu situación y tus decisiones y ahora mismo sólo quiero encontrar a mi madre y castigarla por todo lo que te hizo. Desde hoy está muerta para mí, jamás volverás a saber de Dalila y me encargaré que a mi hijo no le falte nada porque lo amo, porque cuando le dijiste a Brown que te embarazaste, pensé lo peor, lo vi muerto después del parto; pero luego... confesaste que estaba vivo y lo único que quise fue dar con él, encontrarlo y conocerlo.

Pudo ver como el alivio se apoderaba de ella, pero esa emoción se esfumó de su rostro cuando él se acercó y la sujetó del rostro con ambas manos. No quiso concentrarse en su desnudez, se había jurado no volver a tomarla a la fuerza, pero su cuerpo lo estaba traicionando de nuevo.

Riley se encogió ante la diferencia de tamaños y fuerza.

—Pero luego... Tú aceptaste irte con él y Brown.

La piel se le erizó al ver el enojo en su semblante.

—Te dije que te amaba, traté de ser un buen esposo y estuviste dispuesta a abandonarme.

—Quería estar con Gavin, en ese momento no pude pensar en nada más que eso. —Se justificó con un hilo de voz, sintiendo las yemas de los dedos de Devonshire acariciando su mentón.

—¿Qué harías tú, si estuvieras en mi lugar?

—¿Vas a golpearme?

Le obligó a levantar el rostro para conectar sus miradas.

—No, Riley, no voy a golpearte. Nunca más volveré a golpearte y espero te memorices estas palabras, por favor.

Riley debía admitir que le habría encantado tener esa conversación la noche anterior, al menos así no se habría entregado a él con el temor de que en cualquier momento la golpearía o castigaría por su falta de respeto. Se sintió tan tensa y confundida por todo lo que estaba ocurriendo, que le fue imposible relajarse y disfrutar al cien por ciento el momento. Por mucho que él se esforzó en estimularla, Riley sólo pudo pensar en el peligro que ella y su hijo podrían correr en cualquier momento.

Inhaló con pesadez al sentir como se inclinaba y acariciaba sus costados y sin poner resistencia lo abrazó por el cuello y separó las piernas al tiempo que él rodeaba sus muslos para atenzarlo con ellas por la cintura. Con ella en brazos Devonshire se sentó en la orilla de la cama, dejándola

a horcajadas sobre él, y Riley tragó con fuerza cuando lo vio abrirse el cinto de su bata para enseñarle su desnudez.

Lo buscó con la mirada, encontrándose con la lujuria en sus ojos oscuros, y él la besó con rudeza, robándole un gemido lastimero mientras la instaba a levantar las caderas y acomodarse sobre su glande.

La penetración no llegó de inmediato, en lugar de eso su esposo sujetó la base de su falo y lo deslizó por sus labios en un suave vaivén que la hizo sentirse en las nubes. ¿Lo harían otra vez?, ¿era posible conseguirlo en esa posición?, ¿él de verdad volvería a tomarla cuando la noche anterior no hizo más que llorar?

—Ah... —gimió contra su boca, sintiendo como se hundía en su interior, y lo abrazó con fuerza por el cuello mientras la invasión se llevaba a cabo, robándole suspiros lastimeros.

—Tan suave... Tan estrecha y tan... Mía.

Apoyó la mejilla en su hombro, ¿de verdad la consideraba suya?, ¿de verdad él sentía algo especial por ella?, ¿podría ser eso posible?

Se aferró a él sintiendo sus suaves embistes y la sorpresa la golpeó con fuerza al sentir aquella quemadura en su espalda de la que Laurine le había hablado. Lo acarició, dispuesta a explorar esa parte de su cuerpo, y pronto lanzó un grito ahogado cuando él comenzó a arremeter en ella con fuerza desmedida, como si quisiera arrebatarse la cordura.

Él aferró sus glúteos, marcándole un ritmo maravilloso, y olvidando su quemadura Riley se concentró en las sensaciones que su cuerpo estaba atravesando, iniciando con ese rápido vaivén por voluntad propia sin necesidad de que sus amplias manos se lo marcaran.

—¡Ah! —Arqueó la espalda, sintiendo como su cuerpo encontraba una liberación explosiva, y lo buscó con la mirada, viendo como él gruñía con esfuerzo y tiraba la cabeza hacia atrás, dejando su semilla en ella.

Una lágrima se deslizó por su mejilla, pensando en lo diferente que pudo haber sido todo si él la hubiera despertado así hace dos años, y no supo cómo reaccionar cuando él la observó y suavemente la hizo a un lado para incorporarse y arreglarse la bata.

—Arréglate, ternura, aún nos falta días de viaje —espetó sin mirarla y antes de que ella pudiera decirle algo, el conde salió de la alcoba, dejándola totalmente sola y aturdida.

¿Es que había hecho algo mal?

Él... Ni siquiera intentó besarla como lo hizo la noche anterior.

Capítulo 23

Con un tenso silencio instalado en la estancia, todos los presentes intercambiaron miradas y temieron lo peor; la noticia que habían recibido no era en lo absoluto buena ni reconfortante.

—Repítelo —farfulló Ross, acercándose peligrosamente hacia uno de los lacayos que envió para que cuidara de su sobrino y la niñera en el muelle.

El hombre, receptor de la ira del conde, bajó la mirada angustiado y buscó ayuda en sus otros tres compañeros de trabajo que no estaban en mejores condiciones que él.

—El conde de Devonshire llegó junto a su excelencia el duque Blandes, lord Grafton, lord Portman y sus lacayos. El conde nos dijo que: si no lo obedecíamos, nos denunciaría por intentar robar a su heredero. No tuvimos más remedio que subir al carruaje al que nos ordenaron y nos tuvieron encerrados hasta hace quince minutos, milord.

—¡Y una mierda!

Ross quiso abalanzarse contra el hombre, pero Windsor y Beaufort se lo impidieron porque claramente el lacayo no tenía la culpa de nada. Devonshire los había descubierto y no había nada que un simple criado pudiera hacer contra un conde.

—Eso es todo, pueden retirarse. —Sutherland se mantuvo sereno, tratando de analizar la situación de principio a fin—. Un momento —pidió antes de que se marcharan—, ¿quién los liberó?, ¿dónde los tuvieron encerrados durante las últimas horas?

—Estábamos en la casa del duque de Blandes, milord. El duque nos pidió que le informáramos al conde de Ross que su hermana está en buenas manos, que lord Devonshire no pretende lastimar ni a la dama ni a su hijo; pero que necesita tiempo para poder conquistar a su esposa y con lord Ross de por medio eso sería imposible.

—¡Él no tenía por qué meterse! Su amigo fue una escoria, ¡no merece a mi hermana! —vociferó Ross, fuera de sí, temiendo lo peor.

Riley y Gavin estaban en peligro, Devonshire nunca sería de confianza. Ese malnacido se las pagaría, esta vez se encargaría de matarlo y enviarlo al mismísimo infierno con sus propias manos.

Lo que le hizo a su hermana no tenía perdón.

—Cálmate, Ross, los encontraremos.

El duque de Windsor intentó mantenerlo en calma, sin sentirse tan sereno como aparentaba, y Sutherland despachó a los lacayos para que pudieran hablar a solas en la oficina de su amigo. Ross iba a volverse loco si no daban con el paradero de su pequeña hermana lo antes posible.

—¡Él va a lastimarla!

—Pero es su esposo —puntualizó Beaufort, consciente de la ventaja que Devonshire tenía sobre ellos—. Debimos ser más cuidadosos y encargarnos de él durante la fiesta, nunca creí que él reaccionaría de esta manera.

—Nos llevan casi un día de ventaja y no sabemos hacia donde partieron —acotó Sutherland con cautela.

—¡Voy a matar a Blandes! Lo torturaré hasta que me diga la verdad.

—Blandes está en una situación complicada, esta mañana la doncella de Lisa se enteró que lady Edevane huyó de su casa.

—¿Cómo? —musitó Ross con sorpresa, mirando a su amigo.

Windsor asintió.

—Desde ayer en la noche que no se sabe nada de ella.

—Ella no está en Londres.

Lo más probable era que la dama estuviera muy lejos, atosigando a Brown en un barco que se dirigía hacia América. Sabía que ellos sentían algo el uno por el otro e incluso así le pidió a Brown que eligiera a su hermana, puesto que sabía de primera mano que Blandes no veía en Brown a un buen partido matrimonial. Sin embargo, todo indicaba que lady Edevane tenía carácter y no era un tema sencillo con el cual lidiar.

Era algo bueno saber que Devonshire no hirió gravemente a Brown por su culpa, fue él quien metió al rubio en todo aprovechando el cariño que sentía hacia su hermana.

—Iré a ver a Blandes.

—No puedes atacarlo —decretó Beaufort, interponiéndose en su camino—, con Blandes o sin Blandes: Devonshire tiene todo el derecho de llevarse a su esposa e hijo. No culpes a los demás por sus actos; fueron ustedes quienes dejaron que esa boda se efectuara.

Las palabras de Beaufort fueron duras, pero ciertas después de todo.

—Él debe saber dónde se encuentran, no puedo quedarme de brazos cruzados, Devonshire no es un buen hombre y ustedes lo saben.

Sus amigos no le quitaron la razón e intercambiaron una rápida mirada. Ross dio por terminada la conversación y pronto se encontró de camino a la casa de los duques de Blandes. Tal y como lo supuso, el duque le dijo que él tampoco sabía dónde se encontraban los condes de Devonshire.

—No debes temer, Ross, Devonshire ama a tu hermana y no le hará daño.

—Su amor llegó tarde, él ya no tiene perdón —escupió con rencor, odiándolo por formar parte del secuestro de su hermana.

Él lo había ayudado cuando estuvo a punto de quitarse la vida y así se lo pagaba: entregando a su hermana al mismísimo demonio.

—Es tu hermana quien debe decidir eso —convino con pasividad y un músculo debajo de su ojo palpitó—. Devonshire volverá tarde o temprano, sólo necesita un poco de tiempo para asimilar la existencia de su hijo y que su mujer estuvo a punto de dejarlo por otro hombre.

Trató de mantener la calma, sólo era cuestión de tiempo para que a Blandes le llegara el paradero de Devonshire; no obstante, algo le decía que él no se lo diría, por lo que tendría que hallar la manera de descubrirlo por sí mismo.

Unas voces femeninas captaron su atención y entrecerró los ojos en dos pequeñas rendijas al ver a lady Gibbs salir de uno de los salones junto a la duquesa de Blandes —su antiguo amor no correspondido—. La bastarda no se fue con su hermano, ¡estaba bajo el cobijo de los duques!

Quiso avanzar hacia ella para escucharle unas cuantas verdades sobre el desgraciado de su hermano, pero Blandes se interpuso en su camino y le advirtió con la mirada.

—Ni lo pienses, ella no sabe nada —farfulló y él lo miró con rencor, deseando acusarlo por traicionar su confianza.

La familia Gibbs no merecía su compasión y esa dama no la tendría, dado que Ross estaba seguro que era la única que podría llevarlo hacia su hermana y sobrino.

—Sabes que tarde o temprano daré con ellos.

—Espero que sea tarde —susurró el duque, desconfiado.

—Y lo mataré, Blandes, ten por seguro que mataré al conde de Devonshire y liberaré a mi hermana y sobrino de las ataduras que tienen con ese monstruo —prometió en voz baja, sólo para que él escuchara, y antes de retirarse intercambió una rápida mirada con la hermana menor del conde, quien hacía bien en sentirse amenazada por su presencia.

No le importaba el tiempo ni el medio, él le sacaría el paradero de su hermano a como dé lugar. Devonshire adoraba a su hermana, en algún momento intentaría comunicarse con ella para explicarle su repentino abandono y Ross aprovecharía ese lazo para encontrarlo y acabar con su mísera existencia.

A lo lejos visualizó a un conjunto de jinetes guiados por uno más grande y musculoso que los demás y Matt sintió como el alivio se alojaba en su pecho al ver que su amigo, Kornmack McDoughall, sí acudió a su llamado para brindarle el escondite perfecto que él necesitaba en aquel momento.

Llevaban cuatro días de viaje y como no quiso presionar ni a su hijo ni a Riley prefirió enviar a dos de sus hombres con una misiva para el futuro duque de Argyll. Estaban en tierras escocesas y Matt no poseía tierras que el conde de Ross pudiera detectar por esos lares, por lo que el único que podría ayudarlo sería su viejo amigo.

Si bien poseía muchas propiedades por todo Londres, no pensaba subestimar a su cuñado, quien tenía a todo un ejército de hombres trabajando para él. Lo menos que necesitaba era que el conde los encontrara en un momento como ese.

No había vuelto a tocar a Riley durante todo el viaje, se sentía un cerdo por haberla forzado en dos ocasiones, por lo que no estaba dispuesto a cometer el mismo error una tercera vez. Prefería mantener distancia, puesto que en las noches ella solía hacerse un ovillo, como si estuviera a la espera de que él atacase primero.

Por supuesto, ya no lo haría.

Una vez que estuviera instalado en la casa que su amigo le prestaría, Matt se encargaría de pedir habitaciones separadas, no pensaba obligarla a dormir con él todas las noches; si estuvo siendo así durante estos días, fue porque hacían paradas en posadas y prefería tenerla bien protegida antes que sola en cualquier otra alcoba.

También debía escribirle a Blandes y a Laurine para informarles donde se encontraba, ellos merecían conocer su paradero. En cuestión de meses regresaría a Londres para enfrentar a su familia política, quienes merecían que se arrastrara para conseguir su perdón.

—Devonshire, llevo años sin saber de ti —expresó el alto y musculoso escocés, incluso más que él, y Matt sonrió abiertamente para chocar sus palmas con informalidad y abrazarlo por los hombros.

Él se consideraba un hombre alto y fuerte, pero al lado de McDoughall era como un insecto. El escocés era todo un guerrero fiero y salvaje que odiaba las etiquetas sociales. Era fácil conversar con él, aunque no se podía negar que no era muy devoto de los ingleses.

—Gracias por recibir mi carta y aceptar ayudarme, McDoughall, estoy en serios problemas y eres al único que puede ayudarme.

—Hoy por ti, mañana por mí. —Se regocijó y lo miró con curiosidad—. ¿Estás con tu esposa o amante? —preguntó bajando la voz una octava, provocando que sus músculos se tensaran—. Por tu carta deduje que estás metido en problemas de faldas. Hay rumores, amigo, y llegaron hasta aquí. Sé que no quieres a tu esposa, no me...

—Estoy con ella —respondió con rapidez, temiendo que Riley pudiera escuchar a su amigo desde el carruaje—. Cometí muchos errores con ella y ahora me la quieren arrebatarse, comprenderás que no puedo permitirlo, ¿verdad?

El pelirrojo de ojos color manantial asintió y miró el carruaje con curiosidad.

—Preséntame a la inglesa. No puedo negar que me parecen seres hermosos y delicados, pero jamás consideraría a una como buena esposa; les queda todo un camino por recorrer para ser tan apasionadas como las escocesas.

—Estás hablando de mi mujer, idiota —farfulló, olvidándose de las formalidades, y el escocés se rio con brío—. Espérame aquí, por nada del mundo voy a asustarla —advirtió y su amigo asintió—. Y McDoughall...

—¿Sí?

—Tengo un hijo, se llama Gavin Gibbs, vizconde de Torrington.

—Esos rumores no me llegaron —admitió sorprendido.

—Es una larga historia.

Le pidió a Riley que lo acompañara para que pudiera conocer al hombre que los ayudaría por una larga temporada y tal y como lo imaginó, ella terminó horrorizada por el fuerte porte del pelirrojo.

—Cariño, te presento a Kornmack McDoughall, es un buen amigo mío y nos brindará uno de sus hogares para nuestra estadía en Escocia. McDoughall, te presento a lady Riley Gibbs, condesa de Devonshire.

—Milady —pronunció su amigo en un perfecto inglés—. Es un honor poder conocerla, quiero que sepa que estoy a sus servicios.

—El honor es mío, lord McDoughall.

Después de que se hicieran las presentaciones, su carruaje siguió a Kornmack y a sus hombres y a los diez minutos llegaron a una casa de piedra que se elevaba en tres pisos y se veía bastante sofisticada y elegante. Ingresaron por los altos portones y Matt admiró el hermoso y espacioso jardín, imaginándose que a Riley le gustaría mucho vivir allí.

Le había pedido a su amigo que se la alquilara por tres meses, McDoughall vivía a unos cuantos minutos de esa propiedad, puesto que la relación con su padre nunca fue buena y su amigo prefirió labrar su fortuna y hacerse de sus propiedades él mismo para no depender del nefasto duque. Según tenía entendido, el título que su amigo heredaría estaba sumido en la ruina porque el duque era un despilfarrador, por lo que el pelirrojo trabajaba arduamente para que el día que tuviera que hacerse cargo de esas tierras, tuviera una base para rescatar su patrimonio. Aunque lo único que le interesaba a McDoughall, era hacerse de la tutela de su madre y pequeña hermana, quienes no eran muy bien tratadas por el actual duque y el que su amigo estuviera cerca no solía ser de mucha ayuda para ellas.

Después de que el escocés se diera la molestia de enseñarles su casa y presentarles al personal, Matt se retiró con él al despacho para poder tener una última conversación antes de que se marchara. McDoughall no solía radicar mucho tiempo en Escocia, era un alma que iba y venía, pocas veces era fácil dar con su paradero y sopesaba que tarde o temprano lo perdería de vista.

—Es una niña —comentó el pelirrojo, bebiendo un gran vaso de cerveza, y él sonrió de lado.

—Tiene veintiún años; no es una niña.

—¿De verdad? —Abrió los ojos, sorprendido—. No lo parece, es muy menuda y pequeña. Me daría miedo tener una esposa de esa compleción física —comentó distraído, reforzando la idea de que las inglesas nunca serían su tipo de mujer ideal—. Creo que partiré a Londres por una corta

temporada dentro de poco, aparte de no mencionar a nadie sobre tu estadía en una de mis casas, no necesitarás nada, ¿verdad?

—Ya hiciste mucho por mí, jamás tendré como agradecerte.

—Trátala bien y será suficiente. Las mujeres se hicieron para ser amadas, no maltratadas.

Si él supiera todo lo que vivió su esposa, seguramente lo molería a golpes. Su amigo odiaba los abusos en contra de las féminas, por lo que el tener una hermana de quince años bajo la tutela de su padre no lo tenía tan tranquilo. No conocía la historia, pero sabía que un accidente había dejado a lady McDoughall con un problema en la cabeza, muchos creían que era loca, pero él no tenía el valor de preguntarle nada al respecto a su amigo.

Ese no era asunto tuyo.

—Gracias por todo, McDoughall, ten un buen viaje y disfruta de tus aventuras, en el momento menos pensado tomarás posesión del ducado de tu padre y tu gente te necesitará aquí.

El pelirrojo asintió y sonrió abiertamente.

—Cuida a tu familia, te puedo brindar a mi gente para que te protejan, pero a tu esposa e hijo los debes cuidar tú.

—Qué no te quede la menor duda de eso; son lo más valioso que tengo.

Capítulo 24

Llevaban una semana en Escocia y Matt no podía dejar de pensar en la mejor manera para cortejar a su esposa, no quería que ella se sintiera forzada pero tampoco sabía cómo proceder sin imponerle su compañía. Todo era una contradicción y lo peor de todo era que no recordaba cómo enamorar a una mujer.

Posiblemente nunca lo había hecho.

El sonido de un trueno, seguido por el llanto de su hijo hizo que Matt abandonara su escritorio y se dirigiera al piso superior. Desde hace tres días que la tormenta no cesaba y su hijo no las sobrellevaba de buena manera. Pronto serían las tres de la mañana, como de costumbre no podía dormir y le parecía una idea grandiosa estar con Gavin mientras estuviera despierto.

Su hijo empezaba a adaptarse a su compañía y a la de Riley, les sonreía, hablaba e incluso podía estar con ellos la mayor parte del tiempo, por lo que se sentía satisfecho de que al menos una cosa estuviera yendo bien en su vida.

Ingresó al cuarto de su hijo y parpadeó varias veces al ver a Riley en el dormitorio, se veía agotada pero no estaba en el menester de dejar a Gavin en aquel momento.

—¿Puedo ayudar? —Se alarmó al ver que su esposa tenía los ojos llorosos.

—Tiene mucho miedo, los truenos no lo dejan dormir —respondió aceleradamente y Matt se acercó a ella para acariciar su coronilla.

—Prepara un poco de leche —le ordenó a la criada y ella asintió—. Lleva todo al cuarto de la condesa. —Sujetó a su hijo, quien lloraba y temblaba asustado, y le encantó sentir sus manitos aferradas en su chaleco—. ¿Por qué no duermes con él hoy? —sugirió, mirando a su esposa.

Ella asintió sin dudarle y ambos se dirigieron a su dormitorio.

A Gavin pareció agradecerle la compañía de sus padres, porque ignorando la tormenta empezó a relajarse en sus brazos y a sollozar silenciosamente.

—Se está calmando —musitó Riley, recuperando el color en su semblante.

—Si tú también te asustas, no podrás brindarle la seguridad que necesita.

Ella bajó la mirada, azorada.

—Nunca me gustaron las tormentas, supongo que por eso le asustan —soltó rápidamente, posicionándose junto a él para observar a su hijo—. Está dormitando.

—¿Por qué no te gustan? —sondeó y Nuria llegó con el biberón de su hijo.

La despacharon, asegurándole que ellos la llamarían cuando la necesitaran, y Matt se sentó en la cama y apoyó la espalda en el cabezal mientras tenía a su hijo en brazos y se encargaba de que bebiera su leche.

—Siempre estuve sola en Hampshire. —Se sentó junto a él, apoyando la espalda de la misma manera—. No era fácil superar los días lluviosos yo sola.

La miró de reojo, se veía muy nerviosa.

—Veo que ahora ya no te afectan.

Sonrió con tristeza.

—No es como si pudiera quejarme. —Se encogió de hombros—. La naturaleza hace lo que

quiere, no podemos evitarlo y por mucho que odie las tormentas, sé que a veces son necesarias.

—¿Eso quiere decir que te dan miedo?

Ella iba a responderle, pero un trueno la hizo respingar, igual que a su hijo, y él sintió una ternura extrema al ver su estado de vulnerabilidad. Gavin no lloró ni se quejó por el estruendoso ruido, se veía muy cómodo acurrucado en sus brazos.

—Un poco —susurró con las mejillas coloradas y Matt se aventuró a estirar un brazo en su dirección y rodearla por la cintura—. ¿Qué hace? —titubeó y tiró suavemente de ella para que se pegara a él.

—Si Gavin puede dormir plácidamente en mis brazos, tú también puedes conseguirlo.

No recibió una respuesta inmediata, pero algo en su pecho se reconfortó al sentir como recostaba la mejilla en su pecho y observaba a su hijo.

—Gracias.

—¿Por qué?

—No soy la compañía más agradable y entretenida que uno puede traer a Escocia, ni siquiera soy una esposa extraordinaria, pero incluso así sigue siendo amable conmigo.

—¿Qué te hace pensar eso? —inquirió con el ceño fruncido.

No había otro lugar donde Matt quisiera estar, lo único que deseaba era permanecer junto a Riley y su hijo.

—Me ha estado evitando por días, milord.

No, lo único que hizo fue protegerla de su peligrosa cercanía, puesto que cada vez que la tenía cerca lo único que quería hacerle era subirle la falda y poseerla sin control alguno, enseñándole lo oscura y tentadora que podría ser la lujuria.

—He estado ocupado —respondió con voz fría, ¿qué más podía decirle? No quería asustarla con la verdad—. Sabes por qué estamos aquí, ¿verdad?

—¿Por qué huimos de mi hermano?

Él carcajeó roncamente.

—Suena horrible, pero ciertamente estoy huyendo de Ross —admitió con diversión, consiguiendo su atención—. No quiero que me quite a mi familia, Riley.

—¿De verdad somos tan importantes para usted?

—Cómo no tienes idea —reconoció y le importó muy poco si ella llegó a creerle o no—. Necesito un tiempo, pero un tiempo para demostrarte que quiero lo mejor para ti y Gavin, para que cuando regresemos a Londres, tus padres comprendan que no soy el mismo hombre de hace tres años y he cambiado. Sé que nunca van a perdonarme, pero me basta con saber que tú y Gavin pueden hacerlo.

—¿Qué haremos con Gavin en Londres? —desvió el tema, claramente con el entusiasmo por los suelos.

—Hablaré con el rey —espetó abiertamente—. Le diré que estuviste en el campo durante tus meses de gestación y no presentamos a Gavin en sociedad porque ninguno de los dos tenía una salud estable. —Odiaba tener que usar ese tipo de excusas, pero ambos sabían que era lo mejor para su hijo—. Le diré que aplazamos todo hasta estar seguros de que Gavin podría curarse.

—Creo que es lo mejor —susurró con voz cansada y supuso que estaba a punto de caer dormida—. Deberíamos acomodarnos —sugirió, deslizando el cuerpo hacia abajo para recostarse en el colchón y muy suavemente posicionó a su hijo junto a la morena y lo rodeó de almohadones en caso de que pretendiera moverse más de la cuenta.

—Descansen.

Riley abrió los ojos, mirándolo con fijeza.

—Quédate con nosotros —pidió con suavidad y se sintió incómodo.

—Velaré por sus sueños.

—No, recuéstate.

Sonrió al ver todo el espacio que su hijo estaba ocupando.

—No creo que entre, me sentaré en...

—Aquí hay espacio —palmeo el lugar vacío que estaba junto a ella y no muy seguro rodeó la cama y se quitó el chaleco y las botas para recostarse.

No era como si tuviera la decencia de rechazar semejante oferta, después de todo seguía siendo un libertino, uno que ahora estaba muy enamorado. Riley no tardó nada en caer dormida y Matt aprovechó ese momento para aferrarse a su pequeño cuerpo y abrazarla como realmente quería hacerlo.

No había noche que no quisiera besarla, tocarla y enterrarse en ella. Deseaba amarla, ser correspondido y hacerle el amor con ella dispuesta. Que ambos pudieran compartir momentos así de íntimos con su hijo, conocerlo y conocerse como pareja, pero comprendía que todo era un proceso.

Besó su hombro, sintiendo en sus labios el inicio de su cicatriz. Nunca le pareció horrible, nunca fue de su desagrado, todo lo que le dijo en el pasado lo hizo para herir su autoestima, algo de lo que se arrepentía con cada fibra de su ser porque él mejor que nadie sabía lo mucho que su esposa había sufrido en aquel accidente, un acontecimiento que él jamás podría olvidar porque la desesperación lo había consumido y llevado al borde de la locura al ver como la luz de la pequeña se apagaba por el dolor. Todavía no tenía la menor idea de cómo hizo para sacar a Riley del fuego, pero sabía que ambos terminaron marcados de por vida en aquel accidente.

Porque sí, la quemadura que tenía en su espalda se la hizo el día que entró a las caballerizas para rescatar a su prometida.

Nunca quiso que Riley conociera la verdad, no permitió que sus padres o los suyos le dijeran que fue él quien la rescató aquella tarde. En ese momento lo menos que ella necesitaba saber era que su prometido sabía cómo había quedado su espalda, por lo que Matt simplemente se marchó una vez curado y le dio su palabra al marqués de Winchester de que mantendría distancia con la morena.

Aunque, por supuesto, nunca la cumplió.

¿Riley nunca se habría preguntado porque su cuerpo no terminó con una quemadura?

Era una duda que Matt siempre se cuestionaba; es decir, ella quedó atrapada en un incendio en las caballerizas, ella debería pensar en ello debes en cuando, ¿verdad?

«O tal vez quiere borrar esos recuerdos de su mente».

Matt sólo sabía que pronto se iría de viaje y difícilmente podría volver a Londres para observar a su futura esposa de vez en cuando. No era que tuviera un interés sentimental hacia la niña; ella era una criatura, ni siquiera había llegado a los diez años, pero tenía que admitir que le gustaba ver su proceso de crecimiento.

Lady Lisa y ella se parecían en demasía, y tenía que admitir que la mujer no le parecía en lo absoluto atractiva, por lo que esperaba que su futura esposa creciera de manera distinta. Hasta ahora lady Riley había demostrado ser de contextura delgada, pero era una niña y los años podían hacer lo suyo en su ausencia, cosa que realmente no quería. Con la mirada perdida se encaminó hacia la casa de los marqueses, su caballo había quedado atado a una distancia

razonable bajo el cuidado de sus escoltas, nunca se quedaba en Hampshire bajo el conocimiento de los criados, ellos ni siquiera se enteraban de sus visitas.

No quería incomodar a la niña, según su padre ella estaba siendo criada para servirle, por lo que conocía su nombre y todo lo que debía de él. Verlo en persona sólo podría aturdirlo y al ser una niña era lo que menos quería.

El olor a quemado llegó a sus fosas nasales y rápidamente buscó con la mirada. No encontró nada, por lo que alzó la mirada encontrándose con una nube de humo emergiendo desde...

¡Maldición!

Salió disparado hacia la casa de los marqueses y jadeante se percató que eran las caballerizas las que se prendían en llamas. No se relajó, sabía que lady Riley iba de un lugar a otro al no tener nada más que hacer, por lo que sin perder el tiempo y viendo a lo lejos como los criados corrían para ver cómo podrían apagar el fuego, Matt empujó la puerta cerrada impulsando su cuerpo contra ella y esta se abrió expulsando más humo del que hubiera querido ver.

Un llanto provocó que las piernas le temblaran y cubriendo su nariz se adentró al espacio, descubriendo bajo un pilar el cuerpo que menos habría querido ver allí. Riley lloraba, pero estaba seguro que ni siquiera podía verlo. Estaba delirando y la sangre que la rodeaba sólo hizo que Matt se abalanzara sobre ella y tirara el pilar lejos del pequeño cuerpo.

Por primera vez, la tristeza lo llenó con fuerza al ver la marca carmesí en la espalda femenina. Si bien sabía que quedaría una larga cicatriz, en ese momento sólo le interesaba que ella viviera.

La estancia empezó a desmoronarse y los gritos al exterior le advirtieron que tenía que salir de allí. Estaba perdiendo tiempo valioso.

Cuidadosamente volvió el pequeño cuerpo de la criatura y ella terminó desmayándose, cosa que lo alteró porque no quería que nadie muriera en sus brazos. Se dispuso a ponerse de pie, pero el ruido de la madera romperse hizo que alzara la vista, encontrándose con un pilar que iba directamente hacia Riley. Sin embargo, este pilar no venía a cortar, sino a quemar porque las llamas lo rodeaban.

Puso su cuerpo y el golpe lo estremeció, las llamas lo consumieron en un agonizante dolor en la espalda. Su piel ardía, pero con la vista fija en la niña que tenía que salvar consiguió ignorar todo y salir de las caballerizas antes de que todo se viniera abajo.

Los criados trabajaron con prisa, fueron por el doctor, enviaron notas a los padres de la niña y antes de que Matt se desvaneciera, pudo ver a lady Lisa llorando con desconuelo asegurando que todo era su culpa.

Él la odió, y se hubiera vengado de no haber sido que su mente terminó nublada de un momento a otro, dejando que la oscuridad acabara con el agonizante dolor que se extendía en su espalda.

Los marqueses le guardaron el secreto de su visita al igual que el de su hazaña y él se marchó, dolido de no haber podido hacer más por su mujercita. Ella había terminado marcada y seguramente muy lastimada por ese descubrimiento.

Esa era una de las razones que hizo que los marqueses creyeran ciegamente en él; ambos, junto a Ross, pensaron que mejor esposo que él para Riley no existiría, puesto que en su momento él dejó claro que nada, ni siquiera una horrible marca, lo alejaría de esa mujer. Sin embargo... Con el tiempo conoció a Francesca y cometió el error de olvidar sus sentimientos hacia la morena y

enterrarlos en lo más profundo de su ser para dejarse llevar por la belleza física de la francesa, cuando lo cierto era que cuando se enteró que enviudó, no sintió deseo alguno de ir a buscarla; es más, ni siquiera le respondió la carta que ella le envió para informarle sobre su situación.

Sin comprender exactamente como sucedió, terminó dormido de una manera que nunca antes había ocurrido. Desde el accidente de Riley en las caballerizas, Matt no pudo volver a dormir tranquilo, por lo que el hecho de terminar rendido en sus brazos y no abrir los ojos hasta el día siguiente hizo que se cuestionara qué tan importante era Riley para él en su vida.

«¿Por qué no quiere tocarme?».

Claramente había decepcionado a su esposo en su rendimiento en el lecho. Llevaban más de dos semanas en Escocia y Devonshire sólo se acercaba a ella cuando Gavin estaba entre ellos, ya sea para tomar el té con ella, acompañarla en un paseo o conversar unos minutos.

Hace más de un mes, él le había dicho que la deseaba, pero todo indicaba que lo había decepcionado porque después de la noche que hicieron el amor en su casa en las afueras de la ciudad, él no volvió a insinuarle nada; es más, marcó una gran distancia entre ellos.

¿Tan malo fue para él tomarla?

¿Tan desagradable era ella como para no querer hacerlo de nuevo?

Se frotó las sienes con abatimiento y dio un respingo al oír su voz junto a ella.

—¿Te duele algo?

—No —respondió rápidamente y sonrió al ver que tenía a su hijo en brazos—. Sólo pensaba.

—¿Qué?

«¿El por qué nunca puedo ser suficiente para ti?».

—Nada importante.

Quizás lo mejor era dejar las cosas claras con su esposo, pero... No tenía el valor para recibir un rechazo; antes no le habría afectado, pero ahora... No quería que se alejara de ella ni de su hijo, tanto Gavin como ella eran felices con la compañía del conde.

—Tengo que mostrarte algo —espetó su esposo con una sonrisa risueña y perdida en la imagen asintió.

El castaño se alejó unos cinco pasos de ella y le dijo algo en el oído a su hijo, Gavin carcajeó alegremente. Enderezó la espalda al ver que dejaba a Gavin sobre el césped y se preocupó un poco al ver como su hijo se tambaleaba para ganar la estabilidad sobre sus piecitos.

—¿Qué hace? —preguntó alarmada y se arrodilló en el piso rápidamente.

Devonshire levantó la mano, pidiéndole que no se asustara, y Riley se mordió el labio inferior, acallando su angustia al ver como su hijo empezaba a dar sus primeros pasos sin ayuda de nadie. Sabía qué si se mostraba nerviosa, Gavin podría asustarse, por lo que no le quedó más remedio que ver los cortos pasos que él daba con sorpresa, mientras su esposo lo seguía a su espalda.

Se cubrió la boca con una mano con emoción contenida, ¡su hijo estaba caminando!

¿Esa era la razón por la cual su esposo estuvo pasando más tiempo a solas con su hijo esos días?, ¿él se tomó la molestia de enseñarle a caminar por sí solo?

Gavin dio un paso hacia adelante y la sangre se le congeló al ver como perdía la estabilidad de su cuerpo.

—¡Cuidado, Matt! —gritó angustiada y la respiración se le regularizó al ver como su esposo sujetaba con facilidad a su hijo y lo felicitaba por su logro, robándole una hermosa carcajada. Corrió hacia ellos con emoción contenida y tomó a su hijo en brazos besando ruidosamente su

mejilla—. Eres un niño muy listo —reconoció con orgullo y rozó sus naricitas con ternura.

—Te asustaste —comentó su esposo con una sonrisa en el rostro y asintió, apenada.

—Lo siento, creí que...

—Y me llamaste por mi nombre.

—¿Qué? —Abrió los ojos de hito a hito y él le enseñó una encantadora sonrisa—. No, no lo hice.

Eso era imposible, ella jamás rompería la etiqueta, su deber era llamarlo por su título y...

—Lo hiciste —insistió y, tomándola por sorpresa, la abrazó por la cintura— y me gustaría que siguieras haciéndolo de ahora en adelante.

El calor trepó por sus mejillas y conectó sus miradas.

—Voy a intentarlo —susurró y él la motivó a continuar con un movimiento de cabeza—, Matt.

—Confiaré en ti.

La besó rápidamente, uniendo sus labios por una milésima de segundo, y aturdida vio como tomaba a su hijo en brazos y entrelazaba sus manos para que regresaran a la casa principal.

¿Él... acaba de besarla?

Capítulo 25

Riley se sentía demasiado ansiosa para su propio bien y eso no era nada bueno porque así no podría conciliar el sueño esa noche. No podía quitarse de la mente el beso que Matt le dio en el jardín esa tarde, se había mostrado tan contento que por un momento pensó que malinterpretó las cosas al creer que él no la deseaba.

Se llevó una mano al pecho e inhaló y exhaló con rapidez, preguntándose si estaba bien que se generara esperanzas respecto a su esposo y su matrimonio. Juntó los párpados angustiada y de no haber sido por la voz que la llamó, se habría quedado ensimismada en sus pensamientos por más de una hora.

—¿Sucede algo?

Rápidamente se volvió hacia su esposo.

—¿Qué? No, sólo vine por un libro, no puedo dormir y pensé que podría leer algo.

Se sintió apenada al verlo vestido con su pantalón y camisa, ella apenas y llevaba su camisola y su salto de dormir. Se abrazó a sí misma, regresando la vista al estante de libros, y sujetó la primera novela romántica que apareció en su campo de visión.

—Creo que encont...

—No es normal que te pase esto —comentó su esposo, adentrándose a la biblioteca y Riley tragó con fuerza, sintiendo como la boca se le hacía agua—. ¿Algo te molesta? Tú sueles dormir temprano.

Clavó la vista en la portada del libro y lo observó con nerviosismo.

—¿Te incomodé esta tarde?

—No —respondió rápidamente y levantó la mirada—. Me hizo muy feliz que ayudaras a Gavin a dar sus primeros pasos, yo...

—No me refiero a eso —susurró con voz aterciopelada y dio un paso hacia atrás al ver que se acercaba a ella. Su espalda se rozó con el estante de libros y jadeó sorprendida al verse apresada por el cuerpo de su esposo y el mueble.

—Matt... —Lo empujó suavemente por el pecho y él sujetó sus muñecas con suavidad.

—¿Tanto odias mi cercanía?

Dios, ¡no odiaba su cercanía! Simplemente no sabía cómo lidiar con ella.

Sus miradas se encontraron y la piel se le erizó al ver la intensidad de su mirada. El libro se le cayó de las manos, generando un golpe seco en la estancia, y armándose de valor se puso de puntillas y unió sus labios en un beso inocente.

Se deprimió de sobremanera cuando él dio un paso hacia atrás con los ojos abiertos de hito a hito y al ver como se alborotaba su cabellera, desesperado, Riley recogió rápidamente su libro y se despidió con una leve venia para salir corriendo hacia su alcoba.

La había rechazado, su esposo terminó confirmando el mayor de sus temores: no era una buena amante. Por alguna extraña razón, sintió inmensas ganas de largarse a llorar allí mismo. Durante años le enseñaron toda la teoría de los intereses de su esposo, pero nunca recibió ninguna lección de cómo debía satisfacerlo en el lecho.

¿Por eso los matrimonios fracasaban?

Ingresó a su dormitorio y con movimientos torpes y suaves se despojó de su salto de dormir. Sentada en su cama y con los ánimos por los suelos, Riley inició su lectura sin ser consciente del tiempo. En un principio le sorprendió ver un libro de romance en la estantería del lord McDoughall, pero a medida que fue avanzando la lectura, la sangre empezó a calentársele al leer párrafos llenos de palabras y situaciones escandalosas, cosas muy nuevas para ella.

«Mi amado escoces».

Era un libro muy diferente de los que ella leía.

La puerta de su dormitorio se abrió y rápidamente cerró el libro.

¿Qué hacía Matt en su alcoba?

Un estremecimiento le recorrió de la cabeza a los pies al ver como él la escudriñaba con pericia y con la sangre ardiendo en llamas escondió lentamente el libro bajo sus almohadas y se estiró para apagar la vela de su mesa de noche.

—Ya estaba por dormir —mintió, con una húmeda incomodidad entre las piernas y se metió bajo las sábanas rápidamente.

—¿Te sientes mal?

—No, no es nada —susurró con nerviosismo y le dio la espalda, rezando para que se fuera de una vez por todas, no quería que la viera en un estado tan vergonzoso.

Tan ensimismada en sus pensamientos estuvo, que Riley no escuchó el crujido de las ropas y no fue consciente de nada hasta que el colchón se hundió a su espalda. Velozmente giró sobre su cuerpo y el pulso se le disparó al ver a su esposo totalmente desnudo junto a ella.

—Matt...

—Mis noches no suelen ser agradables, pocas veces duermo más de cinco horas.

Por un momento pensó que el corazón se le saldría por la boca.

—El día que dormí contigo y Gavin pude conciliar el sueño.

La sorpresa la golpeó con fuerza ante ambos descubrimientos y él asintió lentamente, acunando una de sus mejillas.

—¿Puedo dormir contigo?

—Sí —susurró angustiada y recorrió sobre le mullido colchón para que él pudiera recostarse cómodamente.

—Estoy desnudo, ¿no te molesta?

Presionó sus piernas, angustiada, y él pareció percibir ese movimiento porque le dirigió una rápida mirada sobre las sábanas y se acercó a ella con movimientos escuetos, como todo un depredador a punto de atacar a su presa.

—No... —musitó con un hilo de voz y su pulso se disparó al sentir como sujetaba su mano, la cual tenía sobre su cadera, y la instaba a entrelazar sus dedos con fuerza.

—¿Qué sucedió en la biblioteca? —indagó con voz ronca, empezando a respirar con dificultad, y en vez de responderle ella volvió a besarlo—. Si es por miedo, no quier...

—Si me tocaras, sabrías que no es por miedo.

Recordó que en el libro le habían explicado el por qué su ingle se humedecía cuando lo tenía cerca y se recostó de espalda al sentir como le subía suavemente la camisola con sus manos aún entrelazadas.

—¿Tocarte? —Lamió su labio inferior con lujuria y ella asintió, buscándolo con la mirada—. Prefiero probarte.

Se perdió bajo las sábanas, llenándola de ansiedad en el pecho, y mordiéndose el labio inferior

dejó que le separara las piernas. Se cubrió la boca con una mano al sentir como su lengua dejaba un duro latigazo allí abajo. La brisa se hizo fría y luego otra vez la saboreó lenta y tortuosamente, generándole un cosquilleo en las piernas.

—Ah... —gimió y metió las manos bajo las sábanas, aferrando la cabellera de su esposo en un firme puño para instarlo a continuar mientras contoneaba sus caderas.

Se sentía tan bien, tan reconfortante... Lo había estado esperando tanto, que no se había dado cuenta de la necesidad que surgió en ella por volver a hacer el amor con su esposo. Su lengua abandonó su recinto, dejándole el camino libre a sus resbaladizos dedos, y Riley se arqueó al sentir la intromisión de dos firmes dedos mientras que su boca rodeaba su oscuro pezón con maestría.

—Matt... ¡Ah! —Jadeó al sentir como mordisqueaba la frágil piel erguida y tiró la cabeza hacia atrás cuando volvió a absorber una gran parte de su piel, chupando y tirando sin ataduras.

—Disfruta, ternura, esta noche es para ti. —Le quitó rápidamente la camisola para volver a su tarea de complacerla.

¿Para ella?, ¿era posible que él se preocupara por su satisfacción más que por la suya?

Sus dedos iniciaron un mete y saca continuo, llevándola a contonear sus caderas en busca de una liberación, y la boca de su esposo sobre sus pechos no hizo que se sintiera mejor. El cuerpo le ardía de necesidad, sentía que en cualquier momento se pondría a llorar del gusto por estar a su merced ahora mismo. Ese encuentro no se comparaba en nada a las otras veces, era diferente, ambos se sentían conectados y dispuestos a disfrutar.

Arqueó la espalda, sintiendo la presión en la ingle y el ardor en los pechos, y cuando estuvo a punto de sentir la fuerza de su liberación, Matt retiró los dedos y unió sus labios con avidez, ahogando su protesta.

—Matt —gimoteó entre beso y con la piel perlada y el pulso disparado, separó tanto como pudo las piernas al sentir como él se preparaba para la penetración.

La invasión fue lenta y perezosa, abriéndola con tanta delicadeza que podría jurar que su gruñido era de puro esfuerzo por ser apresado por su centro tan lentamente. Cuando la llenó por completo, Riley aceptó su apasionado beso por largos segundos que le parecieron una completa tortura que no finalizó hasta que él empezó a mecerse sobre ella con suavidad, con movimientos previamente meditados que la hicieron suspirar de placer.

—Más, Matt —suplicó, angustiada, y él gruñó por lo bajo y atenazó sus glúteos con fuerza instándola a abrazarlo con las piernas, logrando así que alcanzara una mayor profundidad en su interior—. Sí, un poco más... ¡Ah! ¡Sí! —Aceleró sus movimientos, embistiendo con una fuerza aplastante, y Riley se aferró a su cuello por el fuerte vaivén que adoptó su cuerpo.

El sonido de sus cuerpos impactando le supieron a gloria y jadeante buscó sus labios para besarlos con pasión desmedida. Le costaba reconocerse a sí misma, era la primera vez que dejaba que su cuerpo tomara el control y era algo maravilloso.

Su cuerpo se estremeció de punta a punta y pronto arqueó la espalda al sentir la fuerte oleada de placer que arrasó con sus sentidos y se llevó todo por delante haciéndola sentir como un pedazo de gelatina en sus brazos.

Lo siguió abrazando, escuchando sus gruñidos con deleite, y juntó los párpados satisfecha al sentir como se corría en ella, llenándola por dentro. Jadeantes cayeron sobre el colchón y con el alma en vilo dejó que la abrazara y pegara a su cuerpo para que durmieran así, como una feliz pareja.

—Riley.

—¿Mmm?

—Te amo.

No le dio una respuesta, no era la primera vez que le decía que la amaba, pero ciertamente en esa ocasión sus palabras tenían un peso más inquietante. Su esposo la amaba y ahora podía decir que le creía; sin embargo, Riley no tenía la menor idea de qué era lo que sentía hacia su esposo.

Lo mejor sería quedarse en silencio.

Capítulo 26

Pronto se cumpliría un mes desde que su hermana y sobrino fueron secuestrados por el conde de Devonshire. Veintiocho largos días donde su familia y él vivían atormentados pensando en todo lo que ese despreciable hombre podría estar haciéndoles a Riley y Gavin. Su padre no cesaba con sus búsquedas, tenía a más de cinco detectives trabajando para él; su madre ni siquiera dormía, lo único que sabía hacer era lamentarse y culparse por el desdichado futuro de su pequeña hija, y Lisa no estaba mejor, la situación se estaba tornando complicada en cuanto su embarazo.

Según el duque de Blandes: en su última carta Devonshire le decía que todos estaban bien, que Riley y Gavin estaban en perfecto estado y él cuidaría de ellos hasta que volvieran a la ciudad.

¿Los creía idiotas como para creerle algo así?

¡Se suponía que durante tres años él estuvo cuidando a su hermana y cuando la volvió a ver hace poco era ella puro hueso y amargura!

Empuñó sus manos con impotencia, ansiaba recuperar a su hermana y sobrino y desvincularlos para siempre del conde de Devonshire. Para él, el perdón para su cuñado no existía por una simple razón: Ross fue testigo de cómo su hermana dio a luz sin protección alguna, sin un buen medico al lado, y se le partió el alma en mil pedazos cuando ella tuvo que renunciar a su hijo, sumida en llanto y desesperación, porque su esposo no la quería, no la aceptaba y prefería verla morir muy lentamente antes que hacer algo por ella.

Matt Gibbs moriría en sus manos y no sería misericordioso.

Estoy segura que ella sabe dónde se encuentran.

Esas fueron las palabras de su madre, quien estaba tan segura como él de que la bastarda conocía el paradero del conde. Durante las primeras dos semanas, por más que pusiera a toda su gente a buscar a su hermana, no había conseguido un solo rastro que delatara hacia donde podrían haber partido, por lo que Ross optó por cambiar de estrategia y enfocarse en lady Gibbs y de paso buscar a la condesa viuda, quien curiosamente no estaba en la casa campestre a la que su hijo la había mandado hace poco.

¿Por qué?; no lo sabía, era como si la tierra se la hubiera tragado.

Lo que le dejaba como único recurso a lady Gibbs. Todo Londres conocía el amor incondicional que se profesaban los hermanos Gibbs pese a ser hijos de diferentes mujeres; así que, al no despedirse de su adorada hermana, Devonshire le escribiría tarde o temprano para comentarle lo ocurrido y decirle donde se encontraba.

Ese hombre estaba hiriendo a las mujeres más importantes de su vida y él no se tocaría el corazón con las suyas.

Hermana por hermana.

Llevaba dos semanas siguiendo a la rubia, su gente seguía cada uno de sus pasos e incluso en las veladas estaba siendo vigilada; no obstante, todo indicaba que la dama se percató de ello porque hace poco recibió la noticia de que se retiraría al campo. Lo más probable era que lo hacía con el fin de alejarlo; pero era inútil, ella ya era un blanco y ni siquiera metiéndose bajo la tierra se libraría de él.

Su estúpida decisión no hizo más que quitar a los duques de Blandes de su camino.

—Milord —retiró la vista de su daga, la cual le gustaba tener bien afilada, y observó a uno de los siete lacayos que había llevado consigo para seguir el carruaje de lady Gibbs—. Revisamos el terreno y son los únicos.

Se cruzó de brazos y apoyó la espalda en el gran tronco del árbol, pensando qué debería hacer ahora. Al tener a lady Gibbs como un blanco, no le quitaba el ojo de encima, y eso lo había llevado a ser testigo de cómo tres hombres interceptaban el camino de su carruaje y se hacían de él con demasiada facilidad, tirando el cuerpo inconsciente del cochero en el camino.

Uno de sus hombres ya se había encargado del hombre, por suerte seguía vivo.

Había visto como dos entraban al vehículo y uno dominaba a los caballos, por sus habilidades supuso que eran esbirros enviados a cumplir una tarea.

Le parecía injusto tener que ser el héroe de la hermana de su enemigo, eso no había estado en sus planes. Antes de arruinar el robo del vehículo de aquellos hombres, Ross se había dado alrededor de cinco minutos para idear el plan perfecto y ver si podía hacerse de un aliado en aquel interludio.

—Veamos qué tenemos.

Enderezó la espalda y se acercó a los tres esbirros; dos estaban maniatados y el cochero inconsciente. Necesitaron darle un buen golpe para que detuviera la marcha del vehículo.

—¿Quién los envió? —Arrastró sus palabras, cuestionándose repentinamente qué habrían hecho con lady Gibbs durante el tiempo que él tardó en interceptar el carruaje.

No recibió una respuesta y lanzando un suspiro exagerado, Ross posó su navaja en la parte baja de la oreja de uno de los varones, el menos robusto y amenazante de los tres.

—Si no me respondes: supondré que estas están de más y no las necesitas. —Presionó la navaja y el hombre gimió horrorizado.

—Fue la condesa viuda de Devonshire —soltó rápidamente, dejándolo perplejo—. Nos dijo que necesitaba a la bastarda, que ella sabría cuál es la ubicación exacta de su hijo.

Lo mismo pensaba él, pero no por eso secuestró a la dama cuando esta se retiraba al campo.

—¿Y ella no lo sabe? —Entrecerró los ojos, receloso.

—No, señor, su relación con lord Devonshire no es buena.

—¿Por qué?

Una gota de sudor se deslizó por la frente de su prisionero.

—Le quitó el apoyo económico y ella culpa a su nuera y al hijo que la condesa tuvo. Todo indica que los quiere a ambos, milord.

Así que madre e hijo eran la misma mierda.

—¿Estás diciendo que la condesa viuda quiere meterse con mi sobrino y hermana?

Esa era información de suma importancia, ¿qué tan peligrosa podría llegar a ser lady Dalila?

—No lo digas —bramó el otro rehén y con una mirada Ross hizo que su gente le cerrara la boca.

—Sí, milord. —Tiritó sin control alguno—. Nos dijo que quería a los tres.

—Dudo que la dama sea un oponente digno para Devonshire —ironizó.

—Me refiero a la dama del car...

—¡Milord!

Ross giró el rostro, viendo como uno de sus lacayos miraba en el interior del carruaje con demasiado nerviosismo. Inhaló con lentitud, tratando de mantener la calma y con pasos escuetos se acercó al vehículo, dejando a sus rehenes arrodillados y maniatados con sus lacayos.

—¡Ella dijo que hiciéramos lo que quisiéramos con ella! —Esa era la voz del rehén más rebelde. Sintió ganas de matarlo—. Nos dijo que entre más dañada la entreguemos, mejor sería la paga.

El lacayo lo miró con preocupación y se hizo a un lado para que pudiera ver el cuerpo desvanecido de lady Gibbs en el piso del carruaje. El estómago se le revolvió al ver el estado de la dama, tumbada boca abajo y con el vestido desgarrado por todas partes mientras hematomas empezaban a formarse en su espalda.

—¿Qué le hicieron? —preguntó en un tono de voz gutural, empuñando sus manos con fuerza desmedida.

—Me habría dado un festín de no ser por su llegada —escupió el rehén que menos le caía y en cuestión de segundos, el sonido de un disparo hizo eco en el lugar, seguido de un grito desgarrador y otro lleno de angustia.

—¡Hijo de perra! —bramó el hombre que tenía una gran mancha de sangre en el brazo y Ross se acercó a él con pasos certeros, aun con su pistola en mano.

—Pude haberte matado —soltó con fingido arrepentimiento, viendo como el hombre se retorció de dolor—. Pero quiero que tu muerte sea lenta, solitaria y dolorosa.

Ross miró a dos de sus lacayos.

—Saben lo que quiero; lo dejo en sus manos.

El hombre fue arrastrado fuera de su campo de visión y Ross clavó la vista en el hombre que pronto moriría de miedo. Acarició su pistola con indiferencia, también lo mataría, odiaba a los abusones y más si estos disfrutaban lastimando mujeres; pero por ahora lo llevaría a él y al cochero a las mazmorras de su club y buscaría la manera de sacarles mayor información en cuanto a lady Dalila Gibbs.

Regresó hacia donde se encontraba lady Gibbs y se quitó el abrigo de lana para cubrirla. Al ser pequeña, fue fácil para él sacarla del vehículo y llevarla hacia el suyo. Cuando vio su cara llena de golpes y sangre, deseó clavar su última bala en el esbirro que lo miró horrorizado, pero contuvo su ira y lo dejó vivir por ahora.

No era el momento.

Cuando llegó a Triunfo o derrota, una doncella de su confianza se encargó de curar a la rubia y cambiarla de ropas. Tal y como lo pensó, ella tenía golpes por todo el cuerpo, su despertar sería muy doloroso. La criada quiso ponerle una camisola que solían utilizar las cortesanas y Ross no se lo permitió.

—Usa una de mis camisas.

Si bien las cortesanas de su club usaban ropa bastante fina y costosa, no eran prendas que una dama debería vestir. Se acercó a su cama, observando las heridas abiertas a la altura de sus costillas.

—Véndala y ve por la curandera después.

Era la única persona que atendería a la dama y guardaría discreción sobre el tema.

—Así que es cierto. —Miró por encima del hombro, ¿en qué momento llegó Windsor a su dormitorio?, ¿cómo era posible que él no hubiera sentido la llegada de su cuñado?

—¿Qué haces aquí? No recuerdo haber pedido que te llamaran.

—Olvidas que tus hombres de confianza también son los míos, Ross —espetó Windsor, mirándolo únicamente a él. Al parecer era lo suficientemente discreto como para no detallar el cuerpo desnudo y magullado de la rubia—. Debes informarle a Blandes lo ocurrido, lady Gibbs está bajo su cuidado y no será conveniente para ti que se entere que la tienes aquí.

—¿Por qué no? —inquirió, pensativo—. La dama por la información que requiero.

—¿Estás demente? —bramó furibundo, evitando elevar la voz—. Sé cómo te sientes, para mí también Riley es muy importante, pero lady Gibbs... —Miró a la dama herida con impotencia y Ross agradeció que la criada ya la hubiera vestido con su camisa—. Ella no tiene la culpa de nada.

—¿Crees que no lo sé? —Endureció su semblante—. Pero mi hermana tampoco tenía la culpa de nada y ya viste como terminó.

—Ambos sabemos que no la herirás —decretó firmemente—. Lastimar a mujeres no es lo tuyo y nunca lo será.

—Me tienes dentro de un buen concepto y tal vez tengas razón. —Lo miró de reojo—. Sin embargo, olvidas lo más importante.

Windsor entrecerró los ojos, receloso.

—Por mis hermanas, haría lo que fuera.

Si lady Gibbs no colaboraba dándole la ubicación de su hermano, las cosas no terminarían nada bien para ella. No se consideraba un hombre precisamente amable, pero tampoco iba por el mundo generándole mal a las personas; no obstante, cuando se metían con su familia era el hombre más cruel en la faz de la tierra, por lo que esperaba que lady Gibbs estuviera lista para enfrentar todo el daño que pensaba causarle. Nadie iba a detenerlo, sólo pararía en el momento que le entregaran a Riley y a Gavin intactos.

—¿Qué harás con ella? No puedes tenerla secuestrada —puntualizó su cuñado, incrédulo.

No le dio una respuesta, todavía no tenía claro que haría con ella.

—Lo mejor será que te marches, Jaden —lo llamó por su nombre de pila—. Debes volver con Lisa, no le cuentes nada de lo ocurrido, ninguna noticia le sentará bien con el embarazo; ella ya está muy nerviosa por Riley.

—Me iré si me prometes que no harás nada de lo que puedas arrepentirte después.

—Tú ganas. —Se encogió de hombros y le pidió a la criada que acompañara a Windsor hasta la salida de su alcoba y ella también se retirara.

—Hablé con uno de los hombres que dejaste vivo —comentó su amigo antes de marcharse, captando su atención—. Claramente lady Dalila Gibbs no es una santa, debes indagar qué verdad se esconde tras la dama. No digo que Devonshire sea un santo, pero esa mujer... —Clavó la mirada celeste en la rubia que yacía en su cama—. Es el diablo en persona. Generar este mal a sangre fría no puede hablar bien de nadie.

Sonrió de forma lobuna.

—Mi único interés es mi hermana y sobrino, que Devonshire se encargue de sus asuntos familiares por sí mismo.

Una vez que encontrara a su hermana, ella misma le daría la información sobre lady Dalila. Si llegaba a creerla una amenaza para su familia, no se tocaría el corazón y se encargaría él mismo de la castaña.

Windsor se retiró, dejándolo a solas con la rubia, y con movimientos escuetos abrió los primeros botones de su camisa y se despojó de su chaleco. No había sido un buen día, todo había salido peor de lo esperado y ahora tenía que lidiar con la rubia.

Se acarició el mentón, pensativo.

Forzarla a hablar no parecía una buena idea, ella había sido agredida por dos hombres mucho más fuertes y grandes que ella, lady Gibbs estaría muy asustada cuando despertara.

La comprensión lo golpeó con fuerza y suspiró larga y pesadamente.

Ella pensaría que fue él quien mandó a golpearla y secuestrarla.

¿Cómo solucionaría eso?

Se sentó en el amplio y lujoso sillón que tenía frente a la chimenea e ideó un plan que pudiera permitirle conseguir lo que quería de su concuñada sin necesidad de lastimarla o traumatizarla en el proceso. No la conocía, no sabía nada de la rubia, pocas veces se había detenido a observarla, por lo que ni siquiera estaba seguro de cuál sería su primera reacción cuando lo viera.

Lo único que tenía claro de su cuñada en aquel momento: era de que su belleza era inconfundible.

Capítulo 27

El aire le faltaba, respirar no le estaba resultando una tarea sencilla y el sólo inhalar hacia que las costillas se le comprimieran y ardiera todo por dentro. Exhalar fue lo peor de todo y para empeorar la situación un sollozo brotó de su garganta.

Le dolía el cuerpo, esos hombres la habían golpeado, pateado y azotado contra los asientos del carruaje sin compasión alguna. Al final fue una tonta al pensar que Dalila la dejaría vivir tranquila, sus hombres habían hecho con su cuerpo lo que se les vino en gana hasta dejarla inconsciente y no quería ni imaginarse lo que sucedió después.

Separó los párpados con lentitud y una lágrima rebelde se deslizó por su mejilla. Sus piernas estaban desnudas, pero le sorprendía estar tendida en una suave superficie con una extraña prenda de lino cubriendo su torso. Empuñó sus manos contra las almohadas, ¿dónde la habían llevado? ¿Por qué la estancia estaba caliente y todo olía a limpio con una leve fragancia a chocolate?

¿Estaría muerta?

Sólo eso podría explicar que estuviera tan cómoda tras un secuestro planificado por su madrastra. Muy lentamente deslizó su mano por su vientre y se desconcertó al sentir que tenía todo el torso vendado.

No lo comprendía, ¿cuál era el fin de hierirla, si luego curarían sus heridas?

Movió el rostro de un lugar a otro, dado que su cuerpo estaba lo suficientemente dolorido como para quedarse postrado en la lujosa cama en la que se encontraba, y empezó a respirar superficialmente al percatarse que todo lo que estaba a su alrededor era lujoso. Los artilugios se veían costosos, pero lo que la desconcertó de verdad fue ver una caja de bombones abierta y a medio comer.

¿Blandes llegó a rescatarla?

Lloró en silencio, lamentando su decisión de retirarse al campo. Nunca debió moverse de la casa de Blandes, fue una estúpida al creer que el conde de Ross —quien envió a sus hombres a seguirla y vigilarla— era más peligroso que Dalila. El hombre había conseguido intimidarla y en su desesperación de huir con él, Laurie le había pedido al duque que la enviara al campo; algo que por supuesto, Dalila aprovechó para secuestrarla y generarle un gran daño físico.

«¿Por qué no me quedé en su casa?».

Hizo el ademán de incorporarse y todos sus movimientos cesaron al oír una voz ronca y aterciopelada que sólo hizo que la piel se le erizara y un estremecimiento la pegara aún más en la cama.

—Si yo fuera usted; no me movería por ahora. Está gravemente herida y por mucho que lo intente, no encontrará la salida tan fácilmente.

Le fue difícil asociar aquella deliciosa voz a un ser conocido. Se aferró al cubre cama, cubriéndose tanto como pudo, y tragó con fuerza al ver como una sombra se acercaba a la cama.

¿No estaba sola?

Sollozó con desespero y juntó los párpados horrorizada, esperando que llegara el primer golpe.

—Me pregunto... —Se encogió en su lugar, sintiéndose pequeña— ¿Qué sería de usted si mis hombres no la hubieran seguido esta noche, milady?

La sangre se le congeló al sentir el amable toque de sus dedos, retirando las lágrimas de sus mejillas, y sorprendida separó los párpados y conectó sus miradas. No supo qué sintió primero, pero en su interior hubo una explosión de emociones: sorpresa, alegría, alivio, temor, desconcierto y un sinfín que se contradecían. Como su señoría nunca se había dirigido directamente a ella, se le hizo imposible reconocer su voz.

Sin pensarlo o meditar las consecuencias de sus actos, Laurine sujetó su mano y la apretó con suavidad para transmitirle todo su agradecimiento por rescatarla. Al no ser capaz de emitir palabra alguna, puesto que el esfuerzo le generaba un gran sufrimiento, lo único que pudo hacer fue besar su mano para que la comprendiera.

«No soy el héroe de la historia».

Pensó Ross, un tanto aturdido por el extraño efecto que su toque generó en él, y en su boca se generó una sequía por los cálidos ojos color violeta que lo miraban con agradecimiento. El brillo de sus lágrimas hacia que se vieran hermosos, grandes y únicos. Incluso con el pelo enmarañado, el rostro magullado y la mirada cansina, ella se veía hermosa.

La sangre le burbujeó al sentir sus cálidos labios contra su mano y muy lentamente la retiró para acariciar sus labios, dos finas líneas rosas y suaves. Se tomó la licencia de inspeccionar su rostro, detallando las heridas superficiales que por suerte no dejarían cicatriz, y con mucha sutileza deslizó su mano para acariciar su clavícula, hombros y el nacimiento de sus senos.

Era igual que su hermana: otra inocente.

Lady Gibbs hizo el ademán de incorporarse y él no tuvo más remedio que sentarse junto a ella para ayudarla. Como nunca le gustaron las sorpresas, Ross no supo cómo reaccionar cuando la rubia se lanzó a sus brazos y se aferró a él como si de eso dependiera su vida. Quiso empujarla, alejar de él el calor de su cuerpo, pero sus movimientos cesaron al oír como rompía en un suave llanto.

Estaba asustada y no estaba seguro si ella hacía lo correcto al sentirse a salvo en su compañía.

Se percató de lo mucho que le costaba mantener la respiración y la ayudó a recostarse nuevamente en la cama. Ella debía tranquilizarse, los nervios no le sentarían bien en un momento como ese.

—No se altere, milady —pidió con voz suave, invitándola a finalizar con su llanto—. Debe descansar. —Recordó las palabras de la curandera y estiró la mano para tomar del cajoncito de su mesa de noche uno de los ungüentos que la mujer le entregó para tratar los moretones de la dama.

Antes de ponerse en la tarea, vertió un poco de agua de la jarra en un vaso de cristal y pasando la mano por debajo de la nuca de lady Gibbs la ayudó a beber del mismo. Ella gimió gustosa, como si lo hubiera necesitado desde hace mucho, y luego se permitió caer rendida en un sueño profundo.

Eso fue de ayuda, porque no habría sido reconfortante tener que aplicarle el ungüento por el cuerpo con la dama despierta; no ahora que estaba un poco alterada y asustada por todo lo ocurrido.

Quizá las horas que faltaban para el día de mañana le ayudarían a despejar la mente, puesto que ahora mismo no tenía la menor idea de cómo tendría que proceder con la dama. No quería injusticias y ciertamente ir contra ese frágil ser sería una.

Laurine se despertó gratamente sorprendida por la reducción de dolor e incomodidad que sintió en el cuerpo a comparación de la noche anterior y muy lentamente se sentó, evaluando tímidamente

la alcoba del conde de Ross.

Estaba segura que no fue un sueño, fue el conde quien la rescató; no obstante, ya pensando lucidamente, no tenía la menor idea de lo que tenía en la cabeza al creer que con él estaría a salvo.

Salió de la cama con suavidad, evitando realizar movimientos que pudieran generarle mucho dolor, y acarició sus costillas con una mueca en el rostro. Aún le dolían. Se acercó a la palangana y tímidamente se lavó el rostro y usó un poco del polvo dental para quitarse el mal sabor de la boca. Cuando se sintió un poco más fresca y limpia, Laurine se acercó a la cómoda y observó su reflejo con tristeza.

Su rostro estaba lleno de hematomas, tenía el labio partido y si bien algo le impedía sentir un dolor directo, a ella le dolía saber que Dalila estaba dispuesta a generarle todo ese mal por su enfermo resentimiento hacia el difunto conde.

Miró por la ventana, retirando un poco la cortina, y no fue capaz de identificar una calle que ella frecuentara. ¿Dónde se encontrarían? Claramente estaban en la ciudad, pero no en una zona que ella conociera.

—Gloucester Square, para ser más precisos.

Su voz hizo que diera un brinco en su lugar y con los pies descalzos y las piernas desnudas se volvió hacia su rescatista —quien había salido de uno de los cuartos adyacentes—, quedando como piedra al ver que tenía la cabellera húmeda y el torso desnudo, lo único que lo cubría era un fino pedazo de tela sujetado a la altura de su cadera.

—Oh por Dios. —Rápidamente le dio la espalda y se cubrió los ojos, tratando de borrar la tentadora imagen del fuerte y grande cuerpo del temible conde de Ross. Tragó con fuerza, nunca había visto a un hombre demostrando tanta piel con tanta seguridad.

—No puede escapar, está en la parte trasera de Triunfo o derrota —espetó tras de ella, desplazándose por la alcoba, y con el corazón en la boca Laurine no supo cómo reaccionar ante su comentario.

¿Estaba en un club de perdición?

¡Eso la arruinaría!

—Yo... Quiero volver con los duques de Blandes —susurró con voz débil, escuchando el crujido de sus ropas.

—¿Perdón? ¿Puede repetirlo?; no escuché nada —respondió sin un tinte especial en la voz y Laurine presionó sus manos contra su garganta.

—Quiero volver con los duques de Blandes, agradezco su ayud...

Chasqueando la lengua, el conde de Ross le cortó el monólogo y con un pantalón y camisa puesta, se plantó delante de ella para encararla.

—Le he salvado la vida, milady, ahora quiero mi recompensa.

—¿Cómo? —Abrió los ojos, aturdida, y el conde se cruzó de brazos, mirándola únicamente a los ojos.

—Quiero el paradero de su hermano.

Se mordió la lengua para evitar contestarle y negó muy lentamente con la cabeza. No le diría donde se encontraban Matt y Riley, ¡él no tenía por qué meterse en el matrimonio de su hermano!

—Sabía que sacarle esa información no sería tarea sencilla —reconoció con un asentimiento y Laurine intentó salir huyendo hacia la puerta de la alcoba, pero el conde rodeó su pequeña cintura con facilidad y la trajo hacia él.

—Ah... —Se quejó adolorida por la presión que ejerció para sujetarla.

Ross maldijo por lo bajo, recordando el delicado estado de la dama, y aflojó levemente su

agarre. Lady Gibbs sólo sentiría dolor si se movía más de la cuenta.

—No se lo puedo decir —susurró con voz ahogada y Ross sintió la tensión en su cuerpo, odiaba ver el rostro de una mujer lleno de cardenales y heridas.

¿De verdad la extorsionaría y la tendría secuestrada con tal de dar con el paradero del desgraciado de Devonshire?

Por Riley, Ross mataría.

Sin embargo, claramente no estaba en condiciones de ponerse exigente ni violento porque el cuerpo tembloroso de la dama le generaba un gran malestar en el pecho. La noche de la rubia no había sido sencilla, el malestar había estado latente en cada minuto y Ross no podía comprender por qué su sufrimiento le generaba un ardor a carne viva en cada una de sus extremidades.

Volvió a presionar su agarre y un gemido dolorido salió de su garganta, dejándolo perplejo.

¡Ni siquiera estaba siendo violento!

Las lágrimas se deslizaron por la pálida mejilla y nuevamente aflojó su agarre. No era el mejor momento para evaluar sus reacciones en cuanto a la cercanía de lady Gibbs. La tomó en brazos y con delicadeza volvió a tenderla sobre el colchón y se sentó junto a ella. Sentía curiosidad por todo lo que ocurría en torno a la dama, sus reacciones delataban su falta de afecto y necesidad de cariño y protección. Ayer había sido un héroe para ella y ahora lo miraba como si fuera un asesino en potencia.

—Haré que le preparen un baño —informó con suavidad, esperando que sus palabras consiguieran relajarla—. ¿Tiene alguna fragancia que sea de su preferencia?

Lady Gibbs selló los labios y retiró la mirada.

—Se quedará una buena temporada aquí, milady, si yo fuera usted no rechazaría mi oferta.

—Lavanda —musitó con resignación, bajando los hombros con cansancio.

—No pienso hacerle daño.

Se incorporó y tocó la campanilla, observándola con curiosidad. Sujetó su chaleco y levita y terminó de vestirse antes de que una criada llamara a la puerta. Ordenó que ayudaran a lady Gibbs a tomar un baño y abandonó su alcoba por al menos quince minutos, decidido a despejar la mente y analizar su siguiente movimiento.

—Dime que no la tendrás encerrada en tu alcoba.

Windsor ya se había tardado en atosigarlo esa mañana. Era un poco temprano, pero por la tensión que sentía en los músculos se sirvió una copa de coñac. El duque lo reprobó con la mirada.

—Un desayuno sería más adecuado.

—Lo adecuado sería torturarla hasta que me diga dónde está mi hermana; pero aquí estoy, siendo tolerante con la bastarda.

—Ross, debes calmarte, lady Gibbs no se encuentra en condiciones para ser presionada, le dieron una paliza del demonio y estuvo a punto de ser violada, si quieres que te ayude debes ser generoso con ella.

Bebió el contenido de su copa de un solo trago y salió de su despacho para dirigirse a las mazmorras del club, ahora que lo recordaba, aún tenía dos cabezas que aniquilar. Windsor lo siguió y no le sorprendió encontrarse con Beaufort y Sutherland allí, interrogando a los hombres.

—¿Están siendo de utilidad o deberíamos enviarlos al infierno?

—No son empleados directos de la condesa viuda, no conocen su paradero exacto —soltó Sutherland, conectando sus miradas—. Son esbirros del Eats End, la dama los contrató para realizar la tarea de secuestrar a lady Gibbs.

Empuñó sus manos.

—Y eso no es lo peor de todo —agregó Beaufort—. Hay otros tres que están buscando a los condes de Devonshire con órdenes expresas de secuestrar a tu hermana y su hijo.

—¿Quiénes?! —vociferó furioso, haciendo respingar a sus rehenes.

—Nadie conoce sus nombres, pero son conocidos como el trío de la muerte.

Respingó. Había oído hablar de ellos, eran los sicarios más buscados porque nunca fallaban en sus tareas.

—¿Cómo una dama como la condesa viuda conoce sobre el trío de la muerte? —indagó un tanto confundido, estaba claro que el trío de la muerte pronto iría al infierno, puesto que Ross no pensaba perdonarle la vida a nadie que pretendiera lastimar a los suyos.

—Ella está acompañada, hay un hombre que la está ayudando —respondió rápidamente el hombre con el que habló ayer.

Tenía un cómplice.

—Siento que la condesa viuda es muy peligrosa —comentó Windsor y Ross asintió perezosamente, observando a los hombres.

—¿Los crees necesarios? —Observó a Sutherland, quien negó lentamente con la cabeza—. Encárguense de ellos —soltó con frialdad y antes de girarse para abandonar el lugar, uno de sus rehenes le habló

—¿No nos perdonará la vida? Le hemos ayudado —espetó con impotencia, claramente horrorizado ante la idea de abandonar ese mundo.

—¿Tú perdonaste la vida de todas las personas que mataste en tu corta y mísera vida?

El hombre guardó silencio y con una mirada indolente, Ross le dio la espalda y abandonó las mazmorras para regresar a la alcoba de su concuñada y seguir conversando con ella. Windsor apareció junto a él y antes de ingresar a su alcoba, paró en seco para enfrentarlo.

—¿Puedo ayudarte en algo más?

—¿Qué harás con ella?

—Nada malo, sólo quiero que colabore.

—Evita herirla, Ross, creo que lo mejor es que esté contigo cada vez que te veas con ella.

Se rio sin humor alguno.

—Lo mejor es que te largues a tu casa con tu esposa e hijos y me dejes hacer las cosas a mi manera. —Su amigo lo miró con recelo, interrogándolo con la mirada—. Suficiente tiene con un hombre que la odia como para lidiar con dos.

—Ross...

—Deja que haga las cosas a su manera. —Beaufort apareció en el campo de visión de ambos y Ross le sonrió a Windsor—. Es su rehén, él sabrá cómo lidiar con ella sin necesidad de lastimarla físicamente, ¿verdad?

Rodó los ojos con aburrimiento, ¿realmente lo creían el tipo de hombre capaz de lastimar físicamente a una mujer?

—Ciertamente —respondió con frialdad—. Si me disculpan, he acabado con ustedes.

Una vez en su dormitorio, se acercó a la puerta del baño y abrió la puerta sin dudar, viendo como una de las criadas rodeaba el cuerpo magullado de la rubia con una gran toalla. Las tres mujeres respingaron y con una mirada se encargó de echar a las doncellas para quedarse a solas con lady Gibbs, quien temblorosa se aferró al único pedazo de tela que la rodeaba.

El olor a lavanda impregnó sus fosas nasales y tuvo que reconocer que le pareció una fragancia bastante agradable. Sus miradas se encontraron, estaba tan asustada que no se creía capaz de

extorsionarla.

No por ahora.

—¿Su hermano sabe que su madre la quiere muerta? —Una pregunta cruda, pero cierta.

—No —respondió con la voz en un hilo.

—Sígame —ordenó y salió del cuarto del baño para acercarse a su mesa de noche—. No estará pensando en huir con sólo una toalla encima, ¿verdad? —indagó sin mirarla y por su silencio supuso que lo estuvo pensando—. La casa está rodeada por mi gente durante las veinticuatro horas del día, huir es mucho más difícil que entrar, milady, así que si fuera usted no lo pensaría.

Se percató que el cuarto estaba a una agradable temperatura y observó el hogar de reajo. Hacían bien en prenderlo, puesto que por unos días no vestiría con muchas prendas a lady Gibbs, eso lo ayudaría a impedir una huida prematura.

Se acercó a ella.

—Le pondré un ungüento, eso calmará el dolor de sus heridas.

Estiró la mano para despojarla de su toalla y ella dio un paso hacia atrás, exaltada.

—¡No!

Su voz era muy bonita, era la primera vez que podía escucharla con tanta claridad y todo gracias a la repulsión que ella sentía ante la idea de que él la tocara.

Se sintió irritado.

—Estoy bien, no la necesito.

—Si lo que le preocupa es que la vea desnuda, créame cuando le digo que no es la primera ni la última mujer que veré en ese estado. Además, ya se la puse ayer, ¿por qué cree que amaneció en un estado óptimo? No fue un milagro de un ser todo poderoso.

Ella se sonrojó, pero el agarre de las pequeñas manos sobre su toalla se hizo más fuerte. La miró ceñudo.

—Estoy bien —repitió más firme, como también más pálida.

—Y un cuerno —siseó, abalanzándose sobre su objetivo.

—¡No! —chilló ella, pero ya era demasiado tarde, Ross le quitó la toalla de un firme tirón, dejándola totalmente desnuda.

Al ver que las heridas en su vientre aún estaban abiertas, se acercó rápidamente a ella y empezó a aplicarle el ungüento evitando reparar en su hermosa figura y su tentador monte de venus dorado. Por supuesto, no pudo obviar las dos exquisitas montañas que se alzaban en su camino con dos cúspides erguidas y fruncidas.

Le generó un poco de gracia, sabía que para ella todo eso era algo nuevo y era inevitable no sentirse excitada.

Era una damita inocente.

Inocente... Una diabólica idea cruzó por su cabeza y endureciendo su semblante dedujo que no había otra manera, que el único método adecuado para conseguir el favor de la dama era conquistando a su iluso corazón.

—Vendaré su vientre, las heridas aún deben ser tratadas. —Sujetó unas vendas nuevas y se dispuso a hacerlo, analizando que no supondría un gran esfuerzo seducir a una mujer tan hermosa como lady Gibbs. Le entregó una toalla seca—. Séquese el cabello.

Un tanto resignada siguió su orden y Ross se dispuso a ponerle el ungüento en los brazos, en su espalda y cuando llegó a su torso ella lo sujetó de las muñecas.

—Yo puedo hacerlo —susurró con nerviosismo y le sonrió con ternura, provocándole un

estremecimiento.

—Usted seque su cabello, lady Laurine —la llamó por su nombre de pila y ella respingó, sorprendida.

Posó los dedos en su clavícula y adoró ver como sus pechos subían y bajaban por su agitada respiración; no obstante, no se demoró mucho porque no deseaba incomodarla y necesitaba ganarse su confianza. Cuando terminó en esa zona, tomó una de sus camisas y la vistió con parsimonia, admirando la larga cabellera rubia que le llevaba hasta la altura de los glúteos.

—¿Por qué la condesa viuda pidió que le hicieran esto?

—¿Cuándo podré irme? —respondió con otra pregunta y evaluó su respuesta.

Si quería su confianza, no podría tenerla secuestrada por mucho tiempo.

—Cuando se cure.

La tomó en brazos, ignorando su incredulidad, y la sentó en la cama con suavidad para hincarse en un pie frente a ella.

—Le pondré el ungüento en las heridas de los muslos.

Con los dedos humedecidos y la garganta seca, Ross posó sus manos en sus rodillas y con una larga caricia ascendió por la piel herida hasta acariciar la costura de la camisa, la recorrió, disfrutando de la suave textura de las piernas femeninas, y se relamió los labios al sentirla temblar bajo su contacto.

Estaba excitada, en su cama, seguro demasiado húmeda como para ser tocada...

—Espere, yo... —Posó sus delicadas manos sobre las suyas y Ross conectó sus miradas, masajeando la parte más llena de sus muslos, esa que estaba a escasos centímetros del centro de su placer—. Milord...

—Quiero curarla, ahora está bajo mi responsabilidad.

La rubia se relamió los labios resecaos y se removió inquieta, permitiéndole disfrutar de la fragancia de su placer, de la necesidad primitiva que él estaba despertando en su ser.

—Me siento mejor.

—¿Soy el único que cree que madre e hijo son la mismísima mierda?

La necesidad de vengarla le bullía en la sangre y le costaba comprender sus razones.

—No hable así de mi hermano, él es un buen hombre —lo desafió y sintió el odio emanando de sus poros, por lo que apartó las manos de su cuerpo antes de lastimarla de alguna manera.

—Su hermano no merece a mi hermana.

—Sólo Riley puede tomar esa decisión.

—La secuestró.

Ella no tenía por qué saber de la existencia de Gavin.

—Quiere luchar por ella.

—¿Justifica su actitud sólo porque cree que él siente algo por mi hermana?

—Yo... —Pensó en su respuesta—, él...

La calló, y lo hizo de tal manera que casi sintió todo el escalofrío que recorrió a la rubia de la cabeza a los pies. No quería escucharla, no quería que lo sacara de quicio, no en un momento donde ella estaba tan inofensiva y él tan malditamente excitado por ella.

—Yo siento mucha preocupación en cuanto a usted —musitó muy cerca de sus labios—. Por lo que supongo que sabrá justificar mi actitud.

Antes de que pudiera darle una respuesta, la besó, dejándola rígida en su sitio.

—Lo siento —musitó con voz ronca y ambos tragaron con fuerza—, pero llevo días queriendo hacer esto. —Mintió, necesitaba ilusionarla.

—Yo...

—Le doy mi palabra que la devolveré a Blandes una vez que se encuentre en mejor estado — prometió—. Le escribiré al duque, le contaré todo lo ocurrido, pero no la entregaré hasta que esté totalmente curada.

«Y locamente enamorada de mí».

Sólo así, ella traicionaría a su hermano y cooperaría con él.

Capítulo 28

—No es necesario que te quedes todo el día conmigo —comentó con una sonrisa risueña, mirando de reojo la posición relajada en la que su esposo leía un poco y aguardaba por ella sentado en el manto mientras pintaba el paisaje.

—Sabes que me gusta hacerlo —respondió con su típico tono de voz neutro.

Riley se dio un breve descaso para llevarse una fresa a los labios y degustarla. Llevaban allí casi tres horas, esa mañana había decidido ir al mirador para pintar el paisaje y Matt se había ofrecido a acompañarla. Ahora el sol estaba en su punto y la variedad de frutas y comida que su esposo trajo en el canasto hacían que se sintiera en un día de picnic.

Y no lo estaba aprovechando.

Dejó su pincel de lado —en otro momento le daría los últimos retoques a su cuadro—, y gateó hacia donde Matt se encontraba para sentarse a su lado. Desde el día que hicieron el amor en su alcoba, hace cuatro días exactamente, él había empezado a dormir con ella; sin embargo, no había intentado hacerlo de nuevo, por lo que no estaba segura si eso era algo bueno o malo.

Él seguía ensimismado en su lectura sin prestarle mucha atención, por lo que Riley se limitó a detallar su apuesto perfil. Esa mañana él se había afeitado y le había generado un gran choque visual el verlo sin barba, pero debía admitir que no se veía mal. Aunque, Gavin no había tomado del todo bien el nuevo estilo de su padre porque le había tomado más de quince minutos poder adaptarse nuevamente a él.

Su hijo adoraba a su padre y gracias a los santos Matt amaba a su hijo. Nunca pudo imaginar al conde siendo un buen padre, muchos nobles no se acercaban ni participaban mucho en la educación de sus hijos; no obstante, Riley agradecía que el caso de su hijo fuera muy distinto, dado que no había día que Matt no quisiera compartir con Gavin.

Saber que su esposo no era tan malo como siempre pensó era un descubrimiento revelador que le generaba un gran sentimiento de paz. Ya no le temía; es más, disfrutaba de su compañía y cada una de sus palabras, aunque ciertamente era bastante escueto y silencioso.

Se inclinó en su dirección y sin pedir permiso apoyó la mejilla en su fuerte brazo, esperando no incomodarlo. Él no se molestó por el toque, pero levantó el brazo para rodearla por la cintura y hacer que se apoyara directamente en su pecho.

—Es un libro interesante —comentó de pronto, tomándola por sorpresa.

—¿Qué lees?

—Mi amado escoces, el otro día te vi escondiéndolo y quise saber qué estabas leyendo.

El calor trepó por sus mejillas e hizo el amague de romper el abrazo, pero su esposo no se lo permitió. Se había olvidado por completo de aquel libro y ahora la vergüenza le impedía levantar el rostro. Esas lecturas eran impropias para una dama de su condición y Matt la había descubierto entre sus cosas.

—Es de lord McDougall, no sabía que tenía ese contenido.

Matt cerró el libro y dejándolo de lado, la invitó a recostarse sobre el manto. Se sintió confundida y abrumada por la lujuria con la que la miraba, pero juntó los párpados con deleite

cuando acarició su mejilla con ternura.

—A la luz del sol tu piel se ve radiante —reconoció, arrastrando sus palabras, y Riley tragó con fuerza.

—Gracias...

—Me encanta tu piel.

Cada una de sus extremidades entró en tensión y rápidamente lo empujó por el pecho para incorporarse, sintiendo un nudo en la garganta. ¿Había escuchado bien?, ¿él... no veía su piel como una característica repugnante en su cuerpo? Como si leyera sus pensamientos Matt se sentó junto a ella y la rodeó con sus firmes brazos para pegarla a su cuerpo.

—Lo siento, Riley.

—¿Por qué? —susurró con los ojos llorosos, viendo como la piel de su brazo brillaba bajo la luz del sol.

—Porque cada desplante y palabra que te dije en el pasado fue una vil mentira, mi única intención era herirte. Tu piel me encanta, nunca sentí repulsión hacia tu cicatriz y siempre me pareciste hermosa, tentadora e incluso irresistible.

Una lágrima se deslizó por su mejilla y se abrazó el vientre con nerviosismo.

—¿Qué daño te causé, Matt? —inquirió con voz queda, deseosa de conocer la verdad—. ¿Por qué fuiste así conmigo cuando mi única intención fue ser una buena esposa para ti?

Al no recibir una respuesta, Riley ganó una gran bocanada de aire y trató de entrar en calma. El que el tema saliera a flote, no era un indicio de que fueran a discutir, lo único que quería era entender por qué razones él actuó tan cruelmente con ella cuando en el fondo era un hombre bastante amable y respetuoso.

—No es un reclamo —aclaró, enjugando sus ojos para no derrumbarse allí mismo—. Sólo... eres tan distinto al hombre que conocí, que lo único que quiero saber es si eres una farsa o eres el verdadero.

Sus ojos almendrados la miraron con pena y arrepentimiento y para motivarlo a hablar acunó sus mejillas y le dejó un casto beso en los labios.

¿Qué era lo que escondía?, ¿por qué siempre se veía tan ajeno y distante de la gente que lo rodeaba?

—Antes de volver a Londres para llevar a cabo nuestro compromiso —empezó a contar, mirando el paisaje—. Yo estaba con Francesca, ella era viuda y desde el primer encuentro nuestra atracción fue inevitable.

Por alguna extraña razón, sus palabras la hirieron.

—Llevaba manteniendo una relación con ella de meses y quería romper nuestro compromiso porque era con ella con quien quería casarme. —Lo miró con tristeza, ella había sentido lo mismo en cuanto a Jamie—. Sin embargo, Francesca siempre fue impaciente y terca, estaba segura que no conseguiría deshacerme de mis responsabilidades y ella quería casarse otra vez, pensaba que si dejaba que el tiempo pasara nadie la querría como esposa. No tenía mucha confianza en sí misma y en su capacidad de encontrar un esposo, algo absurdo porque era una mujer encantadora.

Riley retiró la mirada, claramente sus sentimientos hacia la francesa fueron demasiado fuertes; hablar de ella aún le afectaba.

—Un día ella vino a verme, no se sentía bien y no podía dejar de llorar. Me puso nervioso, sabía que algo no andaba bien por lo que intenté calmarla. Se veía desesperada.

Se preocupó al ver como palidecía y entrelazó sus manos con fuerza, transmitiéndole un poco de confianza.

—Ella había abortado a mi hijo, Riley.

Se envaró ante la confesión de su esposo y sus ojos se llenaron de lágrimas, ¿Francesca se había atrevido a matar a su hijo?

—Lo hizo por su reputación, porque sabía que jamás podría cumplirle y a mí me partió el corazón saber que un hijo mío había muerto por mis errores, por mi falta de determinación y valentía. El verla tan rota hizo que le prometiera que volvería por ella, que haría lo que fuera por impedir nuestra unión; pero nuevamente fui un cobarde porque quise que tú lo hicieras, que tú terminaras todo cuando mi deber era haberlo hecho yo mismo.

—Matt...

—No tenía a quien culpar, Riley —susurró angustiado, besando sus manos con demencia— y cometí el error de desquitarme contigo y cerrarme a toda posibilidad de tener una familia contigo.

—Lo siento tanto —sollozó con tristeza y lo abrazó con fuerza—. Lamento haber arruinado tu vida, Matt.

—No digas eso —pidió con voz ronca, presionando su agarre—. Te amo, siempre fuiste tú y por eso nunca fui por ella incluso una vez que estuve contigo.

—No te engañes. —Conectó sus miradas—. Si fuera como dices, nunca me habrías hec...

—Pensaba en mi hijo, Riley, sentía que lo traicionaba.

Lo miró con tristeza, en el fondo comprendía su dolor porque ella sabía lo triste que era perder a un hijo.

—Pero sabía que si me iba, que si salía en busca de Francesca; tu familia aprovecharía mi ausencia para arrancarte de mi lado. Se lo hicieron a Windsor con tu hermana, nada les habría costado hacérmelo a mí.

—¿Qué? —Frunció el ceño y Matt se pasó la mano por el pelo con frustración.

—Francesca quedó viuda al año de nuestra boda, ¿crees que no habría sido fácil ir por ella y hacerla mi querida?, ¿crees que habría sido una tarea difícil instalarla y darle todo el amor que decía sentir por ella?

—Es tu sentido de posesión.

—Nunca fui por Francesca porque tenía miedo que, en un descuido, tú desaparecieras de mi vida.

—Quizá hubiera sido lo mejor para ambos.

—No, porque si eso fuera verdad, habría ocurrido.

El destino los quería juntos.

—Debes saber que hay algo que me tiene intranquilo —susurró con voz ronca, acariciando su mejilla—. Te oí cuando le dijiste a tu hermano que te viste con Brown un día antes de nuestra boda, cuando te pidió huir y tú estabas con tu ropa de dormir. —Se puso tan rígida como una vara—. Sé que fui el primero, pero tú... ¿alguna vez te perdiste entre sus brazos?

—No... —confesó cabizbaja, pensando en todas las veces que se rehusó a recibir un solo beso suyo—. Me educaron para servirte, para serte fiel y complacerte; jamás me atreví a hacer nada con Jamie por mucho que él me lo pidiera.

—Si huías, ¿ibas a entregarte a él?

—Hay algo que no escuchaste, Matt. —Conectó sus miradas—. En el carruaje, Jamie me confesó que está enamorado de otra mujer y yo le dejé claro que sólo me iba con él por Gavin; para nosotros el cariño que sentimos en el pasado había pasado a convertirse en una honesta amistad. No lo amo, y posiblemente nunca lo hice porque no sé cómo se siente. Yo creo, qué si lo hubiese amado, me habría ido con él desde un principio sin dudarlo.

—Gracias al cielo.

Matt se alborotó su cabellera, sintiendo como un gran peso se desvanecía de sus hombros, y sonrió con satisfacción al saber que su esposa no estaba enamorada de Brown y nunca se fue con él con la intención de que formaran una familia.

—El amor duele —confesó, conectando sus miradas—. Duele cuando la persona que amas es infeliz, duele cuando no puedes tenerla a tu lado ni tocarla como realmente quieres hacerlo, duele cuando no tienes la menor idea de cómo acercarte a tu musa después de haberle hecho tanto daño; pero el amor también sana, Riley, gracias a ti y a Gavin dejé mis heridas del pasado donde corresponden y decidí empezar de nuevo, formar una familia y darme la oportunidad de admitir mis sentimientos y enmendar mis errores.

—Suenas como algo intenso. —Suspiró cuando rodeó su cintura y dejó que la besara con profundidad, perdiéndose en sus brazos mientras la tendía sobre la manta.

—Es intenso —afirmó entre beso—. Porque cuando ves a tu amada, quieres hacerle el amor con locura, arrancarle la ropa y tenerla en la cama por horas; pero luego, te das cuenta que no quieres asustarla y que por ella eres capaz de ser paciente y dejar que el tiempo ponga las cosas en su sitio.

—No debes amarme tanto —analizó con tristeza, sintiendo como sus manos se apretaban en sus caderas.

—Te amo como no tienes idea —respondió ofuscado, rompiendo el beso rápidamente.

—¿Entonces por qué no quieres hacerme el amor? —preguntó con tristeza, retirando la mirada—. Después de la noche que salimos de la ciudad te alejaste de mí como si te diera asco —soltó con congoja, recordando su lejanía—. Sé que soy nueva en todo esto y nunca me dijeron que debía hacer para satisfacerte, pero... No me diste la oportunidad de hacerlo otra vez hasta hace unos días; y ahora...

—No te presiono porque tengo miedo a asustarte, Riley —le cortó el monólogo, mirándola con incredulidad—. Tu primera vez no fue agradable y temo lastimarte, te amo tanto que me reprimo a mí mismo para no poseer tu cuerpo con vehemencia.

—¿Lo dices de verdad? —Acarició su rostro y el cuerpo le tiritó al sentir como tiraba de sus faldas hacia arriba, dejando sus piernas desnudas y expuestas a la intemperie—. Matt... alguien puede...

—¿Quieres saber lo que quiero hacerte? —La miró con pasión desmedida, enviándole un cosquilleo por toda la espina dorsal—. ¿Quieres saber lo mucho que te amo?

—Sí —confesó con lágrimas en los ojos, deseosa de conocer lo que se sentía ser amada por su esposo.

Él se apartó, preocupado, y Riley lo abrazó por el cuello.

—Basta —rogó angustiada—, tu inseguridad alimenta la mía, deja de pensarlo tanto, sólo ámame.

Matt no podía dejar de respirar con pesadez, ¿acaso era un sueño?, ¿cómo era posible que ella estuviera dispuesta a dejarse llevar por la seducción que él tenía para ofrecerle tan fácilmente? Acababa de confesarle su mayor secreto, la razón por la que su alma se cegó e hizo todo lo que hizo y lo único que ella le pedía era que dejara de sentir miedo y empezara a amarla de verdad.

Tomó posesión de sus labios, besándola como realmente deseaba hacerlo y se tragó sus gemidos con entusiasmo, disfrutando de la fuerza con la que su esposa se aferró a sus hombros y respondió a sus besos. Empuñó sus manos en el manto, evitando ejercer esa fuerza sobre su delicado cuerpo, y abrió los ojos sorprendido al ver como ella lo sujetaba de la muñeca.

—Tócame —pidió excitada, guiando su mano a su cadera.

—¿Y si te lastimo?

Él era un hombre muy fuerte y ya había visto lo que un simple golpe podía provocar en la piel de su esposa, jamás podría perdonarse si le dejaba algún cardenal por el cuerpo. Aún recordaba que la mañana después de hacerle el amor, unos suaves hematomas se habían formado en el glúteo que había apretado más de la cuenta.

Por eso no se atrevió a tocarla otra vez, porque era un salvaje.

—Quiero que seas tú mismo. —Tragó con fuerza, él mismo podía ser peligroso para ella—. Sé que no me harás daño.

—Riley —gimió desesperado, sintiendo una terrible presión en los pantalones, y dispuesto a complacerla y arriesgarse, volvió a juntar sus labios con fuerza y esta vez rodeó su muslo con proeza, elevándole la pierna para que lo rodeara por la cadera.

—¿De verdad lo haremos aquí? —Sonrió contra su boca y empezó a abrirle los botones de su vestido para tirar del escote femenino sin delicadeza alguna y dejar sus suaves pechos en libertad.

—No siempre debo hacerte el amor en la cama —gruñó excitado, lamiendo la cúspide erguida que se levantaba para él como si fuera un apetitoso chocolate. No fue amable, la lamió, la mordió, la chupó e hizo que su hermosa mujer se retorciera bajo su cuerpo gritando de placer.

Dejó de cohibirse, acarició la larga pierna con deleite, disfrutando de la suavidad de su esposa y rasgó sus interiores sin amabilidad alguna, disfrutando de su sorpresa y jadeo angustiado. Había querido tomarla con tanto desenfreno que no se creía capaz de parar. Amasó su pecho libre con ternura, estimulándola con la rodilla en la ingle, y se incorporó para mirarla a la cara y perderse en su hermoso semblante.

—¿Te gusta? —inquirió con voz ronca, apresando ambos pechos con sus amplias manos, y los amasó con maestría, pellizcando sus pezones en el momento preciso para provocar que su espalda se arqueara.

No había sido de mucha ayuda leer el perverso libro de su amigo, puesto que desde que empezó la lectura no pudo dejar de imaginarse a su esposa en diferentes poses, entregándose a él sin objeción alguna.

Gimió encantado ante la idea de girarla y poseerla por detrás, pero tragó con fuerza al imaginarse la conmoción que aquello podría causarle.

Deja de pensarlo tanto, sólo ámame.

Tiró de su esposa con fuerza, obligándola a sentarse frente a ella, y le sonrió con lujuria al verla tan aturdida. Se veía preciosa con las pupilas dilatadas y los labios semi abiertos.

—Ah... —gimió ella, presionando su ingle contra el regazo de la pierna que la estuvo estimulando, y la rodeó por la cintura con posesión desmedida.

—Desvísteme —ordenó y con movimientos torpes Riley tiró su levita hacia atrás. Se rio con diversión desmedida y decidió ayudarla un poco hasta quedar con el dorso desnudo, mientras ella seguía meciéndose sobre su pierna—. Si tanto lo deseabas, ¿por qué no me lo pediste? —Dejó un casto beso en su cuello y ella tiró la cabeza hacia atrás, deseando volver a tumbarse en la manta.

No se lo permitió, y como resultado quedó tan arqueada que sus pechos le supieron a gloria bajo la luz del día. Los acarició con la mano libre, abriendo el corsé salvajemente, y la instó a enderezarse de nuevo para besarla con lujuria.

—Necesito tomarte —confesó con voz ronca, lamiendo sus labios.

—Sí —suspiró ansiosa—. Hazlo, Matt.

Rápidamente se movió tras de ella y Riley lo miró sorprendida, interrogándolo con la mirada.

La rodeó por detrás, acariciando su pecho y vientre en resueltas caricias, y besó su hombro con hambre desmedida.

—Probemos algo nuevo —susurró con voz ronca, deseando recibir una aceptación de su parte, y ella asintió rápidamente—. Quiero hacerte el amor mientras observas el hermoso paisaje.

—¿Cómo? —inquirió confundida y Matt sonrió retorcidamente, empujándola muy suavemente por la espalda.

—Apóyate en tus manos y sólo confía en mí.

Haría que se perdiera en las garras de la lujuria y la seduciría de tal manera que su esposa buscaría hacer el amor con él todos los días, entregándose en cuerpo y alma. Sabía que no lo amaba, o al menos no estaba segura de qué era lo que sentía por él, pero no le importaba, lucharía por su amor y la conquistaría a como dé lugar sin importar el tiempo que pudiera tomarle.

Capítulo 29

Recibiendo la fresca brisa del viento contra su rostro, dejando que su pelo galopara al ritmo que su esposo implementaba sobre Zeus, Riley le sonrió a su hijo que risueño veía el paisaje mientras su padre dominaba magistralmente a su semental.

—Será un excelente jinete —comentó su esposo, reduciendo un poco la marcha para que Zeus pudiera descansar un poco.

Gavin gritó entusiasmado, tocando el lomo de Zeus.

—Cómo su padre —admitió Riley, arreglándose los tirabuzones rebeldes que se escaparon de su peinado.

—Veo que ya no le tienes tanto miedo a Zeus.

—He aprendido a convivir con él.

Los paseos matutinos era algo que hacían casi todas las mañanas desde que descubrieron que a su hijo le encantaba subirse a Zeus, por lo que no había forma de que Riley pudiera saltarse un momento tan íntimo y divertido en familia.

—¿No te gustaría aprender a montar?

Lo miró con sorpresa.

—No creo que sea buena idea.

—Nunca es tarde para aprender.

Lo pensó un poco, evaluando lo mucho que le gustaba sentirse tan libre mientras el animal galopaba a toda velocidad.

—¿Tú me ayudarías?

—Creo que ha quedado claro que soy un excelente maestro —susurró en su oído, mordiéndole el lóbulo de la oreja, y lo miró con lujuria por su seductor comentario.

Era verdad, no había forma de que Riley pudiera quejarse sobre las enseñanzas de su esposo; aunque ciertamente ahora mismo estaban hablando de otra materia.

—De acuerdo, acepto.

La única forma de perderle miedo a los caballos era empezando a montarlos, por lo que, si Matt estaría para guiarla y cuidarla, con gusto iniciaría con sus clases.

—Empezamos mañana por la tarde, dudo que Gavin nos brinde sus mañanas —espetó divertido y se rio por lo bajo.

A veces se cuestionaba si todo lo que llevaba viviendo era un sueño, el cómo su vida había dado un giro tan abismal le hacía creer que todo era demasiado irreal y bueno para ser verdad. Su esposo la amaba, su hijo había vuelto a ella para ser adorado y reconocido por el conde y Riley sentía que los sentimientos que estaba desarrollando hacia Matt eran bastante puros y hermosos, aunque aún no podía ponerles nombre.

Se quedó pensativa y prefirió no quedarse con la duda.

—¿Qué te hizo cambiar de parecer, Matt? —inquirió con curiosidad.

—¿A qué te refieres?

—¿Por qué viniste a mí?, ¿qué te llevó a entrar a mi alcoba aquel día que me informaste sobre

la fiesta de mi hermana?

—Te vi, Riley.

—¿Cuándo?

—Me cuesta conciliar el sueño y llevaba unos días planteándome alguna excusa para acercarme a ti, entonces un día en la madrugada te vi bajar y decidí seguirte con la intención de preguntarte si todo estaba en orden.

—Me habrías asustado mucho —reconoció algo cohibida.

—No sabía en qué condiciones te tenía mi madre hasta que le dije a Joseph que me dijera cuál era tu alcoba al día siguiente.

Matt aún recordaba lo mucho que le preocupaba el método que usaría para acercarse nuevamente a su esposa para ofrecerle un matrimonio cordial, esa noche se había quedado hasta las cuatro de la madrugada meditando sus siguientes movimientos y cuando no se le ocurrió nada se retiró a su alcoba, encontrándosela a medio camino mientras ella bajaba las escaleras silenciosamente y se dirigía hacia la cocina.

En un principio, Matt se había rehusado a creer que ese diminuto ser era su esposa, puesto que no la recordaba tan pequeña, delgada y frágil; en las penumbras de su casa se había visto como un tierno y asustadizo espíritu merodeando por su recibidor. No obstante, Matt no creía en los fantasmas por lo que no tuvo más remedio que seguirla para comprobar sus sospechas. Con un poco de suerte, podría iniciar una conversación casual con su esposa y proponerle un pacto de paz.

No era como si sintiera que tuviera disculparse con lady Devonshire, él fue la víctima de sus artimañas.

Se asomó a la cocina con toda la intención de interceptarla e iniciar una conversación con ella, pero paró en seco al oírla hablando con alguien más.

—¿De veras? —Se oía triste—. Creí que tendría un poco de suerte y encontraría algo para comer.

¿Estaba hambrienta?, ¿por qué bajar hasta la cocina y no pedir que le suban algo de comida?

—Lo siento mucho, milady. —No conocía esa voz, seguramente era su doncella—. Podría prepararle un caldo de pollo si desea.

—Pero para eso es necesario pollo y si tocas la despensa se darán cuenta que alguien entró a la cocina por la madrugada y te culparán.

—Pero lo haría por la señora.

Su risa lo tensó, y no precisamente porque fuera tierna o de un tono hermoso, sino porque estaba llena de amargura.

No comprendía nada, ¿tanta preocupación por un simple caldo de pollo?

—Dudo que esa causa apiade a lord Devonshire y a su madre.

Frunció el ceño. Ella podía pedir lo que quisiera, era su condesa y sus criados le debían respeto, si bien la privó de su dinero —hecho que lo avergonzaba de sobremanera y pretendía modificar—, nunca la privaría de un buen plato de comida ni atenciones.

—Oh, milady, si tan sólo pudiera hacer algo por usted.

¿Cómo un plato de comida?, ¿caso no le pagaba para que la atendiera?

Esperó pacientemente a que su esposa se alterara y pusiera a la criada en su lugar, pero se sorprendió gratamente cuando eso nunca pasó.

—No te preocupes.

Vaya... No se imaginaba a ninguna hija de los marqueses de Winchester con una actitud tan considerada, eran muchachas consentidas que siempre obtenían lo que querían. Evaluó el tono de su voz y reconoció que se le hizo diferente, en un timbre más bajo y ronco al que él recordaba.

—Iré al jardín, la anterior noche vi que el duraznero estaba tupido.

Eso explicaba por qué nunca la veía por el día, su esposa prefería salir en las noches. En un principio, se le había hecho muy gratificante no toparse con lady Devonshire en su casa, pero después de las fiestas navideñas, estando en un evento rodeado de sus amigos, siendo adorados por sus esposas, no se sintió muy cómodo por haberla dejado sola en Londres para las fiestas, otra vez.

Más cuando Francesca y sus razones de odio ya eran algo insignificante para él.

—Quizá si hablo con Joseph me permita prepararle algo.

¿Desde cuándo su mayordomo elegía si su esposa comía o no?

—No quiero poner al mayordomo en conflictos, él debe obedecer a lady Dalila y lord Devonshire y desde hace mucho que en esta casa se dijo que yo sólo tendría tres platos de comida al día.

¡¿Qué?!

Eso era absurdo, él nunca dio una orden como esa. La comprensión lo golpeó con fuerza haciendo que sus ojos se abrieran de par en par y apretó la mandíbula al deducir que su madre había abusado del poder y autoridad que le había dado en su casa.

—Préstame unas tijeras de jardín, estoy plantando unos tulipanes y hoy quiero ver cómo va su estado.

Lo correcto era que entrara a la cocina y ordenara que le prepararan un buen plato de comida a su esposa; sin embargo, la vergüenza y la impotencia hicieron que se quedara estático en su lugar, escuchando una conversación en la cual no era bienvenido.

—¿A esta hora?

—No creo que exista una mejor hora que esta para mí.

De pronto deseó verla e intentó por todos los medios visualizar su rostro. Fue imposible porque ella estaba de espaldas a él.

Maldición, no le gustaba la forma que estaba tomando el asunto.

¿Su madre la habría encerrado durante todo ese tiempo que él simuló que su esposa no existía ni era importante para él?

Cuando su esposa se retiró de la cocina por la puerta de servicio, Matt se dio unos segundos e ingresó al lugar, provocando que la criada respingara horrorizada por su poco común visita a esa área de la casa.

—Milord...

—Prepárale más que un simple caldo de pollo, sírvete lo que tú creas que pueda ser de su agrado y usa todo lo que creas necesario, para la señora de la casa no debe haber limitaciones.

—Cómo usted ordene, su señoría.

—No quiero que sepa que estuve aquí —ordenó con frialdad y la muchacha asintió rápidamente—. La seguiré y tú no dirás nada, ¿estamos?

—Sí, milord.

—¿Hacia dónde fue?

Cuando la criada le dijo qué dirección había tomado su esposa, Matt salió con paso

apresurado para alcanzarla y evitar que se encontrara con sus perros de caza, los cuales eran demasiados peligrosos porque no solían ser nada gentiles con los desconocidos. Ni siquiera lo eran con su hermana y madre, ¡ellos matarían a su esposa!

Sin embargo, paró en seco al ver como sus perros revoloteaban alegremente alrededor de la castaña mientras esta hacia algo en un sector del jardín con sus cultivos. Dios santos, en su vida vio a Julios agitando la cola con tanta felicidad mientras tenía la lengua afuera como si fuera un cachorro. Black no se veía tan entusiasmado, pero sí merodeaba alrededor de su esposa como si pretendiera cuidarla, siempre manteniéndose en guardia. Fue el primero en notarlo, pero como no lo llamó, no se acercó a dónde se encontraba. Freya seguía a Julios con entusiasmo, acercándose a su esposa para que le acariciara el hocico de vez en cuando.

Jamás comprendería qué magia utilizó su condesa para conquistar a sus animales más fieros y peligrosos, pero ahora le quedaba claro por qué ellos nunca destrozaban ese pequeño terreno.

Era el de su esposa.

Después de varios minutos en los que ella se distrajo con sus cultivos, Matt se escondió tras un gran seto cuando su esposa miró sobre su hombro en su dirección, sintiendo el pulso acelerado. Se había acercado con la intención de conversar con ella y ahora lo menos que quería era que su esposa lo viera, no tenía la menor idea de qué podría decirle.

No estaba listo para enfrentar a su esposa.

Lady Devonshire se incorporó y no le gustó su extrema delgadez, claramente su madre estaba detrás de todo esto.

Lejos de ir al duraznero como él había esperado, la morena se dirigió al lago artificial de su casa. Él solía utilizarlo de vez en cuando para nadar por las noches cuando no podía conciliar el sueño.

Sus perros la siguieron, escoltando su camino.

Manteniendo distancia, la vio arrodillarse para lavarse las manos y el rostro. Se quitó el salto, dejándolo tenso por su extrema delgadez, y tragó con fuerza cuando de la misma manera comenzó a lavarse los brazos.

No era que estuviera haciendo frío, pero tampoco el clima estaba tan cálido como para...

Rápidamente se volvió sobre su eje, dándole la espalda, al ver que pretendía desvestirse.

Por el sonido del agua dedujo que se había sumergido en su refugio y tenso como una vara se puso de cuclillas y aligeró la presión de su pañuelo sin atreverse a mirar más de lo que debería. Se quedaba sólo para cerciorarse que nada malo le ocurriría, aunque sus perros al parecer hacían esa tarea de maravilla.

Su mujer era... Intrigante.

Ninguna dama de su alcurnia se atrevería a nadar desnuda en un lago. Se frotó la sien con frustración, ¿cómo llegó a odiarla? Si cuando era una joven risueña no hacía más que arrebatarse sonrisas por sus ocurrencias mientras la observaba a lo lejos.

Matt se quedó frío en su lugar al ver la silueta de su esposa pasarle de largo y agradeció a los santos que no lo hubiera visto.

Ella se dirigió al duraznero y él quiso salir de su escondite para decirle que fuera a la cocina, que un buen plato de comida la estaba esperando, pero... ¿Cómo hacerlo? No sabía cómo hablar con ella, estaba avergonzado por todo el daño que le hizo.

Le quitó muchas comodidades y él era el único responsable de que ella estuviera así porque nunca se preocupó del bienestar de su esposa.

Llegaron al duraznero y la culpa lo invadió al verla recoger uno del suelo, limpiarlo en su

salto, y darle un mordisco como si fuera el mejor manjar de la temporada. Ella alzó el rostro en su dirección y Matt fue lo suficientemente rápido como para esconderse otra vez.

Esperó unos segundos y estiró un poco el cuello para verla.

Se sorprendió.

Estaba sentada en el césped y comía su segundo durazno con una radiante sonrisa en el rostro. Ella dejó de moverse, viendo todos los duraznos que estaban en el césped, y él frunció un poco el ceño al ver que se quedaba quieta por largos minutos.

Riley tendió su salto en el piso y tan rápido como pudo empezó a recoger varios de los duraznos poniéndolos sobre la prenda. Alzó le pequeño bulto que se formó en su salto y corrió hacia la casa, dejándolo petrificado en su sitio por la última sonrisa que pudo ver en su rostro.

No se comparaba a la de una mujer a la que regalaras un collar de diamantes, las sonrisas de esas mujeres eran de suficiencia, satisfacción y arrogancia. En cambio, la de su mujer, se asomaba más a la de un niño que acababa de recibir un chocolate después de una difícil jornada de trabajo.

La siguió, corrió tan rápido como pudo para ver que más haría.

Por suerte la encontró comiendo una buena ración de comida; carnes frías, queso, pan y un poco de zumo. Ciertamente no era lo más sano que la criada pudo servirle, pero era algo consistente y que a cualquiera le gustaría comer de vez en cuando.

Después de que comiera y bebiera dos grandes vasos de zumo, Matt se sorprendió al ver que su esposa sólo tomaba cuatro duraznos y le entregaba todo lo demás a su doncella, quien al parecer pronto festejaría el cumpleaños de su hijo y su esposa creía que con esas frutas podría hacerle un delicioso pastel.

La mujer se puso demasiado nerviosa y Mat tuvo que hacerse ver y asentirle para que aceptara el presente de su esposa sin sentir miedo alguno.

Riley se retiró de la estancia, dejándolo muy ensimismado en sus pensamientos, y Matt se cruzó de brazos deseoso de que Joseph saliera de la cama y le explicara por qué carajos su esposa estaba mendigando por comida a las cuatro de la madrugada y estaba tan delgada como si no viviera en una casa donde la comida abundaba.

—¿Me viste entrando a tu lago? —chilló horrorizada, presionando el abultado vientre de su hijo, y con una sonrisa hizo que aligerara la presión de su agarre.

—No me molestó.

—Pero estaba desnuda... —susurró apenada.

—Ya te había visto desnuda antes.

Y ciertamente en aquel momento su desnudez no fue lo que lo dejó tan deslumbrado, sino la valentía con la que había enfrentado la maldad de su madre durante dos años sin amargarse ni volverse una persona egoísta y maliciosa.

—Tu lago es hermoso —comentó mucho más relajada y le dio toda la razón.

—Cuando estemos en Londres, quiero nadar contigo por horas y —se inclinó para hablarle al oído— hacerte el amor hasta dejarte rendida.

—¡Matt! —Lo fulminó con la mirada, robándole una sonrisa—. No hables de eso delante de Gavin, es un niño.

—Y aún no entiende nada.

Su hijo miró con curiosidad la discusión que se estaba efectuando.

—Pero igual, no quiero que escuche esas cosas.

Acarició el cabello de su hijo con ternura y Matt besó su nuca de igual manera, agradeciendo en el alma que su esposa le hubiera dado una oportunidad tan valiosa para recuperar su matrimonio.

—Adoro tus perfumes —confesó con voz ronca, enterrando la nariz en su cuello—. Creo que podrías crear una empresa con ellos y venderlos.

—Estás loco, son perfumes caseros.

—De mejor calidad de los que mi hermana adquiere —agregó, blanqueando los ojos—. Apenas le duran unas horas, en cambio los tuyos se quedan en tu piel todo el día.

—¿Tú crees? —inquirió distraída, claramente no estaba tomando en cuenta su comentario, pero Matt se encargaría de que una vez en Londres ese proyecto se pusiera en marcha.

Quería que Riley triunfara con su trabajo y si bien no podrían decir que ella era la dueña directa del negocio, sí que ella podría jactarse de ser la creadora de la fragancia que generaría sensación en muchas partes del mundo.

Capítulo 30

—Querida, mientras el conde de Ross se meta en tu camino no conseguirás llegar a ninguno de tus objetivos —espetó el hombre delgado de porte elegante y mirada retorcida y Dalila bebió el contenido de su copa de whisky de un solo trago, lanzando un improperio por lo bajo.

—¿Por qué salvó a la bastarda? Ella ni siquiera debería interesarle.

—Tomando en cuenta que gracias a ese rescate se enteró sobre el trío de la muerte, los localizó y ejecutó en menos de dos semanas; fue algo muy provechoso para él porque a quien quieres matar es a su hermana pequeña y sobrino.

Enfurecida tiró su copa al piso y lanzó un bramido encolerizada. Dalila nunca quiso hacerse enemiga de un hombre tan peligroso como el conde de Ross, justamente por eso contrató a terceros para que se encargaran de su estúpida nuera y el niño que tontamente había creído muerto y no se había dado la molestia de corroborar si Riley no la estaba engañando.

—Seamos francos, querida, no puedes hacer nada por ahora; tu venganza debe esperar.

Empuñó sus manos indignada y fulminó con la mirada al único hombre que la amó de verdad durante sus mejores años de vida. Sin él, ahora mismo estaría en la mismísima calle; no obstante, no quería obedecerle, ¡ella quería su venganza!

—Al menos debo matar a la bastarda.

Él ladeó la cabeza, rechazando su petición.

—La tiene en su club y cuando la deje en libertad no la dejará sin protección.

—Él no la cuidará, debe odiarla tanto como odia a mi hijo.

—Independientemente de si lo hace o no, debes tomar en cuenta que ahora eres su enemiga y sabe que lady Gibbs puede ser de ayuda para encontrarte y, en el peor de los casos para ti, aniquilarte.

Se rodeó el cuello con verdadero temor ante la idea. El conde de Ross había matado con su gente a seis de los mejores esbirros de East End, hombres que ciertamente no merecían perdón, por lo que nadie le garantizaba que se tocaría el corazón para perdonarle la vida una vez que la estúpida de Laurine le contara todo lo que le hizo a su adorada hermana.

—Una persona me dio el posible paradero de tu hijo —dijo el pelinegro, captando su atención—. Vieron a un amigo escocés de tu hijo por Londres hace unos días y él cree que el conde pudo haber acudido a él para que lo ayudara.

—¿Escocia?

—Es una posibilidad latente, es un milagro que en más de dos meses el conde de Ross no hubiera podido dar con ellos.

Se dio unos toquecitos en el mentón, pensativa.

¿Qué podría hacer con esa información?

—¿Por qué no hacemos un intercambio con el conde de Ross; la información por lady Gibbs?

—Uno de mis deseos más retorcidos y ocultos es matar a esa mujer con mis propias manos —confesó con frialdad—, pero no por eso entregaré la vida de mi amado y único hijo a un hombre tan peligroso como el conde de Ross. Además, que él localice a mi hijo sólo mejorará la vida de

Riley y el mocoso y provocará la muerte de mi hijo.

La muerte de la bastarda podría esperar.

—¿Entonces deberías confirmar si tu hijo se encuentra en Escocia?

Lo miró con fijeza, tal vez... No necesitaba de esbirros para lidiar con una mujer tan débil como lady Riley y su insulso hijo.

Kornmack McDoughall estaba en un serio debate interno que implicaba regresar a Escocia y asegurarse que todo estuviera en orden o subirse a un barco y partir a cualquier parte del continente para volver a perderse una larga temporada de la avaricia y maldad de su padre.

El viaje sonaba tentador, pero por alguna extraña razón, no tenía la osadía de despegar los pies de dónde se encontraba para comprar un boleto y partir de una vez por todas en el siguiente barco.

Tal vez debería volver a Escocia y despedirse de su madre y hermana, aunque sea como una excusa para asegurarse de que se encontraban bien.

—¿Kornmack? —Dirigió su atención hacia la melodiosa voz que lo llamaba con un agradable acento francés y se puso en tensión al ver a Francesca, viuda de Marchant frente a él.

—Señora Marchant. —Apretó la mandíbula, ignorando su amable sonrisa que solía implementar para engatusar a sus víctimas.

Se percató de las dos doncellas que estaban tras de ella, una poseía a una niña en brazos de no más de un año, una edad muy similar a la de lord Torrington.

—¿Así saludas a tu vieja amiga? —inquirió con ternura y bufó sin etiqueta alguna.

—¿La zorra que me cambió por un buen amigo y le hizo creer que lo amaba sólo para despertar los celos del señor Marchant?

Francesca se envaró, revelando por fin su horrible personalidad, y le sonrió con sorna.

—¿No me superas?

Él odiaba las mentiras y nunca le gustó el cómo Francesca sedujo a Devonshire para captar la atención de un hombre que no la apreciaba, que no la quería y ponerlo a sus pies por los muy conocidos instintos de posesividad.

—¿Qué haces en Londres?

La hermosa rubia se acomodó uno de sus bucles rebeldes tras la oreja y se abanicó con suficiencia.

—Vine a buscar a Matt, ¿sabes cómo puedo llegar a su casa?

Enarcó una ceja, sorprendido.

—Él está felizmente casado, creo que lo mejor es que regreses a la tuya en París.

—Tonterías —farfulló—, él me ama.

—¿La muerte de Marchant de dejó en la calle? ¿Tu amado no pudo llenarte de los lujos a los que estabas acostumbrada?

—No es asunto tuyo.

—Tu hija es preciosa, espero no sea igual que tú.

—¿Vas a ayudarme a dar con Matt o no? —aseveró con enojo y sonrió de lado.

—Matt dejó la ciudad hace mucho, se fue con su hermosa esposa e hijo a disfrutar de la vida.

—¿Hijo? —Abrió los ojos de par en par, sorprendida—. Imposible, él dijo que jamás tendría uno con su esposa.

—Pues lo tuvo y lo adora como no tienes idea, me atrevería a decir que tiene la misma edad que tu pequeña.

La rubia palideció y como si no hubiera esperado una noticia de ese calibre empezó a mirar a los alrededores, alterada. ¿De verdad creía que podía llegar a Londres e irrumpir en la vida de Matt así como si nada?

—Él me ama, se pondrá feliz de verme.

—Te ama por que no sabe lo zorra que eres, Francesca —aseveró sólo para que ella escuchara y la miró con frialdad—. Seamos francos, estás aquí porque necesitas un protector y crees que un conde adinerado es tu salvación.

—¿Acaso te importa lo que haga con mi vida? Deja que sea Matt quien decida.

Sonrió con sorna.

—Tienes razón, dejaré que sea él quien decida, pero conociendo la verdad.

—No te atreverías —siseó.

—¿Por qué no?

—Fui tu amante antes de que él llegara a París.

—No me hagas recordarte las veces que te alzaste la falda ante mí, Francesca.

La cólera hizo que la rubia se pusiera tan roja como un tomate y dio un paso hacia atrás para tomar a la hermosa niña en brazos, rubia y de ojos verdes pálidos como los de su madre.

—Tengo prioridades y no dejaré que interfieras en mi camino.

La miró con lastima, sopesaba cuales eran sus problemas y sentía algo de pena por ella; no obstante, esa no era una razón para arruinar un matrimonio. Francesca tenía veinticinco años y su educación y belleza podrían ayudarla a conseguir un matrimonio estable, su falta de autoestima y seguridad hacia que se conformara con la primera oferta que se pusiera en su camino.

—Tengo unos asuntos que atender —espetó de pronto, despidiéndose como correspondía de la rubia para girar sobre sus talones y alejarse del muelle.

Debía informarle a Devonshire sobre la llegada de Francesca, si bien tenía la fe de que su amigo haría lo correcto, no estaba seguro de lo que Francesca haría para salirse con la suya. Por ahora, ella no podría molestar al conde porque no tenía ni la menor idea de donde se encontraba, así que no sería un problema.

Pronto se cumplirían tres meses desde que se encontraban en Escocia y Riley no veía la hora para regresar a Londres y encontrarse nuevamente con sus padres y hermanos; puesto que, si bien les había escrito con el fin de que se sintieran más tranquilos porque Matt estaba siendo muy bueno con ellos, estaba más que segura que seguían igual de preocupados por Gavin y ella.

Entendería que no la comprendieran de entrada y no apoyaran su idea de permanecer junto a su esposo, él no había sido un buen hombre en el pasado, pero Riley no podía negar que ahora mismo no se concebía lejos de él, de alguna u otra forma lo creía necesario para su vida, incluso se atrevía a decir que lo necesitaba.

¿Por qué?

No tenía la respuesta, simplemente no quería apartarse de su lado.

Matt no quería regresar todavía, le había ofrecido permanecer en la casa de McDoughall tres meses más con la intención de darse un respiro de la ajetreada temporada; no obstante, Riley sabía que su intención era dilatar el enfrentamiento que se levantaría entre su hermano y él, algo que por supuesto ella no quería que ocurriera porque de alguna forma esa confrontación involucraba a personas que eran muy importantes para ella.

Se abrazó a sí misma, evaluando el cielo nublado y oscuro, y lanzando un largo suspiro

emprendió un camino de regreso hacia su casa. Pronto anochecería y a Matt no le haría gracia que regresara tan tarde de su paseo, Riley había optado por darse unas horas del día para ella misma y debía admitir que le estaba resultando algo productivo porque cada vez comprendía más que la verdadera razón de su malestar era que estaba generando emociones sentimentales hacia su marido.

Se frotó los brazos por la fría brisa que hizo que la piel se le pusiera de gallina y jadeó sorprendida por el drástico cambio de clima, de haber sabido que se pondría tan fresco habría llevado una capa consigo.

A lo lejos vio que los criados preparaban a Zeus y con el ceño fruncido corrió hacia los lacayos, quienes hablaban entre sí con preocupación y en voz muy baja.

—¿Ocurrió algo malo? —inquirió con voz firme, provocando que todos respingaran.

—Lord Devonshire está muy preocupado por usted, milady, pensaba ir en su búsqueda.

Debió sospecharlo.

Satisfecha por la noticia del lacayo, Riley acarició el lomo de Zeus.

—Pero se vio retenido por la llegada de lord McDoughall, llevábamos esperando por él más de diez minutos.

Sus movimientos cesaron, suponía que el escocés tuvo que traer consigo grandes noticias como para apaciguar la histeria de su marido, quien pocas veces permitía que alguien o algo frenaran sus instintos de sobreprotección en cuanto a su persona.

—Iré a hablar con mi esposo para informarle sobre mi llegada, regresen a Zeus a los establos.

Con paso apresurado se dirigió hacia el despacho, donde seguramente se estaría efectuando la conversación, e implementando sus años de experiencia, inició un andar silencioso y sigiloso para que ellos no la escucharan. La puerta no estaba del todo cerrada, por lo que fue fácil captar el tono de voz de su esposo y amigo.

—¿Estás seguro de lo que me dices? —preguntó su esposo y no le agradó oírlo tan preocupado.

—Sí, tiene problemas económicos.

¿De quién estaban hablando?

—¿Le dijiste que estoy aquí?

—Por supuesto que no —bramó el escocés y Riley retrocedió un poco para evitar que su sombra delatara su presencia—. Tu esposa e hijo están contigo, Devonshire, no traeré a Francesca y a su hija a esta casa.

La sangre se le congeló y por unos segundos olvidó cómo respirar, ¿había escuchado bien? No... Seguro escuchó mal, no podía ser cierto, esa mujer no podía volver a entrar en sus vidas justo ahora cuando todo iba de maravilla entre ellos.

—¿La dejaste sola?

Se deprimió, ¿tanto le interesaba Francesca que se había olvidado por completo de ir a buscarla? Miró por la ventana que se encontraba al final del pasillo, ya era de noche y eso no parecía importarle a su esposo.

—No vi razón alguna para quedarme con ella.

—Hiciste mal, debiste ayudarla.

—No es tu obligación, Devonshire.

—Es más complicado de lo que te imaginas, McDoughall, Francesca es una persona muy importante en mi vida y jamás podría dejarla sola en su situación, quizás deba ir por ella.

El dolor que se alojó en su pecho hizo que Riley retrocediera por inercia y tragó con fuerza al oír la siguiente pregunta del pelirrojo.

—¿Es más importante que tu esposa e hijo?

No quiso quedarse, no quiso escuchar la respuesta de su esposo porque justamente por entrometida tiempo atrás él la había castigado. Salió de la casa, importándole muy poco la fría brisa, y empezó a respirar con pesadez al no ser capaz de controlar sus propias emociones.

Te amo.

Matt nunca llegó a amarla, creía sentirse así respecto a ella porque era su única opción, porque por más que él no quisiera: Gavin y ella siempre formarían parte de su vida, de su realidad. Una lágrima se deslizó por su mejilla y rápidamente la retiró de un manotazo al comprender una cosa: su esposo no le debía amor ni fidelidad, su único deber era brindarle todo lo necesario para vivir cómodamente.

Después de haber conocido lo que se sentía tener necesidades y no recursos para costearlas, Riley reconoció que no le importaría que él prefiriera a Francesca siempre y cuando la historia no volviera repetirse para ella, menos involucrando a su hijo en ese aspecto.

Contuvo su llanto, uno que quería brotar involuntariamente, y se alejó de su casa nuevamente dispuesta a dar un paseo con tal de aligerar la tensión de su cuerpo y aceptar la nueva realidad que se había presentado ante ella.

Jamás sería competencia para Francesca.

No tenía la menor idea de cuánto tiempo llevaba caminando, pero pronto empezó a llover y no le importó en lo más mínimo estar fuera de su casa sin abrigo, le faltaba el valor necesario para regresar y escuchar la noticia de su esposo de que partiría a Londres.

Se iría por otra mujer.

Permanecieron en Escocia con la intención de reforzar su matrimonio y ahora él pensaba tirar todo por la borda para ir en busca de su adorada Francesca.

Odió sentirse tan celosa, prefería volver el tiempo atrás y seguir siéndole indiferente a su esposo y lo que ocurriera dentro de su vida amorosa, así las cosas serían mucho más sencillas para ella.

Se refugió bajo un árbol y se apoyó en el tronco con los ánimos por los suelos.

¿Esa era la vida que le esperaba: un matrimonio cordial con un esposo infiel que mantenía dos hogares, uno para su no amada esposa e hijo y otro para su amante?

Se cubrió el rostro con ambas manos, sintiéndose culpable por su poco tino para sobrellevar la situación. Nunca debió enamorarse de su esposo, nunca debió permitir que su cuerpo y alma cedieran porque ahora él no los querría; no cuando su adorada Francesca había regresado por él.

Sin poder creer que su llanto fuera por culpa de su esposo, Riley se dejó caer y empezó a llorar sin consuelo alguno, sintiendo un horrible nudo en la garganta. Se había imaginado que su matrimonio sería tan feliz como el de su hermana, que su hijo recibiría tanto amor como sus sobrinos y que ella misma sería adorada y cuidada por su esposo; pero al parecer nuevamente la dura realidad la obligaba a abrir los ojos y agarrar concepto.

El amor era un logro casi imposible en los matrimonios arreglados.

Una extraña presencia hizo que mirara por los alrededores, pero la oscuridad de la noche no le permitió ver nada fuera de lo normal, así que decidió ignorarla.

Capítulo 31

—No, Francesca jamás será más importante que mi esposa e hijo —respondió contundentemente y volvió a mirar hacia la ventana.

Ya era de noche y debía ir en busca de Riley, no le gustaba que demorara tanto, eso era muy poco común en su esposa; sin embargo, sería un poco grosero que dejara a Kornmack colgado cuando su amigo había hecho todo un viaje desde Londres para informarle sobre la llegada de Francesca.

—Me alegra saberlo —confesó el pelirrojo y Matt suspiró con pesadez.

—Le debo mucho, ¿sí? —Él le había arruinado la vida, por no ser cuidadoso provocó que un ser tan tierno e inocente como Francesca acabara con la vida de su hijo—. Si necesita mi ayuda la apoyaré, pero eso no quiere decir que la dejaré inmiscuirse nuevamente en mi vida.

—Hay algo que debo decirte...

—¿No puede ser más tarde? —preguntó con rapidez, percatándose de como las primeras gotas chasqueaban contra el vidrio de la ventana—. Riley se fue de paseo y no ha regresado, debo ir a buscarla.

—Te acompañaré, ya es muy tarde.

Con un asentimiento ambos salieron de su despacho y se sorprendió al no ver a Zeus y los lacayos por ningún lado, su amigo llamó a los criados para pedir una explicación.

—Fue lady Devonshire quien nos dijo que lleváramos a su semental a los establos, milord —informó el lacayo y Matt frunció el ceño—. Entró hace mucho para encontrarse con su señoría.

—Ella nunca llegó.

Matt hizo que los criados corroboraran su afirmación y una de las muchachas de la cocina les informó que su esposa había vuelto a salir hace al menos veinte minutos sin dar información alguna y no había regresado todavía.

—Ensillen los caballos —ordenó McDoughall con rapidez—. Buscaremos por todo el terreno, lady Devonshire no pudo haber ido muy lejos.

Tomó a Zeus sin deseo alguno de seguir dilatando la búsqueda y salió a todo galope hacia el mirador, un camino que a su esposa le gustaba recorrer la mayor parte del tiempo. No lo comprendía, ¿por qué Riley no se había quedado? Ella mejor que nadie sabía lo peligroso que era merodear por las tierras de noche, esa era una de las razones por las que siempre le pedía que estuviera en su casa antes del anochecer.

Debió sospechar que algo iba mal en ella desde que empezó esas extrañas caminatas, algo la atormentaba, sólo eso podía explicar que se perdiera la mayor parte del día en sus pensamientos sin prestarle la debida atención y se pusiera nerviosa ante sus intrépidas preguntas.

Tragó con fuerza, ¿se habría cansado de seguir a su lado?

—¡Matt!

McDoughall lo llamó por su nombre de pila y por encima del hombro se percató de que su amigo le estaba pisando los talones.

—¡Ten cuidado con la tormenta!

—¡Debo encontrar a mi esposa! —bramó con enojo, no pensaba reducir su marcha.

—¡Si sigues a ese trote primero te encontrarás con la muerte! —le regañó y molestó trató de aligerar la marcha de Zeus; no obstante, a lo lejos el movimiento de unas sombras llamó su atención y agudizó la visión para ver que se trataba de un caballo negro y un jinete vestido del mismo color—. ¡McDoughall!

—Ya lo vi —exclamó el escocés y aceleraron la marcha.

El cuerpo del hombre se puso en tensión y Matt sintió que las venas le ardían por dentro al captar como subía a alguien al caballo.

—¡Alto ahí!

Era Riley, ese malnacido pretendía secuestrar a su mujer. En lo que el hombre se montaba a su caballo, Matt sacó su arma y con la adrenalina en las venas disparó antes de que el caballo saliera huyendo.

El grito agonizante del hombre les informó que el disparo había sido certero, pero el corazón se le subió a la garganta al ver como el animal se paraba sobre sus dos patas, asustado, y eso provocaba que el cuerpo de su esposa se deslizara cayendo duramente contra el piso.

—¡Riley!

El caballo salió huyendo con su jinete herido y Matt no se molestó en seguirlo. Saltó de Zeus sintiendo como el aire abandonaba sus pulmones y rápidamente se arrodilló sobre el cuerpo empapado de su esposa, ¿qué le habían hecho?, ¿qué hizo ese hombre para que ella estuviera inconsciente cuando intentó subirla sobre su caballo?

—Riley... —la voz se le quebró al ver la sangre en su rostro y ahogó un sollozo antes de cerciorarse de que su pulso fuera estable.

Al final, no pudo proteger a su esposa, y por más que quiso salir en busca de ese hombre y matarlo con sus propias manos, en ese momento sólo pensó en llevar a su esposa a su casa y traer a un doctor para que la atendiera.

No debería estar allí, sabía que su deber era estar en su cama, descansando y aguardando el regreso de los duques de Blandes quienes fueron al teatro esa noche; no obstante, ahí se encontraba Laurine, en el carruaje del conde de Ross, arqueándose y gimiendo para él mientras dejaba que tocara, besara y explorara su cuerpo.

Hace más de un mes que él la había regresado con los duques de Blandes.

Laurine nunca supo cuál fue el acuerdo de los nobles, pero al final el duque dejó que se quedara bajo el cuidado de Ross por un par de semanas, transcurso en el cual no hizo más que enamorarse locamente del hombre que la atendió y cuidó como si fuera el ser más importante de su vida.

¿Hace cuando que alguien hacía algo así por ella?

Por un momento pensó que él dejaría de frecuentarla cuando regresara a la casa de Blandes; pero no, Ross siempre iba a verla y Laurine debía salir de infraganti para reunirse con él en su carruaje.

Para todos era una vulgar bastarda, pero para Ross no... Ella era especial para el conde y eso la halagaba, uno de los hombres más acaudalados de la ciudad la creía perfecta y merecedora de un gran cariño.

El hombre que siempre quiso para ella.

Sus citas en el carruaje siempre se resumieron en besos y caricias inocentes que no traspasaban

la ropa; no obstante, esa noche, Laurine tenía el torso desnudo y las faldas arremolinadas alrededor de su cintura mientras el conde saboreaba ansiosamente su pezón izquierdo y sus dedos entraban en ella de una manera anhelante y adictiva.

—Ross...

—Un poco más —suplicó y Laurine lanzó un grito al sentir como enterraba profundamente sus dedos en su interior—. Déjate llevar, dulzura.

—Esto no está bien —gimoteó, consciente de que era una locura permitirle todas esas libertades, y armándose de valor sujetó su muñeca y lamentando su decisión lo instó a apartar los dedos.

Tenía miedo, dar ese paso podría ser muy arriesgado y ella no sabía cuáles eran las verdaderas intenciones del conde. Empuñó su cabellera castaña, disfrutando de las últimas arremetidas de su lengua contra su pezón, y jadeando lo vio apartarse.

Si tan sólo pudiera ofrecerle más...

—Tienes razón, dulzura —musitó con voz aterciopelada, mirándola con intensidad—. Si quiero estar contigo, mi deber es hacer las cosas correctamente.

El pulso se le disparó y parpadeó varias veces, sin poder comprender sus palabras.

—No te entiendo. —Su voz murió y él le sonrió con ternura.

—Te quiero, Laurine. —Acunó sus mejillas y la sinceridad en su voz fue tan palpable que no pudo no creerle.

La visión se le empañó y enderezando el cuerpo lo abrazó por el cuello.

—Yo también, Ross —confesó con un sollozo—. Eres lo mejor que me ha pasado en años, posiblemente en toda mi vida.

Ambos se abrazaron por largos minutos en los que él recomponía su camisola, corsé y vestido silenciosamente.

Su relación sería complicada: primero porque Ross y su familia odiaban a su hermano y segundo porque ella era un escándalo andante al ser una bastarda; sin embargo, si se unían en matrimonio quizás el problema con su hermano podría solucionarse, ¿acaso el amor no lo podía todo?

—Debes irte, dulzura, yo me fijaré que entres —espetó, besando su hombro antes de cubrirlo con su capa—. Vete ahora antes de que cometa una locura, tu olor me está enloqueciendo.

—Ross...

—Mañana vendré a verte.

—¿De verdad puedo creer que me quieres? —inquirió con un hilo de voz y él besó sus manos con devoción.

—Te amo, Laurine, y me duele hacerlo.

—¿Qué, por qué? —Se preocupó y él no le dio una respuesta, simplemente la miró con fijeza—. Si confío en ti, ¿prometes que nunca me dejarás sola?

El silencio espesó el lugar y ella insistió.

—¿Me lo prometes?

—Te doy mi palabra: jamás dejaré que estés sola —respondió con voz ahogada y ella, en vez de pensar un poco más en lo que estaba a punto de hacer, sonrió.

—Ven conmigo.

Bajó del carruaje y le pidió que la siguiera.

—No creo que sea buena idea, dulzura —dijo con inquietud y ella se rio.

—Tú... Sólo ven conmigo.

Lo metió a su casa, aprovechando que todos los criados estaban durmiendo y entre risas y pequeñas travesuras llegaron hasta su alcoba. Le pareció un poco curioso el cómo barrió el lugar con la mirada, pero no le prestó la debida atención porque pronto dejó caer la capa al piso y lo abrazó por el cuello.

—No debería estar aquí —susurró él, rodeando su cintura, y ella ladeó la cabeza.

—Desde ahora, quiero que tu lugar sea junto al mío —confesó con timidez y por un largo lapso él no hizo nada, por un momento pensó que la rechazaría hasta que él presionó su agarre y atrapó su boca con la suya con un hambre voraz, abriendo su vestido a tirones sin paciencia alguna.

—Te necesito, Laurine —expresó contra su boca y ella jadeó al escuchar como rasgaba su camisola—. He sido paciente, te he esperado como a ninguna otra, no creo poder alargar esto.

Con el cuerpo totalmente desnudo dejó que le separara las piernas para rodearlo con las mismas por la cintura y pronto estuvieron sobre el colchón, besándose con desenfreno. Ross empezó a quitarse torpemente sus prendas, sin importarle a donde podrían ir a parar, y le divirtió en exceso confirmar que un hombre tan controlado como el conde también podía perder la cordura.

—¿Qué es tan gracioso? —Se incorporó para quitarse las botas y los pantalones y con una carcajada separó las piernas para que pudiera acomodarse correctamente sobre ella.

—¿Qué pasó con tu autocontrol? —Acarició su mejilla y sin darle una respuesta volvió a besarla, demandando todo lo que ella podía darle.

Sintió una incómoda presión en su centro, donde hace unos minutos él le había hecho el amor con los dedos, y aferrándose al cuello de su amado, confió en él y dejó que se abriera pasó en su recinto, ahogando su propio dolor y dejando que las lágrimas bajaran por sus mejillas para poder sentirse uno con Ross.

Liberó sus labios, lanzando un gruñido ahogado, y manteniéndose lo más relajada posible, acarició su espalda en lo que él permanecía quieto y esperaba que pudiera adaptarse a su virilidad.

—Eres mía —soltó con voz seca y Laurine frunció levemente el ceño al no poder ver su semblante.

—Y tú eres mío, ¿verdad?

Apoyando su peso en sus antebrazos Ross se incorporó y empezó un suave vaivén que la hizo temblar de placer. Atenazó sus piernas alrededor de su cadera, presionándolo contra ella, y arqueó la espalda al sentir su dura estocada.

—Mía —suspiró él y volvió a tomar posesión de sus labios, acallando cualquier frase que ella pudiera decirle a partir de ahora.

A partir de ese momento, Laurine no pudo pensar más, su cuerpo y mente la traicionaron y pasaron a ser propiedad del hombre que la poseía con pasión desmedida, alargando el encuentro que para ella era la más dulce tortura y experiencia de su vida.

Era un imbécil, un maldito idiota por quedarse a conversar con McDoughall sobre Francesca en vez de ir en busca de su esposa. Sin pensarlo, nuevamente la había defraudado y había sido por culpa de la francesa, una mujer que lo seguiría atormentando hasta el último día de su vida por la pérdida significativa que ambos sufrieron hace ya varios años.

Retiró la lágrima rebelde que se deslizó por su mejilla y regresó al sillón que estaba ubicado junto a la cama de su esposa.

Si no hubiera llegado... Se frotó el rostro con frustración, tratando de comprender por qué ese

hombre intentó llevarse a su esposa.

¿Quién era?, ¿cuál era su propósito?

Sujetó la mano femenina y se la llevó a los labios. Al menos ahora su cuerpo estaba a una temperatura agradable y había recuperado el color de su semblante, cuando llegaron a su casa Riley estaba tan pálida como una hoja con los labios tirados al violeta, jamás comprendería por qué siempre tenía que verla en sus peores momentos; era demasiado doloroso y angustiante, y justamente por eso sabía que estaba locamente enamorado de su mujer, porque sin ella se volvería loco.

—Matt... —Alzó la vista para ver a su amigo bajo el umbral de la puerta—. He llamado tres veces —informó con suavidad y él asintió, no lo había escuchado—. Hemos buscado por todo el terreno, pero el hombre escapó.

—Estaba herido, no pudo haber llegado tan lejos —gruñó con enojo sin soltar a su esposa.

—Creemos que estaba acompañado, sólo eso puede explicar que no haya dejado rastro algo.

—Debí matarlo —soltó con impotencia y acarició la frente vendada de su esposa—. Es mi culpa.

—La salvaste, si tú no hubieras llegado...

—Mi disparo hizo que el caballo se alterara y ella cayera.

—De no haberlo hecho se la habrían llevado.

—El doctor dijo que no sabe cuándo despertará, ¿tienes idea de la incertidumbre que siento?

—No, no la tengo —reconoció—, nunca he amado a una mujer tanto como tú amas a tu esposa.

—No puedo perderla.

—¿Tienes idea de qué pudo haberla hecho abandonar nuevamente la casa?

—No, ella no suele ser tan imprudente.

—¿Crees que nos haya escuchado?

Lo miró con sorpresa y las manos se le tensaron al considerar aquella posibilidad; sin embargo, la descartó inmediatamente, él había dejado claro que la amaba, por lo que Riley no habría reaccionado tan impetuosamente por la llegada de Francesca; es más, ella habría entendido su deseo de ayudar a la rubia porque conocía sobre su pasado con ella.

—No —musitó con tristeza—, simplemente no fue una buena idea.

Dios santo, estaba tan nervioso que sólo quería retroceder en el tiempo e impedir que ella saliera ese día. El doctor le había dicho que el golpe en su cabeza había sido extremadamente fuerte y no garantizaba que su despertar fuera agradable, ni siquiera pronto, por lo que el respirar y sobrellevar el asunto le estaba costando toda una vida.

Tal vez después de todo no merecía a una mujer tan buena como su esposa, puesto que la vida le estaba restregando en la cara que jamás podría cuidar correctamente de ella.

¿Por qué le costaba tanto llegar a las mujeres que le arruinaron la vida?

¿Es que el conde de Ross no dejaría a la bastarda tranquila ni su hijo descuidaría unos minutos a su esposa?

¡Jamás viviría tranquilamente mientras ellas vivieran!

Le habían quitado todo; a su esposo, a su hijo y ahora le arrebataban al único hombre que la amaba de verdad.

—¿Cómo se encuentra? —preguntó al ver que el doctor abandonaba la alcoba.

—Estable, pero no puedo garantizar que vuelva a caminar como antes, milady.

Al menos seguía vivo, él había perdido mucha sangre durante todo el trayecto y Dalila había perdido todas las esperanzas de salvarlo.

—Desea hablar con usted.

Canceló los honorarios del médico e ingresó al dormitorio, viendo al pelinegro sentado en la cama con el rostro pálido y cansado.

—Estuvimos cerca —comentó él, arrastrando sus palabras—. Supongo que en un futuro ya habrá otra oportunidad.

—¿Me seguirás ayudando? —inquirió sorprendida y el hombre le sonrió con ternura, una ternura que su esposo nunca tuvo para ella.

—Por supuesto, querida, pero lastimosamente debo decirte que por ahora debemos parar. No estamos ni en condiciones ni con los recursos para atacar a lady Devonshire y lady Gibbs, menos cuando sus guardianes son dos hombres tan peligrosos y poderosos. Supongo que estarás de acuerdo conmigo, ¿verdad?

—Sí —admitió, derrotada—. Pero si no es ahora, ¿cuándo?

—Tiempo al tiempo, Dalila —musitó él, clavando la vista en su pierna—. Tiempo al tiempo.

De acuerdo, sería paciente, aguardaría por su venganza, pero tarde o temprano esas dos mujeres volverían a saber de su existencia y se arrepentirían de haberse puesto en su camino.

Con mucho cuidado Ross se liberó del abrazo de lady Gibbs, evitando despertarla, y se vistió sin prisa alguna observándola con sequedad.

Cometió un terrible error al dejarse llevar y poseer el cuerpo de la rubia. Sin embargo, no tenía tiempo para lamentarse, por lo que rápidamente empezó a buscar las cartas que Devonshire solía enviarle.

Era un poco más de las cuatro de la mañana, por lo que aún estaba oscuro y debía ser cuidadoso de no chocar con nada. No perdería el tiempo buscando entre su ropa y cajones, se iría a aquel lugar donde siempre existía una grieta para esconder algo.

No le sorprendió encontrar esa angosta división entre la pared y la chimenea. Sin poder ver mucho sujetó el abanico de la dama y abriéndolo lo ingresó por el espacio. Chocó con algo y sonrió victorioso. Él conocía los mejores escondites gracias a sus curiosas hermanas que de pequeñas solían husmear entre sus cosas.

Revisó las cartas una a una asomándose al escaso fuego de la chimenea y empuñó las manos al encontrar aquello que estaba buscando.

Ya no tenía nada que hacer en ese lugar.

Capítulo 32

Riley no sabía qué dolía más, si el dolor que sentía en la frente y en el cuerpo o el ver al hombre que amaba caminando de un lugar a otro mientras ordenaba a su gente que fueran nuevamente por el doctor.

Retiró la mirada, recordando que su único propósito era volver a Londres para reencontrarse con su amada, con la única mujer que él amaba: su adorada Francesca. Una lágrima se deslizó por su mejilla y empuñó las manos sobre las sábanas al sentir como el colchón se hundía junto a ella.

—¿Te encuentras bien?, ¿te duele algo?

Sí, le dolía el corazón.

No le dio una respuesta, no quería hablar con él, lo único que quería era que Matt se fuera y le hiciera ver de una vez por todas que su prioridad era Francesca. No quería su pena, no deseaba obligarlo a quedarse en un lugar donde no quería estar.

—Devonshire.

McDoughall había estado junto a ellos durante los últimos dos días porque a su esposo no le había sentado bien que ella despertara y no fuera capaz de contarle nada de lo que había ocurrido; y es que ciertamente Riley no sabía cuándo se desmayó ni cómo fue que un hombre pretendió raptarla.

—¿Crees que no pueda oírnos?

Giró el rostro hacia el pelirrojo, ¿por qué deducía que después de la caída quedó sorda?

—¿Cómo? —Odió ver la angustia en el rostro de su esposo y antes de que sacara sus conclusiones, Riley acunó sus mejillas e hizo que la mirara—. Mi amor...

Ladeó la cabeza, negando la afirmación del escocés.

—¿Entonces por qué no me respondes?

Porque no quería decirle que lo amaba y que había escuchado su conversación con lord McDoughall, porque no quería romper en llanto cuando tuviera que decirle que aceptaba tener un matrimonio cordial y que él era libre de amar a Francesca.

Se envaró ante aquel descubrimiento.

¿Desde cuándo ella era tan egoísta?

Llevaba dos días reteniendo a su esposo, haciéndole creer que su estado era grave, cuando lo cierto era que no hablaba porque se había dado cuenta que eso hacía que él se quedara a su lado la mayor parte del tiempo.

Sollozó con tristeza, esa no era ella, ¡Riley no era una persona tan ambiciosa!

Ella no podía ambicionar lo que nunca fue suyo, el amor de Matt debía ser entregado a la persona que él eligiera.

No fue de mucha ayuda que él la envolviera en un fuerte abrazo, puesto que eso hacía que quisiera aferrarse a la posibilidad de ser feliz en su matrimonio, viviendo un engaño y forzando a su esposo a fingir que la amaba.

«Él puede elegirme», pensó con congoja. Sin embargo, él no lo haría.

Matt quería irse a Londres, incluso pensó en dejarlos a Gavin y a ella por esa mujer.

El sonido de unos cascos hizo que el escocés entrara en tensión y se desplazara por la estancia hacia la ventana de su alcoba. Llevaba tres días en cama, sin recibir un solo rayo de sol y con la cabeza vendada, realmente se sentía muy enferma por ese auto encierro que se impuso.

—¿Quién es ese? —bramó el escocés y Matt se volvió hacia él con rigidez.

—¿Qué sucede?

—Un hombre se está adentrando al terreno y no obedece a mi gente.

—¿Cómo?

¿Sería el hombre que intentó secuestrarla? Su esposo se asomó junto a su amigo y Riley hizo una mueca al ver como sus hombros se cuadraban y adoptaba una postura de defensa.

¿Quién era?

Sus miradas se encontraron y Riley tragó con fuerza al imaginarse la respuesta de su pregunta.

—No salgas de aquí, ternura —pidió, tratando de sonar tranquilo, pero lastimosamente la tensión fue palpable en su semblante—. Que escolten las alcobas de mi esposa e hijo.

—¿Lo conoces? —inquirió McDoughall.

—Llevo un tiempo esperando su llegada.

Los ojos se le llenaron de lágrimas y sin recibir una última mirada por parte de su esposo, Riley vio como Matt abandonaba su alcoba seguido de lord McDoughall. Las manos no podían dejar de temblarle, la situación se había tornado de una manera muy poco ventajosa para ella; dado que lo último que quería era dejarlo ir, alejarse de él y otorgarle todo un camino libre para permanecer junto a Francesca.

Matt se dirigió al piso inferior, sintiendo el pulso alterado, y maldiciendo mentalmente dedujo que no podía haber peor momento para que el conde de Ross los hubiera encontrado. Riley estaba herida, posiblemente el golpe de la caída le generó un problema en la cabeza y su cuñado pensaría lo peor e intentaría arrebatarla junto a su hijo.

Algo que no pensaba permitirlo.

Cuando llegó al recibidor, no le sorprendió ver como el conde de Ross se adentraba al lugar con un aspecto agresivo, amenazador y desaliñado; no le sorprendería saber que su viaje tuvo muy pocas paradas con el fin de llegar lo antes posible a Escocia.

—¿Dónde están? —masticó sus palabras, posicionándose a unos metros de distancia, y Matt cuadró los hombros con determinación.

—No recuerdo haberte invitado, así que te pediré que te retires.

—¿Dónde están?! —insistió, elevando la voz.

—Mi esposa e hijo están perfectamente en sus alcobas; ahora lárgate —escupió encolerizado, ¡él no tenía por qué meterse en su vida matrimonial!

—Pienso llevármelos y nadie va a detenerme, Devonshire. —espetó con frialdad—. Esconderte en Escocia fue una estrategia maravillosa, pero nada con lo que yo no pueda lidiar.

No deseaba empeorar la relación que tenía con su cuñado, porque de por sí ya era muy mala, pero Matt no tuvo más remedio que elevar la ceja indolente y mirarlo como si fuera una vil cucaracha.

—Sobre la vida de mi hijo y mujer decido yo.

—Eres un malnacido —escupió, provocando que los hombros le crisparan, y no quiso ver la sorpresa en el rostro de su amigo, quien había preferido mantenerse al margen de la conversación—. Le hiciste la vida imposible por años, pretendiste matarla bajo tu propio techo y cuando ella tuvo la oportunidad de ser feliz con un hombre que la amaba se lo arrebataste todo: a su hijo, su libertad y al único hombre que amaré hasta el último día de su vida.

—Eso no es cierto —siseó furibundo, presionando sus manos en dos puños.

—¿Me dirás que no la privaste de dinero, que no la privaste de su libertad y que jamás le faltó un buen plato de comida a mi hermana?

—Todo tiene una razón de ser.

¡Fue su madre quien lo mantuvo engañado todo ese tiempo!

Escuchó como su amigo respiraba con pesadez y dedujo que más adelante tendría que darle una larga explicación de cómo sucedieron las cosas en su vida después del día de su boda. No se sentía orgulloso de nada, Matt sabía que su actuar fue bajo e inhumano porque fue él quien permitió que de alguna manera las cosas se desarrollaran así, pero... ¿acaso no podía arrepentirse?, ¿es que jamás podría obtener el perdón de la gente que estaba a su alrededor, incluso cuando su esposa ya lo había perdonado?

Ross intentó pasarlo de largo para dirigirse hacia las escaleras y Matt se interpuso en su camino provocando que toda etiqueta y protocolo social se rompiera y ambos empezaran a forcejear allí mismo.

—No dejaré que te los lleves —decretó con un gruñido—. Son míos.

—Desde tu tumba no podrás reclamarlos —espetó y el primer golpe se estrelló en el rostro de Devonshire, quien no se dejó amedrantar y respondió de igual manera consiguiendo alejar a su cuñado de las escaleras.

—Creo que hay maneras más civilizadas de aclarar las cosas.

McDoughall intentó acercarse a los hombres que iniciaban con una pelea cuerpo a cuerpo, pero paró en seco al oír la delicada voz de una mujer que él había creído totalmente loca después de haber recibido un terrible golpe en la cabeza.

—Ross...

Esa simple palabra hizo que ambos hombres se separaran y se giraran en su dirección, Matt se olvidó completamente del conde y caminó hacia su esposa —sorprendido de que pudiera hablar y se hubiera levantado de la cama—, quedando como piedra al ver que esta lo pasaba de largo y se lanzaba a los brazos de su hermano.

—Sácame de aquí, hermano. —El sollozo de Riley hizo que se volviera hacia ella con rapidez y la respiración se le tornó pesada al oír su suave llanto—. Gavin y yo no tenemos nada que hacer aquí.

—Riley... —susurró sorprendido y la piel se le erizó cuando sus miradas se encontraron—. ¿Por qué dices eso, ternura? Nosotros...

—Tú me obligaste a venir —espetó dolida, retirando la mirada—; no existe un nosotros.

Se envaró, sintiendo como su mundo se venía abajo al comprender que todo lo que vivieron en los últimos meses no fue más que una mentira; una realidad inexistente que se generó desde el momento que se impuso a su esposa generando temor y sumisión por su parte. Riley sólo hizo lo que él quería que hiciera, jamás actuó por decisión propia.

—¿Qué te hicieron? —La tensa y fría pregunta de Ross hizo que los condes de Devonshire se pusieran en tensos y ambos lo buscaron con la mirada, encontrándose con un semblante aterrador.

Riley respingó cuando su hermano acarició el vendaje que tenía en la frente y tragó con fuerza por no haber deducido que su estado podría traerle muchos problemas a su esposo, a quien se suponía que en aquel momento le había entregado su libertad para que se fuera con su adorada Francesca.

—Fue un accidente, me caí cuando intenté cabal...

—Por el honor de mi hermana —empezó a decir, elevando la voz con dureza, y Riley temió lo

peor—, el cual dejaste por los suelos en Londres, te reto a un duelo de muerte, Devonshire.

—¡No! ¡No puedes, Ross! —chilló y se volvió hacia Matt, horrorizada. Su intención al salir de su alcoba nunca fue provocar un duelo entre los dos hombres más importantes de su vida, ¡ella sólo quería dejarle el camino libre a su esposo!—. Ignóralo, no debes aceptar ese duelo porque a mí no me importa lo que se diga en Londres, no puedes permitir que las cosas lleguen más lejos. Laurine te necesita —imploró con lágrimas en los ojos y él conectó sus miradas.

Ella también lo necesitaba, pero Matt amaba a Francesca y ella no volvería a interponerse en su camino.

—No lo hagas, Matt —suplicó angustiada.

—Si muero será más fácil para él llevarte, vivo no creo poder renunciar ni a ti ni a mi hijo —espetó su esposo con frialdad, claramente dolido por su comportamiento, y Riley negó rápidamente con la cabeza tratando de hacerlo entrar en razón.

—Ella no preparará tu muerte, Devonshire, mi hermana tiene el corazón que a ti te falta —se mofó Ross abiertamente, generándole un mal sabor en la boca—. Pero seamos sinceros, ¿crees que se quedaría contigo por qué te ama? Lo haría para salvarte la vida y porque creció para servirte, para someterse a ti; es un mecanismo de defensa, cede a ti porque es lo primero que le enseñaron desde que tiene uso de razón.

—Es mentira —sollozó con un hilo de voz, sintiendo como las piernas le menguaban.

—¿Lo es? —insistió su esposo, sin expresión alguna en el rostro, y Riley sollozó con tristeza.

—¿De verdad crees que mi hermana te elegirá a ti después de todo lo que le hiciste vivir por años?

Por más irónico que pareciera; la respuesta de Riley era un contundente sí.

—La vi parir a su hijo, en una casa vieja, sobre simples mantas y muriendo de frío. Fui testigo del terror que le daba la idea de meter a tu heredero a su casa, prefirió regalarlo antes de ceder a su hijo a una bestia como tú, Devonshire. Ella accedió a irse con otro y lo mejor que pudiste hacer fue utilizar a Gavin como anzuelo para someterla a tu voluntad y hacer que te siguiera sin objetar.

Matt estaba tan pálido como una hoja y ella no quería seguir escuchando las palabras de su hermano, puesto que lastimosamente era verdad y le dolía en el alma sentir la desazón de las duras verdades de su esposo.

—No me sorprendería enterarme de que la violaste esa noche.

La sangre se le congeló y su mirada se encontró con la de su esposo, quien por primera vez desde que estaban en Escocia la miró con verdadero dolor y vergüenza.

—Debes ser libre —musitó, acunando sus mejillas—. Nunca me amarás y no puedo juzgarte por ello. —Las lágrimas se deslizaron por sus mejillas sin consideración alguna. Ella ya lo amaba—. Te he hecho mucho daño, ¿verdad?

—Matt...

—El dinero que no está vinculado al título es todo tuyo, úsalo para encontrarte con Brown y cuida de mi hijo y Laurine, por favor.

—No... No aceptes, no lo hagas —suplicó desesperada y buscó ayuda en el pelirrojo, quien con una seria mirada le dijo que no debía meterse en ese asunto de caballeros—. No hagas esto Matt, si lo que quieres es que me quede contigo no me iré, ¡pero no aceptes este duele! ¡No puedes hacerme esto! Piensa en Gavin, piensa en mí.

—Es lo que estoy haciendo, ternura. —Dejó un casto beso en su frente y Riley sollozó desconsolada.

Al ver que no conseguiría nada con su esposo, le regresó su atención a Ross.

—No puedes. —Avanzó hacia él—. No hagas esto, Ross, hay muchas cosas que tú desconoces y no entiendes. Déjalo tranquilo, si sigues así no me iré contigo.

Su hermano la miró con tal frialdad, que Riley tiritó en su lugar.

—Te manipuló, el tiempo hará que olvides esta pesadilla que viviste por años. Tendrás una mejor vida junto a Gavin, harás una familia y, por supuesto, no te encargarás de lady Laurine, ella no es tu responsabilidad.

Al darse cuenta que Ross estaba muy cegado por el odio, Riley regresó con Matt.

—Échalo, si realmente me amas no lo escuches.

Matt la miró con fijeza, como si se estuviera debatiendo entre la vida y la muerte. Bueno, en realidad lo estaba haciendo, por lo que no podía tomar esa decisión tan a la ligera. El silencio la hizo gimotear, él no podía morir, Laurine, Gavin y ella lo necesitaban.

Por último, si no era capaz de pensar en su hijo y ella, que pensara en Francesca, ¡ella también lo necesitaba!

—¿Por qué insistes, no es mejor que esté muerto?

Abrió la boca para contestarle, pero su hermano la interrumpió justo a tiempo.

—Eres tan cobarde, Devonshire. —Se volvió hacia Ross, odiándolo con cada fibra de su ser por querer manipular a su esposo—. Tendré que añadir algo que te hará aceptar la contienda te guste o no la idea.

—¡Cállate, Ross! ¡No puedes meterte en mi matrimonio! Tú...

—Me aproveché de la bastarda —soltó con dureza y ambos se petrificaron—, y no, no me haré responsable. Así que tú decides, me encantaría un duelo de pistolas. Así te mueres más rápido, infeliz.

Capítulo 33

¿Es qué nadie pensaba escucharla ni tomar en cuenta su opinión?

¡Ella no quería que dos de los hombres más importantes de su vida se enfrentasen a un duelo de muerte!

Llegaron al jardín y sin perder el tiempo corrió hacia su hermano —dado que su esposo se había encargado de mantener una clara y larga distancia con ella— y lo sujetó del brazo.

—No elijas por mí, te lo suplico, no hagas esto —musitó y él la ignoró, soltándose de su agarre para acelerar su marcha.

Nunca pensó que algún día llegaría a sentir rencor por su hermano. Ross debía escucharla, comprender que estaba bien y se iría con él sin necesidad de llevar las cosas tan lejos. Matt era bueno, no negaría que cometió muchos errores, pero en el fondo era un hombre grandioso, no merecía ese final, ¡todo era culpa de su madre!

Tanto su esposo como su hermano aceptaron el arma que se les entregó y evaluaron la suya antes de iniciar el conteo. Cada pistola poseía un solo cañón cargado.

—No lo hagas, Ross —imploró con voz rota—. Yo... No quiero que le suceda nada malo —sollozó amargamente, dejando que todos los presentes la escucharan.

—Cuando conozcas a un caballero de verdad te darás cuenta que te salvé la vida —dijo con frialdad y ella sollozó, el alma se le venía abajo.

—No puedes matarlo. Piensa en mí, en la dama que arruinaste, la dejarías sola en caso de que pretendieras no responderle. Si tuviste tiempo para seducir a Laurine, sabes que es un ser inocente.

—Suficiente —bramó Matt, haciéndola respingar—. Este duelo se llevará a cabo y ni tú ni nadie lo va a impedir.

El escoses tiró de ella para alejarla de los caballeros y frustrada vio como ellos tomaban posición frente a frente. En ese duelo el que parecía el vencedor era su hermano, quien con gracia y confianza se movía y escuchaba las reglas al pie de la letra.

Ambos se dieron la espalda y el conteo de los diez pasos dio inicio.

Uno, dos, tres... Riley empezó a temblar, repentinamente mareada y asustada. *cinco, seis, siete...*

—¡No, Matt!

Rígida al escuchar la voz de su cuñada, Riley se volvió hacia la casa y vio a Laurine salir de ella con paso acelerado. Tenía los ojos hinchados de tanto llorar y estaba tan pálida como una hoja.

¡Diez!

El corazón le bombeó con fuera y regresó la vista hacia el duelo, quedándose tan tiesa como una vara, y tragó con fuerza al percatarse que ambos se apuntaban con sus pistolas, pero ninguno disparaba.

Laurine llegó a ella y fue entonces cuando Riley leyó lo que su hermano murmuraba para la rubia.

Lo siento.

—¡No, Ross!

Y el primer disparo resonó, opacando su grito, y fue ahí cuando el conde de Devonshire cayó sobre la fría hierba, bajo el rígido silencio de todos los presentes.

—¡Matt! —Llegó a él y empezó a respirar con dificultad al ver como la sangre mojaba todo su torso—. No, Matt...

—Hágase a un lado, milady —le pidió McDoughall y junto a los lacayos lo trasladaron a su habitación para que el doctor pudiera atenderlo.

Laurine los siguió a un paso inestable.

En ese momento cayó en cuenta que el duque de Blandes estaba presente, seguramente fue él quien trajo a su cuñada hasta Escocia. Con pasos lentos intentó seguirlos, pero la suave mano de su hermano atenazó su muñeca y sin palabras le pidió que se quedara, que hablara con él unos minutos; pero no estaba en su mejor momento y ahora mismo su esposo necesitaba tenerla a su lado.

—Lárgate.

Se zafó de su agarre y sacando fuerza de donde no la tenía, salió corriendo hacia la habitación donde su esposo empezaría una complicada cirugía para que le extrajeran la bala. El llanto de su hijo fue lo primero que llegó a sus oídos, seguramente el disparo lo había despertado. Nuria se encargó de Gavin y ella entró al cuarto junto a Laurine, ambas ayudaron en todo lo que pudieron sin importarles llenarse las manos de sangre y mancharse los vestidos.

Él reaccionó solo para gritar de dolor, Kornmack y un lacayo lo sujetaban para impedir que golpeará al doctor y ella le murmuraba cosas para tratar de calmarlo mientras sujetaba el paño que él debía morder para evitar lastimarse la lengua.

La herida era en el hombro izquierdo, por un momento pensó que su hermano le había disparado en el corazón, por lo que nada estaba perdido. Después de casi dos horas de intervención, Laurine y ella se encargaron de secar el cuerpo sudoroso de Matt, mientras observaban como las vendas cubrían la herida en su hombro.

—Laurine...

—No quiero hablar ahora.

Se deprimió, su amiga estaba destrozada y ahora cometería el mismo error de Ross: culparla por los errores de su hermano.

—¿Por qué no vas a atender al salvaje de tu hermano? —escupió con enojo, impidiendo que tocara el rostro de Matt, y sorprendida la buscó con la mirada—. ¿O es que no se irá hasta estar seguro de que mató a mi hermano?

—Laurine... Ross estaba mu...

—Lárguense, ¡váyanse de una maldita vez y déjenos vivir tranquilos!

—No puedes culparlo por odiar a Matt, tu hermano no fue un santo —soltó con impotencia, tratando de defender a Ross.

—Quiso recuperarte, quiso reivindicarse, todos tienen derecho a equivocarse.

—Ross tuvo que llevarse a mi hijo cuando él nació porque creí que tu hermano sería un peligro para Gavin.

Laurine abrió los ojos sorprendida y apretó la mandíbula.

—¿Le escondiste un hijo?

—Sí —respondió con seriedad.

—¿Por qué? ¡No era tu derecho! ¡Ese niño es de mi hermano!

—Porque Matt también cometió sus errores y no iba a arriesgar a mi hijo.

—Vete, Riley —suplicó, repentinamente angustiada—. Saca al conde de Ross de esta casa y empieza la vida que siempre quisiste con mi sobrino. Sé que mi hermano no es un santo —soltó con lágrimas en los ojos—, pero es lo único que tengo y la única persona que me ama de verdad. No quiero perderlo.

—Laurine...

—Déjame a solas con él, no dejaré que nadie entre a verlo más que el doctor y las criadas que me ayudarán a atenderlo.

—Es mi esposo.

—Dio su vida por tu libertad, ahora no seas malagradecida y lárgate.

Laurine se encontraba en un estado en el que no aceptaría razones, por lo que, sin atreverse a seguir discutiendo con ella, salió de la alcoba de su esposo y se quedó plantada allí afuera, rezando porque él pudiera recuperar el conocimiento.

Caminando de un lugar a otro, sentándose de vez en cuando en el piso, y alborotando su cabellera con desesperación, Riley no fue consciente del tiempo transcurrido hasta que Blandes se acercó a ella y la ayudó a incorporarse. Las manos seguían temblándole, la impresión de ver a Matt lleno de sangre y sufriendo le generó un dolor inmenso en el cuerpo, por un momento pensó que era capaz de sentir su malestar.

Amaba a su esposo y la idea de perderlo la asustaba.

—Milady, debería descansar un poco —sugirió el duque de Blandes con cautela y ella lo observó con tristeza.

—¿Cómo sucedió todo esto?, ¿cómo consiguieron llegar tan pronto?

—Fue muy repentino —musitó con tristeza—. Lady Laurine nos despertó alarmada y confesó que dejó que el conde de Ross ingresara a su alcoba. —Juntó los ojos con frustración, al final Ross sí lo había hecho—. Nos dijo que él encontró las cartas de Devonshire, las que decían que estaban en Escocia en la casa de Kornmack McDoughall. Logramos alcanzarlos porque al parecer a su hermano le tomó mucho tiempo encontrarlos entre las muchas propiedades del escocés; yo tenía la carta que poseía la ubicación exacta.

—¿Cómo está ella?

—No hizo más que llorar todo el camino y no me atreví a preguntarle sobre lo ocurrido.

Era lo mejor, claramente Laurine estaba muy dolida.

—No comprendo cómo fue que desarrolló una amistad con mi hermano.

—Al tiempo que se fueron, ella me pidió ser enviada al campo y ese día su madrastra intentó secuestrarla. Todo indica que Ross la tenía en la mira porque la rescató y la tuvo en su club por un tiempo.

—¿Y lo permitió?

—Era eso o dejar que el rumor de lady Laurine deshonrada circule por la ciudad.

Se frotó las sienes con cansancio.

—No puede morirse —sollozó con congoja, se sentía tan desorientada.

—Él es fuerte, estoy seguro que superará esto.

Le sorprendía que el disparo de su hermano no hubiera sido tan certero. Si no estuviera tan segura de su sed de venganza, podría jurar que Ross le perdonó la vida.

—Pero debe retirarse a descansar, milady, él no despertará por ahora.

—No lo dejaré —susurró ahogadamente y en ese momento cayó en cuenta que el lord McDoughall estaba a unos pasos tras de ellos—. Laurine no quiere que lo vea y no planea alejarse

de su hermano, dice que Ross es una amenaza.

—Yo también lo creo —espetó el escoces con sequedad—. Eche a su hermano, lady Devonshire.

Era la primera vez que veía al escoces tan serio, al parecer nadie quería que Matt siguiera sufriendo. Ross estaba equivocado, Matt no era el monstruo que pensaba, si fuera así... no tendría a tanta gente preocupada por él.

—Riley. —Empuñó sus manos y los otros dos hombres desaparecieron de su vista para darle un momento de privacidad con su hermano, un individuo que en ese momento era considerado un intruso en aquella casa.

—Creí haberte dicho que te largaras —escupió, volviéndose hacia él, y Ross se mantuvo inescrutable.

—Aún tengo algo muy importante que hacer.

Se asustó.

—No permitiré que lo sigas lastimando. —Lo miró con rencor, aun con lágrimas en los ojos, recordando las palabras de Laurine.

¿De verdad no se iría hasta cerciorarse de la muerte de su esposo?

—Le he perdonado la vida y lo sabes.

Los músculos se le relajaron levemente, eso quería decir que no intentaría nada en contra de Matt.

—¿Cómo pudiste, Ross? —preguntó con impotencia y él se tensó—. Te imploré para que te detuvieras y al final hiciste lo que todos hacen por mí: decidiste en mi lugar, no me escuchaste y tú no eras así.

—Cariño... —Quiso abrazarla, pero de un manotazo apartó su mano.

—Te aprovechaste de Laurine cuando ella sólo es una inocente más. ¡Quiero que te vayas!

Eso provocó que su hermano la sujetara de los hombros.

—No puedo irme porque...

—¿Te harás cargo de Laurine? —preguntó, sintiendo la esperanza resurgir en su interior.

Ross la soltó y dio dos pasos hacia atrás, cabizbajo.

—Ross... —Ahora fue ella quien lo tomó del brazo—. Dime que te casarás con ella, demuéstreme una razón para creer que eres diferente a todos los hombres que he conocido. No quiero creer que te aprovechaste de ella sin sentimientos de por medio; mi hermano, el hombre que admiro, no es así —espetó desesperada, tratando de recuperar a su hermano—. Ella está muy asustada y...

—¿Dónde está? —preguntó con voz aterciopelada, clavando la vista en la puerta de la alcoba de Matt—. La llevaré conmigo, me iré con ella.

No supo si aliviarse o preocuparse, ella sabía que Ross cuidaría muy bien de Laurine, pero no estaba segura si Matt aceptaría tal unión.

—Debes pedir su mano primero —decretó con dureza, pensando en lo que su esposo pensaría de aquel compromiso.

Ross se liberó con delicadeza de su agarre y ladeó la cabeza.

—No puedo hacerlo.

—¿Qué? ¿Por qué? Matt no te rechazará, hablaré con él y...

—No, Riley, no puedo casarme con Laurine.

Abrió la boca con incredulidad y dio un paso hacia atrás.

—Debes irte, no eres bienvenido en esta casa.

—No me iré sin ella.

Vaya... ¿No se suponía que su objetivo era llevárselos a Gavin y a ella?

—¡Lárgate, Ross! Jamás permitiré que te lleves a Laurine, no lo harás si no es como tu prome...

—Estoy casado.

Enmudeció, y los ojos se le llenaron de lágrimas. ¿Qué fue lo que le sucedió a su hermano? ¿Cómo pudo llegar tan lejos y causar tanto daño a una inocente?

—Mi esposa llegará pronto de España, nadie lo sabe.

—Ve...

Se puso rígida al ver como alguien la pasaba de largo y el sonido de la palma de Laurine contra la mejilla de Ross le informó que había escuchado lo necesario como para sentirse indignada.

—¿Cómo pudiste? —Sollozó su cuñada y Riley quiso avanzar hacia ella, pero el brazo que afianzó a la rubia por la cintura la dejó perpleja.

—Te lo explicaré en el camino, pero tú vienes conmigo —aseveró su hermano con voz ronca, como si hubiera esperado ese momento para hacerse de Laurine, y Riley se puso alerta.

—¡Suéltame!

—Ross, suéltala. —Se acercó a la pareja, pero lo siguiente que escuchó la dejó petrificada en su lugar.

—No, tú eres mía, Laurine, sólo debes darme unos meses y solucionaré todo este mal entendido. Te quedarás en una de mis casas de campo hasta que...

—¡Basta! ¡Suéltala! —gritó angustiada, pues Ross no parecía estar muy dispuesto a soltar a Laurine.

Los primeros en aparecer fueron Blandes y McDoughall.

Al ver que Ross retenía a la dama, ambos fueron contra él y su hermano sólo soltó a Laurine cuando está se quejó de dolor por la pelea que se estaba efectuando entre los tres hombres con ella en medio.

Su cuñada corrió hacia ella y Riley la abrazó, anonadada, usando su cuerpo como escudo.

¿Qué demonios le sucedía a Ross? ¿De verdad pensaba que Laurine iría con él en calidad de amante?

El mayordomo y un capataz llegaron al segundo piso y al observar la escena, ayudaron a los nobles a inmovilizar a su hermano.

—¡Debe venir conmigo! Ella es...

—¡Sáquenlo de aquí! —bramó con rabia, molesta de que todo esto estuviera pasando.

Él no podía decir que se aprovechó de Laurine en voz alta y en esa casa todo debía estar en calma para que su esposo se recuperara.

—Laurine, déjame explicarte algo, sólo serán unos mi...

No le gustó ver a su hermano en un estado tan... desesperado. Eso no era normal en Ross, él no solía perder los estribos tan fácilmente. Con el corazón hecho un ovillo, hizo lo que le pareció más correcto.

—Sáquenlo ahora —aseveró con dureza y su hermano selló los labios, consciente de que no era el momento para seguir luchando.

En ese momento nadie quería verlo allí dentro.

Sacaron a su hermano de la propiedad y ahora tuvo que atender a su cuñada, quien entró en un ataque nervioso que sólo se detuvo cuando ella cayó profundamente dormida. Dejándola sola en su alcoba con dos escoltas y cerrando bien las ventanas, Riley se dirigió a la alcoba de su esposo

y por el resto de la noche se encargó de atenderlo.

Él se pondría bien, Matt era un hombre fuerte y saludable. Con los ojos llorosos se recostó junto a él, y rezó porque las cosas mejoraran con prontitud.

Capítulo 34

Explicar cómo se sentía ahora mismo era demasiado complicado; los primeros tres días fueron horribles, Matt no abría los ojos y aunque su estado era estable, nadie podía sentirse aliviado con el conde inconsciente. Sin embargo, en el cuarto día él despertó y fueron sus amigos los únicos que pudieron ingresar a su alcoba para hablar con él.

Matt aún no quería reunirse ni con Laurine ni con ella.

Eso le había generado un profundo dolor, porque incluso su hijo pudo entrar y reunirse con su padre; no obstante, después de casi diez días, por fin Matt accedió a reunirse con ella y no sabía cómo describir lo que sentía al tener sus hermosos ojos oscuros sobre ella.

Si bien ahora él no le decía nada porque el doctor lo estaba examinando, sabía que estaba tan aturdido como ella. Por un momento pensaron que no se volverían a ver otra vez.

—Llaman a mi hermana —ordenó su esposo, mirando a la criada, y Riley tragó con fuerza por la ansiedad que le estaba generando su silencio.

Había tanto por decir, tanto por aclarar.

Cometió un terrible error al sentirse celosa por Francesca y querer usar a Ross para dejarle el camino libre a su esposo, debía explicarle que en el fondo sí lo amaba y lo único que realmente quería era que él fuera feliz con la mujer que amaba, ya sea Francesca o ella.

Laurine ingresó a la habitación, dejándose ver después de más de cinco días, y la miró con tristeza. Se veía tan triste y devastada que podría jurar que su hermano le había cambiado la vida por completo.

Cuando el doctor se retiró de la alcoba, brindándoles la privacidad que requerían, Riley se sentó en la orilla de la cama e intentó acariciar su hombro herido, pero sus movimientos cesaron cuando él atenazó su muñeca con la otra mano para impedirlo.

—Por un momento pensé que te perdería —susurró con un hilo de voz, retirando lentamente la mano.

Si no quería que lo tocara, no lo haría.

No deseaba presionarlo.

Matt retiró la mirada, sin decirle palabra alguna, y no muy segura buscó a Laurine, quien estaba con un semblante tan ausente como el de su esposo.

—Matt...

—Tu hermano debió matarme —espetó con voz gélida, manteniendo su postura— y llevarte a ti y a Gavin con él.

—No digas eso, nosotros te necesitamos.

—Si fuera ustedes: no confiaría en alguien como yo, les he fallado a todos.

Se preocupó, él se veía... Indiferente, como si nada de lo que ella estuviera sintiendo le afectara. No era justo, no podía hacerle esto después de todo el tiempo que permaneció a su lado, enamorándola y cautivándola con sus lindos tratos.

—Todos cometemos errores. —Sujetó su mano izquierda y respingó cuando la miró con enojo.

—Suéltame —ordenó y aturdida por la orden, obedeció.

¿De verdad la privaría de su cercanía?

—He decidido enviarte lejos con Gavin.

La sangre se le congeló y por largos segundos le costó respirar con normalidad, ¿esa era su forma de alejarla de su vida para estar con Francesca? ¿Realmente la echaría sin ser sincero ni decirle el por qué hacía las cosas de esa manera?

—No puedes.

Los ojos se le llenaron de lágrimas, dolida por su rechazo.

—Puedo y lo haré —aseveró—, serán libres y tendrán una generosa mensualidad. Quiero que viajes, gastes tu dinero, disfrutes de tu vida y tengas amantes. Ve a ser feliz, recupera todos los años que te robé. Lastimosamente, Gavin tendrá que volver en algún determinado momento para cumplir sus funciones con el condado, tú decidirás si vuelves con él o lo envías conmigo. Te doy mi palabra de que cuidaré de él.

¿Tan fácilmente se desharía de ella y su hijo para poder reunirse con la francesa?

—Seré sincero contigo, Riley —dijo con frialdad—. No quiero dedicarme únicamente a ti y a Gavin—soltó, dejándola perpleja—. Al estar al borde de la muerte, me di cuenta que quiero seguir con mi vida, tener amantes y olvidar que tengo una esposa y responsabilidades con ella. — En pocas palabras: quería empezar un amorío con la única mujer que amaba de verdad—. Seamos sinceros, lo nuestro fue pasajero y así como nació con prisa morirá en días. Estoy harto, desde que mi padre murió muchas responsabilidades cayeron sobre mis hombros.

Riley sintió como algo en su pecho se oprimía y terminó asintiendo, no podía seguir siendo egoísta con su esposo, ya había hecho mucho provocando que su hermano quisiera matarlo, y su único deseo era que Matt fuera feliz.

—Me gustaría conocer otros lugares, sólo llegué a conocer Venecia años atrás, pero recorrer América con mi hijo no estaría mal.

Si lo que él quería era enviarla lejos, no se opondría.

—Yo iré a París —dijo su cuñada, provocando que ambos la miraran—. Quiero irme sola, he vivido casi toda mi infancia en París, conozco al personal de nuestra casa y me sentiré cómoda allí.

—Si es lo que deseas.

¿De verdad accedería tan fácilmente a que sus vidas siguieran caminos diferentes?, ¿dónde quedaba la posibilidad de volver a ser una familia feliz?

—Kornmack irá a América con ustedes, él buscará una casa y los dejará bien protegidos — informó con voz gélida y Riley se incorporó y se alejó de la cama, implementando una gran distancia.

Matt ya había dejado claro que no la quería cerca.

—De acuerdo.

—Tus padres también irán.

—¿Qué?

—Les escribí hace ya un tiempo y no fue hasta ayer que recibí una respuesta, están de acuerdo con tu viaje, no saben el destino, pero tú misma se los dirás cuando los veas de nuevo.

—Matt...

Respingó cuando él tocó la campanilla y tragó con fuerza cuando el mayordomo estuvo en la alcoba.

—Preparen el equipaje de mi esposa y hermana, ya no tienen nada que hacer en Escocia, partirán en una hora hacia Londres.

El hombre siguió la orden y Riley se acercó a su esposo, temblorosa.

—¿Por qué tan pronto, Matt? Déjame quedarme un poco más de tiempo, al menos hasta que te mejores por completo.

—Tendrás que conformarte con saber que tu partida me sentará de maravilla. —La miró con petulancia—. Todos ya están listos, no dilataremos el viaje por ti. Kornmack te llevará donde tus padres y el barco zarpará en seis días.

—Y Laurine, ¿dónde se quedará?

—Con Blandes, esta vez ella será lo suficientemente prudente como para mantener distancia del conde de Ross. —Le pareció un comentario demasiado brusco, su hermana sólo fue víctima del encanto de Ross—. Además, todo indica que su esposa llegará mañana a Londres. Él estará muy ocupado atendiendo a su condesa.

Se sintió apenada por el comportamiento de su hermano, hubiera preferido que Matt no se enterara del estado civil de Ross tan pronto.

—¿Volveré a saber de ti?

Los ojos le picaron cuando él retiró la mirada.

—Dedícate a vivir tu vida, Riley, que yo viviré la mía.

«Con Francesca».

Retiró las lágrimas de su rostro al comprender perfectamente la situación y se armó de valor para enderezar la espalda y mirarlo con la misma petulancia con la que él le miraba. ¿No la quería en su vida?; perfecto, ahora ella tampoco lo querría en la suya.

¿No era esto lo que siempre quiso: dinero para viajar por el mundo junto a su hijo?

De amor nadie moría, por lo que era hora de que Riley le hiciera frente a la vida y se diera cuenta que un matrimonio no era lo mejor ni más extraordinario que podría pasarle a una dama de su alcurnia.

—Así será, milord —expresó con frialdad, aceptando dignamente su rechazo.

Él era libre de estar con la mujer que quisiera y ella sería libre para descubrir qué era lo que realmente quería de la vida junto a su pequeño.

Partió de Escocia con los ánimos por los suelos, incluso su hijo tenía un triste mohín en los labios. No sabía qué había pasado en el último encuentro que tuvo con su padre, fue Blandes quien se lo llevó a Matt, pero su hijo había vuelto con el collar de oro que su esposo siempre llevaba puesto.

Después de largos y silenciosos días de viaje, Riley bajó de su carruaje y se encontró con el semblante lloroso y abatido de su madre. Recibió su abrazo con congoja, consciente de que tampoco podía odiar a su familia por haber insistido tanto en separarlos de un hombre como Matt, dado que ellos habían conocido únicamente su peor faceta.

Su padre se aferró a Gavin, inspeccionándolo como si temiera lo peor, y con lágrimas en los ojos susurró:

—Nos cuidó como si fuéramos su más grande tesoro.

Ellos tenían que saber que Matt nunca les hizo ningún daño.

—Lo mejor será que entremos —espetó su padre, agradeciendo a McDoughall por escoltarla hasta su casa, y una vez dentro Riley retiró el rostro al ver a Ross en medio del recibidor, mirando por la ventana el carruaje que se alejaba.

Laurine no estaba en él, ¡Matt no era tan imbécil como para acercarla tanto a su hermano!

—Me alegra verte en casa. —Avanzó hacia ella y resignada dejó que la abrazara.

¿Podría odiar al hombre que le permitió tener a su hijo en brazos nuevamente?, ¿al hombre que

la acompañó en su parto y apoyó incluso en sus peores momentos?

No, claro que no; es más, podía comprenderlo y perdonarlo.

—Me iré a América en dos días.

—Lo sé.

—¿De verdad es esto lo que querías? —Lo miró con impotencia—. Me rompiste el corazón, Ross —decretó, queriendo encontrar un culpable para sobrellevar el rechazo de su esposo hacia su hijo y ella.

—Si él los ama, irá por ustedes, Riley.

¡Eso nunca sucedería porque él amaba a Francesca!

El sonido de unos escarpines descendiendo por las escaleras hizo que sus músculos entraran en tensión y rompió el abrazo para observar a la esposa de su hermano. Era una mujer hermosa, de cabellera color azabache y piel pálida.

Demasiado pálida, ni siquiera sus mejillas tenían un colorete natural.

—Riley, te presento a Valeria, mi esposa. —Ross le tendió la mano a la dama y la guio hasta posicionarla frente a ella— Querida, ella es mi hermana menor.

Jamás se imaginó que sería tan doloroso saber que su hermano podía tener amantes y engañar a su esposa sin consideración alguna.

—Un gusto, lady Devonshire. —Hizo una perfecta venía y con timidez pidió permiso para tomar a Gavin en brazos.

Quería odiarla, detestarla por ser una de las principales causantes del dolor y amargura de Laurine; pero no pudo hacerlo, porque su sonrisa era tan sincera que todo indicaba que ella no tenía idea de lo cruel y poco afectuoso que era su esposo.

Se percató que la doncella de su cuñada miraba atentamente los movimientos de la pelinegra, como si temiera que soltara a su hijo en cualquier momento, y sin deseos de seguir estudiando a la española, aceptó retirarse con su madre al salón de té.

Noelle quería hablar con ella a solas.

—Cuéntame lo que ocurrió, cariño —imploró Noelle una vez que estuvieron sentadas y con lágrimas en los ojos le hizo una pregunta demasiado importante.

—Si pudieras regresar en el tiempo, al día que le ofrecieron mi mano al conde de Devonshire, ¿qué harías?

—Ya no te ofrecería, mi vida.

—¿Por qué?

No le gustó ver a su madre tan afectada, nunca antes la había visto así, por lo que acarició su cabeza con ternura para que calmara sus lágrimas rebeldes.

—Porque odio ver que no eres la misma de antes.

—Nunca te gustó que sea tan risueña.

—Estaba equivocada, ahora me doy cuenta que lo único que busqué para ustedes es su felicidad y me confié de Devonshire porque cuando él te rescató del incendio y dijo que no le importaba tu cicatriz, creí que...

—¿Cómo?

Su madre la miró con pena.

—Sí, Riley, tu esposo fue quién te sacó del incendio. Después de ese día, él tuvo la posibilidad de anular todo por el cómo quedó tu espalda, pero no lo hizo, por eso creí que te haría feliz, porque veía en él a un gran hombre.

—La quemadura de su espalda... ¿se la hizo por salvarme?

Ella asintió.

—Perdóname, Riley, nunca debí haber elegido un esposo para ti.

—Tranquila, mamá, las cosas suceden por algo en la vida.

—Volverás, ¿verdad?

Incluso con los ojos llenos de lágrimas, asintió con una sonrisa risueña.

—Si él no va por nosotros en dos años, nosotros volveremos a nuestra tierra le guste o no a mi esposo; esa es mi promesa.

—No recuerdo haberte enviado ninguna invitación, ¿me puedes explicar qué haces aquí?

—Dado que carezco de una vida social y Blandes llevó a tu hermana a París con toda su familia y Portman está muy ocupado con su hijo y esposa, he decidido hacerte una visita.

Matt observó con enojo a Grafton, quien se paseaba por su alcoba como si fuera un hermoso día de primavera, y apretó la mandíbula.

—Ya me visitaste, ahora lárgate.

El castaño chasqueó la lengua y se sentó en el sillón de la estancia.

—De largo plazo —aclaró, sonriéndole con diversión.

—¿Tanta gracia te hace verme acabado en esta cama? —farfulló.

—Lo gracioso es ver lo fácil que te diste por vencido —comentó distraído, inclinando el rostro.

—Tú no lo entiendes, ella merece estar con alguien mejor.

—¿Y qué hiciste con lady Devonshire?

—La envíe lejos, quiero que empiece de cero y viva su vida con libertad. McDoughall y sus padres la escoltaron a América, pero ahora ella es libre de elegir qué quiere hacer con su vida.

—De haberlo sabido, me habría ido a América y no habría venido a Escocia para lidiar con un amargado.

—Si te acercas a mi mujer, te mataré —amenazó sin inocencia alguna y su amigo curvó la comisura de sus labios.

—¿Crees que puedes? —inquirió con diversión—. Según Blandes te crees inservible ahora que perdiste la sensibilidad en tu brazo izquierdo.

—Te mataré de todas formas —escupió con rencor, odiando saber que nunca más volvería a ser el mismo de antes, y sin esperar una respuesta se levantó de la cama y avanzó peligrosamente hacia su amigo.

—Vaya... y yo que creí que habías quedado parálítico. Sí sabes que puedes caminar por la casa, ¿verdad? —Lo sujetó de la solapaba de su camisa y lo instó a incorporarse—. El impacto de la bala fue en tu brazo izquierdo y se curó hace más de dos semanas, ¿por qué sigues en cama?

—Eso a ti no te importa, sólo aléjate de mi mujer. —Lo tiró de nuevo hacia el sillón y Grafton se incorporó y lo empujó por el pecho.

—Si quieres eso, Matt —lo llamó por su nombre de pila—. Tendrás que madrugar todos los malditos días e impedir que salga detrás de la mujer que abandonaste.

—¡No la abandoné!

—Lo hiciste al dejarla marchar.

—Sólo quiero que tenga una mejor vida, que pueda elegir por primera vez y no me elija sólo porque así se lo enseñaron.

Él amaba a su esposa, la amaba más que nada en la vida, por lo que no pensaba someterla a su

compañía perpetua sólo porque los prometieron en el pasado. El día que su hermano vino, ella lo dijo: estaba en Escocia porque él la secuestró utilizando a Gavin como cebo.

«Nunca fuimos un nosotros».

—Muy bien —espetó su amigo, levantando las manos—. Dijiste que puede tener amantes, entérate que llevo en la lista de espera desde hace años. —Abrió los ojos de par en par y al ver que Grafton pretendía marcharse, se abalanzó contra su amigo para impedirlo.

—¡No irás a ningún lugar! ¡Tú no tendrás a mi mujer! —Lo inmovilizó, un poco sorprendido de que su cuerpo aún tuviera fuerza, y no supo cómo interpretar la sonrisa victoriosa de su amigo.

—Lo ves, Matt, no eres inservible.

Rápidamente lo liberó, mirándolo con incredulidad.

—Deja de amargarte en esa cama y empieza a trabajar en ti; es cierto que nunca más podrás utilizar nuevamente tu brazo izquierdo, pero no te olvides que tienes un derecho que lanza los mejores ganchos del Reino Unido.

Lanzó una ronca carcajada y lo miró con agradecimiento.

—Gracias por venir, Leonard.

—Comenzarás a lamentarlo cuando empecemos con nuestras rutinas de boxeo. —Se incorporó y le tendió la mano para ayudarlo.

La aceptó.

—Ahora pide que te preparen un baño y tú y yo saldremos a cabalgar un poco.

Asintió y antes de que se fuera le hizo una última pregunta.

—¿De verdad siempre quisiste ser el amante de mi esposa?

Lo miró por encima del hombro.

—Si ella no habría estado tan escondida, nuestra amistad habría acabado hace mucho.

Sonrió con tristeza, todos a su alrededor supieron valorar a su maravillosa mujer a excepción de él, quien tuvo que perderla para saber lo valiosa que era.

—No quiero condenarla a vivir al lado de un manco —confesó con tristeza y su amigo se volvió hacia él y puso las manos en jarras—. Ella está llena de vida y ha sufrido muchos escándalos como para tener que lidiar con otro, ¿no te parece?

—Eso es algo que sólo tu esposa puede elegir —reconoció pensativo.

—Siento vergüenza, Grafton, mi vida nunca volverá a ser la misma, ¿cómo enfrentaré a mi esposa e hijo en este estado? Ella se quedará a mi lado por obligación, no porque sienta algo especial por mí.

—Lo estás pensando mucho, quizás antes de cerciorarte si tu esposa quiere estar contigo en ese estado, debes aceptar cuál es tu nueva condición de vida. Ya viste que eres muy capaz de defender lo que realmente quieres, ¿sigues pensando que eres un inútil?

Hizo una mueca, ciertamente se sorprendió al ser capaz de derribar a Grafton con un solo brazo.

—Date un tiempo, ella también se tomará el suyo.

—Eso haré.

—Pero ten en cuenta que en ese tiempo ella puede conocer a muchas personas y seguir tus indicaciones al pie de la letra.

Juntó los párpados con frustración, le dolía saber que su esposa podría conseguir un nuevo amante, pero en el fondo sabía que era lo correcto. Ella merecía experimentar y dejar de creer que su vida le pertenecía a él.

—Supongo que tendré que aprender a lidiar con esto para poder hacerle frente a mi mujer e

hijo lo más pronto posible —reconoció con un tono lleno de esperanza y miró su brazo herido, el que nunca más volvería a serle de utilidad.

—Soy un maestro exigente —espetó su amigo y con una sonrisa diabólica salió de su alcoba mientras él tocaba la campanilla.

—Grafton.

—¿Es que no podré hacer una salida triunfal? —farfulló irritado y volvió a girarse hacia él.

—Gracias por venir hasta aquí.

Odió sentir el calor en sus mejillas, jamás entendería qué hizo para merecer tan buenos amigos.

—No es un sacrificio. —Le guiñó el ojo y abandonó la alcoba que hace apenas unos minutos estaba llena de amargura y soledad y ahora se llenaba de un nuevo aire lleno de esperanza y perseverancia.

Lucharía, aprendería a aceptar su nueva realidad y cuando estuviera listo iría por su esposa e hijo y comprobaría si aún era digno de ellos.

Capítulo 35

Un año después.

Con la mirada calma y dos pares de ojos sobre ella, Riley sonrió risueña y ladeó la cabeza, confundida.

—No lo entiendo, Alonzo, sólo trabajé tres meses contigo, ¿por qué me llevarías a París para tu exhibición de arte?

—Porque fuiste su mano derecha —respondió su tío, Sebastian Stanton, por el italiano, y el pelinegro asintió energéticamente.

—Si no hubieras llegado a Venecia, jamás habría terminado mi trabajo a tiempo.

Por el rabillo del ojo Riley observó a Gavin, quien jugaba alegremente con los otros niños en la calle, e hizo un mohín con los labios. Había llegado a Venecia hace cuatro meses después de haber estado en diferentes ciudades como Boston, Nueva York, Madrid, Córdoba, Florencia, Roma y Siena. De no haber sido porque su tío la encontró en Siena, Riley habría seguido viajando con Gavin, Nuria y sus escoltas sin rumbo alguno, por lo que se sentía feliz de estar nuevamente en un hogar con alguien que se preocupara por su hijo y ella.

Sebastian era el hermano menor de su padre y Riley jamás comprendería por qué su relación no era tan estable, pues su tío nunca iba a visitarlos y su padre tampoco hacía el esfuerzo de invitarlo a convivir con ellos; no obstante, si había algo que no podía negar, era que Sebastian jamás se desligaba de ellos: sus adorados sobrinos, como solía llamarlos.

Tiempo atrás, él había recibido a Lisa para esconderla de su esposo y no le había importado los problemas que eso podrían traerle con el esposo de la misma, que era un duque, Sebastian sólo había pensado en la felicidad de su sobrina.

Dejó que la abrazara y sonrió contenta por tenerlo a su lado.

Toda su familia sabía que se encontraba en Venecia con su tío y Lisa le había expresado los deseos que tenía de visitarlos; sin embargo, el nacimiento de la pequeña Sophia dilataría el encuentro.

Llevaba un año sin ver a su familia y los extrañaba con creces; no obstante, al que más deseaba ver era a su esposo, quien no se había entrometido en su vida y se había limitado a entregarle una fuerte suma de dinero para que pudiera gastarla a su antojo.

¿Seguiría con su adorada Francesca?, ¿pensaría en ella y en su hijo de vez en cuando?

Gavin había crecido mucho en el último año y ahora era un niño reservado, le costaba mucho abrirse a sus nuevas amistades y por eso ahora le alegraba que tuviera unos cuantos amiguitos del vecindario, puesto que a un principio él sólo los miraba de la ventana atormentándose con sus miedos.

—Debes ir, cariño —espetó su tío, el cual, a diferencia de su padre, quien tenía los ojos oscuros y el pelo castaño, poseía una belleza inglesa innata: ojos claros, cabello rubio y piel levemente besada por el sol.

—No lo sé... —meditó en su respuesta—. París podría ser algo arriesgado.

Su cuñada estaba allí y desde que salió de Londres no había vuelto a saber nada de ella, ni

siquiera Ross le hacía pregunta alguna sobre la rubia o intentaba averiguar si sabía algo al respecto. Todo indicaba que su hermano había pasado página y al final optó por convivir plácidamente con su esposa, a quien por cierto Lisa no dejaba de halagar en sus cartas.

—Los artistas tomamos riesgos, querida —espetó su amigo.

Conoció a Alonzo Vitale en una feria de arte a la que su tío la llevó hace mucho, él trabaja con desnudos, una rama que a ella le había generado una gran impresión y fascinación y no había dudado ni un segundo en aceptar su oferta y tomar unos cursos con él. Desde la primera clase, Vitale le pidió una colaboración porque según él: ella tenía mucho talento, y después de que lo hablara con su tío, Sebastian la instó a seguir con el proyecto y trabajar en lo que a ella realmente le gustaba.

—Tendremos muchos patrocinadores, será una fiesta excepcional, no puedes perder esta experiencia.

—Tienes razón —convino finalmente, enderezando la espalda—, pero...

—¿Y ahora qué? —preguntó su tío.

—Si es una fiesta, no quiero dejar solo a Gavin con Nuria, dijiste que la fiesta duraría dos días. —Miró al pelinegro y este asintió.

—Iré con ustedes —espetó su tío, robándole una radiante sonrisa—. No se diga más, voy a acompañarlos y yo me encargaré de mi sobrino.

—¿De verdad? —inquirió esperanzada y su tío asintió—. Muchas gracias. —Lo abrazó con fuerza y Vitale chasqueó la lengua, entretenido.

—Me hubiera gustado que formara parte de la fiesta, lord Stanton.

—Primero mi sobrino —decretó su tío y entonces los siguientes dos días los implementaron para hacer su itinerario. Se quedarían una semana en París, el tiempo necesario para organizar todo y pasear por la ciudad.

—Querida, ¿por qué no alargamos nuestra estadía en París y vemos el medio para introducir tus perfumes en el mercado? —inquirió Vitale, oliendo la pequeña boquita del frasco de su perfume.

¿Cuándo lo sacó de su bolsillo?

—Llevo dos meses diciéndole lo mismo y no quiere obedecerme —acotó su tío, ladeando la cabeza—. Soy un hombre de negocios, todo lo que tengo es gracias a esto. —Señaló su cabeza—. Y tus perfumes, pueden hacerte rica, cariño.

—¿Por qué no? —susurró, mucho más abierta a la posibilidad de hacer algo útil con sus creaciones—. Quedémonos dos semanas.

—Los negocios no son tan fáciles —dijo Sebastian—. Lo alargaremos a un mes, necesitamos contactos y nos tomará un tiempo llegar a las grandes tiendas y fábricas.

¿Un mes?

No era que Riley no quisiera encontrarse con Laurine, pero ciertamente prefería no hacerlo. Su cuñada la odiaba y se había ido lejos para no tener que volver a verla, por lo que si se daba un reencuentro ella no sería muy feliz al respecto.

Matt llevaba más de tres meses en París y no tenía la menor idea de cómo sobrellevar lo que estaba ocurriendo. Laurine se estaba comportando de una manera insoportable e irreconocible, estaba a poco de mandar todo a la mierda y buscar al conde de Ross para que se hiciera cargo de sus responsabilidades sin importarle si ahora mismo su matrimonio estaba en su mejor etapa.

—¿Crees que le duela la muerte de su esposo? —inquirió Grafton, meciendo a su sobrina en brazos, y Matt evitó hacer una mueca.

Cuando Laurine le había informado sobre su embarazo, Matt había dado la noticia de que su hermana se había casado con un francés y su matrimonio era muy estable, por lo que a los seis meses sólo les comentó a sus amigos que el hombre murió, puesto que su barco se hundió en el mar, y dejó a su hermana embarazada.

Eso nadie más lo sabía y no tenían por qué enterarse por ahora.

Su hermana había apoyado la idea y siguió el papel de buena manera hasta que su hija nació, puesto que se había rehusado a verla y atenderla y de no haber sido por su llegada, seguramente habría regalado a la niña.

—Quizás le recuerda a su difunto esposo —agregó Grafton con preocupación, la hermana de su amigo llevaba meses ignorando a su pequeña y justamente por eso ellos no habían podido regresar a Londres todavía.

Matt bufó con incredulidad.

—Esa niña no tiene nada de su padre.

Era la viva imagen de su hermana, no había donde perderse, incluso había heredado los peculiares ojos color violeta de Laurine.

—¿Entonces por qué no la quiere?

Porque era la hija del conde de Ross, el hombre que se había burlado de ella y le había demostrado que era una simple bastarda que no merecía respeto, amor y ni un lugar en sociedad; y para empeorar la situación, su hermana había terminado enamorada del conde, un hombre que nunca hizo nada por averiguar sobre ella y su estado y estaba viviendo plenamente su matrimonio junto a su hermosa esposa.

—No tengo la menor idea —susurró al ver que Philippa estaba dormida. Con un movimiento de mano le ordenó a la niñera que se la llevara y no la dejara sola por nada en el mundo—. ¿Crees que deba llevarla conmigo?

Grafton asintió.

—No confío en tu hermana, no quiero ofenderte, pero la veo muy inestable.

Era verdad, ni bien escuchaba el llanto de Philippa, Laurine se ponía a la defensiva y ordenaba que se la llevaran lejos.

—Esto va a volverme loco. —Suspiró con cansancio y alborotó su cabellera, desesperado.

Su hermana ni siquiera había tenido la decencia de querer recibirlo, ella lo culpaba por sus desgracias y quizás en el fondo tenía razones para hacerlo, pero... El tema de Philippa era algo que debían hablarlo con urgencia, ella no podía adoptar ese comportamiento aniñado y fingir que su hija no existía.

—Necesito salir de aquí o me volveré loco —confesó y su amigo le dio toda la razón.

—Es un mes de exhibiciones por aquí, ¿qué te parece si vamos a una? Ayer adquirí unas entradas y abrirán las puertas en media hora.

—Me parece.

Antes de salir ordenó que no dejaran por nada del mundo a su sobrina sola y estuvieran al pendiente de su hermana, quien llevaba muchos días encerrada en su alcoba sin ganas de ver o hablar con nadie. Se puso su abrigo, puesto que la noche era fresca, y odió en el alma que el mayordomo le informara sobre una nueva visita.

Sabía quién era y últimamente estaba cansado de tener que lidiar con ella.

—¿Qué sucedió, Francesca? —ingresó a su despacho y la vio de pie junto a su escritorio.

La hermosa mujer se desplazaba de un lugar a otro, removiendo sus manos con nerviosismo. En los últimos meses había tenido contacto con ella y le había ayudado en lo que fuera posible; no obstante, empezaba a sospechar que esa mujer sólo quería un hombre que le hiciera la vida más fácil y veía en él a un candidato perfecto.

—Oh, Matt, gracias a Dios que te encuentro —espetó acongojada y corrió hacia su encuentro.

Al ver que se ponía a la defensiva, no se acercó más de lo necesario.

—Necesito tu ayuda.

—Otra vez... —Arrastró sus palabras y entrecerró los ojos al ver como los ojos se le llenaban de lágrimas.

—Es mi pequeña, no se encuentra bien de salud y no tengo a quien recurrir.

Francesca tenía una familia y por alguna extraña razón ellos le habían dado la espalda, así que no se fiaría del todo de la rubia y se encargaría de hacer sus averiguaciones para saber qué tan santa era la mujer que tiempo atrás estimó de sobremanera.

—De acuerdo.

—¿Vas a ayudarme? —preguntó esperanzada—. Creo que necesitaré unos cuant...

—Enviaré al doctor de mi familia para que la atienda.

—¡¿Qué?! —Abrió los ojos de par en par y Matt la miró con recelo.

Jamás toleraría que usara la salud de su hija para conseguir algo de dinero.

—Como oíste, ahora debo retirarme así que te acompañaré hasta la salida. El doctor estará dentro de poco en tu casa.

—Pero... Preferiría hacerme cargo yo misma de comprar su medicación, conozco a una curandera y...

—Pero nada, mi doctor estará en tu casa dentro de poco —le cortó con dureza y la rubia apretó la mandíbula y se retiró de su casa ofuscada, confirmándole sus sospechas.

Su hija no estaba enferma.

Aún recordaba el día que le pidió una segunda oportunidad, donde le suplicó que volvieran a estar juntos y que no le importaba ser su amante; por supuesto, Matt la había regañado por su insensatez y le había confesado que amaba a su esposa y no podría estar con ella porque no se veía con otra mujer que no fuera Riley.

Ese mismo día él le dio una suma de dinero para que pudiera vivir bien y encontrara un buen esposo que la quisiera. La envió de regreso a París; no obstante, desde que ella se enteró de su estadía ahí iba a verlo casi todas las semanas con un nuevo pretexto para conseguir dinero.

Ya estaba cansado de la situación.

—¿No crees que deberías dejar de verla? —inquirió su amigo a medio camino y Matt retiró la vista de la ventanilla.

—Es ella quien me busca.

—Pero existen límites y esa mujer me parece una desvergonzada.

A él también le estaba sucediendo lo mismo.

—Le enviaré una nota mañana para que deje de buscarme, me encargué de que enviaran al doctor para cerciorarme de que la niña no tiene nada y usar la excusa perfecta para alejarla de mi vida.

—¿Y cuándo irás por tu esposa? —Sus músculos entraron en tensión y la garganta se le cerró en el instante—. Matt, ya puedes desenvolverte perfectamente con un brazo y ambos sabemos que ese ya no es un impedimento para ti.

—No sé dónde se encuentra, lo último que me dijeron fue que dejó su casa en Nueva York para

viajar por el mundo.

—¿Por qué no empezar a buscarla?

—¿Y si está feliz sin mí?

—¿Y si no lo está? —respondió con otra pregunta y cuando llegaron a la exhibición adquirieron unas entradas para una fiesta de dos días donde se expondrían los cuadros de Alonzo Vitale.

Odiaba las fiestas de disfraces, pero adoraba el trabajo de Vitale, por lo que no pensaba saltarse ese acontecimiento.

—Ella nunca me escribió, Grafton, ¿qué puedo pensar al respecto? Está cómoda, le gusta viajar por el mundo y ser libre.

—Puede ser libre contigo y también puede viajar contigo, tú amas hacerlo.

—¿No crees que es muy pronto?

—Creo que te estás tardando.

Tal vez su amigo estaba en lo cierto, el seguir dilatando el reencuentro con su esposa sólo la haría más lejana para él. La extrañaba con la misma intensidad con la que extrañaba a su hijo, deseaba verlos y saber cómo estaban, por lo que una vez que solucionara todos sus problemas con Laurine se pondría en contacto con sus suegros y pediría su paradero.

A la mañana siguiente, tal y cómo lo esperó, el doctor le informó que la hija de Francesca se encontraba en un perfecto estado de salud y no había de qué preocuparse, por lo que Matt le escribió una carta a la rubia para dejarle claro que no pensaba tolerar sus burlas y dejara de buscarlo porque ellos no eran nada y él no tenía obligación alguna para con ella.

Con la intención de despejar la mente, mandó a llamar a la niñera de Philippa y pidió que prepararan todo para dar un paseo por el parque con la pequeña. Su amigo se había tomado la mañana para salir totalmente solo y Matt pensaba aprovechar esas horas para compartirlas con su sobrina.

Paseando por los senderos con la pequeña en brazos, Matt se cuestionó, nuevamente, como estaría su hijo. Lo más probable era que Gavin estuviera más grande y travieso, si su sobrina pudo crecer tanto en los últimos tres meses no quería ni imaginarse el cambio que su hijo atravesó en un año.

—Recibí tu carta esta mañana.

Evitó rodar los ojos con cansancio y entregó a Philippa a su niñera, pidiéndole que mantuviera un poco de distancia. Necesitaba dejar las cosas claras de una vez por todas con Francesca.

—¿Y si lo hiciste por qué estás aquí? —espetó con frialdad y la rubia la miró con rabia.

—¿Cómo puedes olvidar todo lo que vivimos, Matt? —farfulló.

—Fuiste tú quien lo olvidó todo al casarte primero y no querer esperarme.

—Pero...

—Pero nada. Ya te lo dije, ya no te amo y quiero que me dejes vivir tranquilo, deja de buscarme.

—Tu esposa ni siquiera está a tu lado, ¿cómo puedes seguir esperando por alguien que no quiere estar contigo?

—Fácil, Francesca, así funciona el amor, por si no lo sabías.

—Tarde o temprano te cansarás de esperar —espetó con frialdad y él pudo tener la certeza de que no sería así.

—¿Eso es todo lo que tienes para decirme?

Ella lo miró con frustración, mostrándose desesperada.

—De verdad necesito ese dinero, Matt —susurró, y el tono de su voz hizo que se estremeciera, ¿cuál era su apuro?—. Esta será la última vez que acudiré en tu ayuda, te doy mi palabra que no volverás a saber de mí.

Algo tras la rubia captó su atención, una pelota marrón para ser precisos, y el sonido de los cascos de los caballos y las ruedas de las calesas hizo que los músculos se le tensaran. Apartó suavemente a la rubia, quien lo llamó por su nombre de pila sin éxito alguno, y él aceleró su paso al ver que efectivamente un niño cruzaba el sendero sin mirar a los lados.

Empezó a correr, ignorando toda etiqueta social, y escuchando el relincho de los caballos, Matt se abalanzó hacia el niño, lo envolvió con su brazo sano y ambos salieron disparados hacia el otro extremo del sendero logrando así evitar una horrible catástrofe.

Como no tenía como proteger su hombro izquierdo, aceptó los golpes con valentía y ahogó su propio dolor con un gruñido desenfadado. Se incorporó con el niño en brazos, quien no hacía amago alguno para romper el contacto, y Matt lo giró sobre su regazo, quedando como piedra al ver los hermosos y saltones ojos color esmeralda de su hijo.

Su sonrisa se ensanchó y empezó a respirar con dificultad mientras acariciaba el rostro de Gavin. Era él, era su hijo, él no podía equivocarse con algo así, reconocería su rostro, ojos, labios y color de piel sin importar el tiempo que estuvieran separados.

—¡Gavin! —Se tensó al escuchar la voz de un hombre, el cual tenía un peculiar acento italiano.

Levantó la vista rápidamente y aferró a su hijo contra su pecho al ver que un pelinegro pretendía sujetarlo. Era él, lo llamó por su nombre de pila; no obstante, quien era el imbécil que pretendía quitarle a su hijo.

—Muchas gracias por salvarlo, sólo lo descuidé dos segundos y desapareció.

—¡Pudo costarle la vida! —explotó, incorporándose rápidamente, y el italiano lo miró con curiosidad.

—Lo entiendo y realmente le estoy agradecido, ¿ahora podría hacerme el favor de entregarme al niño?

—Matt, ¿te encuentras bien?

Francesca y la niñera de Philippa llegaron a su altura y Matt apretó la mandíbula y su agarre contra su hijo.

—Estoy bien.

Comprendía que su hijo no lograba recordarlo, pero también agradecía que no se pusiera a llorar ante su cercanía. Acarició su cabecita, estremeciéndose de la misma manera que él lo hizo, y sin pensarlo besó su coronilla con cariño.

—¿Qué le sucede? Entrégume al niño —ordenó el pelinegro y él lo miró amenazadoramente, obligándolo a permanecer en su sitio.

—¿Por qué debería hacerlo?, ¿qué es usted de mi hijo? —preguntó con dureza y la melodiosa voz de su esposa, acompañada del jadeo de Francesca, llegó a sus oídos.

—Alonzo, ¿qué sucedió?

Riley apareció en su campo de visión, seguida de Sebastian Stanton y Nuria, y Matt achicó los ojos al percatarse de que ella había llamado al hombre por su nombre de pila. En el momento que sus miradas se encontraron, Gavin se apartó de él y giró el cuerpecito para estirarse hacia su madre.

—Milord...—susurró Riley con la voz en un hilo y tomó a su hijo en brazos—, ¿qué hace en París? Creí que estaba en Londres —confesó sorprendida y él miró al pelinegro con interés, viendo como este le susurraba algo al tío de su esposa.

—¿Por qué lo dejaste solo? Estuvo a punto de ser arrollado por una calesa —espetó con molestia y ella jadeó horrorizada—. ¿Quién es ese hombre y por qué dejaste con él a mi hijo? —farfulló en voz baja, claramente dolido por el hecho de que ella hubiera encontrado un amante, y Riley palideció sin poder evitarlo.

—Lord Devonshire, aquí hay un malentendido —agregó lord Stanton, abogando por su sobrina que se había quedado sin palabras—. Mi sobrina y yo fuimos por unas golosinas para Gavin y...

—Y lo dejaron con un extraño —terminó por él.

—No es un extraño, mi sobrina trabaja para Alonzo desde hace meses.

¿Trabajo? Él le daba el dinero suficiente a Riley como para que ella estuviera trabajando.

El llanto de su sobrina hizo que los acompañantes de su esposa repararan en la gente que estaba con él y tragó con fuerza al ver el descaro con el que Francesca se posicionaba frente a su esposa.

—Francesca Marchant, para servirle, lady Devonshire —espetó con brío, claramente deseando provocarla, y Matt se sintió alarmado al ver la palidez en el rostro de su esposa.

Él no estaba con ella, ¡Riley no podía llegar a esa conclusión, así como así!

Seguramente Stanton sabía su situación, porque lo miró con ira contenida al tiempo que se ponía junto a su sobrina para hacerle frente a la rubia.

—Francesca ya se iba, me encontré con ella mientras paseaba con mi sobrina —acotó con dureza, dejando claro que entre ellos no había nada, y la humillación en el rostro de la rubia fue reconfortante al ver como se retiraba con paso aireado.

—¿Sobrina? —susurró Riley, anonadada, y Matt tragó con fuerza.

—Mi hermana se casó al mes que llegó a Paris y posteriormente se embarazó —explicó, lamentando no poder decirle la verdad, y con ternura vio como ella se acercaba a la niña para evaluar su rostro.

—Es muy parecida a su madre —musitó y Matt tomó a su hijo en brazos para que ella pudiera sujetar a la pequeña rubia.

—Su nombre es Philippa Fontaine, su padre murió hace unos meses.

—Lo siento mucho por su hermana.

—¿Desde hace cuánto que estás aquí?

—Una semana.

No quería creer que su esposa estaba buscando similitudes de su hermano en Philippa, lo menos que necesitaba era que la familia Stanton descubriera que había una bastarda entre ellos. No estaba seguro de cómo Ross le haría frente a la situación, pero quizás no sería muy diferente a su hermana.

Esa niña fue un error dentro de su perfecto plan de venganza, ¿por qué la querría a su lado?

—¿Dónde se están quedando? —Le gustó la manera en la que su hijo empezó a evaluarlo, acariciando su fuerte barbilla y su pañuelo.

—En un hotel, no queda muy lejos...

—Tienes una casa, debiste informar que llegarías —aseveró y Riley lo miró a los ojos—. Quiero que se queden allí, Riley, no dejaré que tú y mi hijo duerman en otro lugar que no sea mi casa.

Ella miró sobre su hombro con cautela, un movimiento casi imperceptible, y él asintió.

—Ellos también pueden venir contigo.

Si ese Alonzo era el amante de su esposa, no tenía más remedio que luchar limpiamente por su mujer, dado que fue él mismo quien le otorgó el camino libre para que ella hiciera lo que quisiera

y todo indicaba que ese imbécil supo aprovecharlo de maravilla

Capítulo 36

Francesca ya se iba, me encontré con ella mientras paseaba con mi sobrina.

No estaba segura si podía creerle o no, pero Riley sólo sentía como miles de puñales se calvaban en su corazón. Estaban juntos, ¿cuánto tiempo llevaban estándolo? ¿Realmente Matt estaba en París por su hermana y sobrina o sólo por su amante?

Ladeó la cabeza, decidida a no derramar una sola lágrima ese día, y recordó su insinuación. Él creía que Alonzo era su amante, a pesar de todo lo que sufrió por él durante y después del duelo, Matt no era capaz de darse cuenta de lo mucho que lo amaba, y la ponía como una adúltera.

—El conde de Devonshire nos espera, milady.

Nuria tenía a Gavin en brazos, quien con su espada de madera miraba hacia la puerta con interés desmedido. Al igual que a su sobrino James, Riley le había hecho un pequeño retrato de su padre a su hijo, para que así este jamás olvidara el rostro del mismo; no obstante, la timidez de su hijo no lo estaba ayudando a desenvolverse con Matt.

—De acuerdo.

Al salir de su alcoba, se encontró con su tío aguardando por ella.

—Alonzo quiere quedarse, no le gustó la insinuación de tu esposo y cree que sólo generará problemas si viene con nosotros.

Ella también pensaba lo mismo.

—¿Crees que es lo mejor?

—Le dije que estoy de acuerdo.

Asintió, no quería tener una discusión con Matt antes de tiempo, primero debería asentarse en su casa y luego conversar con él respecto a Francesca y lo que sea que ellos dos tuvieran. Si su esposo pretendía regresar a su vida, que le hablara con la verdad y le dijera que papel ocuparía la francesa en sus vidas.

Los lacayos de su esposo llegaron a su alcoba y tomaron sus pertenencias para llevarlas a los carruajes. Se despidió de Alonzo acordando los últimos detalles para la fiesta de disfraces que se realizaría dentro de poco.

—Ten. —Le entregó cuatro invitaciones—. Debes llevar a tu esposo y tu tío querrá ir ahora que Gavin tendrá a un sequito de empleados protegiéndolo.

—¿Y la restante?

—Tu esposo habló de una hermana.

—Veamos qué sucede —espetó—. Nos vemos en dos días.

—Enviaré tu disfraz a la casa del conde.

Asintió no muy segura, había accedido a que su amigo le mandara a hacer su disfraz y ahora no sabía con qué se encontraría. Según tenía entendido, la fiesta sería algo diferente para ella, algo nunca antes visto y no podía negar que se sentía ansiosa ante la idea de asistir a un acontecimiento totalmente nuevo y desconocido; sin embargo, el reencuentro con su esposo la tenía demasiado tensa y dolida.

Francesca era demasiado hermosa.

Su tío prefirió irse en el carruaje donde iría Nuria con Gavin y Riley no tuvo más remedio que montarse en el de su esposo, quien con la mirada penetrante sobre ella le pidió todo un resumen de lo que estuvo haciendo con su vida en el último año que permanecieron separados.

—El dinero que te di no debería llevarte a buscar un trabajo —espetó con voz queda, tratando de relajar la espalda, y Riley se encogió de hombros.

—Quería hacer algo diferente y Vitale me ofreció colaborar con él.

—¿Vitale? —Matt entró en tensión—. ¿El hombre que estuvo contigo y mi hijo es Alonzo Vitale, el pintor italiano?

Asintió, bajando la mirada.

—¿Tú... dibujas a personas desnudas? —farfulló, rojo de la cólera, y Riley negó rápidamente con la cabeza.

—Yo sólo le doy los últimos toques a los dibujos de Vitale. —Aunque no negaría que soñaba con dibujar uno de esos cuadros—. Aprendí mucho con él.

—¿En qué materia? —preguntó con reticencia y lo miró indignada.

—Si piensa decirme algo, hágalo sin tapujos, Devonshire —ordenó dolida, empuñando sus manos.

—Perfecto, si así lo quieres: ¿ese hombre es tu amante?

—No, no lo es —respondió mordazmente, pero al parecer él no le creyó.

—Si no es así, ¿qué hacía él con mi hijo cuando tú y tu tío compraban golosinas? Una no deja a su hijo con cualquiera.

—Alonzo no es un cualquiera, es mi amigo.

—Sabes perfectamente el concepto que tengo de la amistad que existe entre un hombre y una mujer.

—Pero es tu concepto, yo no pienso igual que tú.

Matt no supo cómo reaccionar ante la intrépida respuesta de su esposa, por lo que se limitó a morderse la lengua para no lanzarle un comentario mordaz y acallarla de una vez por todas.

¿No era eso lo que quería, que su esposa pudiera decidir por ella y fuera capaz de opinar y pensar por sí misma?

Sus días de dominación perpetua en cuanto a Riley habían llegado a su fin y ahora debía adaptarse a la libertad y voz que le había otorgado.

—Al menos no vino contigo —farfulló y respingó cuando lo fulminó con la mirada.

—Alonzo es mi amigo, milord, y si sigue con sus comentarios despectivos tomaré a mi hijo y volveré al hotel, ¿estamos claros?

Enarcó una ceja, sintiendo como los pulmones se le contraían, y sin poder evitarlo se cernió sobre ella, importándole muy poco si invadía su espacio o no.

—Te he dado la libertad que tanto querías, Riley —espetó con voz gutural, dejándola algo pálida—, pero las cosas van a cambiar ahora que te he encontrado.

—¿Cómo? —susurró con un hilo de voz y sujetó su mentón con ternura, para elevarle el rostro.

—Tú y Gavin son míos. —La escuchó tragar con fuerza y sonrió victorioso—. Y si alguien pretende arrebatarnos de mi lado, no seré misericordioso.

—Todo indica que prefiere echarnos antes de que alguien nos aleje de su lado —escupió su esposa, dolida, y Matt abrió los ojos, sorprendido—. ¿Qué pensará su amada Francesca de esto?, ¿acaso no nos echó hace un año para iniciar un amorío con ella?

Sintiendo como el pulso se le disparaba, Matt rodeó su nuca para impedir que se apartara, tratando de comprender el significado de sus palabras.

—¿O pretende mantenernos a ambas bajo un mismo tec...? ¡Mmm! —La besó con rudeza, dispuesto a callarla de una vez por todas, y le costó creer que ella lo creyera tan bajo como para hacer algo de esa calaña.

¡Él no los echó por Francesca! Lo hizo porque ella quería marcharse, porque ella no quería quedarse a su lado y estaba cansado de escuchar que desde que Riley nació, todos la obligaron a pensar únicamente en él y sus necesidades.

Maldición, el único hogar que quería formar era con ella y sus hijos.

Impotente por no poder usar ambas manos, Matt liberó sus labios e hizo que sus miradas se encontraran. Ambos estaban jadeantes y el color había adornado las hermosas mejillas de su esposa, haciéndola ver aún más hermosa que antes.

—Francesca y yo no tenemos nada, ¿me entiendes?

—Entiendo.

Claramente ella no le creía.

Aligeró la tensión regresando a su sitio y la evaluó con la mirada, ella había respondido a su beso con ardor, por lo que nada estaba perdido y su esposa había aprendido a alimentar la llama de su esencia.

Un hecho que lo alegraba de sobremanera.

La mujer sumisa y temerosa ya no existía, frente a él estaba la niña risueña de la que él se enamoró perdidamente.

—¿Cómo ha estado Gavin?

—Él sabe que usted es su padre, tiene un pequeño retrato suyo que yo pinté, pero...

—Deja las formalidades, Riley.

—No quiero.

—Hazlo o usaré otro medio más interesante para que vuelvas a sentirte cómoda en mi presencia, y puede que lo haga esta noche.

—Gavin es algo tímido, Matt —siseó, mirándolo con enojo, y sonrió satisfecho—. Es introvertido, le cuesta desenvolverse con las demás personas.

—Eso es porque sólo tiene contacto contigo y su niñera.

—Perdóname por no haberlo podido dejar en un solo lugar desde el día de su nacimiento —le recriminó y Matt farfulló una maldición al ver las lágrimas en sus ojos.

—Las cosas cambiarán a partir de ahora —le prometió y sujetó su mano enguantada con ternura—. Estoy harto de esta inestabilidad que nos rodea, Riley, quiero que regresen a Londres conmigo, quiero vivir con mi familia y quiero tener más hijos, por lo que dudo que ahora puedas huir nuevamente de mi lado.

No había nada que Riley quisiera más que regresar a Londres y tener por fin la estabilidad familiar que siempre quiso. Gavin y ella lo necesitaban, requerían de un hogar donde quedarse y no tener que estar partiendo de un lugar a otro cada dos o tres semanas.

Si bien viajar y conocer nuevos lugares le resultó una experiencia exquisita, tenía que admitir que la visión de hacer todo eso junto a su esposo se le hizo mucho más placentera. Durante un año se había sentido vacía y perdida, había recuperado su vitalidad y deseos de ser algo más que la simple esposa de un conde; pero ahora... Sólo quería que él volviera a amarla y quisiera tenerla a su lado porque la sentía como algo indispensable, no como una obligación más que su padre le dejó al morir.

Llegaron a la casa de su esposo y observó la casa donde Laurine se estuvo refugiando todo ese tiempo.

¿Cómo estaría? ¿Aún la odiaría por el daño que le causó su hermano?

Ingresó del brazo de su esposo y paró en seco al ver en el recibidor a su cuñada, quien vestía de negro y portaba un semblante sombrío y vacío. Estaba pálida, delgada y las ojeras se le marcaban ferozmente, por un momento le costó creer que esa mujer fuera la reluciente Laurine que ella conoció en el pasado.

La muerte de su esposo no le había sentado nada bien.

—Así que es cierto —espetó Laurine, sin dirigirle la mirada, y Riley miró por encima del hombro a su hijo, quien se aferraba al cuello de Sebastian—. ¿Qué haces en París, Riley?

—Tengo una exhibición de arte, Alonzo Vitale me invitó y...

—Veo que un año para los Stanton es el tiempo necesario para olvidar todas las vidas que arruinaron a su paso y empezar de nuevo; ya sea con su pareja de vida o su amante.

Rápidamente se soltó del brazo de su esposo y sin dudarle avanzó hacia su cuñada y la abofeteó duramente.

—Vitale es mi amigo y te prohíbo que vuelvas a insultarme —espetó severamente, odiando el incómodo silencio que se instaló en la estancia.

—¿Y quién eres tú para darme órdenes?

—Nada más y nada menos que la señora de la casa —dijo fuerte y claramente para que quedara claro que no dejaría que nadie la menospreciara—. No sé cuáles son tus razones para odiarme, porque yo no te hice nada, pero quiero que quede claro que tú no tienes la menor idea de lo que mi hermano y yo pasamos por culpa de tu hermano.

Estaba cansada de su ignorancia, de su falta de información, ¡el mundo no era tan lindo como ella creía!

Laurine apretó la mandíbula, sintiéndose humillada por la sorpresiva reacción de Riley, y sujetando la falda de su vestido se dio media vuelta y se dirigió hacia el segundo piso, dejando a todos totalmente pasmados en el recibidor.

Matt se encargó que los lacayos llevaran todo a sus alcobas y cuando estuvieron nuevamente a solas en su despacho se sorprendió, no fue capaz de creer la noticia que le estaba brindando.

—¿Cómo dices?

—Laurine está inestable —repitió con voz queda—. No quiere a Philippa, no desea hacerse cargo de ella y temo que dejar a mi sobrina con su madre sea un peligro para la niña.

—Pero... ¿por qué?

—No sé qué tan buena era la relación con su esposo.

—Pero igual —espetó con lágrimas en los ojos—. Nuestra relación antes de Gavin nunca fue buena y no por eso lo odié.

¿Cómo era posible que Laurine fuera tan cruel con su pequeña?

Agradeció que Matt la abrazara, le dolía mucho saber que existía gente incapaz de querer a sus hijos.

—Debemos decir que es nuestra —soltó con rapidez, pensando a mil por hora, y no le gustó ver la incredulidad en el rostro de su esposo—. Piénsalo, Matt, la única forma de que ella no crezca con el rechazo de su madre es pensando que nosotros somos sus padres.

—Riley... —Suspiró larga y pesadamente—. Philippa es el vivo retrato de su madre, no permitiré que la historia se repita.

—¡Pero Laurine es peligrosa para ella!

—No podemos adueñarnos de la hija de mi hermana, ¿te habría gustado que Ross entregara a Gavin a tu hermana?

—La situación es distinta —insistió.

Matt se frotó el rostro con frustración, nunca pensó que su esposa querría adoptar a Philippa con tanta facilidad, claramente ella se volvería loca si llegaba a descubrir que esa niña es hija de su adorado hermano.

—Debo pensarlo, quiero brindarle un poco de tiempo a mi hermana.

Riley lo miró con recelo.

—¿Cuánto tiempo?

—A lo mucho un mes, llevo estancado aquí cuatro meses junto a Grafton.

—¿El conde de Grafton está contigo? —inquirió con curiosidad y jadeó sorprendida cuando su esposo rodeó su cintura para pegarla a su fornido pecho.

—No debiste golpear a mi hermana. —Desvió el tema, lamiendo la comisura de sus labios con lujuria.

—Ella insinuó que tenía un amante, se lo merecía.

—Me cuesta acostumbrarme a tu cambio —confesó, besándola con ternura, y Riley lo abrazó por el cuello para profundizar el beso.

—He descubierto mi valor y no dejaré que vuelvan a menospreciarme.

Sonrió con orgullo, satisfecho de que al menos su separación le hubiera traído algo provechoso a su mujer. Presionando su pequeña cintura, Matt la instó a rodearlo por la cintura con las piernas y avanzó hacia el escritorio para sentarla en la orilla.

—No estás usando el brazo izquierdo.

Observó ella entre besos, empujándolo suavemente por el pecho para observar su brazo, y consciente que era el momento de decirle la verdad, ganó un poco de distancia, aún con el cuerpo entre sus piernas y separó los labios para hablarle sobre la condición de su brazo; no obstante, la puerta de su despacho se abrió bruscamente provocando que ella jadeara y de un salto tocara piso y enterrara el rostro en su torso.

—Devonshire... Lo siento, no quería interrumpirte.

Fulminó a su amigo con la mirada y le divirtió un poco ver su incredulidad y enojo, él aún no sabía que su esposa estaba en París, en su casa, justo pegada a su torso.

—¿Sucedió algo? Estaba tratando un asunto muy importante con mi esposa.

Eso relajó de sobremanera a su amigo, pero su semblante no mejoró en cuanto a la noticia que tenía para darle. Conocía a Grafton y estaba muy preocupado.

—Puede esperar.

—Cuéntame qué sucedió.

—Pero lady Devonshire...

—Puedo escucharlo, milord —espetó ella, manteniendo la cabeza en alto y saliendo de su escondite.

—Francesca murió.

Un tenso y espeso silencio se instaló en el despacho.

—Imposible, la vimos hace unas horas.

—Tres, como mucho —acotó su esposa.

—¿De verdad debo continuar? —inquirió su amigo, mirándolo con súplica, y Matt lamentó el haber permitido que su esposa se quedara.

—Sí —respondió ella resueltamente.

—Continúa.

—Ella fue con la curandera para practicar un aborto y las cosas se salieron de control cuando

empezó a desangrarse.

Matt sintió como el aire abandonaba sus pulmones y tensó los músculos con incredulidad.

¿Otro aborto?, ¿para eso quería el dinero?

—¿Era tuyo? —inquirió Riley con suavidad, generándole un mal sabor en la boca.

—No, desde que te fuiste no he estado con ninguna otra mujer —confesó con seguridad.

—Hice averiguaciones, por eso me tomó un poco de tiempo regresar —continuó Grafton, captando su atención—. Todo indica que no es el primer aborto que practica y quizás por eso las cosas no salieron bien en este.

—Ella tenía un aborto —susurró con tristeza y su amigo negó con la cabeza.

—La curandera le hizo tres antes de este, Devonshire.

Riley jadeó, horrorizada, y Matt sintió como la bilis trepaba por su garganta.

—Los padres de Francesca recogieron a la niña y aseguraron que no sería igual a la madre.

—¿A qué te refieres?

—Todo indica que Francesca jamás pudo controlarse y el tener amantes era algo de suma importancia para ella, por lo que sus padres le dieron la espalda después de la muerte de su esposo y ella empezó a acostarse con hombres por dinero y placer.

Eso quería decir que por años vivió engañado, pensando que su adorada Francesca era una santa cuando lo cierto era que era el demonio en persona y no se tocaba el corazón a la hora de interrumpir sus embarazos.

Ella nunca mató a su hijo por su reputación o porque sintiera miedo, lo hizo porque no quería que él naciera y punto. Nunca pensó en el amor que decía tenerle —porque este no existía—, sólo pensó en su satisfacción personal.

Como si Riley supiera lo que estaba pensando, ella lo abrazó con fuerza para brindarle su apoyo. Se lo agradeció en silencio respondiendo su abrazo.

Al final, no todas las mujeres nacieron para ser madres; puesto que Francesca mataba a sus hijos sin pena alguna, quitándoles el derecho a vivir, y su hermana teniendo a una niña sana y hermosa a su lado no quería hacer otra cosa que no fuera regalarla.

¿Qué hizo para merecer una esposa tan perfecta?

Riley, viviendo precariamente, sometida a golpes y hambruna, hizo todo lo posible por traer a su hijo al mundo y no le importó renunciar a él con tal de que su hijo creciera en un hogar lleno de amor con una familia que lo quisiera como si fuera suyo. Otra mujer, después de vivir sus maltratos, habría matado al ser que crecía en su vientre, pero Riley...

—Gracias por no haberle hecho nada.

Sintió que la garganta le ardía, saber que su primer hijo fue vilmente asesinado le quemaba por dentro.

—Él no tenía la culpa de nada —musitó y lo abrazó con fuerza—. Deja de pensar en ello, Matt, hay cosas que se deben dejar en el pasado.

Lo sabía, y desde mañana dejaría de pensar en ello; pero ese día se daría el lujo de sufrir por el pequeño que Francesca mató sin consideración alguna.

Capítulo 37

Había sucedido, después de un año de largas y solitarias noches, Matt conseguía dormir nuevamente entre los brazos de su esposa, quien había accedido a quedarse a descansar con él para consolarlo por la dura verdad que había salido a la luz la noche anterior.

Vivió engañado por años y lo que más le dolía era saber que por esa mujer se rehusó a amar a la suya.

Abandonó la alcoba sin hacer mucho ruido, observando lo cómoda y hermosa que se veía acurrucada entre sus sábanas, y se dirigió a la alcoba de su sobrina. No tenía la menor idea de cómo le diría a Riley que estaba lisiado, temía por su reacción.

El día anterior ella se había percatado que no estaba utilizando el brazo izquierdo, pero Grafton había llegado en un mal momento, justo en el que se sintió con la valentía suficiente como para contarle la verdad.

Ingresó al cuarto de su sobrina y paró en seco al ver a su hermana junto a la cuna, observando el cuerpecito que dormía pacíficamente en la estancia. Avanzó rápidamente hacia ella y sin pensarlo la empujó con poca delicadeza para inspeccionar a Philippa.

El alivio que sintió al saberla intacta hizo que volviera a respirar con normalidad.

—Jamás le infligiría ningún daño físico —aseveró Laurine, llamando su atención, y tenso como una vara se volvió hacia ella.

—No sé si lo sepas, pero abandonar a tu hija en un refugio es sinónimo de que tarde o temprano será golpeada, vejada y asesinada. ¿Segura que no pretendes hacerle ningún daño físico? —La miró con dureza, sin sentir pena alguna por el cómo sus ojos se le cristalizaron, y su hermana levantó el mentón con altanería.

—Yo no quería tenerla.

—Mentira —decretó, elevando la voz—. Si no hubieras querido tenerla, habrías ido con una curandera.

Su hermana palideció y Matt continuó hablando, comprendía que era la primera vez que era tan rudo con ella, pero estaba cansado de seguir lidiando con Laurine como si fuera una niña. Laurine tenía que madurar, comprender que su vida nunca más volvería a ser la misma de antes.

—Lo esperaste —soltó con frustración, viendo como las lágrimas bajaban por sus mejillas—. Esperaste que el conde de Ross viniera por ti, pero nunca pasó y nunca sucederá, Laurine. Él ama a su esposa, está felizmente casado y ha pasado página, es hora de que tú también hagas lo mismo.

—¿Cómo? —Retiró las lágrimas de un manotazo—. ¿Cómo quieres que siga con mi vida cuando ella llegó para alterarlo todo? —Señaló a Philippa y Matt ladeó la cabeza, consternado y decepcionado.

—Philippa es, posiblemente, la única persona que podrá amarte de verdad, obviando tus defectos y pasado, perdonándote todo lo que le estás haciendo ahora. Ella jamás te cuestionará, simplemente tomará tu mano y dejará que la guíes.

—Eso es absu...

—Toda tu vida te has quejado de sentirte sola, de no ser capaz de recibir el amor que quieres

profesar; y mírate ahora, rechazando a la mejor compañera de vida que podrás tener en tu vida.

—Matt...

—Riley tuvo a mi primer hijo en las peores de las circunstancias, cuando yo le dije que no podía embarazarse. —La voz estuvo a punto de quebrársele—. E incluso así ella prefirió cederle la criatura a Ross para que la regalara, para que le encontrara un lugar donde fuera amado y cuidado, porque para mi mujer: yo jamás podría haberle brindado un hogar a mi hijo.

» Odio al conde de Ross por lo que te hizo, pero más me odio a mí mismo porque por mi culpa fue que terminaste así. Si alguien te hubiera hecho lo que yo le hice a Riley, habría reaccionado de la misma manera e incluso hubiera sido menos benevolente con mis víctimas.

—¿Lo justificas?

—No, pero lo comprendo.

—Jugó conmigo de...

—Tú dejaste que jugara contigo, Laurine, tú te enamoraste aun sabiendo que era un peligro, ¿por qué?

—Porque siempre me gustó —confesó devastada y Matt la abrazó suavemente—. Porque pensé que él realmente estaba preocupado por mí, porque en el fondo quise creer que él estaba enamorado de mí.

—Lo siento mucho, cariño.

—Ella se parece a mí —susurró, robándole una escueta sonrisa—. Es muy pequeña, no creo poder lidiar con una responsabilidad tan grande, hermano.

—Te daré un mes, Laurine. —Rompió el contacto y se alejó un poco para conectar sus miradas—. Si en un mes aún no quieres aceptar el amor de tu hija, Riley y yo nos la llevaremos y la historia volverá a repetirse.

Se mostró contrariada con la idea, claramente no le gustaba imaginar a su esposa como la madre de su hija.

—Riley la quiere, asegura que puede ser una buena madre para ella y creo exactamente lo mismo. A diferencia tuya, ella no pudo ver a su hijo en su primer año de vida, por lo que entiendo su entusiasmo ante la idea de hacerse cargo de Philippa.

—¿Sabe que es la hija de su hermano?

—No, no lo sabe.

Eso sorprendió a su hermana, puesto que eso quería decir que el amor de su esposa hacia Philippa era desinteresado y sincero.

—¿Por qué la querría?

—Porque Riley ya sabe lo que es tener un hijo, alguien que te ama incondicionalmente a pesar de que decidiste regalarlo el día que diste a luz.

—¿Por qué se repetiría la historia? —preguntó algo incómoda, removiéndose inquieta.

—Porque cuando veas sus ojos, sabrás que esa niña es totalmente tuya. Todos lo sabrán y sucederá lo mismo que sucedió contigo.

Laurine dio un paso hacia atrás, dándole una última mirada a la cuna de lejos, y sin decirle palabra alguna abandonó la alcoba y lo dejó a solas con su sobrina, quien al parecer era la única quien podría conquistar a su madre durante el próximo mes.

Tenía la fe de que tarde o temprano su hermana reaccionaría.

La niñera ingresó, justificándose inmediatamente del por qué abandonó la alcoba —todo indicaba que su hermana la echó— y Matt le pidió que se mantuviera junto a Philippa y se dirigió al dormitorio de su hijo.

Gavin estaba dormido e incluso su postura para dormir era muy similar a la de su madre. Su hijo lo conocía, sabía que era su padre y ahora Matt tendría que trabajar arduamente para que confiara y accediera a soltarse poco a poco.

Se encontró con Grafton, a quien le pidió un informe más detallado de la noticia que recibió el día anterior, y le tranquilizó de sobremanera que ahora la hija de Francesca estuviera bajo el cuidado de los padres de la rubia, todo indicaba que no era una buena madre y a la pequeña pudo haberle ido muy mal de haberse quedado con ella.

—¿Dices que tu esposa vino a Paris con Vitale? —inquirió en voz baja a pesar de que estaban en su despacho y Matt asintió—. ¿Tú crees...?

—No, ella me dijo que sólo son amigos.

Se aferraría a esa idea, no quería imaginarse a su esposa siendo de otro.

Su amigo lanzó una risotada y lo fulminó con la mirada.

—Tú adoras el trabajo de Vitale, quien diría que ese hombre intentaría robarte a tu esposa.

—¿Puedes callarte? No estás siendo de ayuda.

—¿Perdón? —Se llevó una mano al pecho con fingida inocencia—. Llevo meses pidiéndote que los busques, hubiera sido de mucha ayuda si me hubieras hecho caso.

Gruñó.

—¿Y accedió a seguirte sin objeción alguna?

—Fue bastante cooperativa.

—Interesante, ¿qué habrá pensado Vitale?

Frunció el ceño.

—Ya sabes, si ellos vinieron juntos seguro tenían un itinerario. ¿Recuerdas las entradas que compramos para su fiesta? Seguro pensaban ir juntos.

—Según tengo entendido trabajan juntos.

—Ayer escuché que Vitale estaba haciendo averiguaciones para introducir un nuevo perfume en el mercado.

Se enderezó rápidamente.

¿Ese hombre pretendía ayudar a su esposa en su negocio?

No, eso sí que no lo permitiría, para eso estaba él.

—Mi esposa hace perfumes, cuando estábamos en Escocia le sugerí venderlos; nunca creí que Vitale la motivaría a llevar a cabo ese proyecto.

—Por lo que oí, recién estaba comenzando.

—Le escribiré —decretó con seguridad, sacó una hoja y tomó la pluma entre los dedos—. Quiero que deje tranquila a mi esposa e hijo, ellos son mi responsabilidad y como el caballero que es debe hacerse a un lado ahora que he regresado a la vida de mi mujer y deseo recuperarla.

—Eso quiere decir que aún no le crees del todo a tu mujer, ¿verdad? —inquirió su amigo y Matt masculó una maldición por lo bajo—. No creo que a lady Devonshire le agrade saber que molestaste a su amigo.

—Ella no tiene por qué enterarse.

Riley se preparó esa mañana con toda la intención de conversar con Laurine, dado que creía que su amistad aún podía salvarse, pero cuando le informaron que ella no saldría de su alcoba no tuvo más remedio que abordar el plan principal y merendar con su tío, sobrina e hijo en el patio porque su esposo y lord Grafton no se encontraban.

Gavin no podía dejar de observar con curiosidad a Philippa, era la primera vez que él lidiaba con una bebé tan pequeña, por lo que le pareció divertido ver a su pequeño titubear en cada uno de sus movimientos para acariciar la mano de su prima.

—¿Qué harás ahora, Riley? —inquirió Sebastian, dándole un corto sorbo a su taza de café.

—Quiere que regresemos a Londres con él y pienso que tiene razón, es hora de que mi hijo tenga un hogar estable.

—¿Lo haces por tu hijo o porque quieres hacerlo?

Sonrió de lado con tristeza.

—Sabe que lo amo, tío, no deseo volver a perderlo y extraño mi hogar.

El rubio le sonrió con orgullo y acunó su mano con ternura.

—Tú y tu hermana son iguales a su madre; aman Londres y su lugar está allí. Creo que es hora de que regreses, viajaste y recorriste muchos lugares como siempre quisiste, pero ahora sabes que eso no te dará la verdadera felicidad que deseas.

—Francesca murió, ayer no fue un día fácil para él y ahora no sé si cambió de parecer en cuanto su oferta.

—Deja de adelantarte y sacar conclusiones erróneas, no entiendo por qué no hablas con él y aclaras todo de una vez por todas. —Se sorprendió por la dureza de sus palabras—. Yo vi como trató a esa mujer en el parque y créeme que un hombre enamorado no suele tratar así a su amada. En vez de seguirla o mirar el camino que seguía, tu esposo sólo destilaba odio por los ojos para Alonzo.

¿Eso quería decir que su esposo no quería a Francesca?

—Tiene razón, hoy en la tarde hablaré con él.

Sin embargo, para mala suerte de Riley, Matt tampoco llegó a almorzar y se sintió un tanto molesta por su ausencia, era el primer día que estaban en esa casa y le hubiera gustado que tuviera un poco más cordialidad para atenderlos.

—Iré a ver a Alonzo, quiero ver cómo van los últimos preparativos para la fiesta de mañana — le informó a su tío, quien accedió a quedarse con su hijo y sobrina, y a las cuatro de la tarde Riley se encaminó hacia el hotel de su amigo.

No usó un carruaje, odiaba tener a los criados de su esposo encima por lo que se fue caminando junto a una carabina.

Si bien le había tomado llegar al hotel alrededor de veinte minutos, no se sintió incómoda con el hecho ni pensó que hubiera sido mejor usar un carruaje, con el cuál habría efectuado el camino en menos de siete minutos.

Una vez fuera de la alcoba de su amigo le pidió a su carabina que aguardara y cuando Alonzo le abrió la puerta, Riley abrió los ojos de par en par al ver que tenía el labio partido y su ropa mostraba indicios de un combate.

—Dios santo, ¿qué te ocurrió? —Ingresó al lugar, mirando por los alrededores, y se tranquilizó a ver los cuadros empaquetados e intactos—. Alonzo, ¿qué fue lo que pasó?

—Tu esposo, Riley, eso pasó. —Cerró la puerta de un portazo y puso las manos en jarras para enfrentarla—. Ese hombre no conoce el buen sentido del humor.

—Ciertamente —afirmó apenada y acarició el labio partido de su amigo—. Lo siento mucho, no puedo creer que se atreviera a golpearte.

—Sucede que esta mañana me escribió.

—¿Qué? —Lo miró horrorizada y su amigo sacó un papel del bolsillo interno de su chaqueta para leer el contenido en voz alta.

—“*Vitale: si aprecia su vida aléjese de mi esposa e hijo porque no toleraré ni una falta de respeto más hacia mi familia. Atentamente, el conde de Devonshire.*”

—Eso es imposible, Matt no es tan cavernícola, él se hubiera referido a ti con propiedad.

Su amigo bufó.

—Yo le respondí algo así como: “*Si aprecia a su esposa e hijo no los deje vagar por el mundo, dado que cualquier pirata tomaría ese tesoro innato. Atentamente, el mejor amigo de su esposa.*”

—¿Por qué hiciste eso?! ¡Lo provocaste! —Evitó reírse a carcajadas y su amigo se encogió de hombros.

—Esperaba una carta, no una visita de un toro desenfrenado.

—Lo siento mucho.

—Más lo siento yo —susurró, acariciando su rostro magullado—. Pero no te preocupes, pienso vengarme.

—Basta, Alonzo, mañana es la fiesta y no puedes presentarte en ella con hematomas en el rostro, no sería bien visto.

—Igual me vengaré. —Se cruzó de brazos y Riley no dudó de que su amigo cumpliría su promesa.

—No es momento de pensar en eso, primero curaré tus heridas y me dirás cuáles son los protocolos para la fiesta de mañana. —Lo sentó en el diván de la alcoba y fue por los ungüentos que la ayudarían a bajar la hinchazón de los golpes.

Tendría que hablar seriamente con su esposo, él no podía ir por la vida golpeando a sus amigos por sus absurdos celos, menos a Alonzo que era el hombre menos adecuado para inmiscuir dentro de una infidelidad.

No lo comprendía, Matt la había echado con la oferta de que se buscara un amante y ahora que él sospechaba que Alonzo era uno, no sólo le amenazaba mediante misivas, sino que se presentaba en su piso para golpearlo.

Era un idiota.

—¿Qué protocolos? —inquirió su amigo, ceñudo.

—Dímelo tú, tú eres quien está organizando todo. ¿Cuál será el banquete?, ¿habrá aperitivos?, ¿qué me dices de la orquesta? ¿Puedo ayudarte en algo?

Su amigo lanzó una risotada descontrolada y Riley frunció el entrecejo, ¿qué era lo que le parecía tan divertido?

—Tú tranquila, querida, tengo todo bajo control. Tú sólo preocúpate por asistir.

—¿Seguro?

—Segurísimo.

Después de atender a su amigo por al menos media hora, Riley lo ayudó a desempaquetar los cuadros y se retiró antes de que dieran las seis treinta. La cena en su casa se servía a las siete y debía estar presente en caso de que su esposo llegara.

Llegó a su casa con el corazón en la boca y el cuerpo cansado del breve trote que tuvo que hacer para llegar a tiempo, su carabina estaba tan nerviosa como ella y eso no fue de ayuda porque el mayordomo la recibió con recelo y un deje de preocupación en el semblante.

—¿Qué ocurrió? —Se quitó el sombrero y trató de arreglar su desastroso peinado.

—¡Maldita sea!

Un rugido hizo que respingara y el sonido de algo romperse le advirtió que algo no iba bien con su esposo. Alarmada siguió el camino que la guiaría hacia el despacho de su marido y paró en

seco al escuchar que los golpes de las cosas impactando contra la pared venían de la biblioteca.

Ingresó sin llamar, preocupada por lo que pudiera estar pasando, y lanzó un grito y se agachó a tiempo para esquivar un libro.

El sonido del mismo al impactar contra la pared y el suelo fue lo último que llegó a escucharse por toda la casa y antes de poder preguntar qué diantres estaba pasando, su esposo la sujetó del brazo y la obligó a ingresar a la estancia, cerrando tras de ella con seguro.

—¡Suéltame, Matt!

—Estabas con él, ¿verdad? —siseó, zarandeándola con enojo, y lo miró con incredulidad.

—Sí, estaba con Alonzo y tuve que curarle las heridas que tú le dejaste. ¡¿Cómo pudiste golpear a mi amigo?!

—¿Amigo? —Se preocupó al ver que respiraba con dificultad y titubeó al percatarse que él realmente estaba enojado—. Si es tu amigo, ¡explícame qué quiere decir esto!

Tiró de ella, clavándola delante de un cuadro, y Riley sintió como el aire empezaba a faltarle al ver que Alonzo se había atrevido a enviarle a su esposo justamente ese cuadro, uno que él le había prometido que jamás saldría a la luz y se lo obsequiaría cuando lo terminara.

Los ojos se le llenaron de lágrimas y bajó la mirada, apenada, sintiendo la pérdida de su contacto.

—¿Esto fue lo que hiciste durante un año? —preguntó con frustración y Riley lo buscó con la mirada.

—Matt, puedo explicarlo...

—¡¿Cómo?! ¿Cómo me explicas que un hombre te pintó semi desnuda? ¿Por qué lo permitiste?

Regresó su atención al cuadro, lamentando en el alma haber aceptado ser la modelo de ese cuadro. Estaba tumbada en un sofá blanco, cubierta con seda color verde esmeralda en partes estratégicas para que sólo parte de su piel; como brazos, vientre y piernas quedarán al descubierto, y miraba hacia adelante con lujuria, con severa necesidad porque Alonzo le había dicho que ese cuadro podría enviárselo a su esposo cuando se sintiera preparada.

Ahora Matt lo había recibido, pero todo era un malentendido.

—Todo tiene una explicación, yo...

—Quiero que te vayas de mi casa —soltó con sequedad, provocando que algo en su interior se oprimiera—. Y lo harás sola, Riley, después de esto no dejaré que mi hijo se vaya contigo.

—No puedes quitármelo, he dado mucho por él.

Él no podía arrebatárselo a Gavin, si Matt le hacía algo así ella jamás podría perdonárselo. Todo era un malentendido, Vitale y ella jamás tuvieron nada.

—Sigue dedicándote a lo que sea que haces con Vitale, tus baúles ya están listos.

Emprendió camino para retirarse, y antes de que abandonara la biblioteca se plantó delante suyo.

—No lo hagas, Matt, tienes que escucharme, no es lo que parece —suplicó angustiada y no consiguió ver emoción alguna a través de los ojos de su esposo—. Gavin es todo lo que tengo, no puedes privarme de él.

—Corrección: sí que puedo y lo haré. Eso —señaló el cuadro— es la mejor prueba para asegurárselo a cualquiera, incluso a tu familia, que tú no eres apta para cuidarlo.

—¡No hay nadie más apto que yo para cuidarlo! He dado todo por él.

—Lárgate, Riley, sigue con tu maldita vida llena de libertinaje y déjame vivir tranquilo.

—Dijiste que me llevarías contigo a Londres.

—He cambiado de opinión.

Evitó romper en llanto, no podía derrumbarse en un momento tan fundamental como ese.

—La facilidad con la que sueles deshacerte de mí hace que piense que nunca me amaste — confesó con tristeza y lo observó con fijeza, esperando conocer esa verdad—. Pensé que la muerte de Francesca me ayudaría a llegar a ti, pero todo indica que el problema nunca fue ella; sino yo. —El rostro se le contrajo por el duro descubrimiento—. Hace un año me dejaste porque ella llegó a Londres y necesitaba dinero, lo sé porque lo escuché de lord McDoughall, y ahora lo haces porque dejé que un amigo me pintara en ese estado con la única intención de que ese cuadro llegue a tu poder en el momento menos pensado.

—No lo quiero, lo detesto —escupió.

—Si lo que quieres es que me vaya, que olvide a mi hijo y mis responsabilidades para contigo, lo haré. —Sentía que el corazón se le partía en mil pedazos, renunciar a Gavin era demasiado doloroso para ella—. Asegúrate de inventar mi muerte para tu regreso a Londres porque nunca más volverás a saber de mí, Matt.

Salió del lugar con paso apresurado, sintiendo como las lágrimas bajaban por sus mejillas, y dolida y humillada vio que dos lacayos aguardaban por ella para escoltarla hacia el vehículo que seguramente la llevaría hacia un hotel. Miró hacia las escaleras, haciendo una mueca al ver que cuatro doncellas cerraban el camino, y frustrada bajó la mirada y salió por la puerta principal de su casa.

—¡Riley! —La llamó su tío antes de que se subiera al carruaje.

¿Matt le había permitido quedarse?

—Esto es muy malo, querida, pero por ahora debes irte, yo cuidaré de Gavin y vamos a solucionar todo esto, ya lo verás —le prometió y ella sollozó con tristeza.

—Sé que odias Londres —susurró con congoja—, que lo menos que quieres es volver a tu tierra de origen. —El rubio la miró con tristeza—. Pero prométeme que irás con él y hablarás con mis padres, sabes que Alonzo nunca fue mi amante.

—Cometiste un terrible error al dejarte pintar, ¿por qué nunca me lo dijiste?

—Lo siento.

—Riley, aún no está nada dicho, tu esposo entrará en calma en cuestión de días.

—Lo mejor será que me vaya, no quiero que él te eche a ti también —confesó, haciendo el amague de subirse al carruaje—. Cuida de mi hijo, te lo suplico.

—¿Dónde irás?

—Volveré al hotel.

No tenía a dónde ir y a esa hora no estaba en condiciones para buscar otro sitio.

Cuando le entregaron su dormitorio, Riley tiritó con violencia al comprender lo que realmente había ocurrido: Gavin jamás volvería a saber de ella y Matt usaría ese cuadro para que él la odiara, para que nunca anhelara saber quién era su madre.

Lloró por horas, tratando de encontrar una solución para su terrible realidad, y se paró de golpe cuando alguien llamó a su puerta.

¿Sería Matt?

Se decepcionó de sobremano al ver que se trataba de Alonzo.

—Querida, no pensé que las cosas terminarían así —soltó con arrepentimiento, sirviéndole un poco de té para que se calmara—. Pensé que él se enojaría, pero que solucionaría las cosas reclamando a su esposa, mi única intención fue ayudarte a mejorar la situación con tu esposo.

Se frotó las sienes con cansancio, sabía que Alonzo jamás buscaría perjudicar su matrimonio. Lo vio arrodillarse frente a ella y sonrió con pena cuando él acunó sus manos con inmensa ternura.

—¿Qué harás ahora? Te lo ha quitado todo.

Una lágrima se deslizó por su mejilla y el pelinegro la retiró suavemente.

—Ven conmigo, después de la fiesta puedo conseguir boletos, nos iremos a la India.

¿Irse sin su hijo?; jamás.

Sólo abandonaría París cuando su esposo y Gavin lo hicieran, y lo más probable era que decidiera seguirlos.

—No me iré, esperaré.

El pelinegro la miró con enojo.

—¿Seguirás esperando por un hombre que no te valora? —Se tensó por su brusco tono y lo miró, dubitativa.

Alonzo le había hablado de sus inclinaciones en cuanto a sus preferencias sexuales, sabía que le gustaban los hombres por lo que era imposible que él hubiera pretendido arruinar su matrimonio tan descaradamente; sin embargo... ¿por qué la motivaba a dejar París a las horas de que su esposo la echara de su casa?

—Ahora es mucho más complicado, Alonzo, perdí a mi hijo.

Él se relajó levemente y meditó sus siguientes palabras.

—No serías la primera madre a quien le arrebatan uno.

Indignada por su comentario se incorporó y rodeó el diván para implementar un poco de distancia.

—Quiero descansar, lo mejor será que te retires.

—De acuerdo, cariño, tienes razón. Descansa un poco, quizá mañana nuestras ideas estén más sólidas; además, debes relajarte para asistir a la fiesta.

Ella no iría a ninguna fiesta, lo único que quería era regresar en el tiempo e impedir un reencuentro con su esposo, ¡quería a Gavin con ella! Estaba cansada de seguir esperando por el amor de su esposo, nunca más volvería a creer que Matt podría amarla, ya estaba claro que para él nunca sería especial y lo mejor sería dejarlo en el olvido.

Empezó a llorar silenciosamente mientras la puerta de su dormitorio se cerraba y se sentó en la orilla de la cama, recordando nuevamente como su marido la echó de su vida sin tener consideración alguna.

No serías la primera madre a quien le arrebatan uno.

Jamás recuperaría a su hijo, ¿tenía caso luchar por algo que jamás volvería a ser suyo?

Capítulo 38

Sebastian Stanton no tenía la menor idea de cómo terminaría esa reunión, pero debía pensar muy bien en cada una de sus palabras para no manchar aún más el nombre de su sobrina ante el conde de Devonshire ni provocar que el hombre quisiera echarlo, alejándolo completamente de su sobrino.

—Se conocieron en una exhibición, yo la llevé y fue Vitale quien se acercó a Riley. A ella le llamó la atención su trabajo y decidió tomar unos cursos, yo estuve de acuerdo porque quería que ella y mi sobrino se quedaran en un lugar más estable, creando su propio hogar y qué mejor excusa que esos cursos —narró seriamente, mirando a Devonshire y Grafton de manera continua, ambos lo escuchaban con atención—. Con el tiempo Vitale se dio cuenta del talento de mi sobrina y le ofreció un trabajo, algo que Riley no quiso rechazar porque le pareció una buena oportunidad.

—¿Sabía que ella accedió a posar para ese cuadro?, ¿estuvo de acuerdo? —inquirió Devonshire, observando como la luz del día daba paso a la oscuridad de la noche, y Sebastian ladeó la cabeza en modo de negación.

—No, Riley nunca me habló de eso.

—¿Entonces de qué diantres le hablaba? —escupió el esposo de su sobrina y él sintió pena por Riley.

Ese hombre era demasiado orgulloso como para perdonar tal afrenta.

—De usted, de su amor por Francesca y el por qué nunca iba a buscarlos ni se movía por encontrarlos, como su adorado y respetado cuñado, para estar junto a ellos.

—Yo no amo a Francesca, envié lejos a Riley para que ella pudiera elegir por primera vez en su vida.

—¿Y la juzga por ser la modelo de un cuadro cuando su intención era brindarle mayor libertad?

—¡Manteniendo la decencia!

—Mi sobrina aún es una niña, milord, para cualquier hombre de vida es fácil engañarla. — Elevó la voz, incapaz de quedarse callado.

—Tiene veintidós años, no es una niña.

—Lo es cuando tres de esos años los vivió encerrada por culpa de su esposo sin poder aprender de las experiencias de la vida —escupió, logrando tensar al conde.

—¿Está seguro que su sobrina y Vitale no son amantes?

—Totalmente seguro, podría dar mi cabeza por ello.

—Bien —gruñó y tiró bruscamente del cordón para que su mayordomo se asomara a su despacho—. Llamaré a la niñera de mi hijo, quizás ella sabe más que usted.

Sebastian asintió, esperando que el testimonio de Nuria fuera de mucha ayuda para su sobrina, pues ellas sí solían hablar con demasiada frecuencia.

—No iré, Alonzo, no insistas —pidió con cansancio, mirando nuevamente el hermoso disfraz de Gea, la diosa de la tierra.

La prenda era de una suave seda de color verde esmeralda, la misma tonalidad de la tela que la

cubrió para que posara en el cuadro de su amigo, por lo que la sola idea de ponérsela hizo que la piel se le erizara.

Nunca debió haber permitido que Alonzo la pintara.

—Creo que cometes un terrible error al privarte de este evento.

—No te entiendo. —Frunció el ceño.

—Piénsalo, querida. —Se sentó en la cama con una sonrisa socarrona—. Tu esposo te echó de su casa, te quitó a tu hijo y no volverás a recibir apoyo económico de su parte.

Las piernas le temblaron, ni siquiera lo había pensado.

—Debes abrirte puertas en el mundo del arte y para eso necesitas contactos. ¿O es que piensas esperar a la caridad de tu familia? Quienes, por cierto, te repudiarán cuando vean tu cuadro.

Se dejó caer sobre el diván, analizando las palabras de su amigo. Él tenía razón, su familia no tomaría de buen agrado su cuadro y pensarían que de nada les sirvió invertir tanto dinero en su educación si al final se arruinó de la peor manera posible.

—¿Qué haré con mi vida, Alonzo? —Los ojos se le cristalizaron y agradeció que su amigo la abrazara, transmitiéndole todas sus fuerzas.

—Sólo quiero que sepas que cuentas conmigo, te ofrezco un trabajo estable, conmigo podrás viajar por el mundo y nada te faltará.

—¿Por qué me ayudarías? —susurró dolida.

—Porque nunca sería capaz de dejar sola a una criatura tan encantadora como tú. —Si tan sólo Matt pudiera pensar igual, si tan sólo él fuera incapaz de dejarla sola—. Debes adaptarte a tu nueva vida, Riley, y aceptar que nunca más serás bienvenida en Londres.

Se frotó el puente de la nariz con frustración y asintió rápidamente, tratando de ahogar su propia decepción de sí misma. Debería sentirse avergonzada por pretender que su esposo viniera por ella, lo que hizo no tenía perdón y merecía exactamente lo que tenía: un exilio.

—Iré.

No le quedaba más que adaptarse a su nueva vida; una sin su hijo, sin su esposo y sin su familia.

—Perfecto, si gustas...

—También me iré contigo, Alonzo —susurró devastada, consciente que ya no era digna de volver a reunirse con su hijo.

Al no recibir una respuesta inmediata del pelinegro, Riley lo buscó con la mirada y se sorprendió al ver la intensidad de su mirada. Él pareció darse cuenta de su incomodidad y sonrió abiertamente como de costumbre.

—Lamento que te echaran, pero ten por seguro que siempre tendré los brazos abiertos para ti.

Asintió, cabizbaja.

—Déjame ayudarte a vestirme, sé que no tienes doncella y...

—¿Qué? No, claro que no. —Retrocedió recelosa y su amigo alzó las manos en señal de disculpa.

—De acuerdo, lo siento, sólo quería ayudarte. Ahora que no tienes a Nuria a tu servicio tal vez será difícil para...

—Puedo hacerlo sola. —Lo había hecho así por años—. Estaré lista en treinta minutos, espérame en el recibidor del hotel.

—De acuerdo, querida. —Besó su mano y se dio media vuelta para abandonar la alcoba—. Me encargaré de que nuestros boletos estén listos para pasado mañana, ¿te parece?

Meditó su respuesta.

—Yo pagaré todo, no debes preocuparte por nada. Hoy no comiste nada, pediré que te suban algo ligero.

Su amigo salió de su alcoba y Riley hizo una mueca al percatarse que en ningún momento le mencionó que no había comido ese día.

Ladeó la cabeza, justamente ahora, cuando más lo necesitaba, se le ocurría desconfiar de su amigo. No podía ser tan estúpida, Alonzo era lo único que tenía y no quería quedarse sola en un momento tan tétrico de su vida.

Miró su disfraz y tragó con fuerza mientras empezaba a desvestirse.

—¿Puedes darme tu palabra de que mi esposa no tuvo ningún amorío con Vitale? —farfulló Matt y Nuria se encogió temerosa por su mirada amenazadora.

—Sí, milord —susurró con la voz quebradiza y Grafton hizo que retrocediera para que dejara de intimidar a la criada—. Lady Devonshire no tuvo un amorío con el pintor ni con nadie, solía pasar la mayor parte del día con ella y lord Torrington, milady pocas veces lo dejaba solo.

—¿Cómo funcionaban sus cursos?

—Íbamos con ella, sólo una vez me pidió que no la acompañara y me quedara con lord Torrington en la casa de lord Stanton.

Matt sabía perfectamente qué ocurrió ese día.

—Pero el señor Vitale jamás le haría algo o seduciría a lady Devonshire —agregó la criada, captando la atención de todos los presentes.

—¿Cómo estás tan segura? —inquirió Sebastian, confundido.

—Porque una vez, durante sus clases, después de casi un mes asistiendo a su residencia, el señor Vitale le dijo a lady Devonshire que sus preferencias... Eran distintas. —Todos los hombres fruncieron el ceño y Nuria se sonrojó, totalmente azorada—. A él le gustan los hombres, eso fue lo que le dio a entender a milady.

Matt sintió como la sangre se le congelaba y su amigo intercambió una mirada con el tío de su esposa. Estaban pensando lo mismo que él, Vitale...

—Eso es mentira, seguro entendiste mal —espetó Sebastian, ofuscado, y Matt tragó con fuerza al imaginarse lo que pudo haber ocurrido realmente.

—No, milord, él le mencionó a su sobrina que jamás podría mirarla como mujer porque prefería a los varones, también le pidió que no se lo dijera porque tenía miedo que se interpusiera en la amistad que estaban formando.

—Vitale es el peor de los libertinos y todos los hombres que lo vieron en sus andares lo saben —escupió furibundo, recordando todas las historias que se decían del italiano y sus exitosas orgías—. ¿Cómo pretende insinuarle a mi esposa que es...?

—Para pintarla —respondió Grafton, dejándolo tan pálido como una hoja—. Por eso tu esposa está tan empecinada en que entre ella y Vitale sólo hay una amistad, él la está engañando.

Matt vio que lord Stanton se apresuraba para salir por la puerta y lo sujetó del brazo antes de que se fuera.

—¿A dónde va?

—¿A dónde crees, Devonshire?! —bramó con rabia, soltándose de su agarre—. Echaste a mi sobrina ayer en la noche, ¿a quién crees que acudió en busca de ayuda?

Asegúrate de inventar mi muerte para tu regreso a Londres porque nunca más volverás a saber de mí, Matt.

—Vitale dará una exhibición esta noche, sé dónde puedo encontrarlos —agregó el rubio y Matt abrió los ojos, atónito, mirándolo con incredulidad.

—Esas exhibiciones son orgías —susurró, sintiendo como el aire empezaba a faltarle.

Por su culpa Riley estaba desprotegida, porque nuevamente se había encargado de demostrarle con hechos que él jamás podría cuidar de ella. Salió disparado de su despacho seguido de Grafton y Sebastian, odiando en el alma haber dejado tan desvalida a una mujer tan inocente como su esposa.

Dios santo, Riley jamás le perdonaría que le hubiera quitado a su hijo.

La facilidad con la que sueles deshacerte de mí hace que piense que nunca me amaste.

La amaba, la adoraba tanto que estaba dispuesto a arrastrarla en contra de su voluntad si ella no quería perdonarlo y volver a su lado. Fue un imbécil, un maldito idiota al echarla de su casa sin analizar las consecuencias.

Todo indicaba que Vitale lo tenía todo planeado, él quiso que ambos pelearan y usó el cuadro para sacar a flote el mal temperamento que poseía.

—¿Cómo hiciste para conseguir este lugar? —inquirió con curiosidad, detallando desde la ventanilla del carruaje la hermosa casa que se levantaba en tres pisos en un estilo neoclásico.

—Un viejo amigo quedó fascinado con la idea de formar parte de una de mis famosas exhibiciones.

No había escuchado mucho sobre ellas, sólo sabía que eran fiestas de lo más divertidas y diferentes, por lo que desde que Alonzo le comentó sobre la misma sintió muchas ganas de participar en ella.

—Esto será parte de tu vida de ahora en adelante.

Clavó la vista en el italiano, quien elevó la comisura de sus labios con socarronería.

—Ahora eres libre, no tienes ataduras y puedes hacer de tu vida lo que se te plazca. Nadie te dirá qué hacer, qué decir ni cómo comportarte; tu esposo te liberó de todas esas presiones al quitarte a Gavin y echarte de su casa y vida.

—No quiero hablar de eso. —La voz le tembló, no aceptó asistir a esa fiesta para que él le enumerara las supuestas ventajas que podría traerle el que su esposo le quitara absolutamente todo.

—Tienes razón, esta noche es para ti y yo te ayudaré a disfrutarla.

No llegó hasta allí para disfrutar de su noche, sólo quería que él le presentara a gente importante del medio para que algún día pudiera generar ganancias con su trabajo. Tarde o temprano su dinero se acabaría y estaba convencida de que en su vida querría volver a pasar necesidades.

El carruaje se detuvo en la entrada y cuando llegaron al recibidor, no muy contenta cedió su capa para que el mayordomo pudiera resguardarla. Se sintió demasiado expuesta, si bien el disfraz era hermoso, las transparencias y el profundo escote no era algo con lo que estuviera acostumbrada a lidiar.

Reacomodó su antifaz dorado y se cercioró que su diadema de flores estuviera en perfecto estado. Su cabellera estaba suelta, por lo que usó gran porción de ella para cubrir sus hombros descubiertos y el atrevido ribeteado de su escote.

—Las damas deben seguir el camino derecho y los hombres el izquierdo —explicó el mayordomo y desconcertada miró a Alonzo, quien asintió como respuesta—. Al final del pasillo

terminarán en la misma estancia.

—Me gusta brindarles un aura misteriosa a mis acontecimientos, querida.

¿Cuándo se veía que una dama ingresase sola a cualquier tipo de evento social? Nunca, eso era algo muy mal visto y...

—Debes acostumbrarte a hacer las cosas por ti misma de ahora en adelante, Riley —espetó el italiano con retintín, erizándole la piel como respuesta—. Ahora estás sola.

—Nos vemos adentro —susurró bastante afectada por sus palabras y con el miedo a flor de piel inició su recorrido por el pasillo derecho tenuemente iluminado. Se sorprendió al ver que los cuadros de hombres desnudos estaban distribuidos por ese sector.

¿No era algo muy descarado para iniciar con una exhibición?

Las risas femeninas llamaron su atención y se acercó al grupo de mujeres para no sentirse tan sola; no obstante, ahogó un jadeo al oír sus intrépidos comentarios.

—Lo que daría porque mi marido se viera así desnudo.

—Yo me conformaría con que su pene fuera al menos de la mitad de tamaño que ese.

—La resignación llamó a mi puerta desde hace mucho, por lo que opté por conseguir un amante.

Dios santo, ¿es que acaso esas mujeres no tenían pudor?

—No deberías estar aquí.

Dio un brinco en su lugar y rápidamente giró el rostro, encontrándose con nada más y nada menos que su cuñada, quien llevaba un vestido blanco holgado, un cinto dorado alrededor de su cintura con una espada colgando de ella y un antifaz blanco.

Era Temis, la diosa de la justicia.

—Vitale cree que lo mejor es que me abra mundo desde ahora —susurró avergonzada, regresando la vista al cuadro que ella miraba. Era el de un hombre desnudo, tendido en una gran alfombra delante de una chimenea—. ¿Cómo entraste?, ¿por qué estás aquí?

—Cuando mi hermano dijo que prepararan tus baúles entré a tu cuarto y encontré las entradas, decidí tomarlas porque supuse que aquí encontraría la razón que llevó a mi hermano a echarte.

—No deberías estar aquí, Laurine, suficientes problemas tengo con Devonshire como para ganarme uno extra.

—Él no gobierna mi vida, Riley —decretó y se plantó frente a ella—. Y no deberías confiar tan ciegamente en Vitale, ese hombre no puede ofrecerte nada bueno.

—Es lo único que tengo por ahora.

—Mentira —aseveró—. Tienes a tu tío y si mi hermano no te quiere con él, me tienes a mí.

Abrió los ojos sorprendida sin poder creer que Laurine le estuviera otorgando un acuerdo de paz. No quería preguntarle si eso quería decir que ella le había perdonado las faltas de su hermano, por lo que se limitó a abrazarla como agradecimiento por su tan generosa oferta.

—Gracias por esto —musitó con un hilo de voz—, pero lo que hice tu hermano jamás podrá olvidarlo, por lo que el pretender mantener una amistad conmigo puede generarte muchos problemas; él podría dejar de financiarte.

—Trabajemos con tus perfumes.

—¿Qué? —Frunció el ceño.

—No sigas a Vitale ni te enfoques en Matt, durante años nos dijeron que necesitamos de un hombre para subsistir y quiero demostrarles que eso es mentira. Llevo meses haciendo averiguaciones, tres hombres invertirán en tus productos una vez que comprueben su calidad, yo también pondré mis ahorros en este nuevo proyecto.

—Pero... ¿crees que funcione?

—Estoy segura que así será, soy una compradora impulsiva y si me ofrecen tus perfumes los compraría sin dudarlo.

—¿Quiénes son esos hombres que dices?

—Sheldon Bass, Thomas Fernsby y Maximiliano Fernsby.

—¿Los protegidos del conde de Worcester? —Jadeó sorprendida, en su infancia solían ser sus guardianes cuando las mellizas iban de visita a Hampshire, el conde los quería como sus hijos y antes de su boda, les había otorgado la oportunidad de ir a hacer vida y fortuna en el exterior.

—Son empresarios, su fortuna precede del mercado inmobiliario, marino y ahora quieren iniciar con el comercio. Son inteligentes, bien parecidos y en menos de cinco años supieron como abrirse mundo lejos de Inglaterra.

—Los conozco, quiero hablar con ellos.

Laurine asintió.

—Ahora mismo planean adquirir una fábrica de vidriería que está en quiebra, si eso sucede el costo de la producción de nuestros envases se reducirá a casi nada; Sheldon quiere hablar contigo y conocer tu mercancía.

—Le dijiste mi nombre.

Ellos la recordarían, para Riley eran sus amigos.

—No, pero en dos días puedo pactar una cita si lo deseas.

—Sí, quiero hacerlo.

—Perfecto —expresó su cuñada y se cruzó de brazos, mirándola con interés—. Si fuera tú no seguiría este pasillo.

—¿Por qué?

—¿Sabes a qué tipo de fiesta te trajo Vitale?

—Es una exhibición.

—Esto... —Señaló los cuadros del pasillo— es la exhibición. Adentro acontece otra cosa.

—No comprendo.

—Es una fiesta depravada. —Rodó los ojos con aburrimiento, dejándola perpleja—. Sinceramente, mi hermano no merece perdón alguno y no abogaré por él nunca más; tú tienes razón de sobra para odiarlo, pero claramente no lo haces.

—No, no puedo hacerlo —susurró con tristeza—. Lo mejor será que regrese al hotel.

—Te llevaré a otro. —Le indicó que avanzara hacia el recibidor—. Creo que Vitale te ha estado engañando.

—¿Por qué piensas eso? —preguntó ceñuda.

—Mi hermano no dejó que nadie lo viera, pero yo sí que vi el cuadro donde posas casi desnuda.

Se rio sin humor alguno.

—Por eso me echó.

—Pero no entiendo por qué accediste a que te pintara, él es un hombre.

—Pero Vitale prefiere a los hombres, él mismo me lo dijo, nunca me verá como una mujer.

—Ciertamente fuiste engañada —espetó sin expresión alguna en el rostro—. Pon atención —le dijo y se acercó a otro grupo de féminas—. Señoritas —las llamó con una seguridad desbordante y todas giraron para prestarle su atención—. ¿Quién es el peor y más deseado libertino de esta noche?

—Alonzo Vitale —suspiraron todas en unísono, llevándose una mano al pecho con dramatismo,

y Riley sintió como la ira llenaba su pecho.

¿Alonzo la estuvo engañando todo este tiempo?

Claro... ¡Él mandó el cuadro a su esposo con el único propósito de generar una discusión entre ellos!

—Ese hombre se está obsesionando contigo —espetó su cuñada y la sujetó del brazo para sacarla definitivamente de esa casa—. Debes alejarte de él.

—¡Riley! —La profunda y aterciopelada voz de su esposo hizo que ambas se tensaran y giró sobre sus talones para observar cómo a su esposo le importaba muy poco las súplicas del mayordomo e ingresaba por el pasillo incorrecto para alcanzarla.

¿Estaba molesto porque Laurine estaba junto a ella?

Ladeó la cabeza con tristeza, ¿importaba? Por culpa de Alonzo su esposo nunca más volvería a quererla a su lado ni al de su hijo. Ese hombre le había arruinado la vida con sus mentiras.

—Esto no se quedará así.

Se soltó del agarre de su amigo e ignorando la demandante orden de su esposo de quedarse quieta, Riley salió corriendo hacia el salón dónde ambos pasillos se unían, confirmando que ciertamente esa fiesta no era para nada lo que ella esperaba encontrarse.

Las parejas retozaban en diferentes lugares del salón, algunas mujeres tenían la mitad del cuerpo desnudo mientras los hombres las manoseaban y hacían lo que querían con ellas. Empuñó sus manos, ¿es que Vitale la había tomado por una cualquiera?

—Sé que es algo diferente —dijo rápidamente el hombre que creía su amigo mientras sujetaba su mano—, pero es algo nuevo y ahora que eres libre debes aprender a disfrutarlo, Riley.

Ahora comprendía los irracionales celos de su esposo, Vitale no prefería a los hombres, él sólo se aprovechó de su ingenuidad para arrastrarla a un mundo lleno de perversión y libertinaje.

Apretó la mandíbula cuando Vitale rodeó su cuello, mirándola con lujuria, y aguardando por el momento perfecto, Riley le atestó un fuerte puño que hizo que incluso su mano le doliera.

—Haz arruinado mi vida, Alonzo, confíe en ti y...

—Te demostré lo poco que le importas a tu esposo —dijo sonriente, como si su puño no hubiera provocado que la herida de su labio se abriera y le hubiera hecho cosquillas en lugar de herirlo—. Si me eliges, tendrás to...

—Y una mierda.

Riley chilló al ver como Matt se abalanzaba sobre Vitale y antes de alterar a todos los presentes, su esposo tiró del italiano hacia el solitario pasillo y le atestó un fuerte puño en el vientre. Alonzo se dobló por el dolor y tosió con incredulidad por la repentina aparición del conde.

Eso no había estado en sus planes.

—Riley, ¿te encuentras bien?

—Sebastián —susurró sorprendida y agradeció que él la cubriera con su abrigo, ahora sí que se sentía muy expuesta—. No lo sabía, tío, yo...

—Hay cosas que nadie hablará con una dama de tu alcurnia, tú no tienes la culpa de nada. —La abrazó con fuerza y con lágrimas en los ojos dejó que la sacara junto a Laurine del inapropiado evento que se estaba efectuando—. Ahora que tu esposo sabe la verdad, estoy seguro que te dejará quedarte en su casa, vamos a retirarnos y esperaremos por él...

—Riley... —dijo su cuñada, mirándola con seriedad, y su tío cortó su monólogo—. ¿Dejarás que se repita?

—No iré —musitó débilmente, segura de que más adelante esa decisión podría salirle muy

caro—. Estoy cansada de esperar a mi esposo, él me echó y no volveré a permitir otra de sus humillaciones.

Sebastian le sonrió con ternura, como si comprendiera su punto, y no dijo nada al ver que Laurine tiraba de ella para llevarla hacia el carruaje que la había traído hacia el evento.

Devonshire merecía un escarmiento por su mala toma de decisiones.

Capítulo 39

Lo más sensato habría sido matar al imbécil de Vitale por lo que le hizo a su esposa, pero como Matt sabía que Riley jamás podría cargar con la culpa, decidió perdonarle la vida al italiano y advertirle que si se volvía a acercarse a su esposa perdería sus preciadas manos y no volvería a trabajar en el rubro del arte en su desgraciada vida.

Ese malnacido estaba manipulando a su esposa, quería hacerle creer que estaba sola y lo único que le quedaba era seguirle a él y su estilo de vida. Bramó furibundo, deseando volver a verlo para matarlo con sus propias manos.

—¿Cómo que no está? —Se tensó ante la afirmación del mayordomo y miró a Grafton con enojo, pero lastimosamente su amigo estaba tan desorientado como él—. Lord Stanton debía escoltarla hasta aquí.

—Se fue, Matt.

Miró a su hermana, quien había tenido la osadía de huir de su casa para encontrarse con Riley en esa maldita fiesta.

—¿Por qué lo permitieron? —farfulló y su hermana se cruzó de brazos, importándole muy poco que su amigo la mirara con su ropa de dormir.

—Porque tú la echaste de esta casa y ella se cansó de esperarte. Riley no quiere sufrir otras de tus humillaciones y se fue a otro hotel, dijo que no volvería al de Vitale.

—¿Sabes en cuál está hospedada?

Su hermana se dio unos toquecitos en el mentón.

—Mencionó algo así como que el hotel estaba cerca de la plaza.

—Hay más de treinta hoteles por la plaza —escupió y su hermana le sonrió con malicia.

La muy malagradecida estaba disfrutando de su sufrimiento.

—Supongo que tendrás que buscarla mañana, ahora es muy tarde y dudo que logres dar con ella.

No, Matt no pensaba seguir perdiendo el tiempo con su esposa, ¡iba a recuperar a Riley y le importaba muy poco tener que ejercer sus derechos maritales para traerla consigo en caso de que ella no quisiera obedecerlo!

Abandonó su casa, pidiéndole a su amigo que no lo siguiera, porque la tarea de encontrar a su esposa era algo que él debía hacer totalmente solo, y por las siguientes horas se dedicó a visitar hotel por hotel, sobornando a los empleados para recibir algún tipo de información sobre su esposa.

Nadie sabía nada de ella y si bien aún le quedaban muchos hoteles por recorrer, Matt se sentía desesperado, ¡no permitiría que su esposa volviera a pasar otra noche sola y sin su compañía!

Apoyada en el marco de la ventana de su alcoba, Riley observó silenciosamente como el amanecer empezaba a levantarse. Había sido burlada por un libertino, inocentemente cayó en su trampa y de no haber sido por su cuñada posiblemente habría terminado accediendo a su oferta porque en su momento la idea de estar totalmente sola le pareció aterradora.

Laurine le había ofrecido un futuro, un negocio y su compañía; sin embargo, ella tontamente seguía esperando la llegada de su esposo. Era tan estúpida que por un momento pensó que él iría a buscarla y le pediría perdón por todo lo ocurrido.

Ladeó la cabeza rápidamente, decidida a no dejarse llevar por la tristeza y la decepción.

El sonido del chasquido del seguro de su puerta hizo que entrara en tensión y rápidamente se volvió hacia la cama y sujetó una sábana para cubrirse al ver como esta se abría con fuerza, provocando un fuerte estruendo. Por un momento sintió que el aire abandonaría sus pulmones y no estaba segura si se debía al miedo que atravesó al creer que podría ser Alonzo o a la emoción y alegría que llenó su pecho al ver a Matt frente a ella.

Se le fue imposible emitir palabra alguna, pero soltó su sábana cuando él cerró la puerta tres de sí para adentrarse a la alcoba. Rodeó la cama para ir a su encuentro, pero paró en seco al ver como su esposo, el conde de Devonshire, posiblemente el hombre más orgulloso de Gran Bretaña, se arrodillaba frente a ella y le abrazaba por las piernas para pedirle perdón.

—Perdóname, mi amor —suplicó angustiado y sonrió con ternura—. Soy un imbécil, no controlé mis celos y actúe irracionalmente. Sé que eres inocente y me odió a mí mismo por no haber confiado en ti cuando debía. Regresa, Gavin y yo... —Se detuvo por unos segundos, sorprendiéndola levemente—. No usaré a Gavin, no será mi cebo para traerte de regreso. Quiero que vuelvas a nuestro hogar por mí, para vivir conmigo, para quedarte a mi lado.

—¿Y si no quiero hacerlo? —inquirió con suavidad y él presionó su agarre.

—Te devolveré a nuestro hijo, no hay mujer más adecuada que tú para cuidar de nuestro pequeño.

Sonriente y algo divertida por su arrepentimiento, Riley se arrodilló frente a su esposo y lo abrazó por el cuello, disfrutando de la calidez de su brazo alrededor de ella. Acarició su hombro izquierdo, el cual él no movía, y lanzó una pregunta que andaba rondando por su cabeza desde hace mucho.

—Ya no puedes moverlo, ¿verdad?

La rigidez de su cuerpo la obligó a presionar su abrazo.

—¿Por qué me dejaste ir hace un año, Matt?, ¿fue por Francesca?

—Nunca fue por ella —confesó vencido—. Quería darte voz y voto, quería que tú pudieras elegir por primera vez en tu vida y deseaba poder asimilar el hecho de que ahora soy un lisiado. Temía tu rechazo.

—Jamás te rechazaría por eso. —Lo buscó con la mirada y acunó sus firmes mejillas. Su rostro estaba helado—. ¿Por qué estás tan frío?

—Llevo buscándote por horas, Laurine me dijo que estabas en un hotel por la plaza.

—Tu hermana fue la que me trajo a este hotel lo suficientemente alejado de la plaza —carcajeó por lo bajo y Matt rodó los ojos con aburrimiento.

—Me lo dijo hace cinco minutos, al parecer sí llegó a compadecerse de mí.

—Yo oí tu conversación con lord McDougall y le dijiste que irías por ella a Londres, creí que nunca la habías olvidado.

La sorpresa e incredulidad que vio en el rostro de su esposo hizo que se sintiera algo aliviada, puesto que él la estaba mirando como si fuera una loca. Su conclusión fue errónea, él no amaba a Francesca, al final sus celos e inseguridad le jugaron una mala pasada.

—¿Por qué no puedes creerme cuando te digo que te amo? —preguntó frustrado, presionando su agarre, y Riley bajó la mirada, azorada—. Tú conoces mi pasado con Francesca, cuando aún la creía una santa, creí que estaba en deuda con ella y deseaba ayudarla; mi intención nunca fue

dejarte a ti ni a Gavin por ella, eso es absurdo. Son mi vida, este año sin ustedes ha sido el peor de mi vida y ahora que por fin los tengo cerca no quiero volver a perderlos.

—Me echaste —susurró con lágrimas en los ojos— y lo hiciste con tanta facilidad que me hiciste sentir una persona sin valor alguno.

—Pensé lo peor —explicó rápidamente— la reputación de Vitale era la peor de todas, ¿qué podía esperar de una amistad de mi esposa con un hombre como él? Te tuvo engañada, Riley, él te deseaba y quería arruinar nuestro matrimonio cuando vio que pretendía llevarte conmigo. Ocasiónó la pelea, provocándome con su nota, y luego me envió el cuadro cuando tú estuviste toda la tarde con él, ¿qué esperabas que pensara?

—Que mi amor hacia ti es sincero y puro.

—¿Me amas? —Su voz murió y su agarre se hizo más preciso.

—Sí —suspiró suavemente— no me preguntes desde cuándo porque ni siquiera sé cómo ocurrió, sólo sé que te amo y deseo quedarme contigo y mi hijo y formar una familia. Viajar fue una experiencia hermosa y te agradezco la oportunidad que me diste de hacerlo, pero ahora más que nunca sé que eso no me hará feliz, que lo que necesito es a mi esposo a mi lado.

—Estoy lisiado, Riley, no puedo mover el brazo izquierdo y nunca más podré hacerlo. No quiero que tu sentimiento de culpabilidad sea la razón que te incentive a quedarte a mi lado.

Empuñó sus manos y rompió el abrazo, ofuscada.

—¿Y por qué sería mi culpa?

La miró con sorpresa.

—Puede que te sintieras culpable de que tu hermano...

—Tú te buscaste ese duelo —farfulló y Matt se rio por lo bajo, no había esperado esa respuesta tan intrépida.

—¿Entonces no te interesa saber que estoy lisiado? —Sonrió de manera risueña, volviendo a abrazarla—. Mi vida nunca volverá a ser la misma.

—No, no me interesa —espetó con congoja, acariciando su brazo izquierdo—. No me enamoré de tu brazo ni lo que puedes hacer con él, Matt. Si me lo hubieras dicho desde un principio, no te habría dado el gusto de abandonar Londres, me hubiera gustado ser un apoyo para ti durante todo este tiempo.

—Fuiste mi incentivo.

—Me hiciste mucha falta. —Se acurrucó contra su pecho y muy lentamente empezó a quitarle el pañuelo—. Cuando el otro día nos encontramos, creí que me esperarían días maravillosos a tu lado.

—Los tendrás —musitó con voz gutural, levantando suavemente su camisola.

Con una sonrisa traviesa, Riley se puso de pie y Matt siguió sus movimientos mirándola con una intensidad aplastante.

—Necesitas entrar en calor —ronroneó, abriendo su chaleco, y el castaño enarcó su ceja con diversión—. Sé de una manera muy efectiva e inmediata.

—¿Dormir juntos en la cama?

Rio por lo bajo.

—Sí, dormir juntos, muy abrazaditos y desnudos.

Con paciencia y lujuria, Riley lo desvistió. Lo había soñado por meses, anhelándolo cada día y ahora por fin podría hacerlo suyo de nuevo. Lo rodeó como si fuera una pantera, clavándose a su espalda, y muy sutilmente rozó la quemadura de su espalda, detallando la marca.

—¿Por qué no me dijiste que te la hiciste el día que me rescataste?

—Porque te salvé sin ningún interés de por medio, que lo sepas o que no lo sepas me daba igual, lo único que quería era que salieras viva del accidente.

Besó la quemadura y lo abrazó por detrás, adorando sentir el calor de su cuerpo.

—He sido un infortunio para ti incluso antes de nacer, ¿no te parece?

Su esposo giró sobre su eje muy suavemente y ella tiritó al sentir su dureza contra su vientre.

—No, no me parece —respondió y con delicadeza la despojó de su camisola, dejándola totalmente desnuda—. Eres lo mejor que me ha pasado en la vida. —Acarició su costado, dejando una larga caricia a su paso, y Riley suspiró cuando su mano acunó su nalga y la presionó con suavidad.

—Te prometiste conmigo por dinero, marcaste tu espalda por salvarme y no pudiste casarte con Francesca por nuestro compromiso. ¿No te hubiera gustado poder elegir?

—No, nunca me he sentido más feliz en mi vida.

Sus labios se unieron con suavidad, iniciando un beso lento y tortuoso que a medida que caminaron hacia la cama a traspies empezó a ganar fuerza y profundidad. La calidez de su abrazo la llenó de anhelo y paz, elevándola a la cima en el momento que la tendió sobre el colchón, y rodeándolo con una pierna por su costado lo instó a girar sobre el mismo para quedar en su encima.

No quería hacer comentario alguno, pero ambos sabían que ella había aprendido eso al ver los cuadros de Vitale, los cuales eran bastante eróticos en ciertos aspectos.

—Riley... —gruñó entre beso, sacudiendo todo su interior con sus arremetidas—. No te cohíbas, no te juzgaré.

—Los cuadros son algo educativos y llegué a ver algo de eso en la orgía...

—Solo hazlo, ternura —suplicó, liberando su boca, y muy lentamente Riley descendió sobre el cuerpo masculino hasta encontrarse con el miembro viril que se alzaba duro y firme entre las piernas de su esposo.

El primer roce de sus labios con el duro falo hizo que un escalofrío recorriera su espina dorsal y sujetándolo desde la base, Riley empezó a besar el pedazo de piel tímidamente, escuchando los suaves gemidos de su esposo. Matt levantó la cadera intrépidamente, provocando que una gran porción de su miembro ingresara a su boca, y sorprendida empezó a lamerlo con brío.

—Usa un poco más de saliva —informó con voz ronca, retorciéndose bajo de ella, y lo obedeció con suficiencia, percatándose de cómo se hinchaba cada vez más dentro de su boca—. Para —ordenó y generando un ruido sordo al liberar su falo, Riley se sentó sobre sus rodillas para mirarlo.

Él sonrió retorcidamente.

—Tu obediencia a veces suele irritarme como también excitarme —confesó socarronamente y se sentó rápidamente para tomar posesión de uno de sus pezones.

—¡Ah! No, espera...

—No me gusta recibir órdenes —expresó con retintín y devoró el pedazo de piel como si no hubiera un mañana hasta dejarlo rojo y arrugado, adolorido por los mordiscos y chupetones que regó sobre la frágil piel.

Arqueándose ante el toque de sus labios, Riley sintió que todo a su alrededor daba vueltas al sentir como dos dedos se sumergían en su interior, entrando y saliendo como si no hubiera un mañana. Se aferró a sus hombros con fuerza y tiró la cabeza hacia atrás, importándole muy poco si estaba siendo ruidosa o no.

El recato ya no era una norma de oro para ella, las cosas en su vida habían cambiado.

—Matt, te amo.

Lo besó, contoneándose sobre sus dedos, y él la abandonó cuando la rodeó por la cintura para profundizar el beso. Lo escuchó gruñir y decidió ayudarlo, infiltrando una mano entre sus cuerpos para sujetar su miembro y guiarlo hacia su entrada.

—No quiero lastimarte —susurró aceleradamente—. Déjame tocarte un poco más.

—No, te necesito ahora.

Él la elevó por los glúteos, ayudándola a obtener una altura agradable y la dejó deslizarse hacia abajo, provocando una unión devastadora que hizo que ambos gimieran por el cómo sus cuerpos se unieron. Matt se sintió en el cielo, había extrañado con creces la sensación de ser absorbido por ella.

Demostrándole que aún podía montarla, la tumbó sobre la cama y apoyando su peso contra su brazo sano, Matt la poseyó con fiereza, disfrutando del placer que se imprimió en el semblante de su mujer, quien gemía y jadeaba instándolo a continuar y acelerar su ritmo.

—¡Ah! —gritó, convulsionando bajo su cuerpo, y tenso por el cómo sus paredes vaginales lo presionaron por el clímax, aceleró sus movimientos consiguió terminar a tiempo para que sus esencias se mezclaran.

Se dejó caer junto a ella, saliendo suavemente de su interior, y la abrazó con fuerza como si temiera perder su cercanía. La había extrañado tanto.

—No quiero que vuelvas a alejarte de mí —espetó jadeante y aún agotada y afectada por el coito, Riley lo abrazó por el vientre.

—Tendrás que seducirme para retenerme a tu lado.

Carcajeó roncamente y abrazándola por debajo del cuerpo, rodeó uno de sus pechos y empezó a amasarlo con mimo.

—No será un esfuerzo —disfrutó sus melodiosos gemidos y decidió torturarla con sus caricias hasta que su cuerpo se sintiera listo para volver a penetrarla.

Lo amaba... Su esposa lo amaba y por idiota se dio el estúpido lujo de permanecer un año más alejado de ella, privándolos a ambos de esa hermosa sensación de hacer el amor el uno con el otro. No obstante, eso nunca más volvería a suceder porque ahora Matt no iría a ningún lado sin su esposa e hijo.

FIN

Epílogo

Dos meses más tarde.

Su estadía en París se había alargado más de lo deseado para ambos; no obstante, eso no quería decir que no lo hubieran pasado bien durante todo ese tiempo. Laurine había empezado a salir de su alcoba y a convivir un poco más con Philippa y Gavin, su mejoría era muy notoria en cuanto a su apariencia en comparación a la primera vez que la vio después de un año.

Su negocio con Sheldon, Thomas y Maximiliano había sido todo un éxito, aunque los tres hombres aún se encontraban en disputa por la fábrica de vidrio, todo indicaba que uno de los dueños era un poco testarudo en cuando a la idea de venderla.

Laurine había conseguido entablar una buena relación con los tres hombres y ella se encargaría de todo desde París porque Matt y ella debían regresar a Londres. Su esposo debía atender unos asuntos en Londres y ya le había dado el tiempo suficiente a su hermana para tomar una decisión respecto a Philippa.

Riley miró a su esposo, quien miraba hacia la calle principal para entrar al muelle, y sonrió con tristeza, meciendo a su sobrina en brazos. La pequeña ya balbuceaba y pataleaba alegremente cuando algo la hacía feliz, era igual de hermosa que su madre y lastimosamente había sido rechazada por la rubia.

¿Cómo tomaría Matt la noticia que tenía para él?

Con todo lo que les estuvo pasando en las últimas semanas, no pudo comentarle nada al respecto. Sonriente vio como Gavin se ponía junto a su padre para tomarle de la mano y el corazón se le llenó de alegría al ver la sonrisa genuina de su esposo.

—¿Listo para regresar a tu hogar? —inquirió, tomándolo en brazos, y Riley lamentó que su tío hubiera desistido a su invitación de ir a Londres.

Ross no se equivocó al decir que su tío jamás volvería a pisar tierra inglesa.

—Pronto tendremos que subir al barco—espetó con suavidad, colocándose junto a su esposo—. La protegeremos, si no quieres presentarla como nuestra hija, podemos simular una adopción.

Philippa gruñó en desacuerdo, mirándolos con la manito en la boca.

Riley carcajeó roncamente, tenía que admitir que ella sí quería quedarse con la niña. Siempre quiso una hija y por alguna extraña razón sentía una gran conexión con su sobrina.

—Es el vivo retrato de su madre, hagamos lo que hagamos tarde o temprano todos lo sabrán y prefiero que la juzguen siendo una lady que una donnadie, al menos así tendrá el respaldo de un título, ¿no te parece?

Se preocupó al ver como los ojos de su sobrina se llenaban de lágrimas y hacía un tierno mohín con los labios.

—Creí que la aceptaría, todo este tiempo... Ella compartió con su hija, incluso empezó a cargarla.

Tragó con fuerza al percatarse que Matt no quería adueñarse de la hija de su hermana.

—Debemos irnos, Laurine ha tomado una decisión y dijiste que...

—¡Matt, espera!

La sangre se le congeló y sorprendida vio cómo su cuñada bajaba del vehículo de uno de sus nuevos socios, seguida del más apuesto de todos, Thomas Fernsby, y corría hacia ellos sin importarle si era mal visto que una dama hiciera algo así.

Jadeante llegó a ellos y se plantó frente a ella.

—No te la lleves, es mi hija, yo me haré cargo de ella.

A pesar de que su sobrina se alegró con demasía al ver a su madre y pataleó felizmente, Riley no fue capaz de entregársela ni soltarla, por lo que rápidamente miró a su esposo con los ojos abiertos de par en par.

Al parecer él se dio cuenta de lo que estaba ocurriendo, porque entregó a Gavin a Nuria y se puso junto a ella para tomar a Philippa en brazos y entregársela a su madre, la mujer que sonriente aceptó a su hija y besó sonoramente la mejilla regordeta de la niña.

—Lo siento, Riley —musitó su cuñada con lágrimas en los ojos—, pero tú mejor que nadie sabe cómo me siento respecto a mi hija.

Con la visión cristalizada asintió y le dio un cálido beso a su sobrina como despedida. Al menos tenía la certeza de que Laurine cuidaría bien de ella, podía ver lo mucho que su cuñada amaba a su hija.

—Cuídala mucho.

—Eso haré, espero en un futuro no muy lejano vengan a visitarnos.

—Lo haremos —garantizó su esposo con una sonrisa complaciente y Riley miró de reojo al apuesto rubio que se quedó a varios pasos de distancia tras de Laurine.

—Cuídense mucho, pronto estaremos en contacto; y hermano, tendrás que resignarte a la idea de que tu esposa y hermana son más ricas que tú —bromeó, robándole una carcajada a su esposo.

—Es hora de irnos —expresó su esposo y se despidió de Laurine con un fuerte abrazo, lamentando que ella no quisiera volver a Londres todavía.

—¿Cuándo se lo dirás?

El calor trepó por sus mejillas y sonrió tímidamente.

—Más adelante.

—Debes contarme todo con lujos de detalles, aunque me hubiera gustado ver su cara —admitió y Riley ladeó la cabeza, divertida.

Del brazo de su esposo se dirigió hacia el barco, pero ambos pararon en seco al escuchar el grito de Laurine a lo lejos.

—¡Matt!

—Se ve muy alegre —comentó él, algo incómodo de que todos los miraran, y Riley carcajeó por lo alto.

—¡Felicidades por el embarazo de tu esposa!

¡¿Qué?!

Abrió los ojos de par en par, totalmente indignada de que su cuñada le hubiera arruinado la sorpresa, y antes de poder idear una explicación para su esposo, Riley ya se encontraba flotando por los aires mientras el conde giraba sobre su eje.

—¿Eso es cierto? —Sus miradas se encontraron y asintió risueña—. ¿Por qué no me lo dijiste?

—Quería que fuera una sorpresa.

—¿Escuchaste, Gavin? Tendrás un hermano —dijo sonriente y su hijo ensanchó su sonrisa.

—Hermanita —corrigió el pequeño.

Los dos se miraron con sorpresa.

—Seguro extrañará a Philippa —musitó su esposo algo preocupado y Riley miró hacia su

cuñada, quien agitaba la mano eufóricamente con su hija en brazos.

—Ella estará muy bien junto a su madre.

9 años más tarde.

Mientras la condesa de Devonshire buscaba por todos los escondites más probables a Gavin, su hijo mayor de diez años, a Sarah, su hija de siete, y a August, el pequeño de cuatro años, el conde de Devonshire se cuestionaba dónde se podrían haber metido.

Eran niños traviesos, su padre siempre les había dado todo lo que pedían, y por ende en esa casa gobernaban los chiquillos.

—Matt, búscalos, es tu culpa que estén perdidos. —Puso las manos en jarras, mirando a su esposo con disgusto, y este suspiró con cansancio.

Aún sin poder efectuar muchos movimientos con el brazo izquierdo, el conde hizo un gesto con la mano derecha para restarle importancia. Lo más probable era que sus hijos estuvieran escondidos en sus alcobas para no ver a sus institutrices ni asistir a sus clases de baile.

—Ven aquí, ternura —pidió y la morena se acercó a él, refunfuñando—. ¿Qué dijo el doctor sobre tu salud? —preguntó con el afán de hacerle recuerdo del niño que crecía en su vientre y Riley suspiró al tiempo que la sentaba sobre su escritorio.

—Que no me enojara —hizo un mohín—, que durmiera más e ignorara a mis traviesos hijos.

Matt Gibbs dejó un casto beso en los labios de su esposa y esta lo miró agobiada.

—Mi negocio va de mal en peor, Matt, no importa lo mucho que Laurine y yo luchemos, los perfumes que elaboramos ya no parecen estar en su auge. La gente quiere algo nuevo y no tengo cabeza para crear lo que me piden.

A pesar que dinero era lo que menos les faltaba, Matt sabía que su mujer amaba su perfumería y no podía permitir que esta cayera en picada.

—Laurine está en camino, aquí podrán ver todo e idear una nueva estrategia de negocio. Sheldon, Thomas y Max también están estudiando nuevas posibilidades, todos los negocios pasan por malos momentos, pronto encontrarán una solución para todo. No te agobies, no es bueno para nuestro hijo.

—¿Qué crees que me recomendaría el doctor si vuelvo a llamarlo? —inquirió la condesa con un tono picaresco, abriendo los botones del chaqué de su esposo, y él enarcó una ceja castaña.

—¿Unos buenos masajes? —bromeó y ella rio divertida.

—¿Dónde? —susurró seductoramente, separando las piernas, y él comprendió su mensaje.

Con escuetos movimientos acarició las pequeñas pantorrillas y cuando su esposa se arqueó, algo captó su atención tras la repisa de tragos.

—Mierda —siseó y rápidamente bajó la falda de su esposa.

—¿Qué sucede? —respingó esta y cuando le hizo una seña para que mirara hacia atrás, Riley logró ver los tres pares de ojos curiosos que observaban a sus padres tras un apartador.

Lanzando un gritillo intentó bajar de escritorio y todo se salió de control cuando un mal pisotón la llevó a caer contra su esposo, que amablemente decidió llevar el golpe contra el piso por ella.

El conde gruñó, adolorido, y Riley lo miró ojiplática, amortiguando su carcajada.

—¿Lo... Siento? —inquirió con una risa contenida, y sus hijos empezaron a reír por ella.

Habían pasado cinco años desde que su compañera de vida había fallecido, un tiempo que lo

había llevado a pensar en todas las cosas que hizo mal en el pasado y el cómo podría enmendar sus errores ahora que tenía la posibilidad de hacerlo.

—Desde que lady Ross falleció, todos en Londres esperan un segundo matrimonio, ¿qué harás ahora que volverás a pisar tierra inglesa, Ross? Eres un hombre adulto y necesitas un heredero, no puedes seguir retrasando lo inevitable.

Aaron Stanton, conde de Ross, dirigió la mirada hacia Aberdeen.

No pensaba decirle que tenía la intención de saldar una cuenta que tenía pendiente y ahora era su mejor oportunidad para hacerlo. Los rumores de que la hermana de Devonshire regresaría a Londres llegaron hasta sus oídos y no dudó en asomarse a la ciudad para corroborar aquel dato.

Tenía un objetivo claro: desposaría a la hermosa viuda de Fontaine y nadie le impediría tomar a Laurine como su condesa, como debió haber sido hace mucho tiempo y no pudo hacerlo porque el destino no quiso que así fuera.

Sus cálculos habían fallado y tuvo que proteger a su esposa, quien con el pasar de los meses lo había cautivado y había conseguido desviarlo de la rubia que lo había atormentado por meses; no obstante, ahora tenía un deber y se casaría con Laurine por honor, no por amor, no podía decir que sintiera lo mismo que hace nueve años por ella, el tiempo cambiaba a las personas y sus sentimientos.

Sentado en el piso del barco, recibiendo los escasos rayos de sol, Ross arregló los gemelos de su camisa, pensativo.

—Lo haré este año —dijo despreocupado y Aberdeen asintió.

—Yo también.

Ya eran muchos años de soltería, ambos tenían un título y fortuna, pero ninguno había hecho su familia.

—No compré nada para mis hermanas —comentó vagamente, pronto llegarían a Londres y tendría que improvisar regalos costosos.

Aunque posiblemente a ellas eso no les importaría.

—Compra unas joyas en Londres. — Su amigo le restó importación—. O si no...

—O ¿por qué no llevarle estos deliciosos perfumes?

Ambos respingaron ante la melodiosa voz que aún no manejaba un perfecto inglés y sonrieron abiertamente al ver a una niña de bucles dorados ofreciéndoles dos cajas de perfumes. Ross no detalló mucho en ella cuando observó las cajas de los perfumes.

Conocía esa marca, eran los perfumes de su hermana.

—¿Cuánto pide por ellos, hermosa dama? —preguntó en un perfecto francés y la niña suspiró aliviada.

—Dado que parecen ingleses, manejaré las libras. Tres libras por cada uno —espetó ella y Ross la miró a los ojos al darse cuenta que costaba dos veces más del precio normal y se quedó como piedra por el intenso color de los mismos.

Eran violetas.

—Lo está vendiendo al doble de precio —comentó Aberdeen divertido y la niña no se sonrojó, sino que lo miró con fijeza.

—Porque es diferente, un perfume hecho en París no será lo mismo que uno hecho en Londres.

París. Laurine vivía en París.

—Te pago tres libras por ambos —soltó Ross y nuevamente la tensión lo invadió cuando sus miradas se encontraron.

—Cinco libras y cuatro peniques —espetó la niña.

—Cuatro.

—Cinco.

—Cuatro —repitió la oferta.

No podía dejarse robar dos libras por una chiquilla, pero una... Era un monto razonable.

—No estoy para perder el tiempo —dijo la niña con un gesto irritado y Aberdeen ahogó una carcajada—. Suerte con sus hermanas, caballero, espero pueda lidiar con la decepción de sus semblantes cuando vean que no les compró nada. —Hizo una perfecta venia y le dio la espalda; no obstante, no pudo contener su impulso y la sujetó de la pequeña muñeca.

—Está bien. —Se oyó diciendo de pronto, con tal de poder memorizar los rasgos de su rostro—. Te daré cinco libras.

—Ahora está a seis el par —le aclaró y Aberdeen rompió a carcajadas, viendo como su amigo sacaba seis libras para pagar por los perfumes.

—Se te fue el don, Ross, esta no fue tu mejor negociación.

Efectivamente, como nunca, salió perdiendo dinero.

Canceló las seis libras y la niña le entregó los perfumes con el ceño fruncido y un tierno mohín en los labios.

—No son falsas, ¿verdad? —miró las monedas, recelosa.

—No —dijo confundido.

—¿Me da su palabra?

Abrió los labios para responderle, pero una tercera voz hizo que los sellara inmediatamente.

—Philippa.

—Es mi madre —dijo la pequeña y ambos se pusieron de pie—. Sal de tu escondite Travis, me debes una libra, logré vender los perfumes.

Confundidos vieron al enorme hombre que salió de su escondite y miraba sorprendido a la niña que sonreía, risueña.

Al menos sí tenía un escolta y no caminaba sola por el barco.

—Con permiso —dijo la niña haciendo una perfecta venia y se alejó de ellos a paso apresurado con el gran hombre pisándole los talones.

—Es un encanto, sólo espero que no haga eso una vez presentada en sociedad porque morirá soltera —comentó Aberdeen con una sonrisa en el rostro y Aaron sintió como la sangre se le helaba al ver a la mujer que aparecía en su campo de visión con las manos en jarras, mirando a la niña que logró idiotizarlo.

Laurine no sólo era viuda; a diferencia suya, ella sí pudo concebir una hija que era su viva imagen.

Pero... ¿Quién era el hombre que estaba con ellas?

Nota de autor

Querido lector:

La quinta entrega de la serie Libertinos enamorados ha llegado a su fin y espero haya sido de su agrado, Riley y Matt son una pareja compleja y bastante apegada a su época, por lo que espero puedan comprender y aceptar las circunstancias.

Gracias por acompañarme en la lectura y seguir la serie, son muy importantes para mí.

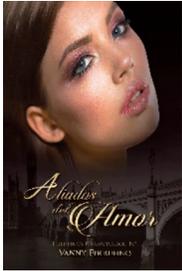
Para obtener mayor información de mis historias, te invito a seguirme en mis redes, donde podrás encontrarme como:

Vanny Ferrufino



Serie Libertinos Enamorados.

ALIADOS DEL AMOR 1.



A sus veintitrés años de edad y en su quinta temporada, lo más atractivo que Lisa Stanton, hija de los marqueses de Winchester tiene, es su dote.

Una dote por la cual el empobrecido conde de Hamilton será un excelente pretendiente. Pero el duque de Windsor, el hombre que rompió su compromiso años atrás, estará dispuesto a hacer todo lo posible con tal de atraparla.

Y Jaden Browning, duque de Windsor, siempre consigue lo que quiere. En este caso, tener bajo su poder el corazón y el alma de Lisa Stanton.

LOS SECRETOS DEL CONDE 1.5



Woodgate, conde de Hamilton, requiere de una esposa con urgencia; y no de una cualquiera, sino de una dama con una exquisita dote que le permita pagar las deudas que adquirió junto al condado de su difunto tío.

Bonnie Stone, hija de unos simples barones, ya no sabía que excusa inventar para seguir rechazando a los pretendientes que iban tras su fortuna; pues lastimosamente, su primer amor parecía ser el único que ignoraba el hecho de que ella podría ser su única salvación.

ENEMIGOS DE LA PASIÓN 2.



Rachel Answorth, hija del conde de Worcester, no es para nada lo que todos esperan de la futura beldad de la temporada; sabe pelear, la espada es su mejor aliada y por si fuera poco, tiene una puntería magistral a la hora de

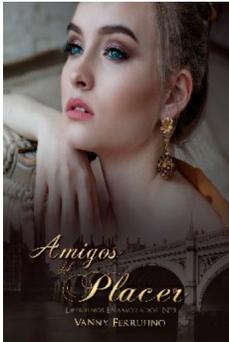
disparar.

Y es por eso que; cuando una deuda amenaza con arrebatarle la tierra de su familia, Rachel planea un secuestro para conseguir un aliado en el adinerado hacendado que ahora es su vecino, con el fin de que éste le ayude a ir en contra de su enemigo, el peligroso y malditamente poderoso duque de Beaufort, el hombre al que su padre le debe una fortuna.

Liam Lawler, duque de Beaufort, nunca antes había sentido la necesidad de hacer mucho para conseguir una mujer, pero por circunstancias del destino se verá obligado a ocultar su identidad, mantener secuestrada a una cortesana y usar todos sus encantos para poder llevarla a su cama.

Lugar del que estaba seguro, ella jamás volvería a salir.

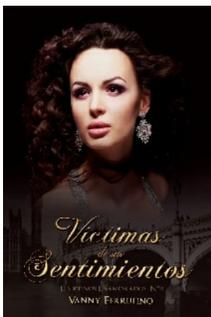
AMIGOS DEL PLACER 3.



Ashley Answorth, hija de los condes de Worcester, desea casarse por amor y no descansará hasta encontrar al hombre indicado con quién compartir su vida. Sin embargo, todo se sale de su control cuando sus sentimientos empiezan a inclinarse hacia el peor libertino de Gran Bretaña, el marqués de Sutherland, que está a un paso del ostracismo social y a quien el matrimonio no parece interesarle mucho por ahora.

Decidida a olvidarse de su absurdo enamoramiento, Ashley acepta el cortejo del duque de Blandes, encontrándose con un rotundo obstáculo en su camino: los celos del marqués de Sutherland.

VÍCTIMAS DE SUS SENTIMIENTOS 4.



En los jardines, en los pasillos y en todos los lugares oscuros que las veladas regalaban, Aline Anderson era víctima de sus labios, de sus caricias y de sus sentimientos; porque pese a todo ella sabía que Dylan Edevane jamás le prometería nada por el profundo odio que sentía hacia sus padres e inconscientemente hacia ella.

Dylan Edevane, duque de Blandes, al fin tiene la oportunidad que siempre quiso y la que esperó por años: y era la de liquidar a los condes de Norfolk con unos pagarés que ahora estaban bajo su poder, pero había algo que se lo impedía y que a la vez lo tentaba a iniciar con sus planes de venganza contra la familia que destruyó a la suya llevando a sus padres a la tumba.

Y era ella, la hija de los condes, la mujer que lo tenía loco desde el primer momento que se puso frente a él, en una cálida noche de primavera.

LA PRIMA DEL VIZCONDE 4.5.



Para toda la población londinense: los vizcondes de Portman tienen el matrimonio perfecto que se basa en el respeto y se rige por la cordialidad, lo que cualquier noble espera de una unión por conveniencia.

Lo que nadie sabe es que dicha unión jamás fue consumada por la falta de atracción física del vizconde de Portman hacia su reciente esposa, quien por voluntad propia decide autoexiliarse en el campo para no seguir siendo la burla de toda la bendita e hipócrita sociedad, haciéndole la vida mucho más sencilla.

Sin embargo, lo que Lucien Pierce nunca esperó: es que su esposa regresaría después de dos años a la ciudad con la clara intención de hacerle la vida imposible al pretender tener un amante en sus propias narices.

Guiado por un terrible instinto de posesividad, Lucien tendrá que evitar que Seraphina ceda su cuerpo a otro hombre que no sea él.

RIVALES DE LA SEDUCCIÓN 5.



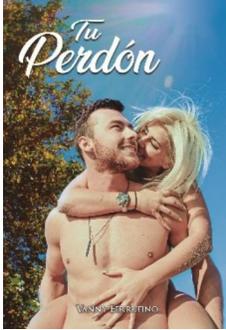
Riley Stanton sabía cuál era su deber, su función y objetivo: debía casarse con el conde de Devonshire, traer al mundo a un heredero para el condado y tratar de tener un matrimonio cordial.

Lástima que Matt Gibbs, conde de Devonshire, no pretenda casarse, no piense tener hijos y mucho menos plantee llevar un matrimonio cordial; es más, ni siquiera intentará recordar que tiene una esposa.

Cumpliendo con la obligación familiar, Riley terminará confirmando todos sus temores: su esposo no la ama, tiene a alguien más en su vida y ella podría fugarse con otro a un continente muy lejano sin que a él le importase. Pero lejos de conformarse con su triste realidad, Riley decide apoyarse en el hombre que abandonó por cumplir la palabra de su padre, un individuo que pronto conocerá la verdadera ira del conde de Devonshire por pretender arrebatarse lo que le pertenece.

Si te gustó libertinos enamorados también podría interesarte:

TU PERDÓN 1.



Después de unas vacaciones de tres meses, Aria Rivers debe enfrentar las consecuencias que un amorío a corto plazo le dejó y encontrar la mejor manera de hablarlo con su padre, un hombre tan poderoso como aterrador, que probablemente terminará dándole la espalda una vez que descubra la verdad.

Daniel nunca pensó que abandonarla por dos semanas sería el tiempo suficiente para perderla por meses; no obstante, está decidido a encontrarla y no descansará hasta conseguir su perdón.